

MEMORIAS DE GUERRA DEL CAPITÁN GEORGE CARLETON

*Los españoles vistos por un oficial inglés
durante la Guerra de Sucesión*

Daniel Defoe

Digitalizado por **LIBRO**dot.com
<http://www.librodot.com>

Daniel Defoe

MEMORIAS DE GUERRA DEL CAPITÁN GEORGE CARLETON

*desde la guerra con Holanda (1672)
hasta la Paz de Utrecht (1713)*

EN LAS QUE SE RECOGEN ALGUNOS DE LOS MÁS
SEÑALADOS ACONTECIMIENTOS OCURRIDOS DURANTE LOS
REINADOS DE LOS MONARCAS CARLOS II Y JACOBO II,
TANTO EN LA TIERRA FIRME COMO EN EL MAR, NUNCA
ANTES DESCRITOS POR LOS AUTORES DE LA ÉPOCA;
JUNTAMENTE CON UNA PUNTUAL RELACIÓN DE LA GUERRA
DE ESPAÑA, Y UNA PORMENORIZADA DESCRIPCIÓN DE LOS
MUCHOS LUGARES POR LOS QUE PASÓ EL AUTOR EN
DISTINTOS PUEBLOS, CIUDADES Y PAÍSES, ASÍ COMO DE SUS
COSTUMBRES Y TRADICIONES. CON APUNTES SOBRE EL
CARÁCTER DE LOS ESPAÑOLES (ENTRE LOS QUE EL AUTOR
VIVIÓ DURANTE VARIOS AÑOS COMO PRISIONERO), SUS
CONVENTOS Y MONASTERIOS (EN PARTICULAR SOBRE EL
CÉLEBRE MONASTERIO DE MONTSERRAT), Y SOBRE SUS
DIVERSIONES PÚBLICAS, MUY EN ESPECIAL LAS FAMOSAS
CORRIDAS DE TOROS.

**AL HONORABLE LORD WILMINGTON
SPENCER, CABALLERO DEL BAÑO Y
MIEMBRO DEL MUY HONORABLE
CONSEJO PRIVADO DE SU MAJESTAD**

Comment [Librodot-1]:
«Cambiar a las musas por Marte»,
optar por las armas frente a las
letras.

Milord: fue mi destino *musas cum Marte* *conmutare* en mi juventud; y bien es verdad que no me faltan razones para avergonzarme cuando pienso en el poco fruto que de tal mudanza he recogido. A fin de que no todo se achaque a mis pocos méritos, he escrito estas memorias. Sea, pues, el mundo quien me juzgue. No se refieren en ellas historias imaginarias, ni las embellecen galas retóricas, pues ciertamente la verdad llana y simple se aviene mejor al talante de un viejo soldado. Mas, por meritorias que puedan ser, si no cuentan con un noble patrocinio tal vez sean tenidas en poca estima.

A Vos, por tanto, milord, os las dedico; a Vos, que tan señaladamente os habéis distinguido, en tanto vuestra prudencia de tal modo ha brillado en los últimos gobiernos de la Gran Bretaña, que aun los tiempos venideros han de alabarla. Si os dignáis ser el mecenas de estas memorias, vuestro nombre bastará para justificarlas.

De mí, puedo decir que soy un viejo soldado; y de mi familia, que por ella ostento el título de caballero. He visto, con todo, cómo la fortuna sonreía a muchos, y no alcanzo a comprender por qué tuvieron que ser tan dichosos ellos y tan desventurado yo. No sea esto impedimento para que Vuestra Señoría dispense su protección a estas memorias, puesto que los infelices no pueden confiar sino en el favor de quienes albergan un ánimo generoso.

Permitidme, Milord, que me congratule por la feliz circunstancia de que, en esta época turbulenta, ni *whigs* ni *tories* hayan podido encontrar tacha alguna en vuestra conducta. Vuestra familia ha dado héroes, defensores de la monarquía ofendida; y vos, cuando la ocasión lo ha requerido, habéis noblemente abrazado la causa de la libertad.

Milord: el más obediente, devoto y humilde servidor de vuestra señoría,

G. Carleton.

AL LECTOR

El autor de estas memorias se aplicó a los asuntos de la milicia desde su juventud. De otro modo, no podría haber asistido a tan diversos acontecimientos, así marítimos como terrestres. Tras la última guerra con Holanda, pasó a Flandes. Allí sirvió a las órdenes de Su Alteza el príncipe de Orange: al principio en tanto fue generalísimo de los ejércitos holandeses, y más tarde, como rey de la Gran Bretaña. La primera parte de este libro refiere muchos de los notables sucesos acontecidos en aquella época.

En 1705 se dispuso que su regimiento, en el que ostentaba el grado de capitán, embarcara para las Indias Occidentales; pero él, en absoluto inclinado a tal destino, permutó su puesto con un oficial de la reserva. Recomendado por el anterior lord Cutts al conde de Peterborow, tomó parte a su lado en la gloriosa expedición a España.

Cuando las tropas de Su Señoría desembarcaron cerca de Barcelona hubo quienes tuvieron por imposible el asedio de aquella plaza: no sólo por la falta de ingenieros experimentados, sino porque tan numerosos eran los sitiadores como los sitiados. Con todo, el arrojo de aquel valiente conde prevaleció sobre las dificultades, y se acometió el asedio.

Sus muchos años de servicio habían deparado al autor cierto conocimiento de la práctica de la ingeniería militar. En aquella crítica circunstancia, y a la vista de la gran necesidad que había de ingenieros, actuó diligentemente como tal, con lo que tuvo no pocas veces oportunidad de ser testigo directo de las acciones de Su Señoría; y en consecuencia, puede darlas a conocer en estas sus memorias.

Tal vez no sea ocioso mencionar que el autor nació en Ewelme, en Oxfordshire, vástago de una antigua y honorable familia. Su tío abuelo fue lord Dudley Carleton, quien murió siendo secretario de estado del rey Carlos I. Su padre fue diplomático ante la corte de Madrid durante el mismo reinado, y su tío, sir Dudley Carleton, embajador en Holanda. Todos ellos fueron en su tiempo hombres respetados, tanto por sus cualidades como por su lealtad.

Comment [Librodot-2]: Esta guerra, declarada por franceses e ingleses contra Holanda en 1672, vino precedida por la firma del tratado secreto de Dover de 1670 por el que Carlos II de Inglaterra se comprometía a una mayor tolerancia hacia los católicos, mientras que Luis XIV le garantizaba subsidios económicos; esta política chocó con la opinión pública y con el Parlamento.

Cuando estalló en 1672 la guerra con Holanda, no alistarse en la flota que mandaba el duque de York estaba considerado entre nobles y caballeros como una deshonra. Por entonces tenía yo alrededor de veinte años y, al igual que otros muchos, embarqué como voluntario en el *London*, a las órdenes de sir Edward Sprage, vicealmirante de la flotilla roja.

Comment [Librodot-3]: El duque de York era hermano de Carlos II de Inglaterra. Pese a sus inclinaciones católicas, llegó a reinar en 1685 como Jacobo II, pero tuvo que abandonar Inglaterra tras el triunfo de la Revolución Gloriosa (1688-89) que dio el trono a su hija María y al estatúder de Holanda Guillermo de Orange, con el que estaba casada.

Nuestros barcos zarparon del fondeadero del Nore a primeros de mayo para unirse a la flota francesa, que mandaba entonces el conde de Estrée y que se encontraba anclada ante St. Hellen's Road. Por seguir este plan estuvimos a punto de caer en una emboscada. De Ruyter, el almirante de la armada holandesa, sabía de nuestras intenciones y estaba aguardándonos en la desembocadura del Támesis; pero gracias a una densa niebla, cuando quiso reaccionar ya nos encontrábamos más allá de Dover. De este modo vio frustrados sus propósitos, pues únicamente consiguió apoderarse de un pequeño buque de aprovisionamiento.

Un día o dos después, ya reunidas las flotas francesa e inglesa, pusimos rumbo hacia las costas de Holanda. No tardamos en avistar la armada holandesa, de la que nos separaba un bajío de arena que llaman el *Galloper*. Al parecer, los holandeses esperaban que presentáramos batalla allí, pero el escenario nos era adverso: nuestros barcos eran de mayor calado que los suyos, y durante la contienda anterior el *Charles* se había ido a pique en aquellos bancos de arena. El consejo de guerra decidió posponer el combate por el momento y poner rumbo a Solebay. Conforme se acordó, así se hizo.

Apenas llevábamos fondeados en Solebay cuatro o cinco días, cuando De Ruyter averiguó nuestra posición y ordenó zarpar para cogernos por sorpresa. De haber contado con viento favorable, tal vez lo hubiese conseguido. Pero soplaba una brisa tan ligera, que avistamos su flota mucho antes de que nos alcanzara, pese a que navegaban con todo el velamen desplegado. Nuestros almirantes encontraron no pocas dificultades para disponer los buques en formación de combate, de forma que estuviesen preparados para enfrentarse al enemigo.

Avistamos a los holandeses alrededor de las cuatro de la madrugada del 28 de mayo, martes de Pentecostés. A las ocho de la mañana la flotilla azul, al mando del conde de Sandwich, entró en combate con el almirante Van Ghent, que mandaba la flotilla Amsterdam. A las nueve, todos los buques de una y otra escuadra estaban luchando. La batalla se prolongó hasta las diez de la noche con igual denuedo por ambos bandos. No hablo de los franceses, que parecían estar allí más como espectadores que como combatientes, recelosos de aproximarse demasiado al escenario de las hostilidades por temor a sufrir algún daño.

En el curso de la batalla, los holandeses desarbolaron uno tras otro los dos barcos en que estuvo el almirante inglés. Aproximadamente a las cuatro de la tarde, el almirante se vio obligado a cambiar de barco por tercera vez y pasar al *London*, a bordo del cual permaneció durante el resto de la pelea, hasta la mañana siguiente. En cuanto subió al *London* (que era mi barco) y enarbolamos la insignia, los buques de la escuadra de De Ruyter redoblaron sus andanadas contra nosotros, como resueltos a hacernos volar por los aires. Pese a todo, el duque de York no se apartó ni un instante del puente. De tanto en tanto se frotaba las manos y daba voces diciendo: «Sprage, Sprage, aún nos siguen», mientras las balas silbaban por todas partes a su alrededor. Mucho lamento que en estos últimos tiempos no se haya reconocido la valentía de aquel infortunado príncipe. No quiero desaprovechar esta ocasión de hacer justicia a su memoria, y doy fe de lo que vi con mis propios ojos. Si la intrepidez y

el desnudo son pruebas de coraje, no hubo hombre en la flota que se comportara con mayor arrojo, o que con más justicia mereciera el título de valiente.

Los ingleses perdimos el *Royal James*, que mandaba el conde de Sandwich. Tras agotadores intentos de su tripulación para separarlo de dos barcos incendiarios holandeses lanzados contra él (uno de través, contra su cordaje, y el otro por la banda de estribor), a eso de las doce comenzó a arder, hizo explosión y se fue a pique, arrastrando a muchos esforzados caballeros y marinos, entre ellos al propio conde. Cuando, uno o dos años más tarde, pasé del *Harwich* al *Brill*, el patrón del paquebote me contó que avistaron una gran bandada de gaviotas que sobrevolaba un punto concreto en el mar, e hizo que su barco se aproximara. Allí dieron con un cadáver que los marineros debían haber arrojado al mar creyendo que se trataba de un holandés. Cuando lo izaron a bordo vieron que era el conde de Sandwich. Le encontraron en los bolsillos veinte o treinta guineas, unas pocas monedas de plata y un reloj de oro. Todo se lo enviaron a su esposa, quien conservó el reloj, pero recompensó su honradez haciéndoles entrega del dinero.

El *Royal James* fue el único barco que los ingleses perdimos en aquella larga batalla. El *Katherine* cayó en manos de los holandeses, que hicieron prisionero a su comandante, sir John Chicheley. Sin embargo, la tripulación no tardó en hallar ocasión propicia para reducir a los marineros holandeses encargados de vigilarles y condujo el barco, juntamente con todos los holandeses prisioneros, de vuelta hacia donde se encontraba nuestra flota, por lo que recibió la oportuna recompensa. El conde de Mulgrave (después duque de Buckingham) mandó este mismo buque en el siguiente combate, e hizo que lo pintaran en su casa de St. James's Park.

Debo referir aquí un hecho insólito ocurrido a bordo de este barco. Iba en él un caballero voluntario de noble condición, llamado Hodge Vaughan. Cayó herido de gravedad al comienzo de la batalla. En medio de la confusión de la lucha, no se le pudo atender; de modo que lo retiraron y lo dejaron en la bodega. Había a bordo unos cuantos cerdos, y el marinero que se encargaba de ellos había olvidado darles de comer. Hambrientos como estaban, los cerdos dieron con el herido, se abalanzaron sobre él y lo devoraron cuando aún estaba entre la vida y la muerte. No dejaron sino el esqueleto, que fue cuanto se pudo hallar cuando terminó el combate y se recuperó el buque.

Otro incidente, no tan digno de mención, lo protagonizó un caballero voluntario que iba en mi mismo barco. Era un sujeto con fama de valiente, dicho sea en el mal sentido de la palabra, merced a la eficacia de que había hecho gala con la espada en infinidad de duelos. Pese a cuanto arrojo pudiera haber mostrado en tierra, una vez estuvo a bordo tuvimos ocasión de ver cómo, apenas las balas silbaban sobre su cabeza o le zumbaban los oídos lo más mínimo, de inmediato abandonaba la cubierta y se precipitaba a la bodega. Las primeras veces le amonestaron discretamente; pero al ver que reincidía, todo el mundo comenzó a burlarse de él y a darle de lado. Avergonzado, pidió que le atasen al palo mayor para poner de manifiesto su temple. Aunque hubiesen accedido a sus deseos, no comprendo qué clase de valor habría demostrado. Poco habría importado que estando atado no huyera, pues de haberse visto libre habría seguido comportándose como un cobarde. Hay una valentía natural que, a mi entender, pocos de tales caballeros duelistas poseen. El genuino valor no nace de lo que sir Walter Raleigh irónicamente llama *filosofía pendenciera*. ¡No! Ha de ser fruto de la propia convicción, y no puede tener más fundamento que unas firmes creencias religiosas. Quienes abrigan inclinaciones criminales similares a las de aquel caballero comprenderán mejor lo que digo si se paran un momento a reflexionar con frialdad, y tratan

de explicarme por qué un individuo, que a tantos peligros se había expuesto fiado en la punta de su espada, se acobardó de forma tan vergonzosa apenas oyó silbar una bala de cañón.

Relación de caballeros ingleses que, según mis noticias, perecieron en esta acción: comisionado Cox, capitán del *Royal Prince*, a las órdenes del almirante; mr. Travanian, caballero al servicio del duque de York; mr. Digby, segundo hijo del conde de Bristol, capitán del *Henry*; sir Fletviche Hollis, capitán del *Cambridge*, quien en la contienda anterior perdió un brazo y en ésta la vida; capitán Saddleton, del *Darmouth*; lord Maidstone, hijo del conde de Winchelsea, voluntario a bordo del *Charles*, a las órdenes de sir John Harman, vicealmirante de la flotilla roja.

Sir Philip Carteret, mr. Herbert, mr. Peyton, mr. Gose, juntamente con varios otros caballeros cuyos nombres ignoro, perecieron en el *Royal James*, al igual que el conde de Sandwich; mr. Vaughan, a bordo del *Katherine*, mandado por sir John Chicheley.

El lugarteniente más joven que intervino en esta batalla fue sir George Rook, a las órdenes de sir Edward Sprage; mr. Russel (más tarde conde de Orford) luchó como capitán del *Phinx*, un barco de quinto grado de poco tonelaje; mr. Herbert (nombrado después conde de Torrington) capitaneó el *Monck*, un pequeño buque de cuarto grado. Que yo recuerde, sir Harry Dutton Colt (que iba en el *Victory*, a las órdenes del conde de Offery) es el único que aún vive de cuantos tomaron parte en este enfrentamiento.

Pero prosigamos: los holandeses perdieron un buque de guerra (que se hundió tan cerca de la costa que vi cómo parte de su palo mayor sobresalía del agua) y al almirante Van Ghent, que resultó muerto durante el encarnizado combate con el conde de Sandwich. La batalla se prolongó durante catorce horas, y fue considerada como la más importante jamás entablada entre ingleses y holandeses.

No puedo pasar por alto en este punto un hecho que a algunos podrá parecer trivial, aunque creo que nuestros naturalistas pensarán de distinto modo y verán en él ocasión de entregarse con provecho a cometidos de mayor interés y menor peligro que los nuestros. Conforme he dicho, iba como voluntario en el *London*. Llevábamos a bordo gran número de palomas, a las que nuestro comandante era muy aficionado. Las palomas salieron volando en cuanto nuestros cañones comenzaron a disparar, se dispersaron y no volvimos a verlas mientras duró el combate. Al otro día se levantó un fuerte viento, que arrastró nuestra flota varias leguas al sur del punto en que las palomas nos habían abandonado; pero un día después regresaron todas sin novedad, aunque no juntas, sino en pequeños grupos de cuatro o cinco. Algunos de los que venían a bordo se admiraron de su regreso; y puesto que lo comentaron sorprendidos, sir Edward Sprage les contó que había llevado aquellas palomas consigo desde que estuviera en el *Streight*, y que cuando, siguiendo órdenes, dejó el *Revenge* para pasar al *London*, todas ellas, espontáneamente y sin que nadie se tomara el trabajo ni la molestia de transportarlas, dejaron de igual modo el *Revenge* y siguieron a la tripulación al *London*, en el que yo las vi. Todo esto me lo confirmaron después varios marineros. Dejo a los curiosos la tarea de averiguar a qué instinto obedece semejante comportamiento.

Abandoné la flota poco después de esta batalla. Durante el invierno siguiente, el parlamento repudió a Buckingham y Arlington, dos de los plenipotenciarios enviados a Holanda. El parlamento expresó igualmente la viva preocupación que despertaban los grandes avances de las tropas francesas en Holanda, e insistió acaloradamente en la visible amenaza que una derrota de los holandeses representaría para la Gran Bretaña. Por ello, y

por no disponer de los recursos que esperaba, el rey Carlos se vio obligado a aceptar una paz apresurada con Holanda.

La paz envió de vuelta a sus hogares a todos aquellos jóvenes espíritus para quienes la reciente guerra en el mar había representado un activo fermento, y que ahora carecían de ocupación alguna; con lo que comprendieron que, si querían apartarse de un estilo de vida que no iba con ellos, debían buscar en el extranjero otro que fuese más activo y acorde con su temperamento vigoroso.

Debo decir que yo mismo era uno de tales jóvenes. Así pues, en 1674 decidí marchar a Flandes para alistarme como voluntario en el ejército de su alteza el príncipe de Orange. Embarqué en Dover rumbo a Calais y, tras pasar por Dunquerque, llegué a Bruselas.

Una vez allí, me informaron de que el ejército confederado acampaba no lejos de Nivelles, a la espera de un combate inminente. Tales noticias hicieron que me diera prisa en presentarme. Llevaba cartas de recomendación para sir Walter Vane, que por entonces era mayor general. Preguntando a unos y a otros, me enteré de que un destacamento de caballería, que debía custodiar un convoy destinado al ejército del conde de Monterey, se disponía a partir por la mañana. Hablé con un sacerdote irlandés para que me avalara ante el oficial al mando, el cual tuvo a bien aceptarme de inmediato. Conforme a lo previsto, llegamos al campamento al día siguiente.

No llevaba allí ni una hora cuando ocurrió uno de los más extraños fenómenos de que he sido testigo. Vi por el este una extraña nube tornasolada de polvo, bastante grande, que se movía pese a que reinaba una calma total, y con tal velocidad, que apenas la divisamos cayó sobre nosotros. Cuando los primeros flecos de aquella nube empezaron a cubrir nuestro campamento se desató súbitamente una ventisca o torbellino tan fuerte, que arrastró por los aires a gran altura todas las tiendas de campaña con enorme violencia. Los sombreros de los soldados volaron tan alto y en tan gran número, que lo más parecido con que mi imaginación acertó a comparar aquel espectáculo fue con esas bandadas de cuervos que, a la caída de la tarde, abandonan los campos y van en busca de sus nidos. El vendaval arrancó los árboles de raíz, y asimismo la techumbre de todos los almacenes del campamento del príncipe. Aquello duró una media hora. En cuanto la nube se alejó, reinó la misma tranquila calma que antes de su llegada. Nos pareció que se dirigía hacia el oeste, y pronto nos llegaron noticias de que aquel mismo día causó graves daños en la bella cúpula de la catedral de Utrecht. Si no me equivoco, sir William Temple alude en sus memorias a este suceso, que a él le alcanzó en Lillo [¿Lille?], de regreso del campamento del príncipe de Orange, donde había estado un día o dos antes.

En cuanto tuve oportunidad, presenté mis cartas de recomendación a sir Walter Vane en su cuartel general. Me recibió muy amablemente y me dijo que seis o siete caballeros ingleses se habían alistado como voluntarios en la compañía de guardias del príncipe. Añadió que de inmediato me recomendaría al conde Solmes, su coronel. Me presentó tal como dijo. Los seis caballeros eran: Clavers, después lord Dundee; mr. Collier, ahora lord Portmore; mr. Rooke, que llegó a mayor general; el ya difunto mr. Hales, que durante mucho tiempo fue gobernador de Chelsea-Hospital; mr. Venner, hijo de aquel Venner célebre por ser uno de los hombres de la quinta monarquía; y mr. Boyce. Los cuatro primeros llegaron muy alto; pero la fortuna no dispensa sus favores a todos por igual.

Alrededor de una semana después, se decidió en consejo de guerra marchar hacia Binch, una pequeña localidad amurallada a unas cuatro leguas de Nivelles. El objetivo era impedir que llegaran al campamento del príncipe de Condé los aprovisionamientos que

Comment [Librodot-4]:

Duque de Enghien, el príncipe de Condé (1621-1686) era un noble francés hijo de Enrique II de Borbón-Condé, que destacó como uno de los generales franceses más importantes del siglo XVII. Obtuvo importantes victorias sobre la Monarquía Hispánica en batallas como la de Rocroi de 1635 durante la Guerra de los Treinta Años. Fue encarcelado por su vinculación en el movimiento revolucionario de la Fronda que se desarrolló en los años centrales de la centuria, siendo acogido por el monarca español Felipe IV, quien logró que fuera restablecido en sus bienes y honores tras la firma de la Paz de los Pirineos (1659). Después Luis XIV le confió diversas empresas militares en el Franco Condado y en los Países Bajos, donde detuvo a Guillermo de Orange en la batalla de Seneffe de 1674. Siguió luchando en el escenario de los Países Bajos hasta poco antes de su muerte en 1686.

seguían aquella ruta.

Nos pusimos en marcha el primero de agosto, sábado. Los voluntarios ingleses tuvimos el privilegio de disponer de nuestra propia carreta de carga. Mandaba la vanguardia el conde Souches, general de las tropas imperiales. Los holandeses, al mando del príncipe de Orange como generalísimo, formaban el principal cuerpo de ejército. Cubrían la retaguardia los españoles, a las órdenes del príncipe Vaudemont, con algunos otros destacamentos.

Yo iba con los destacamentos de la retaguardia. Durante la marcha avisté un numeroso contingente de caballería enemiga sobre una pendiente. Imaginé, como así resultó ser, que se trataba del príncipe de Condé, que espiaba el avance de nuestras fuerzas. Teníamos que cruzar forzosamente varios pasos angostos, por los que Condé permitió con astucia que pasaran las fuerzas imperiales y los holandeses, sin importunarles. Pero cuando el príncipe Vaudemont, con los españoles y nuestros destacamentos, pensaba que con él iba a suceder otro tanto, el príncipe de Condé cayó sobre nuestra retaguardia y la dispersó tras un largo y duro combate, en el curso del cual pereció el marqués de Assentar, un lugarteniente general español.

Si el príncipe de Condé se hubiera contentado con aquel golpe de suerte, su victoria habría sido indiscutible; pero animado por su rotundo triunfo, y empujado por el temperamento exaltado que le había hecho famoso, prefirió seguir adelante, y resolvió cargar contra todo el ejército confederado. Con tal propósito, de inmediato situó sus tropas entre el grueso de nuestro ejército y los transportes, con lo que estos últimos quedaron por completo aislados y a merced de nuestros enemigos, que acto seguido se lanzaron a saquearlos, tarea en la que les ayudaron no poco los propios españoles a quienes acababan de poner en fuga. Ante la oportunidad de desvalijar a sus amigos y aliados, los españoles no tuvieron inconveniente en aliarse con sus enemigos.

Los voluntarios ingleses corrimos la misma triste suerte que el resto del ejército, puesto que la carreta que nos habían asignado fue una de las que cayeron en manos de los franceses. Por lo que a mí respecta, lo perdí todo menos la vida, que salvé de modo tan inaudito como mis compañeros de armas perdieron las suyas. Así pues, el enemigo se apoderó de nuestros bagajes y nos quedamos sin ellos. Todo el mundo trataba de escapar, cruzando los cercados o saltando sobre ellos. En tales momentos de confusión, cada cual intenta salvarse a costa de los demás. De modo que, en aquel trance, quien se topaba con cualquiera que le estorbaba el paso lo derribaba para salvarse, y tal vez un tercero hacía a continuación otro tanto con él, hasta perecer todos. Estaba yo entonces en la plenitud de mis fuerzas, y no era de los menos rápidos. Al ver la suerte que habían corrido varios de quienes me precedían, apoyé mi pie izquierdo sobre los hombros de uno que estaba enzarzado con otro y, de un salto, pasé sobre sus cabezas y sobre la cerca. Así fue como no sólo salvé mi vida (pues a cuantos no pudieron huir los masacraron) sino que, desde un montículo hasta el que corrí, tuve ocasión de presenciar el desarrollo de aquella gloriosa batalla y reflexionar sobre él.

Desde aquella privilegiada atalaya vi que las tropas imperiales que iban en vanguardia se habían unido al principal cuerpo de ejército. Confieso que contemplé con indecible placer cómo alrededor de las tres cayeron sobre el enemigo con intrépida furia. En suma, todos los hombres de uno y otro ejército pelearon y se disputaron la victoria con gran obstinación hasta las once de la noche. Los franceses, completamente desbordados, se retiraron entonces. Para que el ejército confederado no advirtiese su retirada, trataron de disimularla mediante una estratagema, y dejaron sus antorchas encendidas colgando de los arbustos, en tanto el aire las agitaba.

Unas dos horas más tarde, las tropas confederadas siguieron el ejemplo de sus enemigos y se retiraron. No fue una ocasión gloriosa para ninguno de los dos ejércitos; pero como los franceses perdieron cuanto habían ganado, y el príncipe de Orange fue el último en abandonar el campo, el mérito de la jornada recayó en él. Todos le elogiaron, y reconocieron que, pese a que no contaba más que veinticuatro años, se había comportado como un veterano y experimentado oficial.

Haciendo un cálculo aproximado, perecieron aquel día en el campo de batalla no menos de dieciocho mil hombres entre uno y otro bando, sin contar los que murieron más tarde a consecuencia de sus heridas. Las pérdidas fueron similares en ambos ejércitos, aunque los franceses hicieron más prisioneros. Al príncipe Waldeck le hirieron en un brazo; yo estaba bastante cerca y pude verlo con mis propios ojos. A mi muy llorado amigo sir Walter Vane se lo llevaron muerto. Una herida en el brazo es el único distintivo de honor del que puedo presumir hasta el día de hoy, aunque nuestra artillería mató a muchos en las cañadas, cerca de donde yo me encontraba.

Tal como supimos al día siguiente, el príncipe de Condé pasó aquella noche tendido bajo unos matorrales, envuelto en su capote. A causa de la humillación que sufrió al ver desvanecidas sus expectativas de triunfo, y de los remordimientos por la desgracia que su temperamento arrebatado había atraído sobre él, se mostró casi inconsolable durante varios días. Así acabó la célebre batalla de Seneffe.

Aunque la opinión general le ha otorgado el nombre de batalla, en mi modesta opinión le cuadra mejor el de escaramuza, ya que todo tuvo que ser improvisado y se procedió sin el orden y el concierto que permitirían otorgarle una consideración más alta; como he dicho antes, pese a que me encontraba en una posición excelente para observar, más de una vez me resultó imposible distinguir un bando de otro. En especial por lo que al príncipe de Orange se refiere, cuyo valor y determinación hicieron que cruzara las líneas enemigas. Cuando cayó en la cuenta de su error, con singular presencia de ánimo comenzó a dar órdenes en francés, lengua que hablaba a la perfección. Los soldados franceses, que le confundieron con uno de sus generales, le dijeron que se les había acabado la pólvora. Este dato le animó para sostener el ataque. Al mismo tiempo recibió una lección de prudencia, de modo que tan pronto como pudo volvió donde estaban sus tropas.

Al día siguiente, el príncipe de Orange pensó que lo mejor era marchar en dirección a Quaregnon, una población a menos de una legua de Mons. Allí permaneció varios días, hasta que llegaron de Bruselas los pertrechos necesarios para sus tropas.

De Quaregnon continuamos a Valenciennes, donde acampamos de nuevo a la espera de los pertrechos necesarios para un asedio. En cuanto llegaron, el príncipe dio órdenes de levantar el campamento y avanzó con su ejército para sitiar Ath. Pero, conocedores durante nuestro avance de que el mariscal De Humiers había reforzado su guarnición, marchamos directamente a Oudenaarde, a la que pusimos cerco de inmediato.

El cerco se llevó a cabo con tal eficacia y buena fortuna que al cabo de pocos días estuvimos en condiciones de lanzar un ataque; pero el príncipe de Condé acudió en ayuda de la ciudad y nos lo impidió. El príncipe de Orange, conforme a lo acordado en un consejo de guerra la noche anterior, dispuso sus fuerzas para hacerle frente. Tras un laborioso trabajo de refuerzo de aquellos puntos de nuestras líneas defensivas que la caballería podía atravesar con mayor facilidad, permanecemos en alerta toda la noche. Esperábamos que a la mañana siguiente se uniera a nosotros el general imperial, conde Souches; pero, en lugar de presentarse, alegó varios pretextos insignificantes relativos a lo inapropiado del campo de batalla. Acto seguido, en lugar de reunirse con el príncipe, tomó una ruta diferente. El

príncipe de Orange, con las tropas españolas y holandesas, marchó directamente a Gante. Manifestó públicamente su descontento por las malas artes de Souches, y dijo sin rodeos que había recibido informes de que la noche anterior el general había mantenido una entrevista con un capuchino francés. Souches cayó en desgracia ante su señor el emperador por aquel incidente, y de inmediato fue relevado en su puesto por el conde de Sporck.

A partir de entonces, el príncipe de Orange condujo las tropas a disgusto, hasta que el conde de Monterey le convenció para que depusiera su actitud, por el bien de todos. Aun así, comprendiendo que no había probabilidad de hacer nada más en tanto Souches siguiera al mando, optó por un puesto de mayor acción y peligro. Ordenó que diez mil hombres continuaran avanzando, y él mismo, poco después, se incorporó al sitio de Grave.

Los holandeses habían mantenido el asedio de Grave durante todo el verano, pues era una plaza fortificada que consideraban de la mayor importancia. El príncipe de Orange dejó el principal cuerpo de ejército en Gante al mando del príncipe Waldeck y siguió al destacamento que había formado para sitiar aquella importante plaza, decidido a apoderarse de ella a cualquier precio. Con su llegada, las hostilidades tomaron un nuevo rumbo, y puesto que fueron dirigidas con el mayor empeño e ímpetu, los sitiados se vieron al cabo de poco tiempo obligados a cambiar su orgullosa actitud del verano por otra más acorde con la estación.

Nada más llegar, el príncipe los sometió a un intenso bombardeo de cañones y morteros. Agotado por tan duro castigo, el gobernador, monsieur Chamilly, se avino a capitular al cabo de pocos días. Se intercambiaron prisioneros y se establecieron las condiciones a la mañana siguiente. Conforme a lo acordado, la guarnición salió a tambor batiente y con sus banderas desplegadas dos días más tarde, y fueron conducidos a Charleroi.

Si el príncipe de Orange mostró tanto interés por conquistar Grave fue porque, con su caída, los franceses perdieron todas las asombrosas conquistas que habían hecho en Holanda durante el año anterior. Y aún hubo otro aspecto que hizo que la capitulación cobrara mayor importancia: los franceses, confiados en la gran fortaleza de la plaza, habían almacenado en ella la artillería y las municiones de las que se habían apoderado en el curso de sus otras conquistas en Holanda, y en cuanto el ejército del príncipe de Orange hizo acto de presencia a las puertas de Grave, no pudieron trasladarlas ni llevárselas con unas mínimas condiciones de seguridad.

Apenas el enemigo abandonó la plaza, entró en ella el príncipe, e inmediatamente dispuso que se celebraran actos de acción de gracias por la facilidad de su conquista. En cuanto nombró un gobernador y acuarteló una guarnición suficiente, dio por concluida aquella campaña y regresó a La Haya, donde a poco de llegar cayó enfermo de viruela. La consternación que estremeció a todo el país no es para describir; cualquiera que la hubiese presenciado habría creído que los franceses habían provocado una inundación mayor que la primera. Pero cuando pasó el peligro, la alegría y satisfacción que las gentes sintieron por su restablecimiento fueron igualmente indecibles.

Nuestro ejército no protagonizó episodio alguno digno de mención durante 1675. Los franceses, al mando del duque de Enguien, atacaron Limburgo. Al saberlo el príncipe de Orange, inmediatamente dejó su sólido campamento de Bethlem, en las proximidades de Lovaina, con intención de levantar el asedio. Pero en tanto avanzábamos a marchas forzadas con este propósito, y encontrándonos ya en Roermond, corrió la voz de que Limburgo había capitulado el día anterior. Con lo que el príncipe, tras un breve descanso, dispuso que su

reducido ejército (pues no pasaba de treinta mil hombres) regresara a Brabante. Tras esto, no ocurrió nada importante durante el resto de la campaña.

En 1676, el príncipe de Orange decidió, de acuerdo con los españoles, acometer el decisivo asedio de Maastricht, la única ciudad de Holanda que aún seguía en manos de los franceses. Así pues, a mediados de junio se emprendió el sitio con un contingente de veinte mil hombres, al mando de su alteza el príncipe Waldeck, con el gran ejército actuando como salvaguarda. Pasó algún tiempo antes de que pudiésemos disponer de la artillería pesada, que debía llegarnos por el Mosa desde Holanda. Aquello dio pie a ciertas burlas por parte del gobernador monsieur Calvo, quien recibió cumplida respuesta. Por un mensajero, el gobernador nos hizo llegar sus condolencias, diciendo que sentía que nos hubiésemos visto obligados a empeñar nuestra artillería para comprar pan de munición. Le respondimos que en pocos días confiábamos poder darle a probar las hogazas, y que vería cómo se las hacíamos llegar al interior de la plaza en gran número. Recuerdo otra réplica, que se cruzó pocos días después entre el Rhin-grave y este mismo Calvo. El primero envió a decir que esperaba besar la mano de la esposa del gobernador en la propia plaza antes de tres semanas. Calvo replicó que, si la besaba en parte alguna en menos de tres meses, le daría permiso para que la besara donde quisiera.

Cuando por fin llegó la artillería que durante tanto tiempo habíamos estado esperando, de inmediato las burlas se volvieron veras. Al instante abrimos trincheras hacia el bastión del Delfín, contra el que apuntamos gran número de cañones con el propósito de abrir una brecha. Yo mismo, como oficial en prácticas, fui destinado en dos ocasiones al pelotón que iba en primera línea para cubrir aquel difícil cometido. En breve abrimos la brecha, y puesto que se consideró que era practicable, poco después se dio la orden de ataque.

Se dispuso el orden de batalla: dos sargentos con veinte granaderos, un capitán con cincuenta hombres (entre los que iba yo mismo), después un grupo con sacos de lana [sic], y, tras ellos, dos capitanes con otros cien hombres. Las tropas atrincheradas se hallaban dispuestas para reforzarnos si era preciso.

En cuanto se dio la señal, abandonamos las trincheras. Teníamos que avanzar a la carrera durante unas cien yardas hasta alcanzar la brecha. Trepamos por ella no sin dificultades y sufrimos varias bajas. Todas nuestras baterías abrieron fuego a un tiempo para cubrir el ataque y favorecer nuestro propósito. Cuando ocupamos el bastión, el enemigo disparó contra nosotros con la mayor furia con su artillería ligera, emplazada tras un delgado muro de ladrillo. Entre la artillería y las granadas de mano que lanzaron contra nosotros, nos causaron más bajas que durante el propio ataque.

Pero si nuestra mala fortuna hubiese acabado aquí, nos hubiésemos dado por contentos; porque, como si el fracaso hubiera de seguir forzosamente al éxito, no tardamos en perder cuanto habíamos ganado, por culpa de un percance tan insignificante como aciago. No disponíamos de lanzaderas como las que empleaban nuestros enemigos, y en tanto tratábamos de echar fuera sus granadas de mano, uno de nuestros soldados, al intentar lanzar una por encima del muro al interior de la contraescarpa donde se hallaban nuestros enemigos, lamentablemente falló el intento, y la granada volvió a caer de nuestro lado, cerca del propio soldado. Como corrió para ponerse a salvo, y algunos otros que habían visto caer la granada hicieron otro tanto, quienes no sabían qué era lo que sucedía quedaron repentinamente desconcertados, pues supusieron que corrían un peligro mucho mayor que el que en verdad les amenazaba. Un terror pánico se apoderó de todos, y un miedo real hizo que nadie quisiera ser el último en abandonar el torreón y ponerse a salvo de un peligro

imaginario. Con lo que un baluarte conquistado con gloria fue abandonado con premura; y no sólo eso, sino que sufrimos tantas bajas en la retirada como en el ataque, y el enemigo victorioso recuperó la posición.

Entre quienes perecieron en nuestro bando en el curso de esta acción se encontraba un alférez del regimiento de sir John Fenwick, y como reconocimiento por mis servicios me asignaron su puesto.

Pocos días después, se decidió atacar de nuevo el torreón. Aparte de tres regimientos ingleses y uno escocés que había entonces en el campamento, se formó una unidad para esta nueva tentativa. Los regimientos ingleses estaban a las órdenes de sir John Fenwick (quien fue más tarde decapitado), del coronel Ralph Widdrington y del coronel Ashley; sir Alexander Collier, padre del actual lord Portmore, estaba al mando de los escoceses. Aparte de estos cuatro regimientos se destacaron, como la vez anterior, un capitán, un lugarteniente y un alférez con cincuenta hombres. Dirigió el ataque el capitán Anthony Barnwell (del regimiento de sir John Fenwick), quien era por entonces mi superior.

El ataque comenzó con gran brío al amanecer; y aunque encontramos una dura resistencia, se vio coronado por el éxito que ambicionábamos. Recuperamos el torreón, e hicimos prisionero al oficial que estaba allí al mando, el cual (más mirando por sí que por nosotros) nos dijo que la parte central iba a saltar por los aires de un momento a otro, puesto que había sido minada con este propósito. Pero semejante revelación no sirvió sino para que, como medida de precaución, nos resguardáramos en la medida de lo posible tras los parapetos. En este ataque perdió la vida el capitán Barnwell. Estrené mi reciente ascenso no con una orgía, como con excesiva frecuencia se acostumbra, sino con un balazo que me atravesó la mano, y con la rotura de mi clavícula de resultas del golpe de una alabarda.

Al cabo de una media hora hizo explosión la mina contra la que nos había prevenido el oficial francés. Al mismo tiempo, el enemigo lanzó un furioso ataque. La mina hizo algún daño, aunque no mucho, puesto que estábamos sobre aviso; pero el ataque en modo alguno alcanzó su objetivo, puesto que les obligamos a retroceder y de inmediato ocupamos posiciones que mantuvimos mientras duró el asedio. Pero nuestra sorpresa fue doble cuando, al cabo de pocos días, hicieron estallar una nueva mina cerca de donde habían excavado la primera, o tal vez a una profundidad algo mayor. Cargaron esta mina con tal cantidad de granadas, que causó daños mucho mayores que la anterior. Pese a todo, emplazamos una batería sobre aquel torreón, con la que dimos no pocos quebraderos de cabeza al enemigo.

La brecha para un ataque general resultaba ya casi practicable; pero, antes de que estuviésemos en condiciones de lanzar un ataque con perspectivas de éxito, teníamos que apoderarnos de un fuerte hornabeque. Esta acción se reservó para las tropas holandesas, que hicieron honor a la confianza depositada en ellas. Por dos veces fueron rechazadas, pero al tercer intento tuvieron mayor fortuna y tomaron la posición, en la que resistieron hasta el fin del asedio.

Por entonces se planeó una estratagema que, de tan astuta como era, cualquiera hubiese pensado que no podía sino lograr felizmente su objetivo; pero para poner de manifiesto la vanidad del ingenio humano, por grande que éste sea, fracasó. Frente a Maastricht, en la otra orilla del Mosa, se alza la inexpugnable fortaleza de Wyck, unida a la ciudad por un puente de piedra de seis elegantes arcos. El plan consistía en lanzar un falso ataque contra Wyck para hacer que el grueso de la guarnición de Maastricht acudiese, como era previsible, en su defensa. A fin de poner en práctica aquella astuta emboscada se había

dispuesto una gran barcaza, previamente cargada con barriles de pólvora y otros explosivos, la cual tenía que situarse bajo uno de los arcos en el centro del puente para, una vez amarrada allí, volarlo e impedir así que la guarnición volviera y se enfrentara al verdadero ataque, que en aquel momento lanzaría el grueso del ejército contra Maastricht.

Así pues, emprendimos el falso ataque contra Wyck. Tal como habíamos supuesto, la estrategia hizo que el grueso de la guarnición de Maastricht acudiera en defensa de la fortaleza, y la barcaza con la pólvora inició su descenso por el río conforme a lo planeado. Por desgracia, antes de llegar al puente quedó encallada en un banco de arena, debido a la oscuridad de la noche. Temerosos de que el enemigo diera con ellos, los hombres que iban a bordo huyeron sin más de inmediato. Los franceses encontraron la barcaza a la mañana siguiente, y todo el plan quedó al descubierto.

Una vez fracasado este ardid, comenzaron enseguida los preparativos para un ataque general contra la brecha mayor de cuantas habíamos abierto en la plaza, ya que el príncipe de Orange disponía de informes secretos de absoluta confianza según los cuales el duque de Schomberg, a la cabeza del ejército francés, venía a marchas forzadas en auxilio de Maastricht. Pero antes de que todo estuviera dispuesto para el ataque planeado (aunque no faltó quien dijera que la causa del retraso fue una disputa entre holandeses y españoles sobre la propiedad de la plaza, una vez la hubiésemos ocupado), oímos disparos a cierta distancia en señal de que llegaban socorros; por lo que precipitadamente y, en opinión de la mayoría, de modo vergonzoso, nos retiramos de Maastricht y nos sumamos al gran ejército que mandaba el príncipe Waldeck. La sorpresa fue aún mayor para cuantos estábamos allí al ver que, una vez reunidas las tropas, no manteníamos nuestras posiciones para presentar batalla al enemigo. El bien conocido coraje del príncipe, entonces generalísimo, en modo alguno podía explicar este enigma, que dejó perplejos a cuantos reflexionaron sobre él. En opinión de la mayoría, el motivo fue algún grave desacuerdo entre los españoles y los holandeses. Como demostraron los acontecimientos posteriores, no fue ésta la única desavenencia de semejante naturaleza, motivada por pactos mal concertados.

Además de los soldados que cayeron en esta acción, que no fueron pocos, perdimos entonces al valiente Rhingrave, una persona muy llorada por sus muchos méritos, como hombre y como militar. Entre los ingleses murieron el coronel Ralph Widdrington y el coronel Doleman (que no había disfrutado la comisión de Widdrington ni quince días), el capitán Douglas, el capitán Barnwell y el capitán Lee. Las tropas inglesas, además, soportaron la mayor parte del ataque contra el torreón del Delfín.

Recuerdo que el príncipe de Orange, durante el asedio, recibió un tiro que le atravesó un brazo, lo que sembró de inmediato la alarma en las tropas bajo su mando. Para hacerles ver que no había peligro, se quitó el sombrero con el brazo herido y lo agitó sonriente. Así, tras la más decidida defensa contra los más enérgicos ataques, terminó el asedio de Maastricht; y con él todo cuanto sucedió de importancia en aquella campaña.

A comienzos de la primavera de 1677 el ejército francés, al mando del duque de Orleáns, cercó a un tiempo Cambray y Saint Omer. El príncipe de Orange se mostró preocupado, y fue decididamente partidario de acudir en ayuda de Saint Omer. Por desgracia, la experiencia le había enseñado que serviría de poco tomar en consideración las grandilocuentes iniciativas de los españoles; de modo que reunió cuantas fuerzas pudo, todas a sueldo de los holandeses, y avanzando a marchas forzadas decidió, incluso a riesgo de una batalla, tratar de romper el cerco. En cuanto lo supo el duque de Orleáns, que mandaba el asedio, dejó en Saint Omer los hombres imprescindibles para la defensa de las

Comment [Librodot-5]: Hijo de Luis XIII, el duque de Orleáns (Felipe I de Orleáns, 1640-1701) no tuvo muy buenas relaciones con su hermano Luis XIV y buscó la gloria en la milicia. Tomó parte en las campañas de la guerra de Holanda y en 1693 recibió el mando superior de todas las costas del océano. Se manifestó en contra del testamento del monarca español Carlos II, que dejaba como heredero al duque de Anjou, porque creía tener más derechos por parte de su madre, Ana de Austria, a la Corona española. Murió poco después.

trincheras y salió a su encuentro. El príncipe no tenía más remedio que atravesar con sus tropas una zona pantanosa; y el duque, que lo sabía bien, cuidó de atacarle antes de que la mitad de su reducido ejército la hubiese cruzado, en las proximidades de Mont Cassel. El combate fue muy duro. El príncipe contaba con muchos menos hombres, y sus tropas no podían, por la dificultad del terreno, mantener la formación, de modo que se vio obligado por fin a retirarse, lo que hizo con mucho orden. Recuerdo que las tropas holandesas no cumplieron estrictamente con su deber. El príncipe, al ver a uno de los oficiales holandeses que huía a todo correr, le llamó una y otra vez para que se detuviera; y como el oficial se mostrara demasiado asustado y tardara en obedecer, el príncipe le golpeó con la fusta en el rostro, diciéndole: «La próxima vez te reconoceré por esta cicatriz». Saint Omer capituló poco después de que el príncipe se retirara.

Durante el repliegue, el príncipe acuarteló sus tropas por algún tiempo entre los campesinos, quienes no nos dispensaron su habitual acogida hostil gracias a la estricta disciplina que cuidó de imponer a sus hombres. Aun así, por muy seguros que pudiésemos considerarnos, ocurrió un incidente que hizo que me ratificara en la opinión que casi todos nosotros abrigábamos, relativa a la crueldad de que aquellas gentes eran capaces a la menor ocasión. Había salido a dar un paseo en solitario a cierta distancia de mi acantonamiento, y di con una de sus viviendas. Como las puertas estaban abiertas, me aventuré a entrar. No vi a nadie y, para ser la de unos campesinos, la casa estaba bastante bien dispuesta y en orden. Di voces; al no obtener respuesta, la curiosidad hizo que siguiera algo más adentro. Entonces vi que por la boca del horno, que aún conservaba parte de su calor, asomaba el cadáver de un hombre, tan ennegrecido, tumefacto y abrasado, que no me cupo duda de que había perecido allí mismo. Confieso que la visión me horrorizó; y así como había entrado con decisión y seguridad, salí de allí de prisa y corriendo, y en un estado de ánimo absolutamente opuesto, sin poder considerarme fuera de peligro hasta llegar al campamento. Un hombre prudente no debería lanzar una acusación basada en conjeturas; pero tras hacer algunas averiguaciones, pronto comprendí que tan bárbara conducta no es en absoluto rara entre aquellas gentes, en especial si dan con un extranjero, sea de la nación que sea.

De modo que, cuando levantamos el campamento, me alegré. Pronto recibimos órdenes de avanzar y reforzar Charleroi, ante la que permanecemos alrededor de una semana, para retirarnos a continuación. Recuerdo perfectamente que no fui el único de cuantos allí estábamos que no acertó a comprender los motivos de semejante avance y repliegue. Nunca oí hablar bien de ninguno de los políticos que decidían nuestra estrategia; y pues ha pasado tanto tiempo, prefiero reservarme mi opinión.

Después de esto marchamos hacia Mons. En nuestro avance cruzamos los campos en que tres años antes se había dado la batalla de Seneffe. Con no pequeña satisfacción, crucé de nuevo aquel lugar en el que en otro tiempo tantos peligros había arrostrado, y donde acudían de nuevo a mi imaginación y a mi memoria cuantas reflexiones me hiciera entonces, en un estado de terrible confusión. Joven como era tanto en años como en experiencia, a partir de mis propias consideraciones, y de las opiniones de los demás pienso que, al término de aquella batalla, comprendí con claridad la bien ordenada estrategia del príncipe de Condé y las indecibles dificultades que debió afrontar el príncipe de Orange. Al mismo tiempo, no podía dejar de honrar la memoria de mi primer protector, sir Walter Vane, quien, al perder allí su vida, me dejó errante y solitario, librado al azar del ancho mundo.

Pero pronto estos pensamientos dieron paso a nuevos asuntos que a cada hora se nos

ofrecían en nuestro continuo avance hacia Enghien, lugar célebre por contar con los más bellos jardines de todo Flandes. Acampamos en sus proximidades, en los campos que los franceses ocuparan algunos años atrás durante la batalla de Esteenquerque, a la que me referiré en su momento. Aquí el príncipe de Orange dejó nuestro ejército, tal como después supimos, para pasar a Inglaterra, donde contrajo matrimonio con la princesa **Mary**, hija del duque de York. Tras su marcha, aquella campaña terminó sin ningún otro acontecimiento de importancia.

Comment [Librodot-6]: Se trata de la hija de Jacobo II a la que ya me he referido. Se casó con Guillermo de Orange y accedió al trono inglés tras la Revolución Gloriosa. Aunque murió en 1694, Guillermo III continuó reinando en Inglaterra hasta su muerte, en 1702.

Comment [Librodot-7]: Se refiere a la Paz de Nimega de 1678.

Comenzó el año 1678, famoso por el acuerdo de **paz** y no menos notable por una acción que lo precedió y que ha dado origen a todo tipo de especulaciones, conforme le fue en ella a cada cual. Con el príncipe de Orange al frente, nuestro ejército se encontraba acampado en Soignies. Corrían rumores del acuerdo de paz. Sin embargo, dos días después, el domingo 17 de agosto, se llamó a las tropas; muchos creímos que para organizar las celebraciones [*feux de joie*]. Pero en su lugar vimos que se nos ordenaba marchar hacia St. Dennis, donde se encontraba el duque de Luxemburgo quien, protegido como estaba por unas fortificaciones inexpugnables, se creía fuera de peligro.

Llegamos allí alrededor de las tres, y se dio la orden de ataque. La lucha comenzó con el más vigoroso coraje, que no auguraba sino la posterior victoria. Los tres regimientos ingleses y los tres escoceses, a las órdenes del siempre recordado conde de Ossory, junto con los guardias del príncipe de Orange, atacaron por cierto lugar que llamaban el *chateau*. Allí los franceses trataron de resistir en un huerto, tras las estacas que sostenían las plantas de lúpulo; pero su táctica demostró ser tan endeble como su defensa, y pronto cayeron derrotados en medio de una espantosa carnicería.

Fue allí donde un militar francés tuvo al príncipe encañonado con su pistola; monsieur D'Auverquerque se interpuso y dio muerte al oficial.

La lucha se prolongó desde las tres de la tarde hasta las nueve de la noche; al oscurecer, el duque de Luxemburgo rindió sus fortificaciones, hacia las que nos dirigimos a la mañana siguiente. Y para poner de manifiesto cuánto puede cambiar todo en breve espacio de tiempo, aquel lugar, en el que el día anterior no se veía sino fuego y furia, aparecía al siguiente tranquilo con la proclamación de la paz.

Alrededor de una hora antes de que diera comienzo el ataque, llegó el duque de **Monmouth** y fue cortésmente recibido por el príncipe de Orange, junto al que combatió con valentía durante toda aquella jornada. El arbolado y los desniveles del terreno hicieron casi inútil la caballería. Entre algunos otros prisioneros, vi a un abanderado ricamente vestido de oro y plata, que lucía un sol en el zodiaco con esta orgullosa divisa: *Nihil obstat eunte*. En cuanto tuvieron noticias de esta inesperada victoria, los mandatarios holandeses enviaron sus felicitaciones al príncipe. A monsieur D' Auverquerque, para mostrarle su agradecimiento por haberle salvado la vida al príncipe con tanta valentía, le regalaron una espada con la empuñadura de oro macizo incrustada de diamantes. Olvidé mencionar que este caballero recibió un tiro en la cabeza en la batalla de Seneffe. Ciertamente, en todos los combates, que fueron muchos, se distinguió por su nobleza y valentía. Fue padre del actual conde de Grantham.

Comment [Librodot-8]: El duque de Monmouth, hijo ilegítimo de Carlos II, protagonizó una rebelión en 1685, a la muerte de su padre, para hacerse con el trono de Inglaterra, que fue sofocada rápidamente por Jacobo II, acontecimiento que se recoge en las páginas siguientes de estas *Memorias*.

Comment [Librodot-9]: «Nad a detendrá al que avanza».

Relación de oficiales ingleses que, según mis noticias, murieron en esta acción: lugarteniente coronel Archer, capitán Charleton, capitán Richardson, capitán Fisher, capitán Pemfield, lugarteniente Charleton, lugarteniente Barton, alférez Colville. Con ellos cayeron otros, cuyos nombres no recuerdo.

El lugarteniente coronel Babington, que inició el ataque y expulsó a los franceses del huerto de lúpulo, cayó prisionero. El coronel Hales, que durante mucho tiempo fue gobernador de Chelsea College, y entonces era capitán, recibió un tiro en una pierna, a

consecuencia del cual cojeó toda su vida.

Con la paz de Nimega terminó la guerra, y se dispuso que mi regimiento quedara de guarnición en Grave, donde permanecemos por espacio de casi cuatro años, durante los que nuestros soldados estuvieron ocupados la mayor parte del tiempo en tareas de fortificación. Fue allí, y por esta circunstancia, donde empecé a practicar y aprendí los rudimentos de la ingeniería militar, lo que, andando el tiempo, me resultó de no poca utilidad.

En 1684, nuestro regimiento recibió órdenes de marchar a Herent, cerca de Bruselas, donde, junto con otras fuerzas acampamos hasta que supimos que los franceses habían invadido Luxemburgo, que se había rendido, durante un periodo en que reinaba la paz más absoluta. Levantamos entonces el campamento y marchamos a Malinas. Permanecemos en sus inmediaciones hasta noviembre. No es que hubiese ninguna guerra declarada; pero no sabíamos si, quienes habían emprendido tales acciones hostiles en tiempo de paz, podían estar pensando en ir más allá. En noviembre entramos en Malinas, donde era gobernador el conde de Nivelles. El marqués de Grana administraba por entonces los territorios holandeses bajo jurisdicción española.

No ocurrió después nada importante hasta la muerte del rey Carlos II. El verano siguiente, los tres regimientos ingleses y los tres escoceses recibieron órdenes de volver a Inglaterra a raíz de la rebelión de Monmouth. A nuestra llegada, nos ordenaron acampar en Hounslow-Heath. Pero como la rebelión fue rápidamente sofocada y el rey Jacobo no precisó de nuestros servicios, se decidió que los regimientos regresaran a Holanda, al servicio de quienes los pagaban.

No soy ningún fanático de la doctrina de la predestinación, pero no me cabe duda de que la providencia existe. La providencia hizo que mi lógico deseo de servir a mi propio país prevaleciera en mí para que dejara el servicio de otro, por más que fuese vecino y aliado. No siempre los acontecimientos han de guiar nuestros pasos; y por lo tanto, no me preguntaré si hice lo mejor al seguir mis impulsos, ni volveré sobre este asunto.

Poco después de mi llegada a Inglaterra, recibí una comisión del rey Carlos para desempeñar el empleo de lugarteniente en un regimiento recién formado al mando del coronel Tufton, hermano del conde de Thanet. Con este grado pasé dos tranquilas campañas en Hounslow-Heath. Allí asistí a un simulacro de cerco de Buda [¿?]. Nuestro regimiento fue destinado más tarde a Berwick, donde permanecí hasta la revolución.

Tras la renuncia al trono del rey Jacobo, y una vez que el príncipe de Orange aceptó el poder, se dispuso que todas las comisiones fuesen renovadas en su nombre. A excepción de unos pocos (entre ellos mi coronel, quien rehusó un acuerdo, y su puesto fue encomendado a sir James Lesley), los oficiales de distintos regimientos, entre ellos el nuestro, renunciaron a título personal a las suyas.

A continuación, el príncipe de Orange y su esposa fueron reconocidos y proclamados reyes, con un poder conjunto. Poco después, nuestro regimiento fue destinado a Escocia, donde la situación había tomado un cariz problemático. Quedamos acuartelados en Leith hasta la rendición de la fortaleza de Edimburgo, entonces bajo el mando del duque de Gordon. Después de aquello, obedeciendo nuevas órdenes, pasamos a Inverness, un lugar poco defendible y de escaso atractivo, aunque creo que puedo decir, sin temor alguno a exagerar, que la mayor parte de las ciudades de aquel país no son más agradables. Permanecemos allí dos largos inviernos, hostigados de continuo por partidas y dando caza a algo peor que las bestias más montaraces, esto es, a los *highlanders*. No corrían tanto, pero era igualmente difícil dar con ellos.

Comment [Librodot-10]: La Paz de Nimega (1678) ponía fin a la guerra iniciada por Luis XIV en 1672 con la invasión de los Países Bajos españoles y de las Provincias Unidas, como se conocía a Holanda en esta época. Las Provincias Unidas mantuvieron su integridad territorial, pero España fue la gran sacrificada pues perdió el Franco Condado.

Comment [Librodot-11]: Año de la firma de la Tregua de Ratisbona que marca el cénit de la política expansionista de Luis XIV. España tuvo que ceder Luxemburgo y otras plazas en los Países Bajos españoles.

Comment [Librodot-12]: Hijo de Carlos I Estuardo ejecutado durante la primera revolución inglesa (1648), con su reinado, tras la muerte de Cromwell, se inicia el periodo que se conoce en la historia inglesa como el de la Restauración (1660-1685). A partir de 1668, Carlos II, inició una política más personal caracterizada por la alianza con Francia, a la que tuvo que renunciar por la presión del Parlamento que le obligó a hacer la paz con los holandeses en 1674.

Comment [Librodot-13]: Se trata de la incruenta Segunda Revolución o Revolución Gloriosa de 1688-89 por la que Jacobo II renunció al trono y fueron nombrados reyes de Inglaterra y Escocia su hija Mary y Guillermo de Orange.

Comment [Librodot-14]: De la familia Orange-Nassau (1650-1702), estatúder de las Provincias Unidas, el príncipe Guillermo se hizo con el control político de la República tras la revolución que acabó con Jan de Witt en 1672. Guillermo de Orange encabezó las distintas coaliciones que se formaron para frenar las ambiciones expansionistas de Luis XIV. Casado con María, hija de Jacobo II de Inglaterra, fue llamado por el Parlamento inglés para liderar la Segunda Revolución también llamada Gloriosa, convirtiéndose en rey de Inglaterra desde 1689.

El general Mackay recibió el encargo de levantar un fuerte en Inverlochy, y nuestro regimiento, junto con otros dos, fue destinado a esta tarea. Los otros dos regimientos, con unos pocos dragones, estaban ya de camino, y una vez que nos reunimos con ellos cruzamos juntos Louquebar. Sin duda Louquebar es la región más agreste de las tierras altas, si no del mundo. No vi una sola casa en todo el camino; y su economía, si puedo llamarla así, no difiere de la de los árabes o los tártaros. Sus habitantes viven en chozas, o en cabañas que levantan con ramas y desechos, en las que permanecen hasta que su ganado ha acabado con los pastos; entonces se trasladan, y se detienen allí donde la necesidad les obliga a hacerlo.

Durante esta marcha, o mejor, si me lo permitís, ingrata peregrinación, rara vez pudimos avanzar de dos en fondo; las más de las veces nos vimos obligados a hacerlo como los gansos, en fila, uno tras otro. De modo que nuestro reducido ejército se extendía a veces, o más bien casi siempre, a lo largo de muchas millas. Los *highlanders* nos disparaban desde las alturas continuamente. Nuestros hombres no podían, o podían muy rara vez, responder a sus ataques con garantías de éxito, puesto que, como siempre caían sobre nosotros por sorpresa, nunca los teníamos a la vista durante el tiempo suficiente como para que los soldados pudieran apuntar, ni menos aún disparar. Para los *highlanders*, aquellas cumbres eran su ambiente natural; habría resultado tan peligroso que nuestras tropas se aventuraran por ellas, que lo dimos por imposible. Pese a todas estas dificultades, que nos desmoralizaban, llegamos a Inverlochy y cumplimos la misión que nos habían encomendado, pues levantamos un fuerte allí donde Cromwell ya edificara uno tiempo atrás. Y lo que fue no poco digno de notar, tuvimos con nosotros a un tal Hill, un coronel que había sido gobernador en tiempos de Oliver [Cromwell], y a quien el general Mackay nombró de nuevo para el puesto. Una vez cumplida nuestra misión, regresamos siguiendo la ruta de Gillycranky, donde se había librado el año anterior aquella memorable batalla a las órdenes de Dundee.

Comment [Librodot-15]: Cromwell fue uno de los personajes más destacados de la Primera Revolución inglesa que logró organizar el ejército parlamentario que venció a Carlos I Estuardo y hacerse con el control político del proceso revolucionario. Nombrado lord Protector en 1653, Cromwell gobernó Inglaterra hasta su muerte en 1658

Algún tiempo después, sir Thomas Levingston, después conde de Tiviot, recibió informes secretos de que los *highlanders* se proponían atacar las tierras bajas en gran número. Reunió una partida de alrededor de quinientos hombres (los dragones, conocidos como los *scotch greys*, inclusive), con los que decidió hacerles frente si hallaba ocasión. Dejamos Inverness el último día de abril, y acampamos cerca de una pequeña localidad llamada Forrest. Según una vieja tradición, fue allí donde las brujas se encontraron con Macbeth y le comunicaron sus diabólicos vaticinios; pero esta historia la ha referido tan bien el inmortal Shakespeare en una pieza teatral, que no es necesario que descienda yo aquí a más pormenores.

En Forrest, los espías de sir Thomas le comunicaron que los *highlanders* estaban acampados a orillas del Spey, cerca de las tierras del castillo de Grant. Salimos hacia allí alrededor de mediodía y alcanzamos el Spey al día siguiente, poco antes de amanecer. No tardamos en dar con los *highlanders*, por las hogueras que habían encendido. En vista de lo cual, sir Thomas nos ordenó que de inmediato vadeáramos el río y cayésemos sobre ellos tan pronto como estuviésemos preparados. Hicimos ambas cosas con tan buen orden, cautela y fortuna, que Cannon y Balfour, los jefes de los *highlanders*, se vieron obligados a huir desnudos.

Los *highlanders* eran unos mil, y perecieron alrededor de trescientos; fuimos tras ellos hasta Crowdale Hill, donde los perdimos entre la niebla. Es una montaña tan alta, que quienes la conocían bien me aseguraron que siempre está coronada por una espesa niebla. Y a mí, en aquel momento, más que tropas en fuga, me pareció que los *highlanders* eran gentes a las que las nubes recibían en su seno.

Había en las inmediaciones un viejo castillo, que llamaban de Lethendy, en cuyo

interior buscaron refugio unos cincuenta *highlanders*, los más de ellos caballeros, decididos a resistir hasta la muerte. Sir Thomas les envió un emisario con una oferta de gracia si se rendían: pero la rehusaron, y abrieron fuego contra nuestros soldados. Mataron a dos granaderos e hirieron a otro. Yo había aprendido en Grove a lanzar granadas. Metí tres o cuatro en una bolsa y bajé arrastrándome junto a una zanja o canal hasta una vieja casa situada cerca del castillo, imaginando que allí estaría a la distancia adecuada para lanzarlas de forma que resultaran efectivas, como así ocurrió. El castillo carecía de techumbre. Arrojé una granada que de inmediato sembró la confusión entre el enemigo. No tuvo tanto éxito la segunda, que se quedó corta. La tercera hizo explosión apenas la lancé, aunque no resulté herido. Pero cuando tiré la cuarta por el hueco de una ventana, el desconcierto que ya había sembrado la primera subió de punto, con lo que inmediatamente dieron voces para que me aproximara, bajo palabra de que no me harían daño.

Me llegué por tanto hasta la puerta, que habían bloqueado con una barricada y asegurado con grandes bloques de piedra: me dijeron que estaban dispuestos a rendirse, a condición de que se les perdonara la vida. Le llevé el mensaje a sir Thomas. Se encontraba en compañía de un numeroso grupo de escoceses aliados nuestros. Cuando le di cuenta de lo que había hecho, las consecuencias que se habían seguido, y el mensaje que me habían pedido que transmitiera, sir Thomas, en alta voz y en rotundo escocés, para mejor ser oído y entendido, me ordenó que regresara y les dijese «que iba a hacerles pedazos, por haber dado muerte a dos de sus granaderos después de haberles ofrecido cuartel».

Iba yo de regreso con tan sombrías novedades cuando sir Thomas, que había venido tras de mí hasta que ambos estuvimos a cierta distancia del resto de la compañía, me dijo: «Escuchad, señor: creo que hay entre esos *highlanders* algunos viejos conocidos nuestros» [se refería a que habían hecho con nosotros la campaña de Flandes]; «decidles, por tanto, que les perdonaré la vida». De buena gana llevé de vuelta aquel mensaje, más acorde con mis sentimientos. Cuando se lo comuniqué, echaron abajo la barricada sin la menor vacilación y salió un tal Brody, quien me dijo que la explosión de una de mis granadas le había arrancado parte de la nariz. Lo conduje a presencia de sir Thomas, quien confirmó mi mensaje, y todos salieron y se entregaron. Esto sucedió en la mañana del primero de mayo, por lo que nos pusimos ramas en los sombreros y regresamos a Inverness con nuestros prisioneros. Los *highlanders* se mostraron más cautos después de aquella derrota.

A raíz de este episodio, sir Thomas remitió a la corte un informe completo de cuanto había sucedido. En él tuvo a bien mencionar de forma detallada mi comportamiento. Poco después fui ascendido, y me destinaron a una compañía en el regimiento que mandaba el brigadier Tiffin.

En cuanto mi nombramiento estuvo firmado y me lo comunicaron, salí inmediatamente para Portsmouth, donde estaba de guarnición el regimiento. Pocos días después, llegó el almirante Russel con la flota y ancló en Santa Elena, donde permaneció alrededor de una semana. La flota al completo se hizo a la mar el 18 de mayo. Me encontraba haciendo la ronda muy temprano, pues aquel día me correspondía montar la guardia principal, cuando oí fuertes cañonazos en el mar. De inmediato acudí a informar al gobernador y le dije que, en mi opinión, las dos escuadras habían entrado en combate, como así había sucedido. Aquella misma noche llegó una lancha de nuestra flota con noticias de que el almirante Russel se había enfrentado al almirante francés Turville y de que, al cabo de una larga y dura batalla, iba tras él rumbo a la costa de Francia.

Al día siguiente, al atardecer, llegaron varias lanchas seguidas, todas con idénticas

Comment [Librodot-16]: En 1688 había empezado la guerra de la Liga de Augsburgo. Francia se enfrentó a una nueva coalición europea liderada por Guillermo de Orange, en la que ahora participaba abiertamente Inglaterra junto a las Provincias Unidas, España y el emperador. Defoe narra el desarrollo de la guerra en los Países Bajos, escenario en el que luchó el ahora rey Guillermo III.

noticias sobre la derrota de la flota francesa y con detalles sobre el incendio del *Rising Sun*, junto con muchos otros de los buques de guerra franceses, en La Hogue. mr. Gibson, nuestro gobernador, informó de todo inmediatamente a la corte.

Unos dos meses después, se dispuso que varios regimientos, entre ellos el nuestro, embarcaran para una expedición secreta a las órdenes del duque de Leinster, sin que nadie, ni siquiera el propio duque, supiera hacia dónde nos dirigíamos o con qué propósito. Cuando estuvimos en alta mar, el general, conforme a las instrucciones que había recibido, abrió sus órdenes, con lo que inmediatamente salimos de dudas y supimos que nuestro objetivo era Dunquerque. Pero lo que era un secreto tan grande para cuantos formábamos parte de la expedición había llegado a oídos de una mujer en tierra, y el enemigo no tardó en saberlo; de modo que nuestras instrucciones fueron revocadas antes de que llegáramos a Dunquerque, y recibimos órdenes de atracar en Ostende.

Poco después se libró la memorable batalla de Esteenquerque. Como muy pocos por entonces comprendieron las razones de la misma, y las falsas noticias pasaron por verdaderas, me referiré a ella con algo más de detalle. La batalla fue dura; en opinión de muchos, más dura que prudente, contra un adversario que estaba sobre aviso. Los franceses se habían apoderado de Namur pese a que nuestras tropas eran muy superiores, tal como afirmaban los descontentos. No se había previsto ninguna ofensiva importante por tierra, y la polémica había tomado un cariz tan peligroso, animada por secretas y maliciosas intenciones, que el propio rey Guillermo se vio en la necesidad de salir al paso de las habladurías del pueblo. Él sabía muy bien (por más que lo negara en el Senado) que sus fuerzas en el asedio de Namur habían sido superiores a las del enemigo. Nadie podía lamentar más que él la inundación del Mehaigne, a consecuencia de las continuas lluvias, con lo que quedó inservible la defensa que había diseñado para aquel importante enclave. Puesto que sus detractores recurrieron a todas aquellas falsedades para insinuar que no tenía intención de acabar con la guerra, resolvió demostrarles su error y hacerles ver que no le importaba arriesgar su vida con tal de alcanzar la tan deseada victoria.

Con este fin, habiéndole informado sus espías de que el duque de Luxemburgo se hallaba fuertemente acantonado en Esteenquerque, cerca de Enghien, y aunque era consciente de que debía cruzar varios desfiladeros para enfrentarse a él, y de que la abundante vegetación del terreno que mediaba entre uno y otro ejército le causaría no pocas dificultades, decidió presentar batalla allí. Nuestras tropas se vieron obligadas a talar los árboles para que pudieran pasar los caballos; y no hubo dificultad que hubiesen imaginado que no viesan confirmada por la experiencia. Aun así, la fortuna estuvo de nuestro lado en los primeros momentos, y nuestras tropas se apoderaron de varias piezas de artillería del enemigo. Pero, conforme seguían avanzando y el terreno iba haciéndose más difícil, tan tortuoso que al ejército le resultaba imposible marchar en formación, las tropas de la retaguardia no podían acudir a tiempo en socorro de quienes combatían y, para poder replegarnos, nos vimos obligados a abandonar la artillería que habíamos capturado. Los franceses habían perdido toda su moral en el enfrentamiento, puesto que, aunque dispusieron de una excelente oportunidad, no hicieron nada para aprovecharla, o al menos lo hicieron sin entusiasmo. De todas maneras, recuerdo que cesaron las protestas de los disconformes; y puesto que aquella guerra no se libraba a sus expensas, como genuinos ingleses que eran se daban por satisfechos, ya resultáramos vencedores o vencidos.

Varias causas recuerdo que se apuntaron para este desastre, pues como tal fue considerado. No faltaron quienes les echaran la culpa a los holandeses, apoyándose en el comentario de uno de sus generales, el cual, al ordenársele que acudiera en ayuda de un

grupo de ingleses y escoceses que se encontraban en situación apurada, cuentan que dijo: «Que se vayan al infierno. ¿No les gusta tanto pelear? ¡Pues que peleen hasta que se harten!» Pero yo más bien atribuyo la derrota a que, durante las primeras escaramuzas, perdimos a muchos de nuestros valientes oficiales. Cayeron el general Mackay, el coronel Lanier, el conde de Angus, con sus oficiales de campo, sir Robert Douglas y el coronel Hodges, así como otros muchos, lo que bastó para sembrar la confusión en gran parte del ejército. Concretamente, recuerdo una acción de sir Douglas, que creo que sería imperdonable pasar por alto: al ver su estandarte en manos del enemigo tras unos matorrales, saltó sobre ellos, dio muerte al oficial que lo llevaba y lo trajo de vuelta hasta su compañía a través de la maleza; así fue como recuperó su bandera a riesgo de su vida. Aquel comandante escocés hizo más que el general romano; pues si el valeroso Postumio llevó su enseña hasta el centro del ejército contrario para que sus tropas acudieran a rescatarla, Douglas recuperó la suya enfrentándose a sus adversarios sin ayuda alguna y, tras arrebatársela valientemente de manos del enemigo, se la entregó a sus soldados para que la defendieran.

Nuestro regimiento recibió después órdenes de marchar hacia Dixmude, donde permanecimos algún tiempo ocupados en la fortificación de aquella plaza. Estando allí, me encontraba observando con atención cierta mañana varios patos que nadaban en una gran laguna cuando de repente, hallándose todo en perfecta calma, quedé totalmente confuso al observar en las aguas una extraña y violenta agitación. Al mismo tiempo, me acometió un vértigo tal, que durante un minuto o dos permanecí casi sin conocimiento, y a duras penas pude mantenerme en pie. Nunca antes había experimentado los efectos de un terremoto, pues de eso se trataba, conforme me dijeron después. El terremoto dejó además señales evidentes de su fuerza en una gran grieta en el muro de la catedral, la cual puede verse aún hoy.

Habiendo dado fin aceptablemente a las fortificaciones planeadas, recibimos orden de embarcar de nuevo rumbo a Inglaterra. A nuestra llegada, nos esperaban instrucciones para que continuásemos hasta Ipswich, donde permanecimos acuartelados todo aquel invierno. De allí nos ordenaron pasar a Londres, para prestar servicio en la torre. A poco de mi llegada se produjo cierto incidente. Hay quienes dicen que la divina providencia es inexplicable; pero sólo ella puede explicar lo que sucedió.

Había por entonces, conforme me aseguró el alcaide milord Lucas, más de veinte mil barriles de pólvora en la llamada *torre blanca*. De forma inesperada, el piso se arqueó por su parte central, cedió y se desplomó sobre los barriles de pólvora que allí había, junto con otros muchos llenos de materiales inflamables almacenados sobre ellos. Fue un accidente del que, sorprendentemente, apenas se habló entonces, y del que rara vez se ha hecho mención después; pero dejó a cualquier persona sensata que considere lo que pudiera haber ocurrido de haberse producido una explosión. Tal vez Londres hubiese quedado en ruinas, o al menos, el puente y sus inmediaciones. Quien se pare a pensar con detenimiento por qué o cómo, en aquel inesperado siniestro, ni un solo clavo, ni

una sola pieza metálica de tan enorme masa hizo saltar la más mínima chispa que prendiera fuego a semejante concentración de material inflamable, y no acierte a ver en ello la mano de la providencia, temo que se encuentre en dificultades a la hora de explicar lo que ocurrió a cuantos puedan prestarle oídos. Estando nuestro regimiento en la torre se libró la batalla de Landen, y no tardaron en trasladarnos de aquel apacible destino a otro más activo en Flandes, con gran satisfacción por nuestra parte.

Pese a la aciaga batalla librada el año anterior, esto es, el año del Señor de 1694, las armas confederadas, a las órdenes del rey Guillermo, seguían acampadas en Mont St. André, un lugar abierto y poco defendible. Entretanto, los franceses permanecían sólidamente atrincherados en Vignamont, a escasa distancia de nuestras tropas. Puesto que los ejércitos confederados, habían sufrido un duro castigo en la batalla de Landen, los políticos no se ponían de acuerdo sobre la conveniencia de tentar la suerte y afrontar un nuevo encuentro. Tan prudentes objetores no contaban con el bien conocido coraje de aquel valiente príncipe, y eran igualmente incapaces de comprender sus planes. El enemigo, inclinado a la prudencia por el recuerdo de las adversidades sufridas, estaba decidido a tomar ambas cosas en cuenta, y no salió de las trincheras; de modo que, tras no pocos intentos, el rey Guillermo comprendió que no podía arrastrarlos a una batalla, se retiró cuando nadie lo esperaba, y se encaminó directamente a Pont Espiers, haciendo largas jornadas de marcha, con la intención de romper las líneas francesas en aquel punto.

Pero, pese a que nuestras tropas siguieron la ruta más corta, con gran sorpresa por nuestra parte pudimos comprobar que el enemigo ya había tomado posiciones en Pont Espiers. Se la conoce como *la larga marcha*, y el nombre le viene muy a propósito; porque, aunque nuestro ejército avanzó en línea recta y nuestros enemigos siguieron una ruta mástortuosa, como eran conscientes de la importancia del enclave y de la necesidad de defenderlo, se nos adelantaron y nos ganaron por la mano, avanzando a marchas forzadas, dejando atrás en sus cuarteles a los más débiles y enfermos, y cubriendo las bajas con tropas de reserva; si bien hay que decir que por el camino perdieron tantos hombres y caballos como en una batalla. Su señor, el rey francés, se mostró tan complacido por su infatigable y perspicaz diligencia, que dirigió una carta escrita de su propia mano a los oficiales por el extraordinario celo y cuidado que habían demostrado para evitar que el ejército confederado penetrara en la zona francesa de Flandes.

Fracasado aquel noble propósito, el rey Guillermo dio órdenes de inmediato para que todo su ejército avanzara por la ruta de Oudenaarde y acampara en Rofendale. Tras una corta estancia en aquel campamento, fuimos trasladados a Camerlins, entre Nieuwpoort y Ostende. Allí sentamos una vez más nuestros cuarteles de invierno entre los campesinos.

Corría el año 1695 cuando el conde de Athlone atacó la inexpugnable fortaleza de Namur, que los franceses habían tomado en 1692 y reforzado considerablemente desde entonces. Al cabo de numerosos y enérgicos ataques, con abundantes bajas, la ciudad fue conquistada y la guarnición se replegó al castillo. Poco después, pese a la atenta vigilancia de los sitiadores, el mariscal Boufflers dio con el modo de escapar en unión de varios dragones.

En tanto el rey Guillermo se encontraba pendiente de aquel glorioso y trascendental asedio, el príncipe Vaudemont tomó posiciones en Watergaem con alrededor de cincuenta batallones y otros tantos escuadrones, y el mariscal Villeroy trazó un plan para atacarle al frente del grueso del ejército francés. El príncipe adivinó sus intenciones, y en consecuencia tomó las medidas oportunas. Dispuso que fortificásemos nuestro campamento, en la medida en que nos lo permitiese el poco tiempo de que disponíamos. Cumplimos sus órdenes; no obstante, debo reconocer que no alcancé a comprender por qué debíamos mantenernos durante tanto tiempo al alcance de un ejército tan superior a nosotros. En total, el príncipe apenas contaba con treinta mil hombres, y era cosa sabida que Villeroy alardeaba de que disponía de cien mil aptos para el servicio. El príncipe, como medida de precaución, envió todos nuestros pertrechos aquella misma mañana a Gante, e incluso maniobró como si se aprestara a resistir hasta la muerte tras nuestras endebles defensas. Por su parte, el enemigo

comenzó a rodearnos. Mientras maniobraban con este propósito, iban haciendo estallar pequeñas cargas de pólvora para avisar de un modo rápido de los progresos que hacían. A otro capitán y a mí nos situaron en el flanco derecho, al mando de cien hombres. Allí me encontré con que monsieur Montal trataba de cercarnos. Pude apreciar sin dificultad que habían hecho tales progresos en su propósito de rodearnos, que habían formado en tomo a nosotros una auténtica herradura. Con esto, tanto me concentré en vigilar los avances del enemigo, que en ningún momento me preocupé de lo que mis compañeros hacían a mis espaldas. Al cabo de cierto tiempo, me encontré con que habían ido retrocediendo tan astuta y silenciosamente por la estrecha boca de la herradura, que, cuando el enemigo imaginaba que ya no teníamos posibilidad de escapar, nuestro reducido ejército estaba listo para desaparecer todo él de improviso. El camino a Gante cruzaba un gran bosque situado a la derecha de nuestra posición. La anchura de este camino permite transitar por él, como mucho, de cuatro en fondo. El príncipe había evacuado sus tropas por allí, a excepción del mínimo destacamento que mandábamos el otro capitán y yo. Nos había dejado atrás a propósito para que cubriésemos la retaguardia. No nos movimos hasta que el capitán Collier, entonces ayuda de campo de su hermano, hoy conde de Portmore, apareció con la orden de que nos replegáramos.

Cuando Villeroy advirtió que nos habíamos retirado quedó muy sorprendido, pues lo había tenido por imposible. De todas formas, cuando finalmente se persuadió de que era cierto, dio órdenes de atacar nuestra retaguardia; pero nosotros retrocedimos, disparando sin tregua de zanja en zanja y de parapeto en parapeto, hasta la caída de la noche. Así fue como nuestro pequeño ejército se vio a salvo de su descomunal enemigo con muy escasas pérdidas. Los franceses, conforme a su estilo habitual, dieron salida a su frustración y resentimiento con duras represalias contra los habitantes de la región. El príncipe Vaudemont alcanzó gracias a esta retirada una gloria mayor que la que pudiera haberle proporcionado una completa victoria; y si de algo en mi vida estoy orgulloso es de que, bajo su mando, me correspondiera el honor de cubrir la retaguardia durante la gloriosa retirada de Arfeel.

Como represalia por este ardid estratégico del príncipe de Vaudemont, y para obligar, si era posible, al rey Guillermo a levantar el sitio de Namur, Villeroy decidió bombardear Bruselas. Con este propósito acampó en Anderlecht, y se aproximó a la ciudad hasta una distancia conveniente. Allí decidió emplazar treinta morteros y asentó una batería de diez cañones para lanzar obuses incendiarios contra el recinto.

Pero antes de que cualquiera de tales armas abriese fuego, Villeroy, en deferencia al duque de Baviera, le envió un mensajero a fin de averiguar en qué parte de la ciudad se proponía instalarse su alteza para, en la medida de lo posible, apuntar su artillería a otras zonas y evitar incomodarle. Se le contestó que el duque se encontraba en su residencia habitual, esto es, en el palacio, y por consiguiente, las andanadas de los cañones y morteros causaron pocos estragos en aquella zona.

El bombardeo se prolongó durante cinco días, con tal intensidad que el centro de aquella noble urbe quedó por completo reducido a escombros. Permanecí en la contraescarpa durante la mayor parte del ataque. Desde allí pude observar perfectamente cuanto ocurrió, y no pocas veces conté en el aire más de veinte bombas a un tiempo, puesto que sus morteros disparaban andanadas cerradas, todos a la vez. Aquel terrible bombardeo sumió a los habitantes de Bruselas en la más absoluta confusión. Grupos numerosos de monjas, que jamás habían salido de sus conventos durante años, vagaban en busca de algún refugio. En pocas palabras: los parques y las zonas de las afueras se hallaban repletos, y las más espaciosas avenidas apenas contaban con espectador alguno que hubiese quedado allí para ver sus ruinas. Lo único digno de ver era la diligencia con que los nuestros trataban de

apagar los incendios, pues, allí donde caían las bombas incendiarias y provocaban nuevos fuegos, tanto los burgueses como el pueblo llano permanecían atónitos, plantados con las manos en los bolsillos en tanto veían cómo sus casas iban consumiéndose poco a poco, y sin que se brindaran a prestar ayuda alguna, ni por caridad ni por sensatez.

Después de que casi redujera a escombros aquella en otro tiempo hermosa ciudad, Villeroy, viendo que su devastador ataque contra Bruselas no conseguía poner fin al asedio de Namur, levantó el campo al fin y comenzó a maniobrar, para ver si tenía mejor suerte dejándose ver con su ejército de cien mil hombres. El príncipe Vaudemont se enteró a tiempo por sus agentes de la resolución del duque y de sus movimientos, y trató de llegar a Namur antes que él. Tendió una trampa a los espías del enemigo: hizo como que acampaba, y apenas los espías se alejaron dio orden de partir a marchas forzadas. El intento no fue en vano. Aunque no sin grandes esfuerzos y considerables dificultades, por fortuna logró su propósito.

La fortaleza de Namur había permanecido entretanto sometida al fuego artillero de los sitiadores; y poco después de la llegada de nuestro exiguo ejército a las órdenes del príncipe, se consiguió abrir una brecha que se juzgó practicable en la *terra nova*. Como su nombre indica, la *terra nova* era una construcción de nueva planta que los franceses habían añadido a las fortificaciones tras capturar la posición en 1692, y que había reforzado la solidez del conjunto. Así pues, abierta la brecha en la *terra nova*, el consejo de guerra decidió atacar. Cuatro regimientos completos, junto con varios destacamentos formados a partir de distintas unidades, fueron dispuestos para esta misión, estando yo al mando de la unidad formada con el regimiento del coronel Tiffin. Debíamos agruparnos en la abadía de Salsines, al mando de lord Cutts, y habíamos convenido que la señal de ataque sería la explosión de una carga de pólvora en el puente de barcas que cruzaba el Sambre.

Tan pronto como se dio la señal, nos abalanzamos contra la brecha con gallardía, soportando durante nuestro avance las andanadas del fuerte de Cohorn. Pero tan pronto iniciamos la escalada, vimos que la brecha formaba una fuerte pendiente llena de obstáculos. Pese a todo, unos cuantos lograron subir y cruzar al otro lado; pero quedaron aislados del resto y cayeron prisioneros. Además, Milord Cutts resultó herido después de haber hecho cuanto pudo por nosotros. Con lo que nos vimos obligados a retirarnos con numerosas bajas.

Entretanto, Villeroy había permanecido a la expectativa con su ejército de cien mil hombres, sin hacer el menor intento de hostigarnos; la ayuda que prestó a los sitiados consistió en dejarse ver y en espiar nuestro campamento. Por último, viendo, o suponiendo, que el ataque no iba a tener consecuencias, con la mayor cortesía imaginable se llevó consigo durante la noche aquellos terribles nubarrones y libró a nuestros pobres caballos de alimentarse de hojas, único inconveniente que nos causó.

Puesto que la marcha de Villeroy dejó a la guarnición sin esperanza alguna de recibir ayuda, los del castillo capitularon de inmediato. Pero cuando abrieron una de las puertas conforme a lo pactado, y salieron el conde de Guiscard a la cabeza de la guarnición y Bouflers al frente de los dragones, este último fue arrestado por orden del rey Guillermo, como represalia por lo ocurrido con la guarnición de Dixmude (a la que habían hecho misionera, vulnerando los convenios de guerra) y quedó bajo arresto hasta que lo pusieron en libertad.

A principios de 1696 se descubrió una conjura que habría llenado de indignación aun a

los hotentotes y a los bárbaros, y que tan sólo podía proceder del infierno o de Roma. Recibió el nombre de *conjura del crimen* por su propósito, que consistía en dar muerte al rey Guillermo poco antes de que abandonara Inglaterra para ponerse al frente del ejército confederado en Flandes, conforme tenía por costumbre. Nada podía enaltecer más la figura del rey, que una conjura tan inicua, ni contribuir entre las personas sensatas en mayor medida a desprestigiar la causa de sus enloquecidos enemigos. Creo haber leído que los hijos de la antigua Roma, aunque paganos, se comportaron de modo bien distinto con sus enemigos. Sus historiadores recogen abundantes ejemplos de las generosas intimaciones que dirigían a reyes y generales en plenas hostilidades, con sus vidas amenazadas por bárbaros designios. Me referiré a este suceso, que protagonizó un grupo de compatriotas nuestros.

Poco después de que los propios implicados en aquel inhumano designio abortaran la conjura, el regimiento en el que yo servía, con algunos otros que se encontraban entonces en Flandes, recibió instrucciones de embarcar para Inglaterra con todos sus pertrechos. Sin embargo, al llegar a Gravesend recibimos la orden de que las tropas aguardaran a bordo de los buques de transporte.

A mi llegada a Londres, pocos días más tarde, me enteré de que sólo iban a desembarcar dos regimientos, y que el resto iba a ser enviado de nuevo a Flandes, puesto que el peligro había pasado. La noticia me llegó estando en White Hall, a donde había ido para ver a milord Cutts (quien desde el combate de la *terra nova* en Namur me había distinguido con su favor). Milord Cutts me recibió del modo más cordial; cuando ya nos despedíamos me dijo que quería verme sin falta a la mañana siguiente en su casa, pues tenía algo muy importante que comunicarme.

A la hora convenida, me encontraba esperando a su señoría cuando apareció mr. Steel (por entonces secretario de milord Cutts, y ahora sir Richard), quien de inmediato me hizo pasar. Había allí tres caballeros. Tras las cortesías de rigor, su señoría puso en mis manos una orden del rey refrendada por el Consejo para que acompañara al capitán Porter, a mr. de la Rue y a mr. George Harris a investigar cuantos medios de transporte hubiese en Gravesend, con el fin de evitar que cualquiera de los conspiradores pudiese escapar por allí de Inglaterra. Respondí que estaba dispuesto a obedecer y a recibir en privado las demás instrucciones necesarias, con lo que nos despedimos y poco después embarcamos para Gravesend. Durante la travesía me enteré de que todos ellos habían formado parte de la conspiración, pero que ahora se habían arrepentido y estaban dispuestos a testificar.

Al llegar a Gravesend mostré mis credenciales al oficial que estaba al mando, quien las aceptó de inmediato y se mostró dispuesto a colaborar; pero como, después de investigar con todo cuidado, no dimos con nada de lo que andábamos buscando, aquella misma noche regresamos a Londres.

Al día siguiente debía hacerse pública una orden de detención contra tres de los cuatro caballeros enviados por el rey Jacobo, con la promesa de mil libras de recompensa por cada uno. mr. George Harris era el cuarto, y no había más testigo que él en contra de los otros tres. Tan pronto como llegamos de Gravesend, Harris se enteró en secreto de que

Cassells, uno de los tres, estaba con mr. Allens en el Savoy, donde se había registrado con el nombre de Green. Harris acudió allí de inmediato, y cuando preguntamos por mr. Green nos dijeron que se alojaba allí y que se encontraba en su habitación.

Las órdenes que había recibido me obligaban a ir con ellos; y fue una suerte que yo estuviese allí, puesto que, a la vista de la recompensa ofrecida en la orden de detención (que, como he dicho, iba a hacerse pública al día siguiente), Harris y los demás querían retrasar la

captura de Cassells hasta que se publicara la orden. Les hice ver que, si Cassells escapaba aquella noche, yo sería responsable ante mis superiores, quienes, en el mejor de los casos, lo considerarían una negligencia en el cumplimiento del deber, con lo que se vieron obligados a seguir adelante. Detuvimos a Cassells, y su nombre fue suprimido del bando aquella misma noche. No digo sino la verdad cuando afirmo que ahorré al gobierno mil libras; pero no es menos cierto que jamás recibí de mis superiores reconocimiento alguno por lo que otros juzgaron un exceso de celo en el servicio, por más que en justicia debe ser considerado como un gesto desinteresado de puntual cumplimiento del deber.

Pocos días más tarde, me encontraba con mr. Harris aguardando instrucciones en la oficina del secretario cuando apareció un holandés alborotando y diciendo a voces que estaba seguro de poder desenmascarar a uno de los conspiradores. El talante y los malos modos del individuo hicieron que nadie le tomara en serio ni le prestara atención. Pero, puesto que el sujeto insistía en sus pretensiones, le sugerí a mr. Harris que lo llevásemos aparte y tratáramos de averiguar a quién se refería. Harris se mostró conforme; y cuando el holandés describió a su hombre, Harris exclamó, dirigiéndose a mí: «Que me ahorquen si no es Blackburn». Acosé a preguntas al holandés, y una vez estuvimos seguros, y puesto que conocíamos su paradero, enviamos al coronel Rivet, de los guardias, en busca de Blackburn, y dijimos al holandés que nos acompañara para prenderle. Como se demostró que era Blackburn, el holandés consiguió quinientas libras, y el coronel y los demás el resto. Cassells y Blackburn, si es que aún viven, están en Newgate, reclusos conforme dispuso el Parlamento. No hubo más testigo en su contra que Harris.

Cuando detuvimos a Blackburn se encontraba con él en la habitación un cierto Davison, que era relojero en Holborn. Lo llevé a presencia del secretario de Estado; pero, como durante el interrogatorio no apareciese nada en su contra, fue puesto en libertad de inmediato. Después me ofreció un magnífico reloj, que él mismo había montado, pero no acepté el regalo. Me estuvo agradecido durante mucho tiempo.

Tan pronto como se descubrió el alcance de la conspiración, se adoptaron las medidas oportunas y se conjuró el peligro, el rey Guillermo pasó a Flandes, y nuestro regimiento recibió órdenes de regresar allí de inmediato. Nada de importancia ocurrió hasta que llegamos a nuestros antiguos cuarteles en Camerlins, donde nos establecimos entre los campesinos y granjeros, como ya habíamos hecho otras veces. De todas maneras, para nuestra seguridad en tales alojamientos, y para protegernos de las incursiones de la cercana guarnición de Veurne, nos vimos obligados a mantener un puesto de vigilancia avanzado en una aldea llamada Shoerbeck. Formaban el cuerpo de guardia un capitán, un lugarteniente, un alférez y sesenta hombres, en turnos de cuarenta y ocho horas.

Cuando me llegó el turno y acudí a ocupar mi puesto, me encontré con que aquello más parecía el escenario de una orgía que una posición militar. Había huellas evidentes de que la principal ocupación, tanto de los oficiales como de los soldados, había sido la bebida, el peor error que puede cometer un soldado, especialmente cuando está de guardia.

Para confirmar mis temores, poco después de que asumiera el mando, el propietario de la casa me refirió tales y tantos detalles, que me convenció de que, si en aquellas circunstancias, un destacamento sobrio hubiese llevado a cabo un ataque, el enemigo podría haber hecho lo que hubiese querido con mis predecesores sin la menor dificultad. Su relato hizo que me mostrara prudente y estrechara la vigilancia. En consecuencia, por la noche situé un centinela a un cuarto de milla a retaguardia, y tantos hombres como me pareció oportuno y conveniente en otros puestos. Si el enemigo hacía su aparición, el centinela más

cercano tenía órdenes de abrir fuego; apenas lo oyésemos, todos debíamos replegarnos de inmediato al interior de la casa.

Las aprensiones que había despertado en mí el relato de nuestro casero resultaron justificadas: alrededor de la una de la mañana me despertó el grito de uno de mis centinelas: ¡Atrás, por Dios!», que repitió con vehemencia tres o cuatro veces más. Me levanté a toda prisa, di la alarma, y con no poca dificultad hice que mis hombres ocuparan sus puestos. El que había gritado llegó entonces a la carrera, casi extenuado y sin aliento. El centinela que había dado la alarma era el que por fortuna yo había situado a cosa de un cuarto de milla de la casa. El fulminante de su mosquete había estallado pero, al no salir la bala, había tratado de remediar a voces el fallo de su arma. Acababa de disponer a mis hombres en sus puestos para hacer frente al enemigo cuando vi a la luz de la luna una patrulla que venía hacia nosotros. Los centinelas que se encontraban fuera les dieron el alto, y tal como me temía contestaron: «Hispanioli», aunque vi que eran franceses.

Durante un reconocimiento del terreno a la luz del día, me había fijado en un lugar que juzgué adecuado para llevar allí a mis hombres en caso de un ataque. Era tan estrecho que no se podía caminar por él de más de dos en fondo, e iba a poner un curso de agua entre nosotros y el enemigo, de modo que resolví llevar a la práctica lo que tan bien me había parecido en la teoría. Con este propósito, ordené a los de primera línea que permanecieran en sus puestos, resistiendo y haciendo frente al enemigo, en tanto los demás me seguían a rastras hasta aquella posición; una vez hecho esto, la primera línea tenía órdenes de retirarse y seguirnos. Todo se llevó a cabo en excelente orden, y confieso que me satisfizo no poco ver cómo el enemigo deliberaba durante casi una hora si atacarnos o no. La conclusión de tales deliberaciones fue que, pues estábamos sobre aviso, era más prudente retirarse. Así lo hicieron sin tardanza, y con no poca alegría por mi parte, puesto que poco antes, durante una inspección, había descubierto que mi predecesor, en éste como en otros aspectos, había descuidado sus responsabilidades, y me había traspasado una posición desprovista de municiones.

A la mañana siguiente quedé agradablemente sorprendido al recibir un amable obsequio, consistente en vino y algunas otras provisiones útiles. En un primer momento me asaltaron ciertas dudas y escrúpulos sobre si debía aceptarlo o no; hasta que la persona que lo trajo me aseguró que me lo enviaban los oficiales de la guarnición próxima, los mismos que me habían hecho una visita la noche anterior, como reconocimiento sin doble intención por mi comportamiento y prudencia. Les devolví el cumplido, diciéndoles que esperaba no tener que recibir nunca a hombres de honor sino como hombre de honor, lo cual fue muy de su agrado. La *Ghent Gazettier* publicó todos los detalles del asunto a la semana siguiente.

Salvo marchas y contramarchas, poco tuvimos en qué ocuparnos durante el resto de la campaña, hasta que se decidió en consejo de guerra fortificar Anderlecht para mejor defender Bruselas de ataques como los que había soportado anteriormente por parte de los franceses, durante el asedio de Namur. Con lo que nuestro regimiento, al igual que otros, fue relevado de su tranquilo destino y encomendósele aquella tarea. Todo el ejército se movilizó con tal fin. Durante la marcha, me confiaron el mando del tren de artillería. Se unió a nosotros un tipo de aspecto vulgar, aunque sumamente oficioso y amable, dispuesto en todo momento a hacer cualquier cosa por cualquiera, ya fuese oficial o simple soldado. Siempre hablador y dicharachero, a veces viajaba a pie y a veces en alguna carreta. Con su carácter servicial, había conseguido hacerse amigo de todos; en particular, los conductores estaban

encantados con él. Al término de nuestra marcha, todas las carretas de pólvora quedaron alineadas unas junto a otras, tan próximas que era evidente que un percance en cualquiera de ellas haría que el resto corriera la misma suerte. A esto comúnmente, en campaña, lo llamamos *la parada*. Pero he aquí que nuestro reciente invitado, como un nuevo Faetón, aunque no movido por el orgullo, sino pretextando cansancio, consiguió que el conductor de la última de las carretas le dejara subir en ella para descabezar un sueño. Alguien que desconfiaba de él, y que había estado observándole, dijo que aquello le parecía sospechoso. Lo detuvieron y me lo trajeron, por ser yo el capitán de guardia. Ordené que le registraran, y encontramos en su poder cerillas, yesca y otros elementos incendiarios, por lo que lo puse en manos del alcaide. Se convocó un consejo de guerra durante el cual, tras un estricto interrogatorio, confesó que era un saboteador. En consecuencia, fue condenado a morir en la hoguera ante las tropas. La sentencia se cumplió un día o dos después. Ya en el lugar de la ejecución, reconoció además que el ejército francés habría caído sobre nosotros en tan apuradas circunstancias, apenas hubiese visto u oído la explosión.

Puesto que poco después se firmó la paz de **Riswick**, no hubo más sabotajes. De modo que nada relacionado con la milicia, que ya se había convertido en mi profesión, sucedió durante varios años. Nuestro regimiento fue primero enviado a Inglaterra y más tarde a Irlanda; pero como estas memorias no se han escrito para ser leídas a modo de ligero entretenimiento junto a la mesa del té, sino más bien en el sosiego del propio gabinete, poco es lo que puede añadirles el relato de un periodo de anodina tranquilidad.

Por mucho que me disguste la ociosidad, hay ciertas clases de acción frente a las que un hombre prudente bien puede preferir la indolencia: así, aquellas que suponen desafiar a los elementos a pecho descubierto, y hacer la guerra a la naturaleza misma. A mi parecer, una de tales habría sido consumir mi delegación, y muy posiblemente junto con ella mi vida, en las Indias Orientales. Ya que, si bien en opinión de algunos un destino semejante puede ser ocasión de un ascenso rápido y honroso, con todo pensaba yo para mis adentros que tales mudanzas de la rueda de la fortuna con frecuencia vienen a ser no menos repentinas que inciertas, con lo que tanto podía yo acabar siendo el primero como el último. Todas mis dudas se resolvieron en cierto modo como en el famoso Hudibras: «Aquel que echó a correr y huyó del peligro es el que descansa ahora tranquilamente en su camastro».

Pero pronto mi buena estrella dispó tan melancólicos pensamientos, que se habían apoderado de mi ánimo y de mi mente con motivo del rumor de que nos enviaban a las Indias Orientales: pues sucedió que, habiendo sido reclamado en Inglaterra por ciertos negocios urgentes del regimiento, arribé allí casi al tiempo que se dio la orden de embarcar. De modo que no hube de decidir por mí mismo si presentarme o no, y por suerte no me vi obligado a solicitar la licencia, como les sucedió a muchos.

Por tanto, ya que se consideró que no me era posible volver a tiempo para embarcar, uno de mis superiores me propuso que delegara en cierto oficial que partía. Con gran contento por mi parte fui incluido en la lista de la media paga, juntamente con algunas otras ventajas momentáneas. Lo que fue tanto más provechoso cuanto que yo sabía, o al menos me tenía por lo bastante avisado como para anticiparlo, a la vista del tenso debate en la Cámara de los Comunes sobre el tratado de **partición**, que no había de pasar mucho tiempo antes de que la paz en que nos hallábamos requiriese, cuando menos, algún acomodo.

Soporté la incertidumbre con la paciencia de un judío, aunque no con su incongruente mentalidad, confiando de todo corazón en el porvenir. Como demostraron los acontecimientos (pues no tardó en estallar), la guerra era **inminente**. En tanto aguardaba una oportunidad que de continuo me decía a mí mismo que no había de tardar, ni el recuerdo de las pobres diversiones de Dublín ni el de la vulgaridad de sus habitantes.

Comment [Librodot-17]: La paz de Ryswick (1697) ponía fin a la guerra de la Liga de Augsburgo. En esta paz, Luis XIV se mostró muy moderado con la Monarquía Hispánica, a la que devolvió las conquistas posteriores a la paz de Nimega, una actuación que no se puede separar de la que se adivinaba complicada sucesión del monarca español Carlos II.

Comment [Librodot-18]: La previsible muerte del rey español Carlos II sin descendencia dio lugar, tras la Paz de Ryswick (1697), a los Tratados de Partición de la Monarquía Hispánica concertados entre Francia, Inglaterra y Holanda, en los que no participó el emperador. En el primero, firmado el 24 de septiembre de 1698, se reconocía a José Fernando de Baviera como el principal heredero, aunque tanto Francia como Austria serían recompensadas con algunos territorios de la Monarquía. Tras la muerte del príncipe bávaro, un nuevo Tratado, ratificado poco antes de la desaparición de Carlos II, aceptaba al Archiduque Carlos como sucesor del monarca español.

Comment [Librodot-19]: Defoe se refiere a la guerra de Sucesión española, que estalla tras la muerte de Carlos II y la llegada del candidato francés, Felipe V, a Madrid. Las potencias borbónicas, Francia y España, tuvieron que hacer frente a la Gran Alianza de La Haya integrada inicialmente por Inglaterra, Holanda y el emperador. El conflicto europeo se inició en 1702; en 1703 se adhirió a la Alianza Portugal y Saboya. resultaron tan sugestivos como para que me pesara mi estancia en Inglaterra

Pero por más que se declaró la guerra y se hicieron los preparativos de rigor, todas las expectativas se vinieron abajo, de pronto, con la súbita muerte del rey **Guillermo**. A este príncipe, que había desafiado la muerte en innumerables combates y batallas, le llegó su hora cuando se hallaba entregado a sus diversiones; hora que, conforme a nuestro humano criterio, se cumplió cuando menos convenía. Había salido de caza, su afición favorita, cuando dio en tierra de resultas de un nefasto movimiento de su caballo, y se rompió el cuello. La noticia sembró la alarma en la corte y por doquier, y sus inquietantes consecuencias de inmediato despertaron en Europa similar zozobra. Sólo Francia, que con anterioridad no había dudado en conspirar para acabar alevosamente con el rey, cobró nuevos ánimos con lo que para los demás fue motivo de desaliento. Creyó Francia que, desaparecido aquel que se había erigido en perenne barrera a su ambición, quien le sucediera en modo alguno mantendría las disposiciones por él adoptadas en defensa de la libertad de Europa. Pero tanto Francia como sus aliados quedaron triunfalmente confundidos, puesto que esta casi divina **reina**, de corazón cabalmente inglés, hizo suyos los dictámenes de su predecesor, y para disipar cualquier sombra de desconfianza, apenas subió al trono, despachó a todas las cortes de la gran confederación embajadores acordes con la importancia del mensaje, para que confortaran los ánimos de todos.

Comment [Librodot-20]: El rey Guillermo III de Orange murió en 1702.

Comment [Librodot-21]: A la muerte de Guillermo III de Orange subió al trono inglés la reina Ana, hija también del destronado Jacobo II Estuardo, que reinó en Inglaterra entre 1702 y 1714. Su reinado coincide cronológicamente con la guerra de Sucesión española. Durante estos años se produjo la Unión entre Inglaterra y Escocia (1709). A su muerte, se instauró la dinastía Hannover en el trono de Gran Bretaña.

Con ello cobró nuevo impulso, con tanto brío como terror sintieron sus fieros enemigos, una causa que por un instante pareció flaquear en su fundamento, y los señalados triunfos de sus armas fueron la respuesta no menos a las plegarias y cuidados de aquella regia alma de los confederados, en la que se resumían las libertades de Europa, que a la prudencia de cuantos como ella albergaban en su corazón así el provecho como la honra de su país. La primera campaña fue un glorioso anticipo de cuanto había de llegar. Bon, Keyserwaert, Venlo y Ruremond no fueron sino gloriosas anticipaciones de Donawert, Hochstet y Blenheim. Así contribuyeron los ejércitos ingleses al sostén del vacilante imperio, haciendo evidente de modo ejemplar el genio ancestral de un pueblo hecho a la guerra, y de este modo tan noble empresa resultó felizmente coronada por el éxito que merecía, con monumentos y regios tributos a una causa inglesa del entonces único emperador en Europa. Una pequeña compensación, es cierto, por las naciones expoliadas y las tropas cautivas, pero suficiente para que pudieran ponerse en boca del monarca francés las lamentaciones de aquel emperador romano que lloró la derrota de sus legiones muy cerca del mismo lugar; pero esta vez con mayor motivo, y en circunstancias mucho menos gloriosas.

Pero ya que mi suerte no me había permitido tomar parte en tan gloriosas gestas de los ejércitos ingleses, ni en Flandes ni en el Rhin, resolví no seguir malgastando mi tiempo en la corte, e incorporarme en cuanto tuviese ocasión. Y habiendo regresado mi señor Cutts rodeado de todos aquellos laureles a que se había hecho acreedor por sus imborrables servicios en Venlo, Ruremond y Hochstet, comprendió su celoso carácter que debía finalmente tomar aliento en un ambiente reposado y soportar la carga de un honor sin riesgo, no muy llevadera para alguien cuyas hazañas no pueden caer en el olvido, puesto que las crueles heridas sufridas y las gloriosas empresas concluidas proclaman ya cuanto lápidas y epitafios puedan decir en el futuro. Al poco tiempo tras su vuelta de Alemania, fue nombrado general de los ejércitos de su majestad en Irlanda. Acudí para felicitarle por ello, y tuvo a bien hacerme algunas preguntas acerca de aquel país, y en especial sobre qué barrio de Dublín le recomendaba para establecer en él su residencia, ofreciéndose al tiempo para hacer por mí cuanto estuviese en su mano, si es que quería acompañarle.

Pero ya la inactividad me pesaba en exceso; así que, una vez hube declinado su

ofrecimiento tan respetuosamente como pude, dije a su excelencia que, en cuanto a su vivienda, poseía yo una casa en Dublín lo bastante espaciosa y conveniente para una persona de su calidad, la cual ponía por entero a su disposición. Le dije, además, que sentía deseos de conocer España, hacia donde por entonces se encaminaba milord Peterborow, y que, si su señoría tenía a bien recomendarme, ello me complacería más que cualquier otra parte tedioso, descanso. Su Señoría se dignó acoger favorablemente ambas sugerencias, y con tal eficacia habló en mi favor, que el conde de Peterborow, general de cuantas tropas formaban la expedición, ordenó que me preparase de inmediato. Así, una vez todo estuvo dispuesto, embarqué rumbo a España en unión de este noble señor para tomar parte en su bien concertada empresa, cuyo desenlace había de mostrar al mundo que ejércitos poco numerosos, mandados por generales prudentes, pueden en ocasiones alcanzar magníficas victorias.

En todo el mundo los judíos son un pueblo ducho en hacer que prospere cuanto atañe a Mammon. Por su familiaridad con toda clase de negocios, siempre se les considera los más aptos para cualquier empresa en la que haya un atisbo de lucro. Sabido es que suministrar víveres y pertrechos a un ejército comporta un beneficio en consonancia, y España no era el primer país en el que tales gentes habían llevado a cabo semejante empresa. Además, y es algo que a todas luces les confiere notable ventaja, está inscrito tanto en el carácter como en la conducta de esta raza el prestarse ayuda unos a otros con firme determinación, y hacerlo con absoluta confianza y prodigiosa rapidez. Cierta judío, tan hábil como deseoso de emprender un negocio de esta índole, se presentó entonces oportunamente para rogar al conde de Peterborow que le tomase a su servicio como proveedor de cuantas tropas fuesen enviadas a España, de inmediato o en el futuro.

Con facilidad se comprenderá que el conde, obligado por las circunstancias, no desdeñara escucharle. Habiendo recibido el ofrecimiento de una considerable suma a modo de anticipo, actuó según era costumbre y aceptó el dinero, con lo cual pudo llevar a la práctica los planes que desde un primer momento había concebido. El judío que firmó el contrato se llamaba Curtisos. Tanto él como sus socios adelantaron con gran puntualidad la suma convenida de cien mil libras, poco más o menos, que fue de inmediato confiada al intendente del ejército. Pues si bien el conde aceptó el dinero de los judíos, no lo hizo en beneficio propio, sino por la cosa pública. Conforme al contrato, las órdenes de pago por la cantidad estipulada se firmaron en Lisboa a nombre de lord Godolphin (entonces lord Tesorero) y todas se abonaron puntualmente.

Habiendo dado por fortuna el conde de Peterborow con la vía para disponer de dinero, y por tanto de cierto contingente de tropa de caballería, previa autorización de lord Galway para intercambiarla por dos regimientos de infantería, acogió al Archiduque y su séquito a bordo de la escuadra y los llevó a todos hasta Barcelona a sus expensas. Sin que por tan meritorio gesto, como mucho después he sabido de muy buena fuente, este noble conde haya obtenido jamás el menor reconocimiento por parte del gobierno ni de persona alguna.

Zarpamos de Lisboa con intención de sumamos al escuadrón mandado por sir Cloudsley Shovel, con el que nos encontramos, conforme a lo acordado, en el puerto de Tánger. Reunidos así los combatientes y los transportes, salimos de inmediato hacia Gibraltar. No permanecemos allí más tiempo del necesario para que embarcaran dos regimientos de aquella guarnición, que relevaron a otros dos que venían a bordo. Aquí encontramos al príncipe de Hesse, quien de inmediato resolvió seguir al Archiduque en esta expedición. Era persona de gran cortesía y había sido virrey de Cataluña, por lo que fue acogido con la mayor satisfacción, como alguien capaz de prestar grandes servicios en un país en el que era tan conocido como apreciado.

Dado que por entonces mi latín era bastante bueno, tuve frecuentes oportunidades de

Comment [Librodot-22]: Charles Mordaunt, conde de Monmoth y conde de Peterborough (1658-1735), se convierte en uno de los principales protagonistas de las *Memorias...* a partir de este momento; no hay que olvidar que en cierto modo la obra se escribió para justificar su actuación en la guerra española. El conde desembarcó en Barcelona en 1705 al frente de la expedición inglesa que apoyó al Archiduque. Comenzaba entonces la vertiente civil de una guerra que se había iniciado en Europa. Peterborough tuvo una actuación destacada en las operaciones terrestres peninsulares, pero después de la derrota de Almansa regresó a Inglaterra. Nombrado embajador de Gran Bretaña en la corte de Viena, se opuso, como Defoe, a la posible unión de España y el Imperio a la muerte del emperador José I.

Comment [Librodot-23]: Sidney Godolphin (1645-1712), empleado del Tesoro, llegó a lord Tesorero en 1700 y, de nuevo, en 1702. Durante la guerra de Sucesión española prestó apoyo financiero al duque de Marlborough. Su impopularidad creciente, debido a los elevados gastos de la guerra, le obligó a presentar la dimisión en 1710 junto a todo el gobierno *whig*. Poco después la reina Ana convocaba elecciones que fueron ganadas por los *tories*.

Comment [Librodot-24]: El Archiduque Carlos era el hijo menor de Leopoldo I y había sido educado desde su nacimiento en 1685 para reinar en Madrid. Llegó a Barcelona en 1705 para defender sus derechos como legítimo rey de la monarquía española. El proclamado Carlos III de Austria se trasladó en 1711 a Frankfurt para recibir la corona imperial tras la muerte de su hermano José I y reinó en la monarquía austriaca, hasta su muerte en 1740, con el título de Carlos VI.

conversar con los dos confesores del Archiduque, quien me honró dispensándome por ello, en cierto modo, su favor. Si menciono este hecho no es por satisfacer pretensión alguna de vanidad, sino como circunstancia que corrobora que mis noticias en asuntos de relevancia no pueden ser menospreciadas por lo que a tales círculos respecta. Al contrario, tenía motivos fundados para suponer que conocía pormenores que rara vez, o al menos no con igual prontitud, llegaban a oídos de otros.

De Gibraltar pusimos rumbo a la bahía de Altea, no muy lejos de la ciudad de Valencia, ruta que seguimos durante varios días. Entretanto supe por personas bien informadas que el conde de Peterborow había sufrido un nuevo desaire. Pero ni yo ni nadie, por cuanto pude observar, fuimos capaces de averiguar el motivo, ni aquel noble general dejó traslucir en modo alguno que el incidente le hubiese afectado tanto como los más allegados a él me aseguraron.

Comoquiera que fuese, en tanto permanecemos en la bahía de Altea se despacharon dos buques de guerra y un reducido contingente contra Denia, la cual contaba con un pequeño castillo, más elegante que sólido. Tras intimar a sus habitantes con nuestros cañones, y cuando ya las naves se disponían a formar en orden de batalla para bombardear la plaza, ésta se rindió, acató la autoridad del Archiduque y lo reconoció como legítimo rey de España. En adelante me referiré con tal título a este príncipe. Quedó allí al mando el general Ramos, quien más adelante desempeñó un relevante papel en el reino de Valencia durante la guerra.

Por más que en lo tocante al desarrollo de la campaña no se habían tomado resoluciones definitivas, el conde de Peterborow, siempre celoso del honor de su país, había trazado cierto plan antes de que el Archiduque dejara Lisboa. Aquel plan, de haber sido llevado a la práctica, habría con toda probabilidad dado fin a esta guerra con mucha mayor rapidez, y al tiempo habría evitado los conflictos surgidos durante el asedio de Barcelona. Con perspicacia y buen criterio, el conde había reparado en que el centro de España se hallaba desguarnecido al no haber tropas en él por encontrarse todos los efectivos en los confines del reino, bien en las fronteras de Portugal o en la ciudad de Barcelona. Con el rey Felipe y la real familia, en Madrid quedaban únicamente algunos soldados de caballería, poco numerosos y mal pertrechados, los cuales tan sólo podían ser de utilidad como guardias. Por tanto, si, conforme era su intención, hubiese tomado Valencia, o cualquier otro puerto que le cubriera la retaguardia, y hubiese avanzado directamente sobre Madrid, ¿quién le habría cortado el paso? Pero tendré ocasión de referirme más ampliamente a su capacidad algunas páginas más adelante. Baste decir aquí que, por más que su plan podría haber desencadenado una inmediata y triunfante revolución, cuantas órdenes opuestas a su criterio tuvo que obedecer en lo sucesivo no sirvieron sino para aumentar su fama, ya que más de una vez se vio en la necesidad de allanar obstáculos que a cualquier otro general hubiesen parecido insuperables.

Valencia es una ciudad que se halla en la parte central de la costa española, asentada en una tierra rica y muy poblada, a sólo cincuenta leguas de Madrid. Disponen sus habitantes de gran número de mulas y caballos gracias a la notable fertilidad de sus tierras, las cuales pueden, por fortuna para ellos, regar cuando y cuanto quieren. Esta ciudad y reino era tan inclinada a la causa del rey Carlos como la misma Cataluña. Apenas fondeamos, se acercó hasta la bahía de Altea mucha gente para ofrecernos sus servicios y traernos toda suerte de provisiones, con grandes voces de «¡Viva Carlos Tercero, viva!». No había tropas regulares en ninguna de las ciudades de alrededor, ni tampoco en la capital. Las más próximas eran las escasas fuerzas a caballo acantonadas en Madrid, a ciento cincuenta millas de distancia. Las unidades de infantería más cercanas se hallaban en Barcelona o en la frontera portuguesa.

Comment [Librodot-25]: En 1704 la escuadra del almirante Rooke tomó Gibraltar y enarboló la bandera inglesa pese a las protestas del príncipe de Hesse-Darmstadt, que proclamó al rey Carlos. San Felipe narra de este modo la conquista de Gibraltar: «Fijando en la muralla el real estandarte imperial proclamó al rey Carlos el príncipe de Armestad; resistieron los ingleses; plantaron el suyo y aclamaron a la reina Ana en cuyo nombre se confirmó la posesión y se quedó presidio inglés» (San Felipe, *Comentarios a la guerra de España...* Madrid, 1957, p. 73).-¿

Comment [Librodot-26]: Como en otras fuentes inglesas, este es el nombre por el que se conoce al general valenciano Juan Bautista Basset i Ramos. Basset tuvo una actuación destacada en la inclinación del reino de Valencia a la causa austracista, aunque su política populista provocó el rechazo de la nobleza. Según Miñana, era hijo de un escultor o tal vez un carpintero que tuvo que huir a Italia acusado de cometer un asesinato; durante su exilio parece que entró en contacto con el movimiento austracista y el Archiduque (J. M. Miñana, *La guerra de Sucesión en Valencia*, Valencia, 1985, p. 42).

Comment [Librodot-27]: 27 Primer monarca español de la Casa de Borbón y nieto de Luis XIV, el duque de Anjou (1683-1746) accedió al trono en 1700, de acuerdo con el testamento de Carlos II. En sus cuarenta y cinco años de reinado, sólo interrumpidos durante los siete meses en los cuales, tras su abdicación, reinó su hijo Luis I, Felipe V impulsó la modernización del país, aunque las consecuencias de la guerra de Sucesión, tanto a nivel interno como en el escenario internacional, estuvieron presentes durante algún tiempo.

Barcelona es una ciudad amurallada, y está entre las mayores y más populosas de España. Por un lado la defiende el mar, y por el otro una sólida fortaleza que llaman Montjuich. Es tan grande que treinta mil hombres apenas serían bastantes para formar una línea que la rodeara. En cierta ocasión resistió durante muchos meses frente a un ejército formado por tal número de soldados.

Si bien se considera, se verá que esta breve descripción de ambas ciudades resulta absolutamente necesaria, puesto que sin ella nadie estaría en condiciones de juzgar los planes conforme a los que el conde de Peterborow resolvió actuar, una vez que recibió al Archiduque a bordo de la flota. Sin embargo, el conde se vio por entonces en la necesidad de dejar de lado tan bien fundada estrategia, ya que, mientras se encontraba en la bahía de Altea, recibió órdenes desde Inglaterra para que se dirigiese de inmediato a Cataluña, a lo que el Archiduque, así como muchos marinos y oficiales del ejército, y en particular el príncipe de Hesse, eran más inclinados.

Al recibir tales órdenes, quedó claro que el conde de Peterborow era de la opinión de que, en lugar de una estrategia que a su modo de ver tenía una probabilidad de éxito, se le obligaba a seguir otra poco menos que irrealizable, ya que nada le parecía menos sensato que un ataque contra Barcelona, una plaza tan distante de cualquier clase de refuerzo o apoyo, y la única en que los españoles contaban con una guarnición de fuerzas regulares cuyo número casi excedía al del ejército con que debía sitiarse. Esto habría sido suficiente para enfriar el entusiasmo de cualquiera con menor inteligencia y celo que los demostrados por el conde en todo momento. El general podría haber expulsado en pocos días al rey Felipe de Madrid, donde contaba con tan escasas fuerzas que oponerle, si, tal como pretendía, hubiese avanzado de inmediato hacia allí una vez controladas Valencia y las ciudades de su entorno, todas las cuales estaban dispuestas a someterse y abrazar la causa del rey Carlos (y las que no, apenas se encontraban en condiciones de ofrecer una resistencia digna de tal nombre). Además, podría haber dispuesto al momento de tantos caballos y mulas como hubiese querido, juntamente con los carruajes necesarios para la artillería, los equipajes y la munición. Y como nada había en su ruta que impidiera o estorbara su marcha hacia allí, cuesta imaginar qué otra cosa, salvo retirarse, bien hacia Portugal o hacia Cataluña, podía haber hecho el rey Felipe en semejante circunstancia. En cualquier caso, se habría visto obligado a abandonar el centro de España a merced de sus atacantes quienes, entretanto, hubiesen podido cortar cualquier comunicación entre ambos ejércitos, situados en tan alejados extremos del país como las fronteras de Portugal y la ciudad de Barcelona, único reducto esta última, como ya dije, en el que había algunas tropas regulares.

Por otra parte, las fuerzas del conde de Peterborow resultaban más que suficientes para una ofensiva en contra de la que se preveía tan débil resistencia, puesto que, de haberse visto obligado el ejército situado en las fronteras de Portugal a desplazarse hacia el interior del país para hacerle frente, las tropas portuguesas, por su parte, pudieran haber entrado en España sin oposición. En el peor de los casos, suponiendo que el general hubiese tenido que replegarse, su retirada hacia las regiones de Valencia y Andalucía previamente controladas habría resultado fácil y sin riesgos. Contando, además, con que Gibraltar, la plaza mejor fortificada de España si no del mundo, se encontraba ya en nuestro poder, y una gran flota dispuesta para prestar su apoyo en las ciudades de la costa. De todo lo cual se deduce con absoluta claridad que en poco tiempo habiéramos podido hacer la guerra sin necesidad de aventurarnos en el Mediterráneo, con lo que todos los refuerzos habrían estado mucho más a mano, y se habrían reducido considerablemente los gastos de transporte de tropas y municiones.

Pero ninguno de tales argumentos, por bien fundados que estuviesen todos y cada uno

Comment [Librodot-28]:

El príncipe Jorge de Hesse-Darmstadt, hijo del landgrave de Hesse-Darmstadt y pariente de la reina Mariana de Neoburgo, había entrado al servicio de la monarquía de Carlos II en 1695, participando en la defensa del Principado, invadido por las tropas francesas, con más coraje que el virrey Francisco Antonio Fernández de Velasco. Poco después, el príncipe de Darmstadt, nombre con el que se le conoce normalmente en las fuentes españolas, fue recibido en Madrid por el Almirante de Castilla y fue nombrado virrey de Cataluña en 1698, ganándose el afecto de los catalanes. El último virrey de la Casa de Austria recibió de Felipe V la orden de expulsión de Cataluña en abril de 1701, bajo amenaza de prisión, acusado de inclinación a la dinastía austriaca. Efectivamente, el príncipe fue uno de los personajes que más apoyaron la candidatura del pretendiente de la Casa de Austria y, cuando éste llegó a Lisboa, defendió con éxito, en contra del parecer del Almirante de Castilla («porque nunca obedecería Castilla a rey que entrase por Aragón», San Felipe, *op. cit.*, p. 94) y de Peterborough, que el Archiduque Carlos se dirigiera a Barcelona. Murió durante el asalto de las tropas aliadas a Barcelona en 1705 (N. Feliú de la Peña, *Anales de Cataluña...* Barcelona, 1709, t. III; Castellví, *Narraciones históricas...* I, 1997, pp. 92-93; 251).

de ellos, prevaleció contra la opinión general de que había que atacar en Cataluña. Mr. Crow, agente de la reina en la zona, había remitido a Inglaterra los más optimistas informes, asegurando que nada teníamos que temer si alguna vez nuestra flota desembarcaba en Cataluña. También el príncipe de Hesse hacía extraordinarias promesas y negaba cualquier riesgo; todo lo cual llevó a que nuestro ejército se dirigiera hacia aquella región de España (y aquel gentil príncipe a la batalla en que perdió su vida) contra la opinión de nuestro general, quien adivinaba ya cuantas dificultades los demás advertirían por sí mismos poco después. Semejante perspectiva fue el origen de las dilaciones y negativas a un ataque contra Barcelona, que el sostuvo en tantos consejos de guerra.

Comment [Librodot-29]:
Agente inglés que negoció el Pacto de Génova de 1705 con los catalanes por el que, a cambio de que éstos apoyaran al Archiduque austriaco, Inglaterra se comprometía en la defensa de sus fueros.

De todas formas, obedeciendo a las instrucciones recibidas de Inglaterra, a la obstinación del Archiduque y a las impertinencias del Príncipe de Hesse, nuestro general dio órdenes de zarpar de Altea rumbo a la bahía de Barcelona, la más importante ciudad de Cataluña. Sin embargo, una vez arribamos allí, se opuso con firmeza a que desembarcasen tropas de ninguna clase en tanto él no se cerciorara de los tan ponderados y tantas veces prometidos apoyos y refuerzos. Pero como no acudieran sino algunas partidas de hombres malamente armados, y sin caballeros ni oficiales que los mandasen, el conde de Peterborow juzgó poco razonable acometer una acción que presentaba tan escasas probabilidades de victoria. A renglón seguido se le apremió con el argumento de que, en tanto no se efectuara un desembarco que dejase a las claras nuestra intención de seguir adelante, no cabía esperar que las gentes acudiesen en gran número, ni que personas de condición se descubrieran. Y con esto se resolvió que las tropas debían desembarcar.

Bajaron, por consiguiente, nuestros hombres a tierra y acamparon de inmediato, pese a lo cual aumentó bien poco el número de nuestros partidarios, y lo hizo tan desordenadamente como al principio. Acudieron gentes indisciplinadas y reacias a la obediencia militar, que se presentaban cuando querían y se marchaban cuando les apetecía. El argumento fue entonces que, mientras no se viese que llevábamos a tierra la artillería del mismo modo que habíamos desembarcado las tropas, nadie daría crédito a nuestras intenciones de poner sitio a la ciudad, con lo que al general no le quedó más remedio que ceder también en este punto. Semejante proceder podía ser considerado un tanto arbitrario, ya que en todos los consejos de guerra se había llegado a la conclusión de que el plan no podía ser puesto en práctica, y el conde de Peterborow tenía órdenes terminantes de atenerse a las decisiones de la mayoría.

Por último, el príncipe de Hesse juzgó llegado el momento de solicitar que los miembros de aquellas partidas irregulares y quienes los mandaban percibiesen una paga con vistas a retenerlos, ya que no cabía esperar que arriesgaran sus vidas por nada. De modo que fuimos a Cataluña porque se nos aseguró que contaríamos con toda clase de apoyos, pero una vez allí vimos que no contábamos con ninguno a menos que lo pagásemos. Puesto que se nos había enviado sin dinero para pagos de ninguna clase, hubiéramos preferido hallarnos en un país en el que poder tomar por la fuerza lo que no podíamos conseguir de otro modo.

Para hacer justicia a los *miquelets* en la medida de lo posible, debo decir que, aunque no pasaron de mil quinientos (casi siempre eran menos, si bien el número de combatientes variaba y a veces acudían más) y nunca obedecieron a ningún mando sino que lucharon donde y como les pareció mejor, aun así prestaron un notable servicio, pues se apoderaron de cuantos conventos y casas de campo se encontraban entre los montes y la llanura de Barcelona, con lo que impidieron que el enemigo hiciera salida alguna de la ciudad, por breve que fuese.

Empezaron entonces a aparecer las dificultades que el general había previsto tiempo atrás. Las tropas habían permanecido ociosas durante tres semanas, tiempo que se perdió en

Comment [Librodot-30]: *Miquelets* fue el nombre que recibieron en Cataluña los fusileros de la montaña y que se siguió utilizando para designar a los soldados de cuerpos improvisados de voluntarios en tiempo de guerra, como en el siglo XVII, cuando lograron un elevado nivel de eficacia en la zona pirenaica contra los franceses. N. Sales los ha definido como indisciplinados, medio salvajes, poco respetuosos con la jerarquía, ágiles y rápidos, buenos tiradores y caminantes infatigables (N. Sales, *Senyors bandolers, miquelets i botiflers. Estudi sobre la Catalunya del segle XVI al XVIII*, Barcelona, 1984, pp. 108-110).

interminables discusiones y enfrentamientos no con el enemigo, sino entre nosotros mismos. A la vista de las circunstancias en que nos encontrábamos, el asedio de Barcelona fue descartado como imposible y temerario en seis consejos de guerra sucesivos. Sin embargo, el general y el brigadier Stanhope (después conde Stanhope) coincidieron en que era preciso lanzar algún ataque, no tanto porque tuviésemos posibilidades de salir airoso como para responder a la universal expectación. Pero fue de todo punto imposible que un consejo de guerra lo autorizase. En concreto, el general holandés hizo constar que, si se le obligaba a sacrificar las tropas bajo su mando de forma tan arbitraria, sin el respaldo de un consejo de guerra, no obedecería ni aun las órdenes del conde de Peterborow.

Comment [Librodot-31]: Militar y político británico, el conde de Stanhope (1673-1721) tuvo una actuación destacada en el conflicto peninsular durante la guerra de Sucesión española: en 1707 tomó el mando de las tropas británicas en Cataluña, en 1708 propició la conquista de Menorca y en 1710 impulsó la entrada de los Aliados en Madrid. Pero fue al terminar la contienda española y al recibir el nombramiento de Secretario de Estado en 1714, cuando desplegó una intensa y conocida labor política y diplomática en la Europa de su tiempo: se aproximó a Francia tras la Paz de Utrecht (lo que se llamó también *sistema Stanhope*) y consiguió la formación de la Triple Alianza (1717), posteriormente ampliada con Austria (Cuádruple Alianza, 1718).

Cuanto oficiales negaron su apoyo al asedio se mostraron partidarios de un avance hacia el interior del país para atacar cualquier otra población que no se hallara defendida por una guarnición tan fuerte y numerosa. Contaban con que, excepto Barcelona, no había otra ciudad en Cataluña que estuviese en condiciones de ofrecer una resistencia prolongada. Además, si la guarnición de Barcelona salía tras ellos, siempre resultaría más vulnerable en campo abierto que parapetada tras los muros de una plaza de fortaleza tal. Por otra parte, en caso de que el plan tuviese éxito, probablemente la derrota de estas tropas resultara más efectiva que la toma de la propia Barcelona para poner Cataluña, juntamente con los reinos de Aragón y Valencia, en manos del rey Carlos.

Digamos, *en passant*, que es fácil deducir de las opiniones de los militares del ejército de tierra en el consejo de guerra la repercusión que habría tenido una victoria de nuestras tropas, si hubiésemos avanzado directamente sobre Madrid desde Valencia. Puesto que, si dos meses después de que se diera la voz de alarma, se consideraba empresa tan sensata como realizable un avance hacia el interior del país, y preferible al asedio de Barcelona, donde fuerzas iguales, si no superiores en número, se hallaban dispuestas a perseguirnos pegadas a nuestros talones, ¿qué no podría haberse esperado de un avance de nuestras tropas cuando y donde menos resistencia podían encontrar? Pero, dejando a un lado lo que pudo haber sido, pasaré ahora a referir con la mayor exactitud algunos de los más notables sucesos de nuestra ofensiva para liberar Barcelona.

La firme oposición de los consejos de guerra al plan de acometer el asedio de una plaza tan sólida y defendida por una guarnición tan numerosa, y los fundados argumentos en que se apoyaba su disconformidad con tan imprudente propósito, sumieron al general en la mayor confusión. Cuanto acompañaban al rey Carlos andaban quejosos. Todos sus cortesanos deploraban la mala fortuna de aquel príncipe, quien tan sólo había entrado en Cataluña para salir de ella sin que nadie acudiera a defender su causa. Nuestros propios oficiales y soldados se hallaban muy descontentos, puesto que se les reprochaba el que no estuviesen dispuestos a tomar la iniciativa y acometer un imposible. El plan de asedio, tantas veces expuesto y defendido por el príncipe de Hesse en todos los consejos de guerra, no podía desembocar, en último término, sino en una retirada, tras la pérdida de muchos hombres lanzados al combate por una cuestión de pundonor (puesto que se decía que avanzábamos como locos y nos retirábamos como cobardes).

El haber previsto todas estas dificultades, así como el poder desahogarse diciendo que, de haber imaginado algo semejante (que no iba a tener libertad para aplicar su estrategia, conforme a su propio criterio), nunca habría aceptado al Archiduque a bordo ni le habría dado esperanzas de recuperar el trono de España de manos del rey Felipe, servía de poco consuelo al conde. Debíó de ser muy duro para él, puesto que, habiéndose embarcado en una iniciativa tan complicada sin instrucciones de ninguna clase del Gobierno, su única posible justificación era la victoria. Digo que debíó de ser muy duro (una vez que la

expedición fue aprobada en Inglaterra) verse manejado de aquel modo por individuos que, lejos de allí, tomaban decisiones basándose en los ilusorios y mal fundados informes de mr. Crow, y obligado, pese a su rango, a plegarse al humor de extranjeros que actuaban en función de sus propios intereses o se despreocupaban de la suerte que pudieran correr los hombres de la expedición, de quienes no se sentían responsables.

Tales eran las incómodas circunstancias en que se encontraba el conde de Peterborow ante Barcelona: propuestas imposibles, planes desestimados, consejos de guerra hostiles, una corte descontenta y un general holandés reacio a que sus tropas actuaran como refuerzo; y para colmo, con nulas perspectivas de armonizar tales enfrentamientos y opiniones encontradas mediante un acuerdo razonable. Sin embargo, todas estas dificultades hicieron que el conde, lejos de desanimarse, mostrara lo mejor de sí mismo, y le indujeron a tomar una afortunada resolución, de la que por fortuna se siguieron extraordinarias hazañas, y que felizmente dio lugar a triunfos superiores a cuanto podía esperarse. Tanto es así que se oyó decir al general que haber aspirado a ellos habría sido poco menos que una locura. Ciertamente, *prima facie*, un ataque por sorpresa contra un enclave aún más fuerte que la propia Barcelona era una idea difícilmente imaginable. Su única esperanza de salir con bien residía en que no habría quien creyese en la posibilidad de que semejante plan le pasara a nadie por la cabeza. El general confiaba, sobre todo, en que el gobernador y la guarnición de Montjuich, convencidos de que no tenían nada que temer, hubieran descuidado la disciplina y se hallaran desprevenidos, tal como ocurrió.

Comment [Librodot-32]:
«A primera vista».

De cualquier manera, esperó una ocasión propicia para salir a hacer un reconocimiento e inspeccionar las fortificaciones a escondidas de todos, si se exceptúa a un asistente de campaña que estaba a su servicio. Siguiendo un camino al pie de la colina, no le resultó difícil proceder conforme a sus deseos, puesto que aquella inexpugnable fortaleza carecía de hombres a caballo y los *miquelets* se habían apoderado de las casas y huertos del llano. Cuanto observó de la propia plaza, la negligencia y descuido de la guarnición, todo ello unido a las incómodas circunstancias en que se hallaba, hicieron que el conde se animara de inmediato a poner en práctica su primitivo plan, confiado en la situación del terreno que separaba Montjuich de Barcelona, ya que, si el primero caía en nuestro poder, el sitio de la segunda podía ser acometido con alguna perspectiva de victoria.

En vista de que el posterior asedio, efectuado por la parte de Montjuich, se resolvió favorablemente para nosotros, alguien podría deducir de lo dicho hasta aquí que también habríamos vencido si hubiésemos atacado la ciudad por el este, allí donde nuestras tropas habían acampado en un principio, y la única zona desde la que podríamos haber atacado de no encontrarse Montjuich en nuestro poder. Pero unas pocas palabras bastarán para convencer a cualquiera con alguna experiencia de que un asalto por el este se hallaba condenado al fracaso, por más que varias circunstancias poco menos que milagrosas nos dieran la victoria cuando apuntamos nuestras baterías contra la parte oeste de Barcelona. Al este de la ciudad se extiende una llanura de varias millas, lo que nos habría obligado a avanzar a campo abierto. En consecuencia, nuestros hombres habrían quedado a merced de su artillería. Además, la ciudad está mucho mejor defendida por esta parte: dispone de fortificaciones al pie de las murallas flanqueadas por los muros de éstas y por los laterales de dos torreones, y apoderarnos de ellas pudiera habernos costado la mitad de nuestros hombres antes de que hubiésemos podido apuntar una batería contra la muralla. E incluso imaginando, después de todo, que se hubiese logrado abrir una brecha suficiente, ¿qué clase de estrategia hubiese sido lanzar un ataque contra unas tropas regulares que nos doblaban en número?

Por el contrario, la situación nos era tan favorable por la parte de Montjuich, que la brecha fue abierta y penetramos en la ciudad sin excavar trincheras y sin que hubiésemos sido incomodados por incursión alguna del enemigo, pues lo cierto es que no hicieron ninguna mientras duró el asedio. La mayor de nuestras baterías, con más de cincuenta cañones pesados que pertenecían al armamento de los barcos y estaban al cuidado de la marinería, fue emplazada sobre una elevación del terreno lo bastante extensa como para albergarla, con dos profundas trincheras a ambos lados, al extremo de cada una de las cuales levantamos una pequeña fortificación que servía para que nuestros hombres se pusieran a cubierto de los disparos que les hacían desde la ciudad. Estos dos fortines, en los que disponíamos de algunas piezas ligeras, flanqueaban la batería y la ponían totalmente a salvo de cualquier ataque por sorpresa del enemigo. Había otras piezas de poco calibre emplazadas en los mon-

tes de alrededor, en zonas por las que no podíamos acercarnos, que hasta cierto punto neutralizaban por completo la artillería del enemigo, ya que sus hombres no podían hacer uso de ella sin exponerse al mayor de los peligros. De modo que los nuestros estaban a salvo, y los pocos que cayeron fueron víctimas en su mayor parte de balas perdidas.

Pero volviendo al general: obligado como estaba a tomar una decisión de tal trascendencia, llegó a la conclusión de que el camino más corto para sorprender a sus enemigos pasaba por evitar a sus amigos. Por consiguiente, convocó a los oficiales del ejército a un consejo de guerra en tierra firme, y a los mandos y oficiales de marina a otro consejo a bordo. En ambos se acordó que, supuesto que se desistiera del asedio de Barcelona y las tropas tuviesen que embarcar de nuevo en una fecha convenida, debía emprenderse una acción contra el reino de Nápoles. Así pues, en la fecha señalada, la artillería pesada que había sido llevada a tierra para el asedio fue devuelta a bordo, y todo en apariencia dispuesto para su transporte a los barcos. Entretanto, el general no tuvo más remedio que soportar los reproches de los cortesanos descontentos y, lo que fue más penoso para él, las murmuraciones de los oficiales de marina quienes, no muy duchos en lo tocante a asedios, se inclinaban como un solo hombre por sitiar Barcelona, sobre todo porque la estación se hallaba muy avanzada, y en opinión de la mayoría no era el momento adecuado para que la flota emprendiera una nueva misión. Comoquiera que fuese, todo quedó tan bien disimulado por nuestros falsos preparativos para una retirada, que, la misma noche en que nuestras tropas se disponían a atacar Montjuich, se celebraban festejos públicos y regocijos en la ciudad por el levantamiento del asedio.

El príncipe de Hesse se había permitido no pocas libertades en lo tocante a criticar la estrategia seguida frente a Barcelona, llegando a insinuar que, por más que el conde aparentara en público que era partidario de atacar, no hacía valer su autoridad sobre los demás oficiales para que éstos así lo hicieran. Asimismo había insinuado que el general se había mostrado desde un principio en contra de una acción en Cataluña, y partidario de otras operaciones. En cuanto a esto último, no decía sino la verdad. Por otra parte, el conde de Peterborow se quejaba de que el tan ponderado apoyo no había aparecido por parte alguna, y que por consiguiente sus tropas iban a ser sacrificadas a los caprichos de un extranjero sin experiencia militar y de quien podía dudarse si resultaría tan valeroso como arrogante. Tales reproches mutuos habían envenenado las relaciones entre aquellos dos grandes hombres hasta tal punto que, durante quince días, se evitaron mutuamente para no dirigirse la palabra.

El conde, de todas maneras, habiendo tomado sus propias disposiciones y dado las órdenes oportunas, inició el avance al atardecer con mil doscientos infantes y doscientos hombres a caballo, quienes a la fuerza tenían que pasar frente a los acuartelamientos del

príncipe de Hesse. Al llegar, avisaron al príncipe de que el general se encontraba allí y quería hablarle. Llevado a su presencia, el conde le dijo que había, por último, decidido atacar al enemigo, y añadió que había llegado el momento de que, si así lo creía conveniente, juzgara su proceder y comprobara por sí mismo si sus oficiales y soldados eran tal como él con tanta ligereza los había juzgado. El príncipe respondió que siempre había estado dispuesto a cumplir con su deber, pero a duras penas podía creer que con semejante plan se pudiese derrotar al enemigo. De cualquier manera, sin añadir palabra hizo ensillar su caballo.

Esto nos enseña cuánto dependen del azar aun los mayores triunfos. Muy probablemente el conde de Peterborow jamás se hubiese lanzado a una acción tan arriesgada a sangre fría y sin que mediara provocación alguna. Si una empresa semejante se hubiese llevado a cabo conforme a las normas acostumbradas, muy posiblemente habría confiado el mando a alguno de sus oficiales, puesto que no es habitual y resulta casi inadmisibles, siquiera excepcionalmente, que los comandantes en jefe intervengan en persona en esta clase de acciones. Pero he aquí al general y al príncipe, unidos en este ataque a la desesperada pese a sus recientes divergencias.

El brigadier Stanhope y mr. Methuen (hoy sir Paul) eran amigos personales del general. Tenían toda su confianza, y era a ellos a quienes consultaba con más frecuencia, pero nunca les puso a ninguno de los dos al corriente de esta decisión para no comprometerlos en una acción tan peligrosa y en la que había tan pocas posibilidades de victoria. Al contrario, decidió mantenerlos en reserva como los más indicados para tomar decisiones y poner orden en la confusión, que, si era ya considerable, habría sido aún mayor si le hubiese ocurrido a él cualquier percance. Y tengo buenas razones para creer que el móvil más importante del conde de Peterborow en esta empresa fue justificarse ante el príncipe de Hesse y ante el mundo, y que sus recelos nacían de su preocupación por las tropas a su cargo y no de que temiese por sí. Por otra parte, son de sobra conocidos los nobles caracteres de los dos oficiales a quienes me he referido, así que resulta fácil admitir que el general sólo podía evitar que tomaran parte en el ataque manteniéndolos en la ignorancia del mismo, al igual que hizo con todo el mundo, incluido el propio Archiduque. Y ciertamente nunca hubo sorpresa tan general como cuando, a la mañana siguiente, se dejaron oír por la parte de Montjuich los primeros disparos.

Comment [Librodot-33]: Dip
lomático inglés que negoció la
incorporación de Portugal a los
Aliados en 1703. De los tres
tratados firmados, el de mayor
trascendencia fue el económico: a
cambio de unos aranceles
favorables a los vinos portugueses,
Portugal abrió sus mercados a las
manufacturas inglesas.

Daré ahora cuenta punto por punto de esta gran acción cuyos gloriosos pormenores, por cuanto sé, nunca nadie se ha ocupado de recoger para la posteridad, como tampoco sus consecuencias y efectos, los cuales, como se verá, resultan tan notables y extraordinarios que, de haber podido hacerlo, pocos hombres, por no decir ninguno, se habrían privado a sí mismos del placer y al mundo de la satisfacción de conocerlos.

Las tropas avanzaron durante toda la noche siguiendo una ruta al pie de las colinas y llegaron a Montjuich, a menos de un cuarto de milla de las fortificaciones exteriores, dos horas antes de que amaneciera. Por este motivo se dio por seguro que, fuera cual fuese el plan que el general se había trazado, lo pondría en práctica antes de que se hiciera de día. Pero el conde de Peterborow no tuvo a bien informar a los oficiales de las razones por las que prefirió esperar a que hubiese luz. Pensaba que la victoria era imposible a menos que el enemigo se situara en la fortificación exterior al pie de los torreones del recinto. Al no haber empalizadas, si nuestros hombres, tras sufrir la primera descarga, disponían de tiempo suficiente para llegar hasta allí y lanzarse sobre sus adversarios, podían obligarles a que se replegaran y, sin darles tregua, tenían alguna posibilidad de obligarles a retroceder, en la confusión, hasta las fortificaciones interiores.

Tales fueron las razones que allí y entonces expuso el conde. Hecho lo cual, y tras prometer generosas recompensas a quienes cumpliesen a satisfacción con su deber, dispuso que un subteniente con treinta hombres avanzara en dirección al torreón que se hallaba más próximo a la ciudad, y que un capitán con otros cincuenta le apoyara. Debían lanzarse contra la fortificación en cuanto el enemigo abriese fuego, y tenían órdenes de perseguirlo, en caso de que retrocediera, hasta las fortificaciones interiores. Pero debían atrincherarse junto a la entrada del bastión y no seguirlo si buscaba refugio en el interior de la fortaleza.

Se destacó a un subteniente y un capitán, con un número de hombres similar y con parecidas órdenes, hacia un torreón más pequeño en un extremo al oeste de la fortaleza, a cosa de un tiro de mosquete del recinto interior. Por esta parte el muro, tallado en la roca, dejaba al descubierto una zona de unas veinte yardas por la que penetraron nuestros soldados. Encontraron allí tres cañones sobre una plataforma, sin muchos hombres que los guardaran.

Quienes avanzaban hacia el bastión que daba a la ciudad estaban apoyados por doscientos hombres, con los que iban el general y el príncipe en persona. Un número similar, bajo el mando del coronel Southwell, debía cubrir el ataque por el oeste, y aproximadamente quinientos hombres, situados entre los dos grupos dispuestos para el asalto, quedaron al mando de un coronel holandés con órdenes de intervenir allí donde, conforme a su criterio, lo creyeran más necesario. Mi destacamento se encontraba donde iban el príncipe y el conde en persona, y con los primeros disparos del enemigo allí sufrimos las únicas bajas.

Nuestros hombres, por más que se hallaban al descubierto y aunque la pendiente era de roca viva, atacaron con fiero coraje. Tras recibir la primera descarga, cuantos no quedaron muertos o heridos se lanzaron de inmediato, *pêle-mêle*, contra nuestros enemigos quienes, ante tan furiosa acometida, se retiraron en medio de una gran confusión, desbordados por los nuestros. Cada uno por donde pudo, echaron todos a correr hacia el interior de la fortaleza.

En uno de los lados del mayor de los torreones había un portón que daba al noroeste, y un camino resguardado por el que el general y el príncipe de Hesse siguieron tras las fuerzas de choque y lo ocuparon. Por fortuna, a la entrada del torreón había diseminados varios bloques de piedra de gran tamaño que iban a ser empleados en la fortificación, con los que levantaron un parapeto provisional antes de que el enemigo se recobrara de su sorpresa o hiciese fuego con intensidad sobre nosotros desde la parte del recinto que dominaba aquella posición.

Después supimos que el comandante de la ciudadela, creyendo que únicamente le atacaríamos por aquel punto, había hecho llamar a los hombres situados en los puestos más apartados y más hacia el oeste de la fortaleza, por la parte que daba a la ciudad y a cuyo extremo nuestros hombres habían ocupado un pequeño torreón en el que se apoderaron de tres cañones sin apenas resistencia, y aún les dio tiempo a levantar una barricada que defendieron con las armas cogidas al enemigo. Así las cosas, si el enemigo trataba de hacer una salida o intentaba cualquier cosa contra nosotros, quedaba expuesto a nuestro fuego desde las posiciones que habíamos ocupado tras su retirada hacia el interior de la fortaleza. A cada momento nos hallábamos mejor preparados frente a cualquier ataque de la guarnición. Y puesto que no podían venir contra nosotros sin evidente riesgo, nada nos quedaba por hacer, hasta tanto pudiésemos traer la artillería y los morteros. El general mandó llamar entonces a los mil hombres que había apostado en un convento a medio camino entre la ciudad y Montjuich, al mando del brigadier Stanhope.

Siguió un alto el fuego casi total, con los hombres de uno y otro bando a cubierto. El general estaba en la parte alta del bastión y el príncipe de Hesse más abajo, tras un pequeño parapeto, en un extremo desde el que podía ver asomar las cabezas de los enemigos sobre las defensas del recinto interior. Poco después se produjo un incidente que costó la vida a este gallardo príncipe.

El enemigo contaba con líneas de comunicación entre Montjuich y Barcelona, cuyo gobernador, al oír los disparos, hizo que salieran inmediatamente cuatrocientos dragones a caballo, con órdenes de que doscientos de ellos desmontaran y reforzaran la guarnición y los otros doscientos volviesen a la ciudad con los caballos.

Una vez que estos doscientos dragones penetraron en la fortaleza sin ser vistos por nuestros hombres, los españoles, agitando sus sombreros sobre sus cabezas, repitieron una y otra vez: «Viva el rey, viva». Desgraciadamente, el príncipe de Hesse lo interpretó como un gesto de rendición, de modo que dando voces de «Se rinden, se rinden», con intempestivo acaloramiento y precipitación, animó a los soldados a que le siguieran, y se adelantó con casi trescientos hombres (que salieron tras él sin que su general se lo hubiese ordenado), bordeando la muralla que lleva hasta el foso del segundo recinto. Los enemigos dejaron que se acercaran hasta el foso y allí, tras rodearles, cogieron a doscientos de ellos prisioneros, al tiempo que abrían fuego contra los demás, que huían a la carrera. El ruido de los disparos hizo que el conde de Peterborow bajara a ver qué sucedía. Nada más llegar a la esquina del bastión vio al príncipe de Hesse, que se retiraba con los hombres a quienes tan imprudentemente había expuesto. Apenas el conde había cambiado algunas palabras con él cuando, de una segunda descarga, recibió aquel príncipe un disparo en la femoral del que murió al instante, cayendo a los pies del general, quien de inmediato ordenó que el cuerpo fuese llevado al convento más próximo.

Al momento se presentó un oficial para dar cuenta al conde de Peterborow de que un numeroso destacamento de infantería y caballería, con no menos de tres mil hombres, estaba de camino hacia la fortaleza desde Barcelona. La distancia es de aproximadamente una milla de terreno irregular, de forma que el enemigo tan pronto quedaba al descubierto como fuera de nuestra vista, conforme avanzaba sobre las elevaciones del terreno o por las vaguadas. El general montó de inmediato para observar tales fuerzas desde un punto elevado fuera del reducto, tras dejar cuantas posiciones habíamos ocupado debidamente aseguradas con los adecuados contingentes de oficiales y tropa.

Cuanto sigue pondrá de manifiesto los efectos que pueden resultar de la presencia o ausencia de un hombre en determinadas ocasiones. Apenas el conde salió del castillo, dejando al mando a lord Charlemont (persona de reconocido mérito e indudable valor, pero de carácter en exceso transigente a veces) cuando un terror pánico (por más que el conde, como he dicho, únicamente había salido para observar al enemigo) se apoderó de la tropa, frente a la que lord Charlemont no mostró la firmeza que, como oficial al mando, le correspondía. Así fue como ocurrió, puesto que oí cómo le apremiaba uno de los oficiales, lo bastante osado como para tomarse semejantes libertades, diciendo que ninguna de cuantas posiciones habíamos ocupado podía ser defendida, que empeñarse en lo contrario significaba sacrificar irresponsablemente las vidas de los hombres en aras del capricho y la obstinación, y que era como querer comprobar la solidez de un muro de piedra a cabezazos. Por casualidad escuché semejante alegato, y de la respuesta de lord Charlemont deduje que el oficial tenía todas las posibilidades de salirse con la suya, y que cuanto yo pudiera decir sería inútil. Tan rápidamente como me fue posible, me escabullí fuera del reducto para prevenir al general del peligro que nos amenazaba.

Al salir vi que el miedo iba en aumento, y que había corrido el rumor de que las tropas que avanzaban desde Barcelona acabarían con nosotros si no nos replegábamos de inmediato a los montes o a las edificaciones que se hallaban en poder de los miquelets. Oficiales y soldados, dominados por el pánico, dejaron sus puestos y todos a una, con lord Charlemont a la cabeza, abandonaron el reducto, o más bien salieron de él en desbandada. Cuando se encontraban a mitad del camino de bajada de la colina les alcanzó el conde de Peterborow. Y, en cuanto lo puse al corriente del vergonzoso e inesperado suceso, no permaneció indiferente, sino que exclamó con vehemencia: «Buen Dios, ¿es posible?»; y regresó a caballo tan rápido como pudo. No creo haberme sentido nunca tan feliz como en el curso de esta acción al servicio de mi país. Confieso que no puedo sino creer que fui algo más que un mínimo artífice de los gloriosos sucesos que siguieron. El conde, apenas enterado por mí de lo que sucedía, subió la colina al galope. En cuanto alcanzó a lord Charlemont desmontó y le arrebató de las manos su media pica, se volvió hacia los oficiales y soldados y les dijo que, si no consentían en dar media vuelta y seguirle, caería sobre ellos el deshonor y la eterna vergüenza de haber desertado de sus puestos y abandonado a su general.

Fue sorprendente ver con qué prontitud y renovado valor siguieron al conde de Peterborow y volvieron atrás. En un instante olvidaron sus temores y sin duda, de haberse encontrado entonces con cualquier adversario, se habrían batido con la mayor valentía. Como estos hechos pasaron desapercibidos para el enemigo, ganamos de nuevo nuestras posiciones y las ocupamos en menos de media hora sin sufrir pérdida alguna. Si nuestras tropas hubiesen seguido adelante por espacio de la mitad de un tiro de mosquete, su retirada habría sido evidente y el viento se habría llevado cuantos triunfos nos reservaba esta gloriosa ocasión.

Otro hecho notable durante esta feliz empresa fue el siguiente: los doscientos hombres, que cayeron en manos del enemigo por causa del desgraciado error del príncipe de Hesse, fueron conducidos directamente a la ciudad. Un subteniente general, el marqués de Risburg, quien estaba al mando de tres mil hombres que se disponían a salir en auxilio de la fortaleza, interrogó a los prisioneros conforme pasaban ante él. Todos le dijeron lo mismo: que el general y el príncipe de Hesse en persona se hallaban con las tropas que habían atacado Montjuich. Al oírlo, el marqués ordenó de inmediato la vuelta a la ciudad, dando por descontado que el príncipe y el general se hallaban al mando del grueso del ejército, y que habían urdido algún plan para atacarle cuando regresara, supuesto que se aventurase demasiado lejos. Así pues, la lastimosa captura de aquellos doscientos hombres se volvió en nuestro favor, al evitar un avance enemigo que habría puesto al conde de Peterborow en serias dificultades.

Habiendo llegado hasta Montjuich los mil hombres al mando del brigadier Stanhope, y puesto que el enemigo no nos había molestado, las circunstancias nos eran allí muy favorables. Por el otro lado, nuestro campamento contaba con tales fortificaciones que jamás fue atacado durante el asedio. La comunicación entre uno y otro frente estaba suficientemente asegurada, si bien nuestras tropas se veían obligadas a seguir una fatigosa ruta que discurría al pie de las colinas, por lo que el general decidió que los regimientos acampados al oeste de Barcelona relevaran a los que se encontraban de servicio en la zona de las hostilidades.

Al día siguiente, una vez que el conde de Peterborow se hubo ocupado de asegurar el primer campamento al este de la ciudad, ordenó a los oficiales de marina que desembarcasen la artillería y las municiones por detrás y al oeste de la fortaleza. Apenas desembarcados, emplazamos dos morteros, con cuyos disparos hostigamos con dureza el fuerte de Montjuich. Pero al tercer o cuarto día uno de nuestros

Comment [Librodot-34]:
El 22 de agosto de 1705 la flota anglo-holandesa se presentaba frente a las costas de Barcelona y el Archiduque desembarcaba poco después. El 14 de septiembre Peterborough se adueñaba de parte de la fortaleza de Montjuich, que caía tres días después. La ciudad de Barcelona capitulaba el 9 de octubre.

proyectiles cayó en su polvorín, haciéndolo saltar por los aires, y con él al gobernador y a varios de los oficiales de mayor rango, que en ese momento se encontraban reunidos almorzando. Al tiempo, la explosión hizo que se viniera abajo un costado de uno de los torreones menores. Tan pronto como lo advirtieron los *miquelets* (quienes se hallaban expectantes al pie de la colina muy cerca de allí, dispuestos a aprovechar cualquier oportunidad) penetraron de inmediato, en tanto el enemigo se hallaba sumido en un desconcierto absoluto. Si el conde en persona, tan alerta como ellos, no hubiese entrado asimismo con algunas tropas regulares y puesto orden en la confusión general, sin duda la guarnición habría sido pasada a cuchillo. La presencia del general no sólo detuvo la furia de los *miquelets*, sino que impuso entre sus propias tropas la más estricta disciplina. De manera que, por fortuna para la aterrorizada guarnición, el general dio cuartel a oficiales y soldados, tomándolos como prisioneros de guerra.

¿Qué trascendencia tuvo el momento en que el general salió al encuentro de su comandante en retirada? Unos pasos más nos habrían hecho perder las posiciones ganadas y nos habrían privado de cuanta gloria alcanzamos después. Y no hubiera sido esto lo peor, sino que, sobre la vergüenza que habría supuesto una retirada tan precipitada de nuestras posiciones ante Montjuich, hubiésemos sufrido además la desdicha de volver deshonorados a los barcos que nos habían conducido hasta allí. Pero los cielos reservaban para nuestro general señaladas ocasiones, así de gloria como de mortificación.

He de aludir aquí a un incidente que pone de manifiesto la diferente manera de pensar de los hombres, si no algo peor. Cuando, muchos años después, alegué este acto de servicio en defensa no sólo de aquel reducto sino del honor de mi país, y reclamé justicia ante un burócrata que se mostraba indiferente a mis peticiones y estaba provocando con ello mi irritación, aquel ministrillo, para desanimarme y menospreciar mi demanda, con una mueca tan odiosa como sus ideas, me respondió que, a su entender, mis supuestos servicios habían perjudicado a la nación, puesto que nuestra tozudez había costado al Gobierno más dinero que cuanto habían reportado todas nuestras conquistas, con lo que podíamos habérmola ahorrado. ¡Tan desconcertantes son los pensamientos de los hombres, que aun las grandes acciones repugnan a un espíritu grosero!

La inesperada toma de la fortaleza de Montjuich provocó una enorme excitación y avivó la fantasía de la tropa, suscitando ideas poco sensatas. Un triunfo siempre enardece las mentes más débiles, animándolas a correr tras su buena fortuna, si bien para llevarlas las más de las veces a su propia ruina. A menudo un éxito semejante mueve a los mejores espíritus a repetir la experiencia en busca de nuevas conquistas, arriesgando con imprudencia la gloria ya alcanzada. En consecuencia, todos los destacamentos comenzaron a hacer los mayores alardes. Se veían a sí mismos como unos zánganos si no se les empleaba en una u otra tarea encaminada al asedio de la propia Barcelona, o en acarrear las baterías necesarias para semejante propósito. Pese a que aquella acción supuso una magnífica victoria, hay que reconocer en justicia que las tropas de tierra jamás habrían conquistado la ciudad si no hubiesen contado con la ayuda de la marina. Los jefes y oficiales de la flota ya se habían mostrado favorables al plan de ataque contra Barcelona. Lo último que deseaban era emprender una misión diferente a aquellas alturas del año y, como antes dije, no querían ni oír hablar de ello. Entusiasmados con un comienzo tan prometedor, su colaboración fue más allá de cuanto razonablemente cabía exigir o esperar. Los almirantes olvidaron el mar y actuaron como oficiales de tierra. Llegaban a diario desde sus barcos, con un destacamento repartido en compañías mandadas por capitanes y alféreces de navío, conforme al reglamento. En particular, el capitán Littleton, uno de los más distinguidos oficiales de la flota, se brindó para hacerse cargo del desembarco de la artillería y su transporte hasta el frente. Y la energía con que desempeñó la tarea rayó a la altura del

entusiasmo con que la acometió. Al ver que era poco menos que imposible acarrear por semejantes barrancos el cañón y los morteros con caballerías (supuesto que hubiésemos dispuesto de ellas), ordenó que se prepararan arneses para doscientos hombres, y así fue cómo, tras increíbles esfuerzos y penalidades, transportó hasta su emplazamiento el cañón y los morteros necesarios para la batalla.

Así empezó el asedio. No fue menor el empeño con que se llevó a cabo si tomamos en cuenta que el ejército atacante era tan reducido que, en el mejor de los casos, apenas superaba en hombres a las tropas sitiadas. Con tan escasas fuerzas no podía conducirse de modo por entero regular, aunque sí lo bastante ordenadamente como para consolidar nuestros dos pequeños campamentos y organizar la comunicación entre ambos de forma que el enemigo no pudiese interrumpirla u obstaculizarla. Habíamos emplazado en un primer momento tres baterías diferentes apuntando a la plaza, todas ellas en el lado oeste de la ciudad: una de nueve piezas, otra de doce y la última de más de treinta. Desde todas ellas hostigábamos Barcelona sin descanso, con tanta furia como cabe imaginar, y a menudo las tres hacían fuego a un tiempo.

Con todo, se juzgó que era no ya conveniente sino necesario emplazar otra batería en un terreno algo menos elevado, al pie de un cerro, la cual, por hallarse más próxima y dando frente a la zona donde presumíamos que eran las murallas más débiles, había de causar el mayor daño en la ciudad. Se pensó dotarla con seis piezas nada más, de modo que pudiese estar lista enseguida. La dirección de las obras corrió a cargo de un ingeniero francés, quien les dio fin con la mayor rapidez. Pero, a la hora de organizar el transporte de los cañones hasta allí, la opinión de la mayoría fue que la tarea resultaba de todo punto impracticable, por causa de la fuerte pendiente. Aunque creo que podrían haber añadido otro argumento de mayor peso y tal vez más sincero, y es que había que pasar por una zona que se hallaba totalmente al descubierto y expuesta al fuego enemigo.

Habiendo alcanzado alguna notoriedad a raíz del episodio de Montjuich, se me confió aquella difícil tarea, más por envidia que por estimación, tal como algunos, y no precisamente mis enemigos, comprendieron. En cuanto llegué al lugar lo inspeccioné con cuidado y, aunque no se me ocultaba la dificultad de la empresa, puse algún reparo tan sólo en cuanto al tiempo para llevarla a cabo, porque serían entonces entre las nueve y las diez y las piezas tenían que estar montadas al amanecer. En aquel momento mi única idea era aventurarme con los cañones pendiente abajo, hacia el emplazamiento escogido para esta cuarta batería.

Todos se mostraron de acuerdo. Por consiguiente, aceptaron mis observaciones en cuanto al tiempo y me asignaron sesenta hombres más, tantos como fue posible para facilitar la tarea mediante el número, con lo que puse manos a la obra. Apenas había comenzado a distribuir los cometidos y dado órdenes a mis hombres para que se retiraran algo más atrás, a fin de que el descenso resultara menos brusco y la tarea algo más llevadera, se me acercó el mayor Collier, que mandaba la columna. A la vista de las dificultades, me dijo indignado que estaban abusando de mí, y que iba a buscar al brigadier Petit para informarle de la imposibilidad, así como de la temeridad, de la misión que me habían asignado. Acababa de decir tales palabras, y apenas se había dado la vuelta para cumplir su promesa, cuando recibió en la espalda un aciago disparo de mosquete. Lo evacuaron, y hasta mucho tiempo después no volví a encontrarme con él.

Tanta fue mi buena estrella que, merced a este segundo grupo de hombres y al

duro trabajo de todos, salí con bien del trance. De modo que llevamos los cañones a su destino, para lo que nos servimos de maleza y otros recursos de menor importancia, y quedaron allí firmemente montados y emplazados. Antes de que amaneciera, esta cuarta batería apuntaba a la ciudad, con tan favorables resultados como habíamos previsto.

En resumen, al cabo de pocos días habíamos abierto una brecha suficiente para que penetraran por ella nuestros hombres, y todo estaba dispuesto para una ofensiva general. Comprendiéndolo así el gobernador Velasco, de inmediato quiso parlamentar. Durante las negociaciones que siguieron, y entre otras cláusulas, se convino la rendición de la ciudad en el plazo de tres días. Como garantía de lo acordado, el portal del Ángel quedó en poder de nuestras tropas.

Pero antes de que expirara el plazo de tres días se produjo un incidente absolutamente inesperado, que precipitó la rendición. Como gobernador, Velasco se había conducido de modo arbitrario, granjeándose la animadversión no sólo de los habitantes de la propia ciudad, sino también de los *miquelets*. En su devoción por el rey Carlos, los *miquelets* habían acudido de toda Cataluña al asedio de su capital, y en tanto se negociaban los términos de la rendición habían urdido varios planes para penetrar de noche en la ciudad, pues conocían los más recónditos accesos. De forma que a primera hora de la mañana comenzaron a saquear las casas de cuantos, según ellos, eran enemigos del rey Carlos, o supuestos partidarios del príncipe su oponente.

Fueron, en primer lugar, en busca del gobernador Velasco y, de haber caído en sus manos, sin duda habrían satisfecho en la persona de éste sus deseos de venganza en tanto le hubiese quedado un soplo de vida. Por su parte, Velasco no esperaba otra cosa, de modo que se ocultó en tanto el conde de Peterborow disponía los medios necesarios para que embarcara de incógnito y con garantías rumbo a Alicante.

Reinaba en la ciudad la más absoluta confusión. El conde de Peterborow, en cuanto supo lo que estaba pasando, de inmediato trató de apaciguar los ánimos. Con su habitual diligencia se llegó sin escolta hasta el portal del Ángel, donde en aquel momento me encontraba por casualidad, y pidió paso. Tan sorprendido como atemorizado, el oficial de guardia le abrió el portillo; entró el general, y yo tras él.

No habíamos caminado cien pasos cuando nos encontramos con una dama, de evidente calidad e indiscutible belleza, que huía de la temida furia de los *miquelets* presa de tan extraordinaria como conmovedora angustia. Su magnífica cabellera caía en desorden sobre sus hombros y aquello, unido a la turbación en que se hallaba, antes aumentaba que disminuía lo más mínimo el encanto de su singular hermosura. Como acostumbra cuantos se ven en dificultades, vino espontáneamente al encuentro del conde, cuyo aspecto le decía que en él había de hallar la persona capaz de dispensarle el auxilio que buscaba. Y tan pronto como llegó lo bastante cerca de nosotros, de modo que su noble condición se hizo evidente sin necesidad de palabras, imploró su favor diciéndole, por asegurarse de ello, quién era la que le suplicaba. Pero el liberal conde, al momento, le hizo saber que con él no eran necesarias presentaciones, y antes de saber que se trataba de la duquesa de Pópoli, la tomó de la mano para hacerla salir por el mismo portillo por el que él había entrado y conducirla a un lugar seguro fuera de la ciudad.

Quedé aguardando en tanto el conde acompañaba a la atribulada dama hasta el refugio solicitado, y creo que pasó casi una hora hasta su regreso. Tan pronto como estuvo de vuelta me puse a sus órdenes, y ambos nos dirigimos al lugar donde mayor era la confusión, que resultó ser el paseo que había frente al palacio, hasta el que llegamos guiados sin posible pérdida por el desafortunado griterío. Allí los *miquelets* porfiaban por prender a Velasco, el último gobernador, objeto de su ira desatada y

Comment [Librodot-35]:

El gobierno arbitrario del virrey Francisco de Velasco en Cataluña fue responsable en buena medida del descontento de los catalanes con Felipe V. De él dijo el príncipe de Hesse-Darmstadt que era «hombre de poca autoridad y aborrecido, que había podido deprimir pocos sublevados por falta de tropas y de conducta» (San Felipe, *op. cit.*, p. 93). En realidad, desde que «juró el empleo» de virrey el 27 de enero de 1704, según Castellví «el país no le amaba conservando en la memoria que en 1697 no había practicado la defensa, como el común de los generales había considerado poderse ejecutar», refiriéndose a la tibia actuación de Velasco durante el periodo de invasión del Principado por las tropas francesas poco antes de la firma de la Paz de Ryswick. Todavía en enero de 1705, antes de «las turbaciones del llano de Vich», la ciudad de Barcelona resolvió enviar a Madrid a don Pablo Ignacio Dalmases y Ros con una larga representación para Felipe V que «incluía los gravámenes, opresiones, encarcelamientos y destierros que el virrey Velasco ejecutaba, violando los fueros en deservicio del mismo rey» (Castellví, *op. cit.*, tomo I, pp. 440 y 494).

única causa del tumulto.

En este punto, el conde salvó al gobernador del furioso, aunque tal vez más que justificado, resentimiento de los *miquelets* y, como ya dije antes, dispuso que embarcara rumbo a Alicante. Apenas pudo extrañarme ni sorprenderme lo más mínimo la facilidad con que logró su propósito, puesto que soy testigo de que, allí donde él hacía acto de presencia, al momento cedía la ira de la multitud, y cada una de sus órdenes era obedecida con el mayor asentimiento y consideración. En prueba de gratitud a su salvador, ordenó Velasco antes de embarcar que se abriesen todas las puertas sin aguardar al término del plazo acordado. Fueron franqueadas conforme lo dispuso, y quedaron bajo la autoridad de nuestros hombres tan pronto como el gobernador estuvo a bordo del barco que había de conducirlo a Alicante.

Durante el asedio de Barcelona, el brigadier Stanhope dispuso que se plantara una tienda tan cerca de las trincheras como lo permitiese la prudencia. Allí recibía no sólo a los oficiales que estaban de servicio, sino también a los caballeros catalanes que nos habían facilitado la ayuda de los *miquelets*. Recuerdo haber visto en aquella tienda a un anciano caballero acompañado de su hijo, de unos veinte años de edad, el cual procedió en todo momento como un joven caballero. Habían acudido para almorzar con el brigadier, pero durante la comida un fatídico disparo desde el torreón de San Antonio le arrancó la cabeza al joven. El padre se puso en pie de inmediato, miró en primer lugar a su hijo decapitado y después, elevando los ojos al cielo en tanto las lágrimas le corrían por las mejillas, se santiguó, limitándose a exclamar «Fiat voluntas tua», y comportándose con admirable entereza. Fue un espectáculo espantoso, que en verdad aún me sobrecoge al relatarlo.

El conde de Peterborow, a quien durante algún tiempo, tras la revolución, le fueron encomendadas tareas civiles, volvió a la vida militar, que era su auténtica vocación, con gran complacencia. El brigadier Stanhope, quien sería nombrado conde poco después, honró con creces la divisa que reza «Tam Marte quam Mercurio», porque en verdad se comportó durante su estancia en España como si su conducta le hubiese sido inspirada. La victoria de Almenara se debió a él por entero, e igualmente se distinguió por su bravura en la batalla de Zaragoza. No fue su culpa que la suerte no le acompañara en Brihuega, puesto que nadie puede ir contra el destino, y los cielos habían dispuesto que Felipe siguiera en el trono de España y Carlos fuese emperador de Alemania. Ambos se han mostrado ingratos con los instrumentos dispuestos por el Todopoderoso para mantenerlos en sus tronos, porque sin Francia nunca el uno habría reinado en España; y sin Inglaterra, jamás habría sido el otro emperador.

Comment [Librodot-36]:
«Tanto Marte como Mercurio»,
tan buen militar como
administrador.

Con la capital de Cataluña en nuestro poder, tan pronto como la guarnición, poco menos numerosa que nuestro ejército, hubo salido haciendo sonar sus tambores y a banderas desplegadas, etc., conforme a las capitulaciones, efectuó su entrada oficial Carlos III, y fue proclamado rey y recibido entre las aclamaciones y demás manifestaciones de júbilo propias de tan señalado acontecimiento.

Días más tarde los ciudadanos, lejos de darse por satisfechos con sus primeras demostraciones de afecto, hicieron llegar una petición al rey, mediante graves diputados elegidos para este fin, por la que solicitaban permiso para presentarle mayores muestras de su devoción mediante una cabalgata. El rey lo autorizó, y los ciudadanos comenzaron sus preparativos.

En el día señalado salió el rey a uno de los balcones de la casa del conde de Peterborow, dispuesto a honrar la cabalgata. La ceremonia, a decir verdad, tuvo elegancia y grandeza. Quienes abrían la marcha venían montados sobre magníficos caballos en perfecta formación. Los demás les seguían agrupados por compañías con

sus estandartes. Todos desfilaron con la dignidad y señorío que les son propios, saludando a su majestad a la manera española conforme pasaban. El príncipe respondía llevándose la mano a la boca, porque los reyes de España no pueden saludar, ni devolver el saludo, tocándose el sombrero o quitándose el sombrero.

Seguían varias carrozas, la primera de ellas tirada por mulas, bellamente enjaezadas con plumas y cascabeles con la mayor pompa. Iba sobre ella un hombre enteramente vestido de verde en figura de dragón. La carroza se detuvo frente al balcón en que estaba el rey, y el fingido dragón efectuó para él gran variedad de pasos de danza. Entretanto el conde de Peterborow no dejaba de lanzar puñados de monedas a la multitud, a lo que ésta correspondía de continuo con grandes ovaciones y repetidas voces de «Viva, viva Carlos tercero, viva la Casa de Austria».

Cuando esta primera carroza hubo acabado su representación, otra tirada de igual modo se detuvo asimismo frente al balcón. Venía sobre ella una gran jaula o aviario cuya parte superior, sujeta mediante unos resortes dispuestos para ello, se alzó al momento dejando escapar una extraordinaria bandada de pájaros de diferentes colores. Sorprendidos éstos de su repentina libertad, que pienso que era lo que se trataba de representar, revolotearon durante un considerable espacio de tiempo arriba y abajo por el escenario de su redención, piando y cantando y manifestando de otras mil maneras gran alegría por su inesperado rescate.

Desfilaron otras muchas carrozas, las cuales fueron acogidas con parecidas voces de «Viva, viva»; mas por haber poco en ellas digno de mención, he olvidado los detalles. Todo concluyó con los fuegos artificiales y luminarias que se acostumbran en tales ocasiones.

He de mencionar aquí una notable demostración de la católica religiosidad de aquel príncipe, de la cual fui testigo poco después. Me encontraba en el mercado de la fruta cuando, al tiempo que pasaba el rey en su carruaje, salía la hostia de la catedral para que, como supe después, recibiera el sacramento una pobre mujer enferma. Bajó el rey de su carruaje al advertirlo y se hincó de rodillas en la calle, que estaba muy sucia, hasta que la hostia hubo pasado. Después se levantó, tomó la palmatoria de manos del que la llevaba y siguió al sacerdote hasta una humilde callejuela que había enfrente. Allí subió unos míseros y oscuros escalones hasta donde yacía la pobre enferma, y permaneció en el lugar hasta que acabó la ceremonia. De nuevo en la entrada de la catedral, restituyó con gran devoción la palmatoria al acólito que la llevaba, en tanto los presentes no dejaban de aclamarle diciendo «Viva, viva». Podemos suponer que tales exclamaciones iban encaminadas tanto a su piedad como a su persona.

Para hacer justicia a la templanza de los españoles, que en esto no tienen parangón, debo referir otro incidente singular, el cual dice mucho de sus costumbres. Paseaba yo cierto día por una de las calles más concurridas de aquella ciudad, cuando tropecé con un desacostumbrado corro de gentes de todas clases. Supuse que, si tantos se habían juntado, debía de ser por algún motivo extraordinario, de modo que me introduje entre ellos y, tras no pocos empujones y forcejeos, llegué hasta el centro de aquella dispar aglomeración. Cuáles no serían mi confusión y mi vergüenza al ver que el objeto de la curiosidad de aquella varia concurrencia, y el motivo de su risa, era uno de mis compatriotas, un granadero borracho. Sin dificultad se comprende que, para un inglés, resulta un tanto sorprendente el que la vista de un hombre borracho pueda ser considerada como un espectáculo singular. Por cuanto pude entender, tan hirientes eran los crueles sarcasmos que de todas partes le llovían a aquel pobre infeliz, y de los cuales algo me tocaba, que, si bien no maldije mi curiosidad, pensé

que lo mejor era alejarme de allí tan rápidamente como mis piernas me lo permitiesen.

Con Barcelona en poder del rey Carlos, de inmediato abrazaron su causa las ciudades de Gerona, Tarragona, Tortosa y Lérida. Destacaron ingenieros a todas ellas, y fui destinado a Tortosa. Esta ciudad se encuentra a orillas del río Ebro, sobre el que cruza un célebre y hermoso puente de barcas. Las aguas de este río presentan siempre un color rojo sucio y se hallan tal vez más turbias que las de nuestros marjales, pero son las únicas que beben o quieren beber las gentes de allí. Todas las casas disponen de pozos en que la conservan para su suministro, puesto que a las pocas horas de depositada en ellos se vuelve tan clara como la del más transparente manantial, y tan suave como la leche. En suma, por su blandura, su transparencia y su agradable sabor, los naturales la prefieren a cualquiera en el mundo. Y pues nunca otra fue tan de mi gusto, no puedo sino darles la razón.

Esta ciudad era de la mayor importancia para nuestro ejército, ya que nos abría el camino hacia los reinos de Aragón y Valencia. Puesto que era de por sí pasablemente defendible, pareció conveniente poner algún cuidado y miramiento en la reparación y mejora de sus edificios. Se me confió esta tarea y la desempeñé hasta la llegada del conde de Peterborow, quien se proponía avanzar sobre Valencia con un reducido ejército. Quedó aquí en guarnición el regimiento del coronel Hans Hamilton. Sin embargo, el gobernador era un español nombrado por el rey Carlos.

El conde se detuvo en Tortosa a la espera de los prometidos refuerzos de Barcelona, y a los pocos días recibió un comunicado del rey de España con excusas en lugar de tropas. Para mayor contradicción, en el mismo se le ordenaba que a toda costa acudiese en ayuda de San Mateo donde, según el escrito, el coronel Jones se hallaba rodeado por más de tres mil hombres a las órdenes del conde de las Torres. No podía el conde de Peterborow juntar arriba de mil hombres de infantería y alrededor de doscientos a caballo, fuerza insuficiente para semejante ataque contra un enemigo tan superior. Sin embargo, para el ingenio del conde (como más adelante tendremos ocasión de ver en el curso de estas memorias) contaban más las posibilidades de vencer mediante alguna estratagema que el número de soldados. Ciertamente, para elevar su moral, en el comunicado se le decía que gran número de los naturales del país se había levantado en armas en favor del rey Carlos. Sumaban varios miles, y únicamente se hallaban faltos de oficiales que los mandasen, con lo que la misión era fácil y sin grandes riesgos. Pero tras informarse con detalle, el conde comprobó que no había tales levantamientos, y que las fuerzas del conde de las Torres eran mucho mayores de lo que decía la carta.

Por su situación era San Mateo plaza de notoria importancia, pues dominaba todas las rutas entre Cataluña y Valencia. Si caía en poder del enemigo, los planes del conde en cuanto a esta última tendrían forzosamente que aplazarse. Sin duda la orden de acudir en su socorro era apremiante y perentoria. Pero el conde sabía bien que, al no haberse recibido los refuerzos prometidos, sus oficiales votarían contra un ataque en tan desiguales condiciones, y aun su propia impaciencia no tardó en avenirse a los dictados de su razón. Planteó por tanto la cuestión a los oficiales de otro modo, diciéndoles que únicamente quería que se mantuvieran en sus puestos y le dejaran hacer. Conforme al plan que había trazado, buscó dos espías

españoles a los que tomó a su servicio tras asegurarse (como su gran prudencia le movía a hacer en cualquier ocasión) suficientemente de su lealtad, y los despachó con una carta para el coronel Jones, gobernador de la plaza, en la que le comunicaba que estaba preparado para acudir en su ayuda de inmediato, y le daba instrucciones concretas de que tuviese a los *miquelets* dispuestos en la ciudad para que, en cuanto avistasen sus tropas, salieran tras el enemigo y se apoderaran de cuantos pertrechos pudieran. Esto era cuanto tenían que hacer y cuanto esperaba de ellos. Despachó a los espías conforme a su plan y, siguiendo las instrucciones recibidas, uno de ellos

traicionó y delató al otro, que era el que llevaba la carta para el coronel Jones. Entretanto, el conde siguió adelante con su plan. Tras dividir a sus hombres en grupos, cruzó con ellos las montañas sin ser advertido, los reagrupó de nuevo, y se dejó ver sobre las alturas de unos montes cercanos, distantes poco más de un disparo de cañón del campamento enemigo. La estratagema de los espías dio resultado y el conde de las Torres, aunque era un militar competente, se retiró con sus tropas no sin cierto desorden. Así fue como disponiendo de muchos menos hombres, pues no contaba con más de mil doscientos, logró el conde entrar en la ciudad sin obstáculo alguno. No puedo omitir aquí una hazaña del coronel Jones, que tuvo lugar poco antes de que el conde liberara la población. Puesto que carecía de artillería, el conde de las Torres había puesto a trabajar a sus zapadores. Al advertir que habían progresado alarmantemente, el coronel desvió hacia la mina el curso de un riachuelo que discurría por el centro de la villa, con lo que les obligó a abandonarla cuando creían estar a punto de darle fin.

Por más que, como he dicho, el conde podía considerar sobradamente logrado su propósito una vez liberada la plaza, no permitió que el enemigo huyera sin más. Por si advertían su debilidad, tomó no obstante precauciones para que le quedara el recurso de retroceder a San Mateo o dirigirse a Vinaroz, en la costa, o bien a alguna otra población si las circunstancias lo requerían. Sin embargo, sus oficiales sabían que los refuerzos que esperaban habían sido anulados una vez más, y que las tropas del duque de Anjou sumaban ya doce mil hombres, y no estaban tan entusiasmados con la reciente victoria como para lanzarse a nuevas aventuras, por lo que trataron en consejo de guerra de persuadir al conde, quien en lugar de hombres acababa de recibir una orden discrecional para que dispusiera las tropas bajo su mando de forma que en todo momento se hallaran en condiciones de acudir en ayuda del propio rey o en defensa de Cataluña, si fuera necesario.

Conforme a lo acordado en el consejo de guerra, el conde de Peterborow llevó su infantería, que se hallaba en pésimas condiciones, a marchas forzadas hasta Vinaroz, caminando sin descanso día y noche por las montañas. Pero no desistió de su plan en lo tocante a Valencia (había recibido una vez más instrucciones en tal sentido, al tiempo que se le negaban refuerzos), y con doscientos hombres a caballo trató de llevar a la práctica su idea de seguir tras el enemigo en retirada, ya que estaba decidido a apoderarse de aquella capital por más que las circunstancias fuesen aparentemente desesperadas.

Con tal propósito, el conde y sus hombres persiguieron al enemigo hasta que llegaron al pie de las murallas de Nules, plaza fortificada con sólidos muros e imponentes bastiones, mejor conservados que cualesquiera otros de aquel reino. Pero también esta vez, en cuanto apareció el temerario (si es que en aquellos momentos había alguno que no lo fuese) destacamento del conde, el enemigo abandonó aterrorizado aquella decisiva población, dejando su defensa en manos tan sólo de un millar de civiles bien armados. En tales circunstancias era difícilmente imaginable no ya que el conde consiguiera entrar, sino incluso que lo intentara con sólo un exiguo destacamento de doscientos jinetes. Pero aunque la empresa era comprometida, su buena estrella (tan favorable que rara era la vez que no le llevaba a lograr sus propósitos) acudió en su auxilio una vez más. El día anterior había recibido informes de que el enemigo, tras dejar Nules, había tomado Villarreal y hecho allí una carnicería. Lo que habría llenado de terror a otro, inspiró a su señoría una estratagema tan inteligente como eficaz. A la cabeza de sus hombres, se llegó a caballo hasta las mismas puertas de la ciudad y exigió la inmediata presencia del alcalde o de un sacerdote, so pena de pasar a la población por las armas y hacer con ella otro tanto que el enemigo hiciera uno o dos días antes con los de Villarreal. Las tropas que acababan de abandonar la plaza habían dejado tras ellas más miedo que defensores, con lo que, ante las perentorias amenazas del conde, de inmediato se presentaron ante

él unos sacerdotes. No erró el conde al suponer que el motivo de tan diligente obediencia no era otro que el miedo, y a fin de aumentar el que ya sentían, únicamente les concedió seis minutos para que rindieran la plaza, y aun añadió que, de no hacerlo así, tan pronto como llegara su artillería les haría sufrir las más terribles calamidades. Volvieron los religiosos al interior del recinto con tan sombría embajada, y poco después se abrieron las puertas de la ciudad. Una vez hubo entrado, dio allí el conde con doscientos caballos, que fueron origen del regimiento de jinetes que formó, y que más adelante resultaría decisivo en Valencia.

La noticia de la caída de Nules no tardó en llegar hasta nuestros enemigos en fuga, y de tal modo hizo que aumentara su temor ante el peligro en que se hallaban, que el mismo día redoblaron la marcha. Más les hubiera valido entonces no tener que cargar con tanto como habían robado. Pero el conde estaba tan satisfecho de su victoria que dejó que huyesen de su propio miedo y se desvió un tanto hacia Castellón de la Plana, ciudad importante pero abierta, donde su señoría hizo con cuatrocientos caballos más. Tenía la seguridad de que sus tropas estaban obligando al enemigo a abandonar el reino. Ordenó al regimiento que estaba al mando del coronel Pierce en Vinaroz que se reuniera con él en Oropesa, no muy lejos de allí. Al llegar quedaron gratamente sorprendidos, porque Oropesa se hallaba muy en orden, y, provista con cuantas subsistencias eran necesarias. Seguidamente, aquel infatigable general dio las órdenes oportunas, y, una vez hubo acuartelado sus tropas en poblaciones amuralladas donde únicamente la artillería podía hostigarlas, siguió camino hacia Tortosa.

Al llegar a Vinaroz supo el conde que se había formado la milicia española del reino de Valencia, y que había penetrado en el reino la distancia de un día de marcha. Con lo que, tras reunir tan rápidamente como pudo las fuerzas disponibles, y pese a que en total no pasarían de seiscientos jinetes y dos mil hombres de a pie, resolvió dirigirse de inmediato a Valencia.

Pero antes era preciso atacar y dominar cierto paso sobre un río al pie de las murallas de Sagunto, que estaba sólidamente custodiado. El conde de los Arcos, comandante de las tropas del duque de Anjou en el reino de Valencia, había confiado su defensa al brigadier Mahoni. Aunque no muy fuerte, Sagunto es una ciudad amurallada y populosa. Además de una guarnición de ochocientos hombres, contaba con la mayor parte de los dragones del regimiento de Mahoni. Se alza en la cúspide de un monte bastante elevado, en cuya parte más alta pueden verse las ruinas de la en otro tiempo famosa ciudad romana. Famosa ciertamente por los siglos de los siglos, y en tanto perduren cuantos escritos nos hablan de ella, merced a su inquebrantable fidelidad a un aliado indigno frente a un enemigo inmisericorde. Los arcos semiderruidos y los desiguales muros y torres de aquella otrora célebre ciudad permanecen aún como impresionantes vestigios de tiempos pasados. Al contemplarlos, no pude experimentar, sino desprecio hacia Aníbal, su enemigo, y aversión hacia la incomprensible y ciega indiferencia de los romanos, sus aliados; y por otra parte, sentí veneración al recordar a aquellos héroes que prefirieron inmolarse, juntamente con sus mujeres e hijos y con cuanto les era querido, entre las llamas de su agonizante ciudad, antes que vivir deshonrados por una promesa quebrantada o un acto de cobardía.

Como ya dije, Mahoni contaba en Sagunto con ochocientos hombres aptos para el combate, además de los civiles. Teniendo en cuenta nuestra escasa artillería, los oficiales del conde de Peterborow llegaron a la razonable conclusión de que en tales circunstancias no tenían perspectivas de salir victoriosos, y así se lo hicieron saber. Sin embargo, el conde, lejos de compartir su desaliento, les animó diciéndoles que tal vez pudiese el ingenio lo que no podía la fuerza. Así pues, decidió entrevistarse con

Mahoni y envió a un oficial acompañado por un corneta para que se lo comunicara. Se concertó la entrevista y el conde, que previamente había dispuesto sus tropas en un emplazamiento favorable y su escasa artillería a conveniente distancia, con instrucciones para que se dejaran ver durante la conferencia marchando despacio por la falda de una colina próxima, llegó al lugar convenido en compañía únicamente de unos pocos hombres a caballo, conforme a lo pactado. Una vez frente a frente, trató en primer lugar por todos los medios a su alcance de atraer a Mahoni a la causa del rey Carlos con ofrecimientos lo bastante pródigos como para conmover la fe de un católico, según me refirió el propio Mahoni algún tiempo después, pero todo fue en vano: Mahoni se mostró inflexible, y el conde decidió cambiar de táctica.

En tono de franqueza le dijo entonces el conde a Mahoni que, pese a todo, no podía sino apreciar la confianza que le había demostrado, y que, para corresponderle de algún modo, estaba dispuesto a dejar en sus manos la posibilidad de evitar atrocidades como las recientemente ocurridas en Villarreal.

«La estimación que siento por vos», dijo el general, «me inclina a ser indulgente con la plaza que os ha sido confiada. Veis cuán próximas se hallan mis tropas, y pocas dudas podéis albergar de que pronto la ciudad ha de hallarse en nuestro poder. Por tanto, quisiera ofreceros», siguió el conde, «una capitulación, de forma que mi afecto se acomode a las exigencias de mi honor. Aunque los últimos acontecimientos pudieran tal vez justificarla, la barbarie me repugna absolutamente y es contraria a mi carácter, y el hacérselo saber ha sido el propósito primero de esta entrevista, tanto como manifestaros mi buena disposición hacia vos».

Aquel tono de sinceridad impresionó de tal modo a Mahoni, que prometió contestar al cabo de media hora. Un oficial español trajo la respuesta y se acordó la capitulación. El conde trató de que aquel oficial se pasara al bando del rey Carlos, recurriendo a los mismos argumentos que había utilizado con Mahoni. Pero ya le reprochara tácitamente su falta de consideración al negarse a seguir el ejemplo de su comandante o ya recurriese a cualquier otro razonamiento, sus esfuerzos resultaron infructuosos también esta vez. Acertó, sin embargo, a despertar en aquel militar una desconfianza hacia Mahoni que iba a resultar sumamente útil para sus fines.

Para llevar a buen término su plan, el conde escogió seguidamente a un par de dragones quienes, con la promesa de un ascenso, se avinieron a fingir ante el duque de Arcos, cuyas tropas se encontraban no muy lejos, al otro lado de una extensa planicie que el conde debía cruzar inexcusablemente, lo que representaba un peligro poco menos que insuperable en caso de que un ejército tan superior le atacase allí. Conforme a sus instrucciones, aquellos espías debían referir al duque que habían oído por casualidad la conversación entre Mahoni y el conde, y visto cómo en el curso de la entrevista pasaba a manos de Mahoni gran cantidad de dinero, en tanto él y el conde se hacían uno a otro grandes promesas. Pero en particular, que el conde había insistido a Mahoni para que procurase que el duque se situara en la llanura que mediaba entre sus respectivas posiciones. Partieron los espías y llevaron a cabo su misión conforme a lo acordado, porfiando por último ante el duque que no deseaban recompensa alguna, sino que estaban prontos a aceptar cualquier castigo si Mahoni no le hacía llegar al duque de inmediato un mensaje pidiéndole que avanzase hacia la llanura, con objeto de poner en práctica el plan urdido. En efecto, poco después de estas supuestas revelaciones, envió Mahoni a uno de sus oficiales ante el duque para animarle a que marchara con sus tropas hacia la llanura. En realidad, Mahoni se proponía cerrar el paso al conde, puesto que sabía muy bien que había de seguir forzosamente aquella ruta. Predispuesto por los espías y por cuanto le habían referido anteriormente los oficiales españoles en retirada, el duque interpretó la situación a su

manera y, tan pronto como Mahoni, que había cruzado la llanura a marchas forzadas para adelantarse al conde de Peterborow, llegó a su campamento, lo arrestó y lo envió a Madrid. El duque había caído en el engaño y había cundido el pánico. Levantó el campamento en un clima de confusión y tomó una ruta distinta de la que tenía pensada en un principio, dejando expedita al conde la que fuera temible llanura, sin enemigos que le cortaran el paso. Al poco de llegar a Madrid, Mahoni demostró su inocencia y fue ascendido a general, en tanto que el duque de Arcos fue degradado.

Al día siguiente llegamos a Valencia, hermosa ciudad que nos abrió sus puertas con las mayores demostraciones de júbilo. He dicho que es una ciudad hermosa, pero probablemente me quedo corto, ya que entre los españoles circula el dicho de que los encantos de Valencia harían olvidar Jerusalén a un judío. Se encuentra muy deleitosamente situada en una hermosísima llanura, a una media milla de distancia del mar Mediterráneo. Allí no se echa de menos ninguna de las fragancias de la naturaleza, y siempre tiene algo que ofrecer para recreo de una mirada atenta. La belleza de sus mujeres es proverbial, pero también lo es la agresividad de sus *bravos*, habituales acompañantes de las mujeres públicas por estas tierras. Son delincuentes tan endurecidos que matarían por unas pocas monedas, así tuvieran luego que huir de su país. No es que otras regiones de España se hallen libres de semejantes alimañas, pero aquí abundan tanto, que, si hubiera de levantarse un censo de cuantos se hallan en otras partes del país, veríamos que nueve de cada diez son nacidos en esta provincia.

Pero prosigamos: aunque las gentes de toda condición en la ciudad insistían en sus varias expresiones de alegría al vernos llegar de improviso, puesto que ya no contaban en absoluto con nuestra presencia por más que la desearan, el conde experimentaba una íntima preocupación por los suyos, que se veía obligado a ocultar pero que le embargaba el ánimo. Sabía que apenas tenía cuatro mil soldados en la plaza y que carecía de pólvora y municiones con que pertrecharlos, así como de provisiones de cualquier clase para el caso de que se produjera un asedio. Por su parte, el ejército enemigo disponía de más de siete mil hombres, a los que había que sumar un destacamento de otros cuatro mil que avanzaba para unirse a ellos y se encontraba a unas quince leguas de distancia. Añádase a todo esto que el mariscal de Thesse se hallaba en Madrid, a muy pocos días de marcha de Valencia. Demasiado cerca del conde quien, como dije antes, no estaba preparado en absoluto para hacer frente al asedio que, según se decía, planeaba el mariscal. Pero el inagotable ingenio del conde decidió una vez más recurrir a la astucia para compensar el corto número de sus tropas. Y en primer lugar, al saber por sus espías que dieciséis cañones de veinticuatro libras, junto con pertrechos y municiones bastantes para un asedio, habían sido desembarcados en Alicante para abastecer al enemigo, trazó un plan de inmediato y, con su habitual buena fortuna, se apoderó de todo ello, cubriendo de este modo sus propias necesidades a costa de sus adversarios.

La segunda cuestión pendiente eran los cuatro mil hombres que se acercaban para reforzar a las tropas situadas en las inmediaciones de Valencia. Pero *hic labor, hoc opus*, puesto que entre el conde de Peterborow y las tropas que se proponía dispersar se interponía el grueso del ejército al mando del conde de las Torres (quien, al igual que Mahoni, había sido repuesto en su cargo). Para hacer las cosas aún más difíciles, era preciso cruzar el río Júcar casi a la vista del enemigo. Por más que eran considerables, tales inconvenientes no desanimaron al conde. Envío por la noche a cuatrocientos jinetes y ochocientos hombres de a pie, quienes se desplegaron con tal rapidez y sigilo que tomaron por sorpresa a aquel gran ejército, lo burlaron y

Comment [Librodot-37]:
El mariscal francés llegó a España para dirigir los ejércitos franceses en 1705, tras la marcha del duque de Berwick. Después del levantamiento del asedio de las tropas a Barcelona en 1706, las relaciones con el monarca borbónico se deterioraron y tuvo que regresar a Francia al intentar el mariscal Tessé persuadir a Felipe V para que también volviese a Francia de acuerdo con el plan del duque de Borgoña: este plan consistía en la renuncia de Felipe V al trono español a cambio de los territorios de la Monarquía en Italia (San Felipe, *op. cit.*, p.108).

Comment [Librodot-38]:
«Ésta es la necesidad, éste el trabajo», no hay alternativa

volvieron sanos y salvos a Valencia con seiscientos prisioneros pese a que, amparándose en la oscuridad de la noche, tuvieron que pasar muy cerca de un destacamento enemigo de caballería de tres mil hombres. Los prisioneros fueron la prueba tanto de la incursión como de su feliz desenlace. De no ser por ellos, casi nadie en la ciudad habría dado crédito a tan sorprendente triunfo. Tras este segundo revés en el campo de batalla, el conde de las Torres se retiró a una distancia prudencial, y con ello permitió que el conde se hiciera fuerte en sus nuevas posiciones.

El conde de Peterborow permaneció en Valencia durante algún tiempo. Por su carácter benévolo fue muy querido y apreciado por todos, y tan buenas relaciones mantuvo con damas y clérigos que siempre estuvo al corriente de cuanto ocurría con la mayor exactitud y puntualidad, y si algo así es siempre útil para cualquiera en la vida diaria, tanto más conveniente resulta para un general en campaña al frente de un ejército tan pequeño y en territorio enemigo.

Poco tiempo después, enterado por tales conductos de que el rey Felipe se dirigía a Barcelona con un ejército de más de veinticinco mil hombres al mando de un mariscal francés, el conde pasó a Cataluña con cuantas tropas pudo reunir, dejando en Valencia un pequeño contingente de infantería, tan numeroso como lo permitieron las circunstancias. Formaban aquel ejército poco más de dos mil hombres a pie y seiscientos a caballo, con los que se dirigió sin tardanza hacia Barcelona. Allí cuidó de apostarlos en las montañas de los alrededores, donde no sólo se hallaba a salvo del enemigo, sino en condiciones de hostigarlo día y noche. Al frente de su enorme ejército, el mariscal no podía devolverle los golpes, puesto que el conde cambiaba de posición cada seis u ocho horas, de modo que, cuanto con más empeño lo buscaba, más difícil resultaba dar con él. Así fue cómo el general acosó al enemigo y mantuvo en perpetuo estado de alarma a las tropas que sitiaban Barcelona. No fue éste el único modo en que combatió al enemigo: las precauciones adoptadas y las medidas dispuestas en otras plazas para impedir su vuelta a Madrid contribuyeron asimismo a expulsar al mariscal de Francia y a su católico rey de los dominios españoles, por más que la envidia haya tratado de sepultar esto en el olvido.

Pero volvamos al asedio: los barceloneses habían reparado pasablemente las brechas abiertas en las murallas de la ciudad durante su asedio por el conde, pero habían descuidado los daños sufridos en Montjuich. Aun así, una batería con no menos de cincuenta piezas resistió durante veintitrés días, hasta que se vieron obligados a capitular sin condiciones tras infligir al enemigo más de tres mil bajas (el conde había tomado Montjuich con la mitad de hombres). No podemos pasar por alto el hecho de que una plaza que un general inglés conquistó en apenas una hora resistió durante veintitrés días frente a un mariscal francés.

Una vez ocupado Montjuich, el mariscal de Thess dispuso que de inmediato se apuntaran los cañones contra la ciudad. Sus órdenes fueron obedecidas con la mayor prontitud. Al mismo tiempo, sus hombres se atrincheraron con tales fortificaciones que, de haberles atacado, habrían aplastado el reducido ejército con que contaba el conde la vez anterior, cuanto más el actual, que era aun más pequeño. Aun así, dieron sobradas muestras del temor que sentían frente a aquel general, que desde las montañas se cernía alerta sobre sus cabezas. El mariscal empezó tratando de abrir una brecha entre la que nuestras fuerzas hicieran un año antes y la puerta de San Antonio. Cañones y morteros castigaron sin descanso las murallas, y al cabo de pocos días su obstinación se vio recompensada con una brecha suficiente para lanzar a través de ella un ataque. Si prudentemente dejaron que pasara algún tiempo antes de atacar, fue por temor a que el conde les cayese por la espalda en cuanto lo intentaran, lo que demuestra que le creían capaz de hacerles daño.

En este punto, el conde de Peterborow decidió poner en práctica un plan que llevaba tiempo urdiendo. Alrededor de nueve o diez días antes de que se iniciara el asedio había recibido un mensaje del brigadier Stanhope, por entonces a bordo de la flota que, al mando de sir John Leake, se disponía a acudir en apoyo de Barcelona junto con los demás barcos que estaban a punto de llegar de Inglaterra. Le decía al conde que había hecho cuanto había podido a fin de persuadir al almirante para que pusiera rumbo a Barcelona de inmediato. Sin embargo, el almirante persistía en su firme determinación de no enfrentarse a la escuadra francesa, fondeada ante la ciudad a las órdenes del conde de Toulouse, en tanto no se le unieran los barcos de sir George Bing que habían de llegar de Irlanda. La flota del almirante Leake era tan fuerte como la francesa, pero Leake no confiaba en los informes que le habían llegado. Pensaba que quienes se encuentran en apuros tienden a pintar las situaciones como mejor les conviene, y se sentía obligado, por una cuestión de prudencia, a no poner en peligro los barcos de la reina, puesto que de un día para otro aguardaba refuerzos tan ciertos como numerosos.

Pese a su dilatada y gloriosa experiencia militar, esta apurada situación había llevado al conde al borde del desánimo. Además, desde el interior de la plaza, el rey le hacía llegar a diario mensajes que le apremiaban a sacrificar sus escasas tropas sin la menor posibilidad de victoria. Todo conspiraba para que se precipitase contra la ciudad, aunque cualquiera podía ver que hacerlo era correr hacia una muerte cierta. Los franceses se habían hecho fuertes al pie de unas montañas distantes dos millas de Barcelona. Los caminos de la llanura habían sido fortificados y los controlaban fuertes destacamentos del ejército enemigo. En vista de lo cual cabían pocas dudas de que, en caso de producirse un ataque, el enemigo iba a disponer de tiempo más que suficiente para movilizar cuanta infantería quisiera. Y aun suponiendo que, pese a tantos obstáculos, parte de nuestros hombres llegara a cruzar sus líneas, los supervivientes, creyéndose afortunados por haber escapado a la infantería enemiga, habrían quedado en campo abierto por espacio de dos millas y a merced de cuatro mil dragones a caballo. En semejante situación, los más curtidos soldados del mundo no habrían considerado una deshonra entregarse como prisioneros de guerra.

Sin embargo, en el mensaje al que acabo de referirme, el brigadier Stanhope aseguraba al conde que haría cuanto estuviera en su mano para comunicarle puntualmente por tierra o por mar el encuentro de ambas escuadras, pues no les detenía otra cosa. Añadiendo, además, que la señal de que ambas flotas se habían reunido y navegaban rumbo a Barcelona sería una carta o un mensaje sin destinatario que no contendría más que medio pliego de papel cortado por la mitad. Fácilmente se comprenderá que el mensajero iba a recibir una fuerte suma, y que aceptó el encargo convencido de que corría poco o ningún riesgo por llevar una hoja de papel en blanco. Por suerte, se presentó con ella ante el conde cuando ya el abatimiento y la desesperación estaban a punto de llevarle a tomar una decisión que tal vez hubiera resultado fatal. El mensajero desconocía tanto el encuentro de las flotas como el significado del mensaje.

Tan pronto como el conde de Peterborow recibió la feliz noticia de parte del brigadier Stanhope, esa misma noche se encaminó con su pequeño cuerpo de ejército hacia una ciudad de la costa llamada Sitges. Nadie conocía el motivo de la maniobra, ni sus propósitos. Como en anteriores ocasiones, los oficiales obedecieron sin preguntar, y si se condujeron así fue porque tantas veces antes, y en tan diversas circunstancias, el conde les había guiado a la victoria, que la confianza formaba parte de ellos como una segunda naturaleza, ya se tratara de oficiales o de simples soldados.

Sitges está a unas siete leguas de Barcelona en dirección oeste. Nada más llegar con sus tropas, el conde requisó todas las pequeñas embarcaciones de pesca, faluchos y saetías; en una palabra, cualquier cosa capaz de transportar a un hombre. Al cabo de un par de días había reunido un número suficiente para todo su ejército.

Pero un día o dos antes de que la flota inglesa llegara a la altura de Sitges, una decisión del conde sembró el desconcierto entre sus oficiales. Impaciente por la tardanza de la flota, y temiendo que pasara sin que él lo advirtiese, el conde los reunió al atardecer y les dijo que creía que era su deber tratar de abordar la flota antes de que los vigías franceses descubrieran su magnitud. Además, ya no se le necesitaba en tierra: una vez resuelto todo lo referente al transporte y la seguridad de las tropas, no tenían sino que seguir sus órdenes y dirigirse a Barcelona en las embarcaciones requisadas al efecto. Podían hacerlo con total seguridad en cuanto divisaran la flota inglesa. En caso de que se produjera un enfrentamiento con los franceses, debían cruzar por la noche y esperar instrucciones más detalladas acerca de cómo debían actuar después.

Semejante declaración, lejos de dejarles conformes, despertó en los oficiales una curiosidad diez veces mayor. Pero el estupor y la inquietud que todos ellos experimentaron cuando cayeron en la cuenta de que su general estaba realmente dispuesto a pasar la noche en el mar a bordo de un bote, con sólo un oficial para asistirle, y que se proponía remar cinco o seis leguas mar adentro en un falucho, fueron indescriptibles. Algunos se mostraron especialmente contrarios y disgustados: entre ellos mr. Crow, el agente de la reina. Pero todo fue inútil, puesto que la decisión del conde era firme. Y así, al anochecer se hizo a la mar a bordo de un falucho con el que se alejó hasta una distancia de cinco leguas de la costa, sin más compañía que un capitán y los remeros.

Con gran contento de oficiales y soldados, el conde volvió a tierra firme por la mañana, y de inmediato comenzó a repartir a sus hombres en las diferentes embarcaciones dispuestas en los muelles con este fin. Pero a la noche cundió otra vez la consternación al ver que el general se disponía a repetir la aventura, en la misma barca y con los mismos hombres. Se hizo a la mar de nuevo, y no volvieron a verle hasta que desembarcaron en los muelles de Barcelona.

Al enrolarse en la expedición a España, el conde propuso a la reina y a su ministro que se nombrara al almirante Shovel para desempeñar el mando de la flota conjuntamente con él mismo. Sin embargo, cuando la flota al mando del almirante Leake cruzó el estrecho, trajo una orden de la reina disponiendo que fuese el conde de Peterborow quien ostentara la máxima autoridad siempre que se hallara a bordo. El general trataba a toda costa de abordar la flota en plena noche porque temía, y los sucesos posteriores demostraron cuán bien fundadas estaban sus aprensiones, que el almirante Leake se dejara ver con todos sus barcos, que doblaban en número a los del enemigo. Era lógico suponer que, tan pronto como los vigías franceses le hicieran saber nuestra fuerza, el conde de Toulouse cortaría amarras y se haría a la mar para rehuir un enfrentamiento. El conde estaba seguro de que, si parte de sus barcos daba la vuelta, los franceses creerían que la ventaja estaba de su parte. Si ponían rumbo por la noche a la costa de África y se dejaban ver al día siguiente al este de Barcelona, la batalla sería tan inevitable como la victoria. El enemigo caería en el engaño, presentaría batalla y no tendría escapatoria, puesto que vería cortada su retirada y se encontraría rodeado por una flota que le doblaba en número.

Por tanto, cuando el conde de Peterborow se hizo de nuevo a la mar la segunda

noche, temiendo que se le escapara tan gloriosa ocasión e impaciente por encontrarse a bordo para dar las oportunas instrucciones, ordenó a sus remeros que se dirigieran al mismo punto que la noche anterior para ver de avistar la flota inglesa. Y lo consiguió conforme a sus deseos, pero por desgracia la noche estaba tan entrada, que le fue imposible llevar a la práctica sus planes. La primera persona con que se encontró nada más subir a bordo fue con el capitán Price, un caballero de Gales que mandaba un buque de tercera clase, estupefacto por hallarse ante el comandante supremo de la flota en un bote en alta mar. Tan pronto como subió al barco, el conde dispuso que se botara la chalupa con cartas para el almirante Leake, en las que le informaba de sus propósitos y le comunicaba sus órdenes, y también para el brigadier Stanhope, para hacerle saber que se encontraba a salvo. Pero la noche estaba tan oscura que la chalupa tardó mucho en alcanzar al buque insignia. Al amanecer, toda la flota quedó sorprendida al ver la bandera de la Unión ondeando en lo alto del palo mayor. Nadie podía dar crédito a sus ojos ni comprender qué significaba aquello, hasta que se extendió la noticia de tan singular y extraordinario suceso.

Cuando nos encontrábamos a unas seis leguas de distancia de Barcelona, a cuyo puerto nos dirigíamos, uno de los vigías franceses dio la alarma e hizo señales a otro, quien lo comunicó a un tercero y así sucesivamente, como por desgracia pudimos comprobar después, y tal como el conde había previsto. Enterado el almirante francés de la magnitud de nuestra flota, izó velas y se alejó de nosotros, ya fuera porque se le había ordenado hacerlo así, o con la plausible excusa de una retirada.

Perdida oportunidad tan propicia, no quedaba sino desembarcar las tropas con sus pertrechos, lo que se hizo de inmediato. Los primeros regimientos que llegaron a la ciudad fueron los que el conde había embarcado la noche anterior. Dejo a la imaginación del lector que se figure la alegría que sintieron cuantos se hallaban en Barcelona ante semejante panorama, reducidos como estaban a la más extrema necesidad. En tales condiciones, y en tanto veían cómo la flota enemiga huía ante la que llegaba con refuerzos de Inglaterra y cómo el mar se cubría de buques repletos de provisiones, ¿qué otra cosa podían desear para completar tan gloriosa perspectiva sino una batalla naval frente a los muros de la ciudad sitiada, con los barcos enemigos hundidos o prisioneros de los ingleses victoriosos, conforme el general había proyectado? Pero la noche y unas pocas horas desbarataron la última parte de un cuadro tan bien esbozado.

El rey Felipe y el mariscal de Francia no habían errado al emplear todas sus fuerzas en el asedio, pero la situación cambió de pronto con la retirada del conde de Toulouse y las noticias de los refuerzos que venían de camino. Sin la flota francesa, su moral disminuyó en la misma medida en que aumentó la de los sitiados. En vista de las circunstancias, se convocó un consejo de guerra y se acordó por unanimidad levantar el asedio. Se marcharon al día siguiente, primero de mayo de 1706, entre las prisas y la confusión naturales y bajo un eclipse total de sol, abandonando la mayor parte de sus cañones y morteros junto con grandes cantidades de pertrechos y municiones de todo tipo, y sin apenas atreverse a mirar atrás hasta que cruzaron la frontera del territorio en disputa.

El rey Carlos acogió con renovada alegría esta victoriosa intervención de sus antiguos libertadores. No es la cautividad estado deseable para gentes esforzadas, siquiera sean de la más humilde condición. Pero que un rey estuviera a punto de caer en manos de su rival y quedara libre de modo tan inesperado y oportuno, puede imaginarse, como así sucedió, que fue motivo de perfecta alegría para todos nosotros, tanta que no hay imaginación que acierte a concebirla ni palabras que puedan darla a entender a quienes no estuvieron allí para compartirla. De inmediato dispuso el rey

Comment [Librodot-39]:
En febrero de 1706 el ejército borbónico, con Felipe V a la cabeza, intentó recuperar Barcelona y sitió la ciudad. Pero en el mes de mayo, después de la retirada de la flota francesa ante la proximidad de la escuadra anglo-holandesa, el ejército borbónico tuvo que levantar el sitio. En contra del parecer de algunos consejeros, el Archiduque permaneció en Barcelona durante el tiempo que duró el asedio.

que se acuñase una medalla conmemorativa y le regaló una de ellas, incrustada de diamantes, al almirante inglés sir John Leake. A continuación mandó que fuesen reparados todos los cañones de bronce abandonados por el enemigo, sobre cada uno de los cuales se grabó la imagen de un eclipse bajo la que podía leerse: *Magna parvis obscurantur*.

Comment [Librodot-40]:
«Lo pequeño ensombrece lo grande».

A menudo me he preguntado por qué no vi que a nadie le pareciera extraño que el rey de España abandonara sus dominios después de levantar el asedio. No cabe duda de que, a las órdenes de un mariscal francés, contaba con un excelente ejército que no había sufrido pérdidas de importancia en combate ni por desertiones, y esta circunstancia se pasaba por alto cuando debiera haber llamado la atención. Mi opinión es que le extrañaba a todo el mundo, pero nadie lo decía en voz alta. Todos temían que la verdad aumentara el prestigio del general más de lo que sus inclinaciones les llevaban a desear. Esto puede parecer paradójico a primera vista, pero si el lector se para a pensar que siempre ha habido quienes han tratado de hacerle sombra a la virtud o negarla, llegará fácilmente por sí mismo a la conclusión de que aquellos que no habían podido impedir que el conde hiciera lo que hizo, de modo más sutil estaban tratando por todos los medios de darle de lado mediante el silencio y la indiferencia.

Si comparamos el volumen de uno y otro ejército, veremos que lo anterior no es una simple conjetura. Al comenzar el asedio, los franceses sumaban cinco mil jinetes y dragones y veinticinco mil hombres de a pie aptos para el combate. Imaginemos que sufrieran cinco mil bajas entre muertos, heridos y enfermos que tuviesen en los hospitales. Puesto que su caballería se hallaba íntegra y en perfectas condiciones, les quedaba un ejército de al menos veinticinco mil hombres. Por otra parte, aun sumando los refuerzos, Barcelona no contaba con más de siete mil hombres de a pie y cuatrocientos jinetes. ¿Por qué, pues, disponiendo de un ejército tan superior, no se dirigieron hacia el interior del país cuando levantaron el asedio? ¿O, en último extremo, a Madrid? La respuesta no puede ser más que una: porque el conde de Peterborow había adoptado tales precauciones para mantener bajo su control todo el territorio, que en la práctica les era imposible hacerlo. El general sabía que Barcelona caería en manos del enemigo a menos que una flota superior llegara a tiempo con refuerzos y pusiera en fuga al conde de Toulouse. Como esto no dependía de él sino de otros, su principal preocupación y dedicación fue prevenir las situaciones de peligro que sabía por experiencia que podían presentarse. Como veterano, nunca descuidaba aquella permanente vigilancia y precaución que tantas veces le había sacado de apuros en circunstancias aparentemente desesperadas.

Casi todo el mundo, y en particular los franceses, pensaba que la caída de Barcelona sería un acontecimiento decisivo que marcaría una fase en la guerra de España. En aquellos momentos, yo mismo me inclinaba a creer que el general se equivocaba al pensar que podíamos ganar la guerra aunque cayera Barcelona. Las prudentes medidas que adoptó me obligaron a reconocer que la razón estaba de su parte, y los acontecimientos posteriores me lo confirmaron. El conde había tomado tales precauciones que el enemigo, una vez derrotado, tuvo que salir de España. Si hubiesen tomado Barcelona, les habría puesto igualmente en aprietos. Privados de los suministros de su flota, que les proporcionaba artillería, municiones y pertrechos, los franceses no habrían podido mantener el asedio, puesto que antes se habían visto obligados a rodear los enclaves de Tortosa, Lérida y Tarragona. El conde, cuyo ingenio y vigor parecían cobrar nuevos bríos frente a las continuas dificultades, se había ocupado de inspeccionar personalmente todo el territorio entre el Ebro y Barcelona, y se mostró satisfecho al comprobar que era posible impedir que el enemigo regresara al interior del país, tuviese o no éxito el asedio en que tan empeñado estaba.

El enemigo podía intentarlo únicamente por tres rutas. En primer lugar, por la costa, de Tarragona a Tortosa. No hay en el mundo tierra más árida ni menos adecuada para el sostenimiento de un ejército, tanto más cuanto que eran tales los obstáculos sumados por el conde a los de la naturaleza, que resultaba imposible que ejército alguno cruzara aquellos parajes o pudiera subsistir en ellos.

Una ruta intermedia discurría por terreno ciertamente mucho mejor, si bien tan sólo transitable gracias al trabajo empleado en construir la calzada que lo atravesaba. Y aun en el curso de la misma, había que pasar por un trecho de no menos de dos millas abierto en la roca viva en la falda de una montaña con gran esfuerzo e industria. Otro tanto trabajó el conde para hacerlo en poco tiempo impracticable, recurriendo a varios miles de naturales del país quienes, con un puñado de oficiales ingleses y algunas tropas, lo cortaron en unos veinte puntos que quedaron convertidos en otros tantos precipicios, verticales como muros, de suerte que cruzar por allí resultaba peligroso para cualquier caminante solitario sensato, cuanto más para un ejército. Sin contar con que, desde lo alto del monte, unos pocos hombres pudieran haber acabado con cualquier enemigo sin otras armas que las de la naturaleza, haciendo rodar piedras y rocas sobre quien pasara por debajo.

La última ruta era la de mayor altitud. Pasaba por las montañas de Cataluña y llevaba hacia la cabecera del Ebro, a Lérida, el más sólido de nuestros enclaves en España, que contaba para su defensa con una excelente guarnición. Jalonan esta ruta antiguos castillos y aldeas de montaña, a los que su propia situación hace de fácil defensa. Cualquiera de ellos habría opuesto resistencia y hubiese demorado a un posible enemigo con toda clase de obstáculos, pero además el conde había ordenado y comprobado que el ganado, y cuanto pudiera servir para el sustento de un ejército, fuese llevado a lugar seguro, ya en las propias montañas o en sus inmediaciones. Previsoriamente controladas estas tres vías, ¿de qué había de preocuparse el conde sino de la seguridad del Archiduque? El Archiduque siempre estuvo a salvo, y si acaso corrió algún peligro fue durante el asedio.

Bien me acuerdo de que, con ocasión de haberse recibido un escrito del duque de Saboya (uno de tantos como con frecuencia remitía interesándose por la situación en España), vi una carta, que el conde de Peterborow le había enviado más o menos por entonces, que elevó mi moral, muy decaída en aquellos momentos. No era un escrito corriente como para olvidarse de él. En resumen, venía a decir que su alteza podía estar segura de que la marcha de la guerra no era tan desfavorable como se decía, y que los oficiales franceses desconocían el país y se encontraban sumamente desorientados, hasta tal punto que, supuesto que levantarán el asedio, su ejército se vería obligado a abandonar España. Si Barcelona caía, quedarían encerrados en aquella zona de Cataluña, sin posibilidad de retroceder por Aragón ni por Valencia. De modo que España entera, hasta el Ebro, quedaría expedita ante lord Galway, quien podría dirigirse a Madrid o a cualquier otro punto sin encontrar resistencia. Y que él mismo no tenía otro cuidado ni preocupación sino la persona del Archiduque, a quien había pedido de todas las maneras posibles y con la mayor insistencia que abandonara la ciudad al menor indicio de asedio.

Liberada Barcelona, y expulsado de España el rey Felipe gracias a la prudente estrategia del conde de Peterborow, antes de que le acompañemos a Valencia, conviene saber que convocó un consejo de guerra al que asistieron todos los generales y los más altos cargos de la corte, conforme a su criterio de que todas las decisiones debían ser acordadas en consejo de guerra, y pese a que, si dejaba al Archiduque, era por necesidades del servicio. Cada cuestión fue debatida con la mayor formalidad y resuelta en consecuencia. Se fijaron las guarniciones que

Comment [Librodot-41]:
Conocido general francés descendiente de una familia de hugonotes, el marqués de Ruvigny y conde de Gallway (1648-1720), tras una brillante carrera militar, tuvo que abandonar Francia después de la revocación del Edicto de Nantes (1684). Se exilió a Inglaterra, donde se distinguió al servicio de Guillermo de Orange. En 1704 fue nombrado jefe de las tropas inglesas en Portugal. Después de tomar las plazas de Alcántara del Júcar y Ciudad Rodrigo, se dirigió a Madrid. Derrotado en la batalla de Almansa por el duque de Berwick en 1707, Gallway sería retirado poco después de la guerra peninsular española.

correspondían a cada una de las plazas fuertes y se nombró a los gobernadores. El acuerdo más importante fue que el rey Carlos debía trasladarse de inmediato a Madrid por Valencia. La razón que se adujo fue que, puesto que el reino se hallaba en su poder, no cabía esperar que surgieran dificultades que estorbaran su marcha si su Majestad seguía aquella ruta. Igualmente se acordó en dicho consejo que el conde de Peterborow embarcara toda la infantería sin destino en guarnición, para facilitar su rápido traslado a Valencia. También se decidió reunir cuanta caballería hubiese en aquel reino, para asegurar del mejor modo posible las medidas encaminadas a despejar el camino y facilitar la marcha a Madrid de su majestad.

Comment [Librodot-42]:
Comienza la primera incursión aliada en Castilla, que permitirá al Archiduque entrar en Madrid en 1706.

Conforme a tales acuerdos, el conde de Peterborow embarcó sus fuerzas y levó anclas rumbo a Valencia, donde fue bien recibido por todos con doble motivo: por haber llegado sin problemas y por las noticias que traía. A la vista de la alegría de los valencianos, se hubiera dicho que la salvación del general les importaba tanto como la del rey. En verdad, si el propio rey en persona hubiese arribado en su compañía, los más leales y fieles no habrían sabido cómo expresar su satisfacción con mayor elocuencia.

Con su habitual diligencia, nada más desembarcar se dedicó a aplicar los acuerdos de los consejos de guerra de Barcelona. Aún fue más allá, pues en seis semanas formó un regimiento completo de dragones, los proveyó de uniformes, armas y pertrechos, compró los caballos necesarios, y los tuvo dispuestos para entrar en servicio. Una proeza difícil de igualar, si bien no especialmente digna de mención en el conjunto de sus nobles acciones. Aunque puede que merezca la pena señalarla si comparamos a nuestro general con aquel otro que gobernaba Madrid desde hacía ya cuatro meses, y en todo ese tiempo ni había incrementado el número de sus tropas, ni previsto aprovisionamientos, ni remitido un solo mensaje para concertar medidas de ninguna clase con el conde de Peterborow, sino que había estado sin hacer nada o, lo que era aún peor, ocupándose de aquel desgraciado proyecto de llevar al rey Carlos a Madrid por la tortuosa y mal concertada ruta aragonesa, proyecto contrario a las solemnes resoluciones del consejo de guerra y que, a la hora de la verdad, fue el origen de todos nuestros males. Y todo por el prurito de aparecer como el artífice del traslado del rey a su capital. Pero si tenemos en cuenta que había sido otro general el que había allanado antes el camino al hacer salir al enemigo de España, y que el general francés únicamente permaneció en Madrid lo que tardaron en volver las tropas que habían sido expulsadas de España, se verá con claridad la escasa importancia de su intervención.

Temerario como era el proyecto, su negociación se prolongó durante cuatro meses preciosos, que más nos hubiera valido emplear en impedir el regreso del enemigo a España. Empresa que no habría ofrecido grandes dificultades, más bien al contrario, si el general que estaba en Madrid hubiese tenido a bien sumar sus tropas a las del conde de Peterborow y avanzar sin tardanza hacia Pamplona y la frontera francesa. El conde de Peterborow se lo pidió al rey y a quienes le rodeaban. Razonó, rogó e importunó para que sin pérdida de tiempo ejecutara los acuerdos de Barcelona. Un consejo de guerra en Valencia insistió en lo mismo, pero fue en vano: al ordenarle que se reuniera con su majestad en la frontera aragonesa, se le ordenó su propia derrota. Allí el conde se encontró con el rey, y el general francés con un ejército que, por culpa de unos espías incompetentes, no había visto ni oído antes de verse a sí mismo tratando de buscar refugio a toda prisa en su campamento de Guadalajara. En este fatal campamento, la confusión fue indescriptible: el rey desde Aragón, y el conde de Peterborow desde Valencia, ambos, llegaron hasta allí el mismo día y casi a la misma hora que lo hizo el conde de Galway en franca retirada, perseguido por el

ejército francés.

Pero vayamos por orden, pues un afán de justicia ha hecho que me anticipe un tanto. A poco de estar en Valencia, el conde ordenó al mayor general Windham que avanzara con todos sus hombres, los cuales no pasaban de dos mil, y pusiera sitio a Requena, una población que está a diez leguas de distancia de Valencia, camino de Madrid. Requena no era especialmente fuerte ni grande, pero contaba desde luego con las más singulares fortificaciones que hayan existido. Los edificios, levantados unos junto a otros formando un círculo, hacían las veces de murallas; y los defensores, en vez de disparar desde hornabeques, contraescarpas y bastiones, tiraban desde las ventanas de sus casas.

Pese a todo, el general Windham topó con una resistencia muy superior a cuanto había imaginado en un primer momento. Comprendiendo que iba a necesitar municiones, se las pidió al conde de Peterborow, aduciendo la inesperada firmeza de la población. Tan pronto como el conde recibió la carta, envió a buscarme. Me dijo que debía salir para Requena, donde hacía falta un ingeniero, y que estuviese preparado por la mañana. Iba a tener a mis órdenes a un subteniente, con dos auxiliares de artillería y treinta soldados, para custodiar cierto cargamento de pólvora destinado a esta misión. Salimos al día siguiente temprano. El subteniente a cargo del convoy era un holandés conocido mío.

Al llegar a Sant Yago, una aldea que está más o menos a mitad de camino entre Valencia y Requena, el oficial resolvió hacer un alto en las afueras, y ordenó que descargaran las mulas. Apilaron, formando un círculo, el cargamento de pólvora, compuesto por cuarenta y cinco barriles, y lo taparon con una lona embreada para resguardarlo de la intemperie. El subteniente y yo habíamos quedado para beber juntos en mi alojamiento en la aldea, pero como se encontraba cansado y agotado, montó su lecho de campaña cerca de donde estaba la pólvora y se tumbó para dormir un rato. Apenas llevaba una hora en mi alojamiento cuando una súbita explosión sacudió la casa con tal violencia que arrancó tejas, ventanas, chimeneas y cuanto halló por delante. Al momento me vino a la cabeza cuál había sido la causa; tal como me temía, así había sucedido. Me abalancé a la puerta y vi una nube que subía desde el lugar en que había quedado la pólvora apilada. Corrí hacia allí a toda prisa, pero no se veía sino el círculo donde había estado nuestra carga. La litera de campaña había saltado por los aires, y el pobre subteniente había quedado despedazado. Encontramos sus miembros desperdigados y a gran distancia unos de otros. En concreto, dimos con un brazo que llevaba un anillo en uno de los dedos de la mano. Los auxiliares de artillería habían corrido peor suerte, si cabe, pues estaban malheridos y desfigurados. Todos los soldados que se encontraban de pie y cuantos andaban cerca habían muerto. Sólo se libraron los que se habían tumbado a dormir en el suelo, y uno de ellos me aseguró que la explosión lo había lanzado a varios pies de distancia. En pocas palabras, al indagar sobre este lamentable desastre averigüé lo siguiente: que los soldados trataron de impedir que volviese a la aldea un cerdo que se había escapado de allí; pero, como se dirigiera hacia donde estaban los auxiliares de artillería, uno de ellos, que no quería que se lo quedaran los soldados, sacó su pistola y disparó contra el animal, causando esta desdichada catástrofe. El subteniente llevaba consigo una bolsa con dinero para pagar el alojamiento de la tropa. Los lugareños y los soldados supervivientes recogieron bastantes monedas, algunas de ellas a distancias increíbles.

Conforme a mis órdenes, seguí hasta Requena con los pocos hombres que resultaron ilesos. Al llegar, presenté al general Windham un informe del desastre de

Sant Yago. Le vi afectado, en buena parte por haber perdido su pólvora. Para tratar de poner remedio a la situación en la medida de lo posible, ordenó que se abriera una mina bajo una vieja torre que formaba parte de la muralla. Al momento dieron comienzo los trabajos, más *in terrorem* que porque confiásemos en que la mina fuese a servir para algo. Estaba ocupándome de apuntalar el horno de la mina cuando los de Requena se rindieron. Después de haber perdido nuestra pólvora en Sant Yago (y puesto que no habíamos recibido más), aquello era cuanto podíamos desear, así que de inmediato se llegó a un acuerdo. Los nobles castellanos de la guarnición quedaron en libertad para marchar donde quisieran, y el resto fue hecho prisionero de guerra. Sometida Requena a la obediencia de Carlos III, un regimiento de españoles que se había formado poco antes quedó allí en guarnición, y su coronel fue nombrado gobernador. Una nueva provisión de pólvora llegó al fin sin incidentes, y el general Windham continuó con su pequeño destacamento hacia Cuenca.

Cuenca es sede episcopal y una ciudad grande. Que pretendiera asaltarla semejante partida de merodeadores, pues más parecíamos tales que un ejército, hay que atribuirlo a la influencia de los audaces métodos del conde de Peterborow. En las afueras se alzaba un viejo castillo, desde el que empezaron a disparar con furia contra nosotros apenas nos acercamos. Pero en cuanto emplazamos dos de nuestros cañones, les respondimos con tanto acierto, que pronto les obligamos a buscar refugio en el interior de la plaza. Desoyeron el ultimátum que les dimos para que reconociesen al rey Carlos, así que apuntamos a la ciudad una batería de doce cañones. Mientras me dirigía a ella, me alcanzó un disparo que se llevó por delante la punta de una de mis botas sin causarme herida alguna.

Cuando llegué hasta la batería, hicimos fuego con ella y con los tres morteros durante tres días con sus noches sin descanso. Vimos que en uno de los edificios había mucho movimiento. Continuamente entraba en él gente de la calle y volvía a salir, y los que estaban apostados en el piso de arriba nos disparaban sin cesar desde las ventanas, por lo que decidí hacer un único disparo contra aquella posición, y así se lo comuniqué a los oficiales que estaban conmigo. Ciertamente que la casa estaba tan lejos que apenas podía confiar en darle; pero como la prueba no iba a costar más que un proyectil, disparé. Tan pronto como el humo de nuestro propio cañón nos lo permitió, pudimos ver las nubes de polvo que salían por las ventanas, lo que, junto con la multitud que escapaba por las puertas, convenció a los oficiales presentes de mi buena puntería.

Más tarde nos enviaron dos sacerdotes, pero sus propuestas resultaron tan disparatadamente extravagantes, que el general respondió con nuevas andanadas de artillería tan pronto como las supo. Aquello les causó tantos destrozos y muertes, que no tardaron en entrar en razón, y enviaron de vuelta a sus frailes con proposiciones mucho más modestas. El general las aceptó después de rebajarlas un tanto, y la ciudad nos fue entregada aquel mismo día conforme a lo acordado. El rey Carlos fue reconocido formalmente y el regimiento del conde de Duncannon ocupó todas las entradas.

Entretanto, el conde de Peterborow había dejado Valencia y se había presentado en el campamento de milord Galway en Guadalajara. Por desgracia para los confederados en general y para el rey Carlos en particular, Galway había sido llamado de Portugal para que relevara en el mando a un general hasta entonces invicto de un modo que se diría milagroso, y que con sus heroicas acciones había allanado el camino a su sucesor, ahorrándole problemas.

Todavía en aquella aciaga ocasión defendió el conde de Peterborow algunas ideas

que, de haber sido escuchadas, con toda probabilidad habrían evitado que Madrid cayera en manos del enemigo. Pero lejos de esto, lord Galway y los oficiales portugueses que le acompañaban se mostraron partidarios de atacar de inmediato. Sólo se opuso el conde de

Peterborow, quien allí y entonces no tuvo reparo en afirmar que no estábamos en condiciones de ganar la batalla, como por desgracia todo el mundo pudo comprobar al día siguiente. Apenas nuestras tropas habían iniciado el avance hacia el río, que por fuerza debían cruzar para poder combatir, cuando fueron tan enérgicamente recibidas a tiros y a cañonazos, que tuvieron que volver en desorden a su campamento. La derrota hizo que se olvidaran de inmediato las fantasías heroicas, y en su lugar se debatiera cómo organizar la retirada en dirección a Valencia.

Decidida por fin la retirada, y en tanto una multitud de generales contribuía a que nuestra mala situación fuese aún peor, el conde de Peterborow conoció un respiro gracias a una indicación de la reina, cuyos deseos equivalen a órdenes, para que acudiese en ayuda del duque de Saboya con las tropas que habían quedado en Cataluña. Sin duda el general se alegró de poder alejarse de semejante confusión, demasiado evidente aun para una mirada menos perspicaz que la suya. De todas maneras, puesto que la cuestión no urgía, se tomó su tiempo para prepararse a cumplir los deseos de su majestad, hasta que obtuvo el respaldo unánime de un consejo de guerra al que asistieron tanto el rey como todos los generales y ministros. Se decidió que era conveniente para el servicio que durante el invierno el conde de Peterborow cumpliera los deseos de su majestad y saliese para Italia, ya que en caso de necesidad podía estar de regreso antes de que comenzara la campaña. Pero volvió antes y trajo consigo cien mil libras de Génova, para gran contento y ayuda de nuestras tropas, que no tenían ni dinero ni crédito. Sin embargo, a su vuelta este noble conde comprobó que lord Galway había obtenido tantas victorias intrigando en su contra como derrotas frente al enemigo. Se obligó al conde de Peterborow a ceder su puesto a un desdichado general, que al año siguiente caería en una emboscada en la fatal batalla de Almansa.

Al salir de Valencia, el conde de Peterborow había ordenado que mandaran sus cosas al campamento de Guadalajara. De camino hacia allá, el equipaje llegó hasta nuestro pequeño campamento sin incidentes. Creo que se componía de siete carretas. El general Windham ordenó que lo acompañara una pequeña escolta, con la que siguieron viaje. Cuando se encontraban a unas ocho leguas de Cuenca, en una bella localidad llamada Huete, una patrulla del ejército del duque de Berwick, con ramas en los sombreros para aparentar lo que no eran (porque la rama en el sombrero es el distintivo de los ingleses, en tanto que un papel blanco lo es de los franceses), entró en el pueblo al grito de «Viva Carlos tercero, viva». Dando voces llegaron hasta donde estaban las carretas, atacaron a los guardias, excesivamente confiados en las apariencias, y los redujeron. A continuación, se apoderaron de cuanto había de valor en las carretas y desaparecieron.

La noticia no tardó en llegar a oídos del conde de Peterborow en Guadalajara. Salió del campamento de milord Galway, previa autorización del consejo de guerra, con sólo una patrulla de ochenta dragones de Killigrew, y se unió al destacamento del general Windham, a menos de una legua de Huete, allí donde habían robado su equipaje. El conde estaba convencido de que los lugareños eran espías y, como es muy natural, lleno de cólera decidió reducir el pueblo a cenizas. Pero, cuando llegó a las inmediaciones del lugar, el clero y los magistrados salieron a su encuentro. Postrados de rodillas, negaron la acusación y proclamaron su inocencia. Lograron así conmovier sin gran dificultad al generoso conde para que perdonara a la ciudad, o

desistiera al menos de incendiarla.

Entramos en Huete y nos alojamos allí aquella noche. Los magistrados, temerosos de nuestra venganza, cuidaron de que estuviésemos bien atendidos. Cuando supieron el valor de lo que le habían robado al conde, que por lo bajo ascendía a no menos de dieciséis mil escudos, se presentaron por propia iniciativa al día siguiente y ofrecieron a su señoría compensarle ellos mismos *de contado*, en efectivo, según sus propias palabras. El conde no vio la oferta con malos ojos, pero respondió con generosidad que venía del campamento de milord Galway en Chinchón, donde apenas tenían qué comer, y puesto que imaginaba que para ellos sería más fácil reunir aquella suma en grano que en dinero contante, se daría por satisfecho si enviaban trigo al campamento de lord Galway por una cantidad equivalente. Ellos se mostraron conformes y contentos, y lo cumplieron de inmediato.

Comment [Librodot-43]:
En castellano en el original.

Tengo razones para pensar que el pasado siglo (y mucho me temo que el actual no sea mucho mejor) a duras penas puede ofrecer una muestra semejante de generosidad y auténtico civismo. Esto es algo que nadie puede negar, y yo pude comprobarlo en cierta ocasión algunos años después. La comisión encargada de fijar las cantidades que se le adeudaban al ejército se reunía diariamente en su sede en Darby Court, en Channel Row. Hablé allí con mr. Read, *gentleman* de su señoría, de esta muy justa y honorable reclamación ante el gobierno del dinero de las partidas atrasadas del presupuesto del ejército. Poco después me comentó que se lo había mencionado a su señoría, pero que se había limitado a hacer oídos sordos con un gesto de elegante desdén.

Estando en Huete, ocurrió algo que me hizo mucha gracia. El conde, que siempre había sido hombre galante con las mujeres, supo por uno de los religiosos del lugar que, ante el temor de que la ciudad fuese incendiada, una de las damas más bellas de España había buscado refugio en el convento de monjas, y quiso conocerla.

El convento de monjas se hallaba en una pequeña elevación en el interior de la ciudad. Para conseguir la entrevista, el conde discurrió la estratagema siguiente: mandó a buscarme, en mi calidad de ingeniero, para que le asesorara sobre cómo levantar una fortificación adecuada en lo alto de la colina, fuera del convento. Acompañé a su señoría al lugar, donde tras explicar el propósito de nuestra visita y exponer nuestras plausibles razones, el truco funcionó. De inmediato acudieron la abadesa y la bella dama para rogar a su señoría que tuviese a bien olvidar el proyecto. La oratoria eclesiástica de la una y los seductores encantos de la otra ganaron la batalla, y su señoría dejó el asunto de la fortificación para las generaciones venideras.

Desde Huete, el conde de Peterborow marchó hacia Valencia con sólo aquellos ochenta dragones que habían salido con él de Chinchón, donde había dejado al general Windham con órdenes de que uniese sus fuerzas al ejército que por entonces mandaba lord Galway. Pero habiéndose detenido en Campillo, una pequeña localidad que nos venía de camino, su señoría supo de un acto de barbarie perpetrado aquella misma mañana por los españoles contra algunos soldados ingleses, en una aldea que estaba más o menos a una legua de distancia.

Un capitán de los guardias ingleses (cuyo nombre he olvidado, aunque le conocía muy bien), que marchaba a reunirse con el batallón de guardias del general Windham con algunos de sus soldados que habían salido del hospital, hizo noche en aquella aldea. Pero al salir de ella a la mañana siguiente, un tiro por la espalda lo mató en el acto. Como si se hubiesen puesto de acuerdo, todos los españoles del lugar cayeron a un tiempo sobre los infelices soldados enfermos, matando a varios de ellos, y sin

compadecerse tampoco de sus mujeres. Aquello no fue más que el preludio de su barbarie. Su salvaje crueldad únicamente se había despertado, pero no estaba satisfecha. Cogieron a los pocos supervivientes, y a golpes y empujones los llevaron hasta lo alto de una colina a las afueras de la aldea.

Allí se abría la boca de una sima, parecida a la de uno de nuestros pozos de carbón, y en ella arrojaron a varios, quienes murieron entre horribles alaridos y gritos que los ecos de la fosa harían aún más espantosos.

El conde estaba en Campillo cuando lo supo. Al instante dispuso que la tropa ensillara. En un primer momento nos extrañó, pero pronto supimos que se trataba de tomar venganza, o más bien de hacer justicia por tan bárbara acción.

Apenas entramos en la aldea comprobamos que la mayor parte de sus habitantes, y en especial quienes más culpa tenían, habían huido al vernos venir. Dimos, sin embargo, con muchos de los uniformes de los soldados muertos: los habían llevado a la iglesia para esconderlos. Cierta eclesiástico despertó fuertes sospechas, y una vez quedó demostrado que en la colina se había distinguido en la ejecución de aquel espantoso ejemplo de barbarie, su señoría ordenó que fuese colgado de la aldaba de la puerta.

Tras este acto de justicia militar, nos condujeron hasta el fatal pozo o sima a cuyo fondo habían sido lanzados de cabeza varios de nuestros hombres. Allí encontramos aún con vida a un pobre soldado, que al caer se había asido de unas ramas que sobresalían y había podido refugiarse en una reducida cavidad en el interior del pozo. Al oírnos hablar en inglés empezó a dar voces, y tras lanzarle una soga, le sacamos al momento y nos refirió los pormenores de aquella atrocidad. Recuerdo que me contó cómo estuvo a punto de morir en aquel tenebroso recinto porque una infeliz mujer, una de las esposas de los soldados despeñados tras él, tanto se resistió y gritó que, por más que porfiaron, no pudieron arrojarla al centro del pozo, con lo que se precipitó rozando la pared y estuvo a punto de hacerle caer del recodo en que se había refugiado.

Al concluir su trágico relato el soldado superviviente, su señoría ordenó incendiar la aldea de inmediato, lo que se hizo con la debida severidad. Seguidamente volvió a sus cuarteles de Campillo, desde donde dos días más tarde nos dirigimos a Valencia. Nada más llegar, aquel noble señor se encontró allí con todos los papeles robados en el saqueo de su equipaje. Generosamente, el duque de Berwick había ordenado que le fueran devueltos sin romperlos ni abrirlos.

Al llegar el conde a Valencia, todo el mundo estaba al corriente de que el relevo en el mando de las fuerzas inglesas, que hasta entonces se había considerado sólo como un rumor, tenía más sólidos fundamentos para ser creído de lo que habrían deseado muchos de sus amigos en aquella ciudad. Su señoría se había ganado la estimación de todos gracias a múltiples favores diplomáticos. Tampoco sus galanteos le habían perjudicado, y no se habían tomado a mal. Aunque hizo cuanto pudo para disimular su contrariedad, quienes le apreciaban le refirieron cosas que habrían bastado para desanimar a alguien doblemente juicioso que él. Habían visto cómo se ponían en tela de juicio sus victorias, que eran casi innumerables y que, incluso en un país menos supersticioso que España, pudieran haber pasado por milagrosas; sabían perfectamente que era aquella serie de victorias lo que había allanado el camino al general que había de sustituirle, que únicamente gracias a ellas había podido llegar sin problemas hasta Madrid desde Portugal, y sabían que era el general más antiguo. Sin embargo, ignoraban que, en la corte de donde procedía, la intriga era a menudo el fundamento del mérito, con lo que no podían sino maravillarse de un relevo sobre el que su señoría guardaba silencio.

Así pues, siguió organizando como antes bailes en honor de las damas, y una corrida de toros por seguirles el humor a los caballeros. No hay en España diversión pública más apreciada que ésta. Pero los toros que llevaron a Valencia resultaron no ser de la casta adecuada, ni tampoco iniciados en aquellos misterios, con lo que ni se comportaron conforme correspondía, ni proporcionaron el agrado y recreo que de ellos se esperaba. Por consiguiente no describiré aquí esta corrida, y ruego al lector que suspenda su curiosidad en tanto llego a otras, al decir de los españoles, mucho más interesantes, vale decir mucho más peligrosas y arriesgadas.

Como dije, los devaneos del general tenían en su mayor parte un carácter político y en último término intrascendente; pero cierto episodio galante, ocurrido más o menos por entonces en aquella ciudad, le acarreó no pocos disgustos y contrariedades, pues pudo tener fatales consecuencias para la causa del rey Carlos, cuando no de la propia nación inglesa. Daré cuenta de él por si puede servir de escarmiento para los oficiales jóvenes, e incluso para aquellos que no lo son, y les previene del peligro, por no decir la locura, que suponen las relaciones precipitadas e imprudentes, fruto de una pasión incontrolada.

Comenté antes que Valencia es famosa por sus bellas mujeres. Ciertamente abundan, y hay entre ellas gran número de cortesanas cuya belleza no cede ante ninguna otra. Con todo, dos de nuestros oficiales resolvieron, dejando a un lado lo acostumbrado y seguro, adentrarse en aguas más profundas y borrascosas. Unos amoríos, pecadillo frecuente en aquella hermosa ciudad, fueron el origen de este suceso, y dos monjas sus víctimas. Es costumbre en Valencia que la gente joven se pase al atardecer por los locutorios de los conventos para distraerse ellos y las monjas con un rato de conversación alegre e inofensiva. Por más que he oído a algunos comentar que en tales conversaciones se refieren toda clase de historias nauseabundas, debo decir que nunca vi ni oí nada impropio, y cuantas veces he oído a cualquier chismoso referir alguna historia de este tipo, nunca he tenido motivos para darle crédito.

Frecuentaban nuestros dos oficiales la reja de uno de los conventos de esta ciudad. Habiendo hecho allí amistad con dos monjas, dieron en cortejarlas con tanto empeño, que en poco tiempo adelantaron mucho en su propósito, sin tomar en cuenta para nada el riesgo que corrían, así ellos como las muchachas.

Se habían juramentado y embarcado en la más endeble de las barquichuelas para intentar llevarse a sus enamoradas. Para lo cual, poco después, trazaron un plan y acordaron los medios, la hora, y todo lo necesario.

Como en otros muchos conventos, era costumbre en aquél que las monjas se turnaran cada semana para guardar las llaves de todas las puertas. Enfermas de amores, las dos muchachas dieron cuenta a sus galanes en la reja de que les correspondía el turno, y concertaron la noche y la hora. Acudieron puntualmente los oficiales, y huyeron con su presa sin dificultad ni estorbo alguno.

¡Qué alboroto hubo en la ciudad al día siguiente, cuando se echó en falta a las monjas! Ambas eran personas de calidad, y por tanto se informó en primer lugar a sus parientes, que al saberlo juraron tomar cumplida venganza y empuñaron las armas dispuestos a cumplir su palabra, según es costumbre en aquel país. No fueron necesarias grandes pesquisas para dar con los culpables: los oficiales habían sido demasiado asiduos, y su conducta de sobra patente, como para que cupiesen dudas. Así pues, les achacaron el crimen y salieron en su busca. Pero ellos, comprendiendo al fin la temeridad de su acción, trataron de escapar y lo consiguieron a duras penas.

Menos afortunadas fueron las bellas monjas. Con las prisas, sus amantes se olvidaron de ellas; y ellas, infelices criaturas, no acertaron dónde ir. En tan triste

circunstancia fueron detenidas y, como correspondía a su falta, se las condenó sin más a ser emparedadas. ¿Qué mayor castigo puede haber en este mundo que quedar estrechamente recluido entre cuatro paredes, sin más abertura que una trampilla en el techo, y sin otro alimento que un poco de pan y agua, hasta perecer consumido por el hambre?

El conde de Peterborow, aunque indignado por la conducta de sus oficiales, se compadeció de las infelices y decidió interceder por ellas recurriendo a todos los medios diplomáticos posibles. Sabía muy bien que nada podía predisponer más a los españoles en su contra que demostrar tolerancia ante una acción semejante, por lo que despotricó contra los oficiales al tiempo que pedía clemencia para las muchachas. Pero todo fue en vano: la respuesta a sus caritativos intentos fue que habían quebrantado sus votos, y con ellos las reglas de su monasterio y de su religión, y que, en consecuencia, el castigo no podía ser menor que el que se ha dicho. Lo peor era que quienes más se oponían a la generosa intercesión del conde eran los parientes más cercanos. Éstos, que conforme a las leyes de la naturaleza debieran haber estado agradecidos a quien trataba de ser el instrumento que libraba a las muchachas del peligro que las amenazaba, eran quienes más y más encolerizados se mostraban, pues veían en él un obstáculo para sus crueles designios de venganza.

Pese a todo lo cual, el conde no cejó. Después de mucho trabajo, consiguió primero que la pena quedara en suspenso. Poco después, merced a una considerable suma de dinero (un argumento de lo más convincente, que triunfa en todas partes), salvó a las pobres monjas de ser emparedadas, y por último, aunque no sin gran resistencia, logró que de nuevo fuesen admitidas en el convento. En cuanto a los enamorados guerreros, uno de ellos murió al año siguiente en la batalla de Almansa; el otro vive aún, y es ahora brigadier.

En tanto permaneció en Valencia el conde de Peterborow con su destacamento de rematados herejes, ni los religiosos ni el pueblo dejaron traslucir tan abiertamente sus extravagantes supersticiones como les vi hacerlo otras veces. Por lo que me tomaré alguna licencia, y faltando en este punto al orden de los acontecimientos, anticiparé un tanto ciertas observaciones que hice algún tiempo después de que el conde se marchara. Puesto que apenas he incurrido hasta aquí en semejante falta, creo más justificado, que se me excuse por ello ahora, y que en modo alguno afeará mis memorias el apartarme aquí del orden de mi diario.

Valencia es una bella ciudad y sede episcopal, y es famosa no sólo por lo agradable de su situación y la belleza de sus mujeres, sino también (lo que a veces, y en determinadas ocasiones, importa más a los valencianos que todo lo anterior) por haber nacido en ella San Vicente, el patrón de la ciudad, y porque allí se educó Santo Domingo, el fundador de los dominicos. En honor de este último se alza un vasto y magnífico convento de tal orden. Al pasar frente a él, observé cierto día sobre una puerta una figura de hombre tallada en piedra, y junto a ella otra de un perro trayendo en su boca una antorcha en llamas. Supuse acertadamente que la primera representaba al santo, pero, habiendo preguntado por el significado de la otra a un fraile que andaba en la puerta, me rogó muy cortésmente que pasara y me refirió lo que sigue.

Estando embarazada de Santo Domingo, dijo aquel fraile, su madre tuvo un sueño que le produjo gran desasosiego. Soñó que oía ladrar a un perro en su vientre, y al preguntar (a qué oráculo, no lo sabemos) por el significado de su sueño, le dijeron «que aquel niño ladraría el Evangelio» (excusado sea lo chocante de la frase, tal vez en español suene mejor; aunque, si no recuerdo mal, Erasmo utiliza la misma expresión en latín) «*el cual en adelante había de brillar como la luz de aquella antorcha*». Y por tal

motivo, dondequiera que haya una imagen de este santo, se representa a su lado un perro con una antorcha en llamas.

Me dijo también que la orden había dado más papas y cardenales que ninguna otra, si no más que todas ellas juntas. Para confirmarlo, me condujo a una espaciosa sala, a ambos lados de la cual me mostró los retratos de todos los papas y cardenales que habían pertenecido a la orden, entre los que reparé especialmente en el del cardenal Howard, tío abuelo del actual duque de Norfolk. Pero tras los muchos elogios de su orden con que salpicó su relación, añadió otro que no fue tan de mi agrado: que se les había confiado en exclusiva el cuidado y gobierno de la Inquisición.

Al verme interesado, o no tan escéptico como la mayor parte de los ingleses, me condujo seguidamente a un bello y espacioso claustro, en torno al cual estuve paseando en su compañía. Ciertamente, el lugar era demasiado agradable como para que pudiera resultar enfadoso, aun cuando la conversación hubiese sido menos pertinente o amable. Había en el centro del claustro un pequeño pero bien dispuesto banco con naranjos y limoneros cargados de frutos maduros y verdes y de flores, todo ello en un mismo árbol. Tales y tan hermosos eran sus frutos y tan suave su olor que, comparados con ellos, cuantos de su clase había visto en Inglaterra se me figuraron pintados o hechos en cera. Bandadas de pajarillos contribuían con sus deliciosos cánticos no poco a mi deleite. En pocas palabras, jamás en mi vida vi tan exquisitamente regalados tres de mis sentidos a un tiempo.

No lejos de allí, San Vicente, el patrón de la ciudad, como ya dije antes, cuenta con una iglesia erigida en su honor. Una vez al año le honran con una suntuosa procesión. Cubren entonces las calles de flores, adornan las casas con sus más ricos tapices, y porfia cada cual con su vecino por señalarse en su devoción al santo. Y aquel que mayor empeño muestra en tal ocasión es el más católico y mejor ciudadano, a decir de los religiosos.

Se abre la procesión con un desfile de cuantos religiosos hay en los conventos de dentro y fuera de la ciudad. Marchan de dos en dos con el más humilde continente que quepa imaginar, los brazos cruzados y los ojos bajos, y pude observar que ninguno de ellos los alzó, por más que las hermosas mujeres asomadas a las ventanas, y los ricos tapices que adornaban los balcones, pudieran ser considerados tentación suficiente.

Sigue a los frailes una imagen del santo en plata maciza, del tamaño de una persona, la cual traen a hombros no menos de veinte hombres. Va sobre un gran trono plateado: las barras que la soportan y sobre las cuales la llevan son del mismo metal. Forma el conjunto la más rica y singular obra de artesanía que mis ojos hayan visto nunca.

Tras la imagen y sus portadores siguen los magistrados con sus mejores vestiduras, que en este día y ocasión son siempre particularmente suntuosas y distinguidas. Imagen y acompañantes recorren aquella hermosa ciudad con la mayor pompa, y por último el santo es devuelto a la plaza de donde salió: y así concluye esta ceremonia que se celebra cada año.

Son los valencianos los más devotos de España en cuanto a lo externo de la religión, aunque en la vida diaria sean enamoradizos, galantes y alegres como el resto de las gentes. Pero llegada la ocasión, muestran a las claras un espíritu tal, que pasan por ser los más fanáticos de los fanáticos. En prueba de lo cual referiré ciertas observaciones que hice mientras viví entre ellos, durante dos cuaresmas.

La semana que precede a la cuaresma, conocida comúnmente como *tiempo de carnaval*, la ciudad toda se diría una perfecta *Bartholomew Fair*. Las calles están abarrotadas y las casas vacías, y resulta imposible pasear sin recibir algún empujón o

sufrir cualquier broma. Dad por seguro que os arrojarán a la cara o a la ropa agua, tinta y puede que inmundicias. Mucho celebran que cualquiera muestre irritación o enfado, y más cuanto mayor sea su disgusto, pues no hay pique que valga en tales ocasiones, si bien en otros momentos apenas hallaríais en el mundo gentes más puntillosas y suspicaces.

Los jóvenes de la nobleza, esto es, quienes reciben el *don*, traen consigo, como muestra de galantería, cáscaras de huevo que llenan con zumo de naranja u otros líquidos dulces, las cuales arrojan a las damas que pasan en sus coches o a cuantas representantes del bello sexo encuentran por las calles.

Pero en fin, si ese día los juzgáis extravagantes porque ni observan las normas de la más elemental cortesía, ni guardan la debida compostura, ni respetan los mandamientos del Todopoderoso, con todo, al llegar el miércoles de ceniza, en modo alguno acertaríais a explicaros su conducta, tal es el exceso con que muestran su humildad y arrepentimiento. Veis aquí a uno, los pies descalzos y una cruz al hombro, carga más propia de cuadrúpedo, bajo la que el pobre está a punto de desfallecer sobre sus dos pies, y el infeliz la acarrea y suda, y suda y la acarrea, pues cree que hacer de asno le sirve de mérito.

Veréis a otros, desnudos de cintura para arriba, darse azotes con látigos fabricados con este propósito hasta hacerse sangre; y por las muchas manchas que de ella van dejando en su alucinado deambular, no tiene pérdida quien quiera seguirles. Quienes por la dureza de su piel u otros impedimentos no logran sangrarse a base de azotes, recurren a cirujanos que a cada golpe hacen uso de sus lancetas, y de este modo pretenden que su mucha locura muestre cuánto alcanza su devoción y su paciencia. Al paso que otros mezclan fervor con amor y cuidan mucho de dejarse ver lacerados bajo las ventanas de sus enamoradas, y aun en tal estado, no contentos con las heridas que se han infligido, traen con ellos a sus médicos a fin de mostrar su afecto por el número de sus heridas y cortes, imaginando que tanto más amor acreditan y merecen cuanto más sangre vierten. Son estos devotos, por lo general, personas de calidad, si bien es opinión universal que aquel que más sangra es el más piadoso.

Al acabar tales manifestaciones callejeras de ostentoso castigo, los penitentes se dirigen a la catedral, mejor cuanto más ensangrentados. Allí se presentan ante el altar de la virgen María en un estado demasiado vil para la vista de una mujer. Desafío a toda su ralea de sacerdotes, y al santo padre con ellos, a que me demuestre que la Virgen María recibió alguna vez con agrado tan sangriento holocausto.

Durante toda la cuaresma veréis por la calle sacerdotes y frailes que desde algún banco o silla predicán arrepentimiento al pueblo, en tanto dan profundos suspiros y voces de *mea culpa*, *mea maxima culpa*, hasta que consiguen arrancar otros tales del pecho de sus oyentes.

Celebran el viernes santo con las más profundas demostraciones de reverencia y religiosidad, tanto en las calles como en las iglesias. En especial acostumbra a oscurecer súbitamente los templos alrededor de las doce hasta dejar todo el recinto en penumbra, en memoria del eclipse que se produjo en aquel momento. Y para recordar cómo se rasgó el velo del templo, hacen al mismo tiempo un extraño ruido que puede dejarlos sobrecogidos.

Pero al llegar la conmemoración de la resurrección veréis que la celebran en todo como un día de fiesta. Aunque entre ellos, puesto que apenas la prueban, la abstinencia de carne no supone una mortificación tan grande como en otros países de la misma fe que la comen con más frecuencia, aun así asoma a sus ojos una visible satisfacción que demuestra su contento por verse libres de tener que estar continuamente ocupados en castigar su cuerpo. Cada persona con que os encontréis

os saludará con un *resurrexit Jesus*, laudable imitación de los primeros cristianos, entre quienes era un verdadero gesto de devoción. Músicas de todo tipo (y aquí se hace, desde luego, la mejor música de España) despiden en buena hora los pasados días de superficial congoja y estúpida superstición. Pero basta; pasemos a asuntos de más entidad.

Hallándonos en Valencia, bajo la autoridad y el gobierno del infatigable conde, llegaron noticias de que el general Gorge había sitiado Alicante por tierra, en tanto varios buques la hostigaban desde el mar. El uno y los otros desempeñaron su cometido con tanto acierto y la bombardearon con tanto encono, que al cabo de poco tiempo lograron abrir una brecha medianamente practicable.

Mahoni, que había sido rehabilitado, estaba al mando de la plaza. Le habían absuelto de los cargos políticos de que se le acusaba, y parecía decidido a confirmar su inocencia con una resistencia a ultranza. Pero al ver que todos los indicios apuntaban a un asalto, retiró su guarnición al interior del castillo, pues conocía de sobra la debilidad de la plaza, y dejó la defensa de la ciudad en manos de sus propios habitantes.

Entretanto los de la marina, no muy duchos en asedios ni capaces siempre de ver las cosas con frialdad, con su arrojo característico se lanzaron contra la muralla de la parte que da al mar. Al no encontrar allí gran oposición (porque los de la ciudad creían que por aquel lado no corrían peligro) penetraron de inmediato en la plaza, y al instante comenzó el saqueo. Esto obligó a la gente, para ponerse a salvo, a dejar abiertas las puertas de sus casas y buscar protección en uno cualquiera de sus enemigos que les defendiese de la furia de otro.

Tan pronto como entró en la ciudad, el general Gorge acabó con el pillaje de los marineros, tratando de mostrarse clemente. Dispuso que se hiciera una proclama para que todos los vecinos llevaran de inmediato a la iglesia sus objetos de valor, a fin de tenerlos más seguros. Las gentes, engañadas, lo hicieron así sin pérdida de tiempo. Ni amigos ni enemigos discutieron en absoluto la orden, ni pusieron en duda su buena intención. La iglesia se llenó de toda clase de objetos de valor. Cuando llevaban allí algún tiempo los robaron y se los llevaron quienes tenían tan poco derecho a ellos, como los marineros de quienes supuestamente iban a preservarlos.

Apenas supo del asedio, el conde de Peterborow dejó Valencia y embarcó rumbo a Alicante, a donde llegó poco después de la rendición de la ciudad y del escándalo de los objetos de valor de sus habitantes. A su llegada, Mahoni, que había sufrido su infatigable diligencia y se encontraba sitiado en el castillo sin provisiones ni grandes esperanzas de que le llegaran refuerzos, quiso capitular. El conde le garantizó unas condiciones razonables y Mahoni entregó el castillo. Gorge fue nombrado gobernador.

Después de que su señoría embarcara en Valencia, tuve oportunidad de marchar con los dragones que le habían escoltado desde Castilla, quienes habían recibido órdenes de dirigirse a Murcia. La primera noche nos detuvimos en Alcira, ciudad que el río Júcar abraza casi por completo, por lo que reúne condiciones para convertirse en plaza de gran fortaleza, aunque ahora no es muy importante.

La siguiente noche la pasamos en Játiva, población famosa por su fidelidad al rey Carlos. La sitiaron las tropas del rey Felipe siendo gobernador un español, el general Basset. Rechazó a sus enemigos y les obligó a levantar el asedio después de una noble resistencia. Seguramente por eso perdió su antigua denominación de Játiva al abandonar el país el rey Carlos; ahora se llama San Felipe, aunque hasta el día de hoy sus habitantes se han negado a usar el nuevo nombre.

Al día siguiente nos dirigimos a Montesa, que da su nombre a la famosa orden de caballeros. Por entonces era gobernador el coronel O'Guaza, un irlandés al que la

gente del país miraba con malos ojos por ser partidario del rey Carlos: aunque sin resultado, ya que nunca cambió de bando. Nos detuvimos aquella noche en Fuente la Higuera, a menos de una legua de Almansa, donde un año más tarde, a las órdenes de lord Galway, se libraría aquella fatal y aciaga batalla de la que daré cuenta en su momento.

En nuestro cuarto día de marcha tuvimos que pasar por Villena, donde había una guarnición enemiga. Formaba parte de ella un destacamento de los dragones de Mahoni al mando del mayor O' Rairk, un oficial irlandés que siempre tuvo fama de buen soldado y valiente caballero.

Por el camino había tenido ocasión de observar que el capitán Matthews, que mandaba el destacamento de dragones con el que yo marchaba, era una persona de más arrojo que prudencia. Aunque avanzábamos a la vista del enemigo, se mostraba tan confiado como siempre. Puesto que habíamos hecho amistad, cabalgué hasta donde estaba y le expuse el peligro que, en mi opinión, nos amenazaba en nuestro avance. Le hice ver que junto a Villena se alza un monte al pie del cual teníamos que pasar por fuerza, y que temía que el enemigo pudiera estar allí para tendernos una emboscada y caer sobre nosotros por sorpresa. Por tanto, le insistí en que debíamos esperar a que llegase nuestra retaguardia, o al menos avanzar algo más despacio y con cautela. Pero siguió su marcha sin prestarme atención. En vista de lo cual di espuelas a mi mula, que era un excelente animal, y la obligué a galopar tan rápidamente como se lo permitieron sus patas hasta la cumbre del monte. Allí vi confirmados tanto mis presentimientos como mis temores, porque pude distinguir con toda claridad tres escuadrones que estaban preparados y nos esperaban al otro lado del monte.

Volví donde el capitán con igual rapidez y le di cuenta de mi descubrimiento, pero siguió adelante sin inmutarse. Después de mucho porfiar, conseguí al fin convencerle para que se detuviera hasta que nos alcanzaran los veinte hombres de nuestra retaguardia. Apenas llegaron, apareció otro destacamento de dragones españoles que había salido tras nosotros aquella mañana. Como si temiera que le disputasen su triunfo, el capitán se lanzó espada en mano contra el enemigo a todo galope apenas rodeamos el monte. Los españoles se mantuvieron firmes en sus posiciones hasta que nos tuvieron a menos de doscientas yardas, y entonces trataron de buscar refugio en la ciudad desordenadamente.

Tenían que pasar por un pequeño puente, demasiado estrecho para que cruzara por él tan gran pelotón con tanta urgencia. Allí se estorbaron unos a otros la retirada, y cuantos no pudieron pasar al otro lado quedaron a merced de nuestras espadas, que no perdonaron a ninguno. El puente era angosto, pero el capitán Matthews estaba decidido a atravesarlo tras el enemigo. Entretanto, los españoles se detuvieron y la gente de la ciudad, incluidos los religiosos, acudió en su ayuda con armas de fuego. Al ver tal cantidad de gente, el capitán Matthews pensó que no era prudente seguir adelante, y después de apoderarse de un gran rebaño de ovejas que pastaba cerca de la muralla, siguió su camino hacia Elda. En esta acción perdimos al capitán Topham y a tres dragones.

Recuerdo que no nos habíamos alejado mucho de Villena cuando un dragón irlandés llegó hasta el capitán con un mensaje civil del mayor O'Rairk, rogándole que no se formara una mala opinión de él por la defensa que había hecho, puesto que, si hubiese podido conseguir que los españoles se mantuvieran firmes en sus posiciones, le hubiese dado sobrados motivos para tenerla mejor. Dio el capitán una cortés respuesta y seguimos adelante. Este mayor O'Rairk, u O'Roork, murió al año siguiente en Alcoy y su muerte fue muy sentida, ya que, tanto por su valor como por su conducta,

se le tenía por uno de los mejores oficiales irlandeses al servicio de los españoles. Oí además que descendía de uno de los antiguos reyes de Irlanda. La madre del honorable coronel Paget, uno de los ayudas de cámara de la actual reina, era pariente cercana de este valiente caballero.

Vi en aquella ocasión algo excepcional que me dejó impresionado y sorprendido: con su enorme sable, un dragón escocés, que no era especialmente corpulento, le cortó la cabeza a un español de un solo tajo con la misma aparente facilidad con que un hombre habría segado un tallo de hierba.

Cuando llegamos a Elda (población de gran importancia para el rey Carlos, célebre por su buena situación y por contar con los mayores viñedos de España) sus habitantes nos recibieron de un modo tan hermoso como peculiar: de pie en la puerta de sus casas con antorchas encendidas. Teniendo en cuenta el momento en que llegamos, estaba lejos de ser un espectáculo inoportuno o desagradable.

Al día siguiente, varios de los hombres se ofrecieron para llevar la noticia de lo ocurrido en Villena al conde de Peterborow en Alicante. El capitán les contestó que, en consideración a mi papel en los sucesos de aquel día, no podía pensar en nadie más adecuado que yo. Con lo que me hizo entrega de sus cartas para el conde, y al día siguiente se las llevé a éste en Alicante. Se hallaba presente en el momento de la entrega el coronel Killigrew, de su batallón de dragones, quien expresó su mayor satisfacción por la noticia, y al tiempo su señoría tuvo a bien nombrarme único ingeniero del castillo de Alicante.

Poco tiempo después, embarcó para Génova aquel victorioso general, conforme a lo acordado en el consejo de guerra de Guadalajara, con una comisión especial de la reina de Inglaterra y otra del rey Carlos de España, más un encargo para que viese de negociar con el general de las fuerzas portuguesas, el marqués de las Minas, empréstitos por cien mil libras para el ejército. Como siempre, salió airoso en todo. Pero puede decirse sin exagerar que su marcha en buena medida determinó la victoria de las fuerzas confederadas en España. Es verdad que el general volvió habiendo alcanzado sus objetivos como fruto de aquella negociación, pero ya había caído en desgracia. Por tanto, como ahora tengo que decir adiós a este victorioso general, permítaseme hacerlo como corresponde, y proclamar ante el mundo la decisión con que cumplió con su deber, que no admite parangón (al menos en estos últimos tiempos). La variedad de empresas, todas ellas victoriosas, con que asombró a Europa entera, y los servicios, que dieron ocasión a tan solemnes actos públicos de acción de gracias en nuestros templos y que tan elogiosos parabienes recibieron tanto por parte de la soberana como del Parlamento, aparecen claramente expuestos en una carta escrita de su propia mano por el rey de España a la reina de Inglaterra, y comunicada a ambas casas en los siguientes términos:

Comment [Librodot-44]:
General responsable de las tropas portuguesas que lucharon en España formando parte del ejército aliado. Su avance desde la frontera portuguesa con Galloway culminó con la llegada a Madrid en 1706.

Señora y hermana mía:

No me habría demorado tanto en tener el honor de insistiros en mi sincero respeto hacia vos, de no haber estado a la espera de la buena noticia que tengo que comunicaros: Barcelona ha capitulado y se ha rendido ante mí. No puedo pensar sino que recibiréis esta gran noticia con absoluta satisfacción, tanto porque esta feliz victoria es obra de vuestros ejércitos, siempre gloriosos, como por los puros motivos de la generosidad y el maternal afecto que demostráis hacia mí, así como hacia cuanto puede contribuir a favorecer mis intereses.

Debo reconocer los méritos de todos los oficiales y soldados, y particularmente de milord Peterborow, quien ha demostrado durante toda esta campaña una

constancia, un valor y un temple dignos de la confianza depositada en él por vuestra majestad. Por su gran celo y devoción a mi causa, y por sus servicios hacia mi persona, no podría haberme servido mejor de lo que lo ha hecho. Otro tanto debo decir del brigadier Stanhope, por su gran celo, vigilancia y prudente conducta, de los que ha dado prueba en todo momento; y asimismo de todos los oficiales de vuestra flota, en especial de vuestro honorable almirante Shovel, de quien he de hacer presente a vuestra majestad que me ha asistido en esta campaña con increíble diligencia y aplicación, y que ningún almirante será jamás capaz de prestarme mayores servicios. Durante el asedio de Barcelona, algunos de los barcos de vuestra majestad, con ayuda de las tropas del país, conquistaron la ciudad de Tarragona, cuyos oficiales fueron hechos prisioneros de guerra. Al tiempo, la ciudad de Gerona ha sido tomada por sorpresa por las tropas del país. La ciudad de Lérida se ha sometido, como también la de Tortosa, sobre el Ebro, de modo que hemos ocupado todas las ciudades de Cataluña, salvo Rosas. Algunas plazas en Aragón próximas a Zaragoza se han declarado por mí, y la guarnición del castillo de Denia en Valencia ha mantenido sus posiciones y rechazado al enemigo. Cuatrocientos jinetes de la caballería enemiga se han pasado a nuestro bando, y ha desertado gran número de sus soldados de a pie.

Ésta, señora, es la situación a la que vuestros ejércitos y la voluntad del pueblo han conducido mi causa. No hace falta que os diga qué es lo que detiene el progreso de estas conquistas. Ni el enemigo ni la estación del año son obstáculo para nuestras tropas, que nada desean sino entrar en acción bajo la guía que vuestra majestad les ha señalado. La conquista de Barcelona, con tan reducido número de tropas, es extremadamente notable, y lo hecho en tal asedio apenas tiene igual, pues con siete u ocho mil hombres de vuestro ejército y doscientos miquelets pudimos cercar y tomar una plaza que treinta mil franceses no consiguieron mantener.

Tras una marcha de trece horas, los soldados treparon por rocas y barrancos para atacar un enclave más fuerte que la propia ciudad, de la que el conde de Peterborow os ha remitido un plano. Dos generales, al frente de los granaderos, la atacaron espada en mano. En esta acción murió gloriosamente el príncipe de Hesse, tras tantas valientes empresas. Confío en que su hermano y su familia contarán siempre con la protección de vuestra majestad. Con ochocientos hombres forzaron el camino cubierto y cuantos obstáculos y fortificaciones encontraron, hasta alcanzar el último reducto. Lo cercaron, enfrentándose a quinientos hombres de las tropas regulares que defendían la posición y a un refuerzo que se les había unido, y tres días más tarde la plaza se hallaba en nuestro poder. Atacamos después la ciudad por el lado del castillo. Volvimos a desembarcar nuestros cañones y el resto de la artillería con indecibles trabajos, y establecimos dos campamentos, distantes tres leguas el uno del otro, frente a una guarnición casi tan numerosa como nuestro ejército, cuya caballería doblaba en número a la nuestra. El primer campamento se encontraba tan bien fortificado, que doscientos hombres y los dragones fueron suficientes para custodiarlo mientras atacamos la ciudad con el resto de nuestras tropas. Una vez abierta la brecha, nos dispusimos a lanzar un ataque general con todo el ejército. Éstas son las circunstancias, señora, que tal vez distinguen esta acción entre todas las demás.

Ocurrió entonces un incidente inesperado. La crueldad del pretendido virrey, y los rumores que circularon por todas partes de que se llevaría a los prisioneros, en contra de lo acordado en las capitulaciones, hicieron que los habitantes de la ciudad y algunas gentes del país tomaran las armas contra la guarnición en tanto

ésta se hallaba ocupada en recoger sus pertrechos, que habían de ser transportados al día siguiente, con lo que a punto estuvo de producirse una carnicería. Pero las tropas de vuestra majestad, entrando en la ciudad con el conde de Peterborow en cabeza, en lugar de entregarse al pillaje como es práctica común en tales ocasiones, sofocaron el tumulto y salvaron la ciudad, y aun las vidas de sus enemigos, con disciplina y generosidad sin precedentes.

No me queda sino reiteraros mis más sincero agradecimiento por el envío de tan numerosa flota y tan excelentes y valerosas tropas para mi servicio. Tras un comienzo tan afortunado he considerado oportuno, de acuerdo con el sentir de vuestros generales y almirantes, respaldar con mi presencia las conquistas que hemos hecho. Y al tiempo mostrar así a mis súbditos, tan afectos a mi persona, que no he de abandonarlos. Recibo tales ayudas de vuestra majestad y de vuestra generosa nación, que me siento agobiado por vuestras bondades, y me preocupa no poco pensar que el apoyo a mis intereses pueda originar tan considerable gasto. Pero, señora, si yo sacrifico mi persona, y si mis súbditos en Cataluña arriesgan asimismo sus vidas y haciendas, es por la confianza que tenemos en la generosa protección de vuestra majestad. Vuestra majestad y vuestro gobierno conocen mejor que yo cuanto es necesario para nuestro sostén. Esperaremos, pues, la ayuda de vuestra majestad con entera confianza en vuestra bondad y en vuestro criterio. Es necesario un nuevo envío de tropas: causamos no poca inquietud a Francia, y sin duda sus ejércitos han de venir contra mí con el mayor empeño tan pronto como les sea posible; pero no dudo, de que mis aliados harán otro tanto en mi defensa. Señora, vuestra autoridad os faculta para acudir en ayuda de aquellos a quienes la tiranía de Francia oprimiría, y vuestra bondad os induce a ello. Cuanto puedo insinuar a vuestra prudencia y a la de vuestros aliados es que las fuerzas empleadas en este país no lo serán sin provecho para el bien público, sino que la obligación y la necesidad han de llevarles a actuar con la mayor energía contra el enemigo.

Soy, con inquebrantable adhesión, respeto y sincero reconocimiento, señora y hermana mía, vuestro más afectuoso hermano.

CARLOS.

Sin embargo, no sólo depusieron a aquel noble general, sino que le retiraron el mando de la flota y confiaron el del ejército a milord Galway, sin otro motivo que las falsedades de toda índole que con tanta insistencia hicieron correr, no sólo para empañar cuanto pudiesen su reputación, sino para convertirle en sospechoso mediante acusaciones malintencionadas. Cuesta creer que tengamos necesidad de hacer constar aquí que, tiempo después, se demostró la falsedad de aquellas malignas calumnias y mal urdidos rumores, o que debamos enumerar las distinciones con que solemnemente le honró su país, tras un completo examen y previo escrutinio de su hoja de servicios en la Cámara de los Lores. Pero es demasiado notorio como para que pueda aquí pasarlo por alto que, camino de Londres, se llamó a cuantos oficiales regresaban de España y se les interrogó sutilmente acerca de todas las habladurías que circulaban, tratando de menoscabar su reputación. Y cuando todos los oficiales (excepto uno o dos) proclamaron la falsedad de tales invenciones, y no hubo posibilidad de presentar cargo alguno en contra del general, aun así se les dijo que anduviesen con cuidado y no alabaran la conducta de aquel lord a menos que quisieran convertirse en mártires de su causa (algo apenas concebible ni siquiera en un país papista). Pero también hubo quienes calumniaron a Escipión y (como mi autor agudamente apunta) la posteridad únicamente recuerda a aquellos depravados por su torpe denuncia.

El lector perdonará este melancólico inciso, a modo de triste despedida, antes de que prosiga con mi relato. Qué duro ha de ser para un inglés, después de haberse alegrado ante la relación de tan asombrosos triunfos de las armas de su majestad a las órdenes del conde de Peterborow, triunfos que nos hablan de provincias y reinos sometidos, de ciudades y fortalezas rendidas y liberadas; después de haber presenciado una serie ininterrumpida de afortunadas victorias, fruto de la energía y de la diligencia, y de haber visto cómo la prudencia y la preparación salían victoriosas de trances en apariencia fatídicos e inevitables; qué duro ha de ser, digo, cambiar este glorioso panorama por otro completamente distinto, con nuestras tropas huyendo una y otra vez derrotadas y humilladas hasta su definitiva ruina en la batalla de Almansa, aun cuando eran tan numerosas como las del enemigo, y se hallaban mejor provistas. ¡Qué duro ha de ser algo así para cualquiera que ame este país! Pero sigo con mis memorias.

Alicante es la ciudad con mayor comercio de todo el reino de Valencia. Cuenta con una sólida fortaleza, construida sobre un monte elevado, que domina tanto la ciudad como el puerto. Aquí residí durante un año entero. A poco de llegar, en cuanto el mayor Collier (quien recibió una herida en la espalda estando en Barcelona, como ya dije) supo que estaba allí, vino a buscarme a mi alojamiento. Después de preguntarme con detalle por el feliz desenlace de la difícil misión en que me dejó, y de que respondiera yo a todas sus preguntas con pormenor (cosa que pareció complacerle visiblemente), puso sobre la mesa una pequeña bolsa con monedas. Como yo la rechazara, me dijo con la mayor cortesía que únicamente continuaríamos siendo amigos si la aceptaba.

Tras haber efectuado algunas reparaciones urgentes, procedí conforme a las órdenes que había recibido del conde de Peterborow para que emplazara una nueva batería entre el castillo y la ciudad. Fue una tarea plagada de numerosos e importantes obstáculos, puesto que hubo que construir la batería en una fuerte pendiente, lo que hizo el trabajo a vez difícil e inseguro. De todas formas, tuve la suerte de acabarla mucho antes de lo esperado. Recibió el nombre de batería Gorge, por el entonces gobernador de la ciudad quien, en un insólito alarde de generosidad, mojó la broma con una jarra de excelente ponche. El brigadier Bougard, que vio la obra algún tiempo después, tuvo a bien ponderarla con singular elogio y aprobación por la forma en que se habían resuelto los problemas que planteaba.

Estos trabajos y el asedio de Cartagena, entonces en nuestro poder, por las tropas del duque de Berwick, trajeron a Alicante a lord Galway. Cartagena está tan cerca de Alicante, que desde el castillo de esta última, donde me encontraba entonces, podíamos oír sin dificultad los cañonazos de asaltantes y defensores. Recuerdo que al cuarto día de asedio milord Galway envió a buscarme, por si yo podía aportar algunas sugerencias útiles para resolver la situación. Le contesté que, puesto que los cañonazos habían cesado de repente, creía que la ciudad se había rendido, cosa que confirmaron las noticias que nos llegaron desde allí al día siguiente. Cartagena es un pequeño puerto de mar en Murcia, pero reúne tan buenas condiciones que, cuando se le preguntó al célebre almirante Doria cuáles eran los tres mejores puertos del Mediterráneo respondió: «Junio, julio y Cartagena».

Tras la rendición de Cartagena, el gobernador envió un destacamento de infantería con algunos dragones a Elche. Pero se trataba de una población muy vulnerable, y no tardaron en caer prisioneros de guerra.

Finalizado el asedio de Cartagena, lord Galway volvió a su campamento. Cuando murió en Alicante lord Duncannon, los primeros disparos que se hicieron desde la batería Gorge fueron las salvas de su funeral. Su regimiento pasó a lord Montandre, quien lo perdió, sin llegar a tomar posesión de él, en una escaramuza tan increíble

Comment [Librodot-45]:

Hijo natural de Jacobo II de Inglaterra (1670-1734), se naturalizó francés tras la expulsión de los Estuardo. En 1704 fue nombrado capitán general del ejército hispano-francés y participó en la campaña de Extremadura sin conseguir despejar el camino a Lisboa. A finales de año fue condecorado con la Orden del Toisón de Oro y sustituido por Tessé. En 1706, ya mariscal de Francia, regresa a España para frenar el avance de las tropas aliadas a las que derrota en Almansa (25 de abril de 1707), y asume el mando del ejército en Valencia; se le concedieron los ducados de Liria y Jérica. Participó en la conquista final de Barcelona, que se rindió el 11 de septiembre de 1714. En 1719 combatió en la frontera navarra y catalana, esta vez, contra Felipe V.

Comment [Librodot-46]:

Como es sabido, el almirante Doria tuvo una singular colaboración con Carlos V en el siglo XVI. Juan Andrea Doria (1466-1560), perteneciente a la casa de los Doria, una poderosa familia genovesa dedicada al comercio y a la política, tras haber apoyado con su naves a Francisco I y después al pontífice, se pasó definitivamente al servicio Carlos V en 1528 hasta el final de sus días. Las galeras de Doria permitieron al emperador por primera vez disponer de una flota naval regular; el almirante facilitó asimismo la obtención de créditos de los ricos mercaderes genoveses.

como vergonzosa.

El regimiento tenía órdenes de dirigirse al campamento de lord Galway al mando de su coronel lugarteniente, Bateman, individuo hasta entonces con fama de buen oficial, aunque su conducta en esta ocasión dio motivos más que suficientes para que personas ecuanímes lo pusieran en duda. Durante la marcha se mostró tan descuidado y negligente (por más que sabía que estaba rodeado de enemigos, y que debía atravesar un bosque donde a diario se veían muchos), que los soldados caminaban uno tras otro (tal como la necesidad nos había obligado a hacer en Escocia) con sus mosquetes a la espalda. El propio Bateman iba en cabeza en su coche, bastante adelantado.

Sucedio que cierto capitán del ejército del duque de Berwick había salido de patrulla con sesenta dragones, con intención de apoderarse de una remesa de dinero destinada a las tropas de lord Galway en Alicante. *Re infecta*, pues había perdido su presa, la patrulla volvía sumamente contrariada cuando su capitán, al advertir el alegre y desordenado avance de los ingleses, resolvió, con no poca audacia, caer sobre ellos en el bosque. Con tal propósito ocultó su pequeña patrulla tras un gran corral, y en cuanto hubo pasado la mitad del regimiento se lanzó sobre el centro con sus dragones, dando tajos y golpes con tal violencia, que no tardó en poner en fuga a toda la formación, dejando sobre el terreno numerosos muertos y heridos. Se apoderaron de la bandera, sacaron de su coche al petimetre del coronel lugarteniente, y lo hicieron prisionero junto con muchos otros. Sólo resultó muerto un abanderado, que cometió la imprudencia de tratar de cumplir con su deber.

Comment [Librodot-47]:
«Trabajo no acabado», sin haber logrado su propósito.

El lugarteniente al mando de los granaderos comprendió lo que ocurría con tiempo suficiente para llevar a sus hombres hasta una casa que había en el camino, donde resistió algún tiempo como un valiente. Pero, muerto él, los demás se rindieron de inmediato. Los detalles de esta escaramuza me los facilitó el propio comandante de la patrulla enemiga algún tiempo después, estando yo prisionero. El capitán Mahoni, que se encontraba presente cuando llegó la noticia de que unos pocos dragones españoles habían derrotado al regimiento inglés de Bateman, me aseguró que el duque de Berwick se puso pálido al oírlo. Cuando le preguntaron si quería ver la bandera, prefirió verlos a ellos. Poco antes de que el duque fuese a cenar, el propio Bateman fue conducido a su presencia. El duque le dio la espalda y se limitó a observar con frialdad que «al parecer, había caído prisionero de modo un tanto extraño». Los bromistas del regimiento hicieron chistes a su costa: decían que de tal marido, tal militar, puesto que dos días antes había enviado a Inglaterra a su bella esposa al cuidado del joven capellán del regimiento.

El 15 de abril de 1707, que era lunes de Pascua, recibimos en Alicante, por la mañana, un despacho urgente de que el día anterior se había librado una batalla en *Almansa* entre las tropas del duque de Berwick y las de lord Galway, en la que éste había sufrido una derrota total. Al principio no lo creímos; pero, ¡ay!, los soldados que llegaban a Alicante huyendo del enemigo victorioso nos convencieron demasiado pronto de que era cierto. Entonces supimos más de lo que hubiésemos querido, noticias que antes nos resultaba difícil creer. Pero como no tomé parte en aquella calamitosa batalla, la referiré como me la contó un oficial destinado entonces en el ejército del duque.

El duque recurrió a una estratagema para llevar a lord Galway a combatir en el terreno que más le convenía. Ordenó a dos irlandeses, ambos oficiales, que se pasaran al enemigo como desertores y dijese que el duque de Orleans se acercaba a marchas forzadas con doce mil hombres para reunirse con el duque de Berwick, que iban a encontrarse al cabo de dos días, y que entonces irían contra lord Galway y le

Comment [Librodot-48]:
Las tropas borbónicas obtuvieron una importante victoria sobre las aliadas en la batalla de Almansa, que tuvo lugar el 25 de abril de 1707 y no el 15, como aparece en el texto, lo que seguramente se debe o a un error de imprenta de la edición inglesa o a una equivocación del propio Defoe. Esta victoria ponía fin a la primera incursión aliada en Castilla y permitía a Felipe V recuperar Aragón y Valencia, procediendo poco después a la abolición de los fueros de estos reinos el 29 de junio de 1707.

obligarían a luchar allí donde estuviese.

En cuanto oyó la historia de los bien aleccionados desertores, lord Galway, que por entonces se encontraba frente a Villena, levantó el sitio de inmediato, resuelto, mediante un rápido avance, a obligar al enemigo a luchar antes de que el duque de Orleáns pudiera reunirse con el de Berwick. Tras una agotadora marcha de más de tres leguas españolas a pleno sol, llegó a la vista del enemigo poco después de mediodía, con sus tropas exhaustas. Estaba satisfecho y envalentonado por el encuentro, puesto que pensaba que su plan había tenido éxito. Para enfrentarse a él adecuadamente, Berwick alineó su ejército formando un semicírculo, y colocó en el centro tres regimientos un tanto adelantados con orden expresa, no obstante, de que retrocedieran en cuanto el enemigo cargara. Todo lo cual fue puntualmente obedecido y alcanzó el fin propuesto, ya que los tres regimientos emprendieron la retirada al primer ataque fingiendo replegarse hacia su campamento. Conforme a su costumbre, los ingleses fueron tras ellos dando voces y alaridos. Tan pronto como el duque de Berwick vio que su trampa había dado resultado, ordenó que las alas derecha e izquierda se cerraran, con lo que en un instante separó del resto de su ejército a cuantos tan irreflexivamente se habían lanzado en persecución de los supuestos fugitivos. En suma, la derrota fue total, y supuso el mayor descalabro jamás sufrido por el ejército inglés durante toda la guerra de España. Seguramente tienen razón quienes creen que, si los españoles hubiesen combatido a las órdenes de otro general distinto del duque de Berwick, cuya afinidad de origen puso coto al ardor del enemigo victorioso, las tropas que se retiraron a los montes al mando del mayor general Shrimpton no hubieran corrido mejor suerte que las del llano. Tal era la opinión de los propios españoles tras la batalla. De este modo quedó patente la verdad de aquella noble máxima según la cual «para los espíritus generosos, la victoria no es sino una invitación a la templanza».

Al día siguiente de esta fatal batalla (que dio origen a un chiste español: «El general inglés ha derrotado al francés»), el duque de Orleáns llegó por fin al campamento, sin más ejército que catorce acompañantes.

Pronto se hicieron patentes las desastrosas consecuencias de aquel encuentro, y para los de Alicante más que para nadie. El enemigo se envalentonaba de día en día. Sus patrullas nos hostigaban con mucho mayor atrevimiento que antes. A menudo se aproximaban tanto, que a duras penas podíamos mantenerlas a una distancia segura a cañonazos. Llamado a Inglaterra Gorge, el gobernador de Alicante, el rey Carlos nombró en su lugar al mayor general Richards. Era católico romano, muy querido por los naturales por esta circunstancia, pero en justicia hay que reconocer que, por lo demás, se comportó intachablemente. Siendo él gobernador, se produjo un ataque por sorpresa contra Guardamar, pero aquel obispo metido a soldado lo contuvo mediante una intervención a tiempo (pues era sin lugar a dudas un oficial competente, «Tam Marte quam Mercurio», entre otras muchas cualidades).

Dado que mi puesto seguía estando en el castillo, el gobernador Richards me había enviado aviso de que, si observaba movimiento de patrullas enemigas, se lo hiciera saber. Conforme a esta orden, al avistar cierta mañana un numeroso pelotón de caballería que se dirigía a Elche, bajé a la ciudad y le comuniqué al gobernador lo que había visto. Al momento ordenó que un capitán con sesenta hombres saliera conmigo hasta una vieja casa que había a cosa de una milla de distancia. Apenas llegamos hasta ella, empecé a asegurar puertas y ventanas, y dispuse en formación adecuada a los hombres para hacer frente al enemigo tan pronto como apareciese. El capitán ordenó a unos cuantos que se dejaran ver sobre una loma que había junto a la casa, a modo de emboscada. Pero fue tanto como atragantarnos: aunque el enemigo cayó en la trampa

Comment [Librodot-49]:

El duque de Orleáns (Felipe II de Orleáns, 1674-1723) participó, tras la victoria borbónica de Almansa, en la conquista de los reinos de Aragón, Valencia y parte del Principado de Cataluña, logrando plazas como Denia, Alicante o Tortosa. Pero fue llamado de Francia a instancias de Felipe V, debido a sus intrigas con Stanhope, con el objetivo de lograr el trono español. En 1712 renunció a sus pretendidos derechos sobre la Corona de España al mismo tiempo que Felipe V renunciaba al trono de Francia. A la muerte de Luis XIV se hizo nombrar regente de Francia, rigiendo los destinos de aquel país prácticamente hasta la mayoría de edad de Luis XV en 1723.

Comment [Librodot-50]:

Se trata del cardenal Belluga (1662-1743), muy conocido en su época por su destacada participación en la defensa de la causa borbónica en la región murciana. Propuesto por Felipe V para el obispado de Cartagena, cuando en 1705 llegó a Murcia publicó una pastoral a favor de este monarca y aglutinó las fuerzas del reino de Murcia, poniéndose al frente de sus tropas. Felipe V llegó a nombrarle virrey y capitán general de Valencia después de la victoria de Almansa de 1707. Pero, cuando en 1709 se produjo la ruptura del gobierno borbónico con Roma por haber reconocido al Archiduque, Belluga se puso de parte de la Santa Sede y escribió al rey un conocido Memorial. En 1719 obtuvo el capelo cardenalicio, y se trasladó a Roma en 1724, donde vivió hasta su muerte.

que yo le había tendido, y al ver nuestra pequeña patrulla en la colina destacó a varios hombres del pelotón, que era muy superior a nosotros, para que le cortaran el paso antes de, que pudiese llegar hasta la ciudad, los acontecimientos nos demostraron que habíamos subestimado su número. Pronto caímos en la cuenta de que eran muchos más de los que en un principio habíamos imaginado. Nuestros agentes exteriores, por llamarlos así, se pusieron a cubierto dentro de la casa, y en cuanto apareció la patrulla hicimos una descarga cerrada que dio en tierra con tres hombres y un caballo. Con lo que todo el pelotón se nos vino encima, pero se detuvieron en lo alto de la colina, fuera del alcance de nuestras armas. Pronto comprendimos el peligro que corríamos, pues eran muchos. Si nos salvamos fue porque el gobernador estaba atento, y había caído en la cuenta de lo que ocurría tanto como nosotros dentro de la casa. Al vernos rodeados por una fuerza enemiga tan superior, salió en persona con buena parte de la guarnición en nuestra ayuda. El enemigo se mantuvo en sus posiciones durante algún tiempo, como si quisiera presentar batalla; pero lo pensó mejor y se retiró, con no poca alegría por nuestra parte, pues pudimos salir de la casa y reunirnos con la guarnición.

Poco después tuvimos varios encuentros de la misma clase, que en ocasiones acabaron en enfrentamientos parecidos. De modo que apenas podían salir con seguridad las patrullas, y sin alejarse nunca. A menos de una milla de la ciudad había una antigua viña, vallada con un muro de piedras sueltas. Otro oficial y yo nos pusimos de acuerdo para hacer una excursión a caballo hasta allí. Después de cabalgar un rato, se me ocurrió gastarle una broma. Aquella estúpida idea nos salvó a los dos: di la voz de alarma fingiendo que había visto acercarse una partida enemiga, espoleé mi caballo y salí huyendo tan rápido como pude. Ni mucho menos se quedó atrás el oficial, y apenas habíamos salido del viñado se vio que mi broma iba en serio, pues doce jinetes enemigos nos persiguieron hasta las mismas puertas de la ciudad. Nunca pude convencer a mi compañero de excursión de que se había librado por una broma más que por su rapidez.

Poco después de que concluyera mi trabajo en lo tocante a las fortificaciones, obtuve permiso del gobernador para ausentarme durante dos semanas por ciertos asuntos particulares en Valencia. A mi vuelta de allí, en un pueblo que llaman Benisa, me encontré con dos oficiales de un regimiento inglés que se dirigían a la ciudad de donde yo venía. Tras las cortesías de rigor, me contaron que habían dejado al mayor Boyd en un pequeño lugar llamado Calpe en tanto alquilaba otra mula, puesto que había agotado y reventado la que montaba cabalgando hasta allí, y me rogaron que, si lo veía, le dijera que estaban esperándole. Partí en compañía de otro caballero, y apenas habíamos adelantado una legua cuando quedamos sorprendidos ante una visión que parecía desafiar cualquier fantasía y no se parecía a cosa alguna de este mundo. Toda ella era de color rojo y se movía, aunque tan despacio que, de no habernos acercado nosotros, podríamos haber pasado el día esperándola. Mi compañero se encontraba tan confuso como yo. Cuanto más se aproximaba, más monstruosa parecía, puesto que no tenía rasgo humano alguno, ni de caminante, ni de caballero, ni de cualquier otra figura. Por último, cuando nos reunimos con aquella extraña forma animada (porque entonces comprobamos que lo estaba), ¿qué, o mejor, quién, vimos que era sino el mayor Boyd? Distaba de ser un hombre pequeño, y a lomos del pobre asno, con todos sus pertrechos de campaña a cuestas, puede decirse que componía una figura casi tan singular como la de uno de los antiguos centauros. La silla de montar que llevaba el asno era por sí sola carga suficiente para el animal sin su jinete, a quien las armas de fuego con sus fundas hacían aun más pesado. Para colmo, unos enormes arreos cubrían la pequeña cabeza del animal, y un descomunal capote rojo que llegaba hasta el suelo tapaba botas, asno y jinete, todo a la vez. En resumen, mi compañero y yo, una vez estuvimos seguros de que se trataba de un hombre,

convinimos en que no habíamos visto figura tan cómica en nuestra vida. Al despedirnos muertos de risa de nuestro mayor (porque ni un cínico hubiera sido capaz de contenerse), éste se justificó lo mejor que pudo diciéndonos que no había podido dar con otra bestia. Tras lo cual le dimos nuestro recado, le expresamos nuestras condolencias por su montura, y le deseamos mejor suerte en su próxima parada, con lo que reemprendió él su marcha y nosotros la nuestra, y lo perdimos de vista.

Aquella noche nos quedamos en Altea, famosa porque los barcos pueden hacer la aguada en su bahía. Se levanta sobre una alta colina y está adornada, no defendida, por un antiguo fortín.

De allí seguimos hasta Alicante y, al cabo de un año, concluida mi misión, pedí al gobernador que me permitiera emprender un nuevo viaje. Lord Galway se encontraba en Tarragona, en tanto que Lérida se hallaba sitiada por el duque de Orleáns. Puesto que me había dado ciertas esperanzas durante su estancia en Alicante, decidí al menos dar señales de vida. El gobernador tuvo la amabilidad de proporcionarme cartas elogiosas, y tomé un barco para Barcelona. Apenas llegados a puerto, nos encontramos con la flota inglesa, que volvía de su expedición a Tolón al mando de sir Cloudsley Shovel.

No me quedé en Barcelona más que unos pocos días, y después continué mi proyectado viaje a Tarragona. Al llegar presenté mi acreditación a lord Galway, quien me recibió con gran cortesía, y fue doblemente amable conmigo al comunicarme que el gobernador de Alicante le había escrito hablándole de mí en términos muy elogiosos. Aunque se decía que uno de los rasgos del carácter de aquel noble lord consistía en que la primera impresión resultaba generalmente la mejor, pronto tuve motivos para estar de acuerdo con otro dicho no menos cierto: «Las normas generales siempre admiten alguna excepción». Estando yo allí se supo la caída de la ciudad de Lérida. El príncipe de Hesse (hermano de aquel valiente príncipe que perdió su vida ante Montjuich) se había retirado con la guarnición al interior del castillo, que defendió con valentía mucho tiempo después.

Mientras esperaba en Tarragona, milord Galway supo que el enemigo se proponía sitiar Denia, por lo que dispuso que me presentara allí como ingeniero. En cuanto recibí mis órdenes y me despedí de su señoría, emprendí viaje. Puesto que se había dejado a mi elección, decidí dirigirme a Barcelona y embarcar allí para Denia, y me propuse ganar tiempo para tener oportunidad de pasar por Montserrat, un lugar del que había oído hablar mucho, lo que había despertado en mí vivos deseos de visitarlo. A decir verdad, me habían contado cosas tan extraordinarias de Montserrat, que la mitad de ellas no podía por menos que atribuir las a la fantasía española, ya que el vicio de la hipérbole extravagante es algo innato entre los españoles.

Montserrat es una imponente montaña que se alza en el centro de una extensa llanura en el principado de Cataluña, distante de Barcelona alrededor de unas siete leguas hacia el noroeste y un tanto en dirección norte. A primera vista, lo desacostumbrado de su aspecto augura algo extraordinario. De lejos, la distancia le da una apariencia impresionante: cientos de pirámides superpuestas se ofrecen de improviso ante nuestra vista y las confundiríamos, si se me permite decirlo, con un pequeño bosque petrificado, o tal vez con las formidables ruinas de algún imponente edificio, vestigio de tiempos inmemoriales. Conforme nos acercamos, más impresionante parece, pero hasta que no estamos verdaderamente cerca apenas podemos imaginar lo que nos espera al llegar, puesto que ante Montserrat creeríamos estar frente a un auténtico monte de torres entremezcladas con árboles de majestuosa belleza, de modo que ni la admiración conoce límites ni la curiosidad se agota. Así es como vi Montserrat al llegar, y no fue nada comparado con lo que vi luego, apenas me adentré en la montaña.

Aquel pasmoso conjunto de pirámides me impresionó como no lo había hecho antes cosa alguna, y me parecieron tan elegantemente repartidas entre verdes bosques, y salpicadas aquí y allá de altos y solitarios árboles, que no se redujo mi admiración y creció mi deleite. Aquellos árboles solitarios que he dicho se yerguen aislados, en contraste con los muchos bosques, que son cerrados y tupidos (tal como observé cuando subí para ver el paisaje desde las diferentes ermitas), y hunden sus raíces por lo general en las grietas de la roca viva, sin otro suelo o lecho que les provea de alimento que la simple piedra. Pero por más que unos pocos naturalistas puedan pretender que el nitrato de la roca es capaz de suministrar a los árboles y plantas cuanto alimento necesitan, aquéllos para mi gusto eran demasiado hermosos y su corteza, hojas y flores ofrecían un aspecto demasiado pujante como para creer que fueran hijos adoptivos tan sólo de las piedras y las rocas.

Hay en este monte o, si lo preferís, bosque de rocas, trece celdas de ermitaños, la última cerca ya de la propia cumbre. Para subir hasta ellas hay que tomar una tortuosa senda, tan empinada que parece imposible seguirla. Por más que este intrincado camino conduce a las ermitas, como he dicho, desafío al más observador, si no es del lugar, a que vea si es capaz de dar con todas, a menos que tenga la precaución de seguir al pobre borrico que sube puntualmente a diario con sus alforjas hasta cada una de ellas, del modo siguiente.

Las alforjas están divididas en trece compartimientos, uno por cada ermita. A la hora convenida, una vez que el criado le ha echado encima las alforjas, el asno acude por sí solo a la puerta del convento que hay al pie del monte, donde llenan cada compartimiento con su correspondiente ración de vino y vituallas. Tan pronto como están llenos, sin más demora ni guía, el borrico sube ermita por ermita, siguiendo un orden hasta llegar a la más alta de todas. De allí baja por el mismo camino, una vez cumplida su tarea y libre ya de su carga. De día o de noche, la pobre bestia esclavizada hace el mismo recorrido todos los días a las horas acostumbradas.

Dos caballeros, con quienes me había encontrado por el camino llevados por mi misma curiosidad, parecían compartir también mi deleite al comprobar cómo nuestra meta respondía a nuestras expectativas. En sus gestos se traslucía una satisfacción que, si no igualaba la mía, sí me reafirmaba en ella, puesto que parecían estar de acuerdo conmigo en que aquellos solitarios anacoretas eran hombres verdaderamente felices. Por tales los tuve yo entonces, y mil veces después, reflexionando a solas, he soñado con verme, prescindiendo de sus errores y demás supersticiones, tan felizmente instalado como ellos. Porque ¿qué puede alguien echar en falta para llevar una vida feliz allí donde sin cuidado alguno puede disponer de cuanto necesita? ¿Allí donde los días, sin preocupaciones ni problemas, pueden discurrir tranquilamente entre una inocente variedad de suaves y amenas tareas, y donde su sueño y su descanso jamás se ven interrumpidos por nada más ofensivo que el murmullo de las fuentes y los riachuelos, o los variados cánticos de un coro de aves de hermoso plumaje?

Pero tan atractiva como su apartamiento resulta su amabilidad para con los extraños. Hablando en general, el fruto de una vida solitaria es un carácter adusto. A menudo, un orgullo farisaico agria el carácter, y una idea equivocada del propio mérito con suma frecuencia y facilidad induce a los solitarios a menospreciar al resto del mundo. Pero al contrario, aquellos santos varones (pues debo llamarlos tal como los consideré) me dieron la impresión de ser auténticos modelos de inocencia. Su disposición para complacer a los demás era tal, que parecía como si en aquel momento no tuviesen otra obligación que atender. Así se echa de ver en la afabilidad y contento de que hacen gala cuando muestran los detalles de sus ermitas; cuando, por temor a que paséis por alto cualquier cosa digna de ver, se aplican a cada momento a

despertar en vosotros el deseo de preguntar, al tiempo que apreciáis su pronta diligencia para responder a cuantos interrogantes ellos mismos os han inspirado.

Recuerdo en especial a uno de aquellos reverendos ancianos quien, en tanto nos despedíamos a la puerta de su ermita, a donde nos acompañó por mor de su gran cortesía, al adivinar por la expresión de nuestros rostros, así como por nuestros gestos, que habíamos quedado gratamente complacidos, para agasajarnos una vez más se adelantó fuera de la celda unos pocos pasos y dio un silbido. Una magnífica bandada de hermosos pajarillos de todas clases y de variados colores revoloteó de inmediato en torno suyo. Veríais aquí a uno posarse sobre sus hombros; a otro, en su larga barba; a otros más buscar refugio entre sus blancos cabellos; y a muchos picotear la comida y aun tomarla de su boca. Todos ellos compitiendo entre sí, en alegre rivalidad, por expresar el amor y el respeto que sentían hacia su no menos complacido protector.

No se vivía con menor amenidad en las demás ermitas: todas sobresalían por algún detalle no menos agradable y placentero, que las hacía únicas. Todas ellas, de la más baja a la más alta, contaban con cristalinas fuentes que brotaban de las duras rocas; y salvo alguna, el resto disponía de pequeños grifos de los que, una vez abiertos, brotaban helados y transparentes chorros de la más excelente y pura agua. Lo que más me cautivó fueron las cascadas naturales del mismo claro elemento que había cerca de varias de las ermitas, y que al caer de roca en roca en aquel cálido, o más bien abrasador, clima brindaban no poco deleite a la vista, al tiempo que proporcionaban agradable frescor a todo el organismo. La distancia, los bosques y las rocas próximas sosegaban el atronador y fragoroso ruido de las corrientes que fluían de ellas, convirtiéndolo en afectuoso murmullo, de modo que era imposible verlas u oír las sin quedar maravillado.

No son aquellos bosques agradables sólo por su hermoso verdor. La naturaleza los ha hecho asimismo deleitosos al poner en ellos racimos de bayas de un perfecto color escarlata, formando un contraste que suspende la vista con esta nueva delicia. En suma, una persona del más exquisito gusto pudiera verse en aprietos a la hora de distinguir o determinar qué resultaba más admirable, si el aseo del interior de sus celdas o las variadas bellezas del entorno. Adorna el conjunto, a mi modo de ver, la frecuente presencia de alguna de tales pilastras en forma de pirámide que, como fatigada de su propio peso, parece doblarse y buscar apoyo en las que se encuentran junto a ella.

Al referirme a la belleza del paisaje que rodea sus ermitas puede parecer que he olvidado mencionar los magníficos panoramas que se ofrecen a la vista desde cada una de ellas, y en particular desde aquella que se encuentra más próxima a la cumbre. Una perspectiva que la pureza del aire hace en verdad tan extensa y variada que, si la describiésemos con detalle a alguien que jamás la hubiese visto, resultaría imposible de creer, y que pondría a prueba el talento de quien quisiera pintarla. Por tanto, me limitaré a decir que, por la parte que da al Mediterráneo, un hermoso paisaje se extiende durante varias leguas demandando la vista más aguda; y aunque Barcelona es su límite terrestre, los ojos se recrean de tal modo con las delicias del paisaje que hay entre medio, en el que la hermosura de la naturaleza no únicamente sonríe, sino que ríe en todo su esplendor, que la sensibilidad ha de ser muy atemperada o muy pobre para quedar pronta o fácilmente satisfecha.

Tras contemplar aquellas frescas fuentes, amenos bosques y remotas umbrías al pie de árboles solitarios, cuya presencia mostraba que hasta las rocas estaban dando fruto,

y tras regalarnos con toda clase de deleites en cada una de sus bellas ermitas, amablemente rodeadas por jardines no menos fragantes y hermosos, bajamos de nuevo al convento, el cual, aunque sobre una pequeña elevación, se encuentra muy cerca de la base de este paraíso terrenal, para visitar allí su suntuosa entrada y mucho más suntuosa iglesia, así como las dependencias que hay junto a ella, y recrear nuestra vista con maravillas de distinta naturaleza, pero tan notables como cualquiera de cuantas acabábamos de ver.

Apenas llegamos abajo, se presentó un religioso en la puerta del monasterio, dispuesto a mostrarnos las curiosidades que encierra. Y aunque, según pude entender, raro es el día en que no acuden unos cuantos extranjeros a visitarlo para satisfacer su interés por las maravillas del lugar, aun así se junta en cada una de tales ocasiones un grupo todavía más numeroso de naturales del país dispuestos a contemplar de nuevo, por simple fanatismo y superstición, lo que posiblemente han visto ya otras cien veces. No puedo pasar por alto, de todas maneras, que el fraile trataba a aquellos mirones recalcitrantes con mayor despegue o menor ceremonia, como queráis llamarlo, que a cualquiera de los extranjeros, prescindiendo de su nacionalidad, y aun se diría que se mostraba tan distante con ellos para quitárselos de encima, como obsequioso con nosotros para hacérsenos agradable.

La entrada era limpia, amplia y solemne, aunque austera y adornada simplemente con una decoración sencilla, como corresponde a tales frailes, por lo que pasaré rápidamente a lo demás.

Apenas entramos en la iglesia, la imagen que llaman de Nuestra Señora de Montserrat, la cual se halla en el retablo, atrajo nuestra atención de inmediato. Es casi de tamaño natural, pero tan negra y brillante como el propio ébano. Los más la creerían hecha de este material, pero sus devotos y adoradores no estarían en absoluto de acuerdo. Por el contrario, la tradición, que entre ellos a veces pesa más que la religión, les asegura, y ellos tienen por hecho indubitable, que su actual color, si es que puedo llamarlo así, proviene de haber estado oculta en tiempo de los moros entre las dos rocas sobre las que se asienta la iglesia, y que el mucho tiempo pasado en tan triste encierro convirtió su hermoso color blanco primitivo en el negro actual. ¿Acaso no tendría razón un hereje en este punto si dijera que es gran lástima que no haya sido capaz de conservar mejor su propio aspecto una imagen qué, aún hoy, presume de obrar tantos milagros? A menos, y en esto coincidirán conmigo incluso los más rigurosos católicos, que pretenda con ello aleccionar a las bellas del país por su extravagante y desmedida afición a alterar, cuando no a desfigurar, sus bellos rostros con el poco favorecedor abuso del carmín.

Tal como es costumbre del lugar (y asimismo considerado como una singular atención para con los extranjeros), al acercarnos a la imagen de la negra señora (la cual, tendría que haberlo dicho, sostiene una criatura en brazos, pero no pregunté si este niño era mulato o negro por su madre), el religioso, con mucha amabilidad, os señala su mano para que la beséis; momento en el que yo, como infeliz y rematado protestante, malinterpretando la indicación, cometí la torpeza de besarla en el rostro. El gesto de contrariedad del fraile (porque la grosería le sentó peor que a la propia buena señora) hizo que cayese en la cuenta de mi error de inmediato. De todos modos, decidió mostrarse magnánimo: como no había permitido que entraran españoles con mis compañeros y conmigo, lo pasó por alto, y su ulterior cortesía dio a entender su deseo de iluminar mi ignorancia con su amabilidad.

Así, al decirle yo que tenía un rosario y quería que me lo bendijera, procedió al momento más que de prisa, y tras colgárselo del brazo por espacio de medio minuto o

tal vez más, me devolvió las sagradas cuentas con grandes muestras de afecto y con la más evidente satisfacción. El lector está en su derecho al extrañarse de esta curiosa muestra de superstición por mi parte, en tanto no le advierta que aun los más rígidos protestantes consideran el rosario como una medida de prudencia en España y lo llevan al cuello o en sus bolsillos, ya que la experiencia nos ha demostrado la necesidad de esta muy católica precaución: puesto que a cuantos han fallecido aquí, ya sea por un accidente, por enfermedad o de muerte natural, estando de viaje o por cualquier circunstancia, sin llevar con ellos este aval de santidad, se les ha negado cristiana sepultura, debido a la supersticiosa creencia de que el cuerpo de un hereje infecta cualquier cosa en torno suyo.

Sobre este particular me contaron un par de historias, una antes y la otra después de haber visitado Montserrat. La primera se refería a un tal Slunt, que había servido en Montjuich como artillero. Le mataron mientras nos encontrábamos en Campillo, y un sacerdote al que avisé entonces me dijo que, si lo enterrábamos cerca de cualquier campo de trigo, su cuerpo sería no sólo desenterrado sino ultrajado, en venganza por haber arruinado la cosecha, ya que no habría modo de convencer a la gente para que tocara el trigo. De modo que procuramos enterrarlo en un hoyo muy profundo y en un terreno sumamente árido. La otra fue la del capitán Bush quien, como yo, fue hecho prisionero cuando Denia se rindió. Tal como harían conmigo poco después, lo enviaron a San Clemente de la Mancha y murió allí. Según me dijeron, por más que lo sepultaron a escondidas y de noche en un campo de trigo, aquellas gentes supersticiosas lo desenterraron tan pronto como dieron con el lugar donde su cuerpo había sido depositado. Pero vuelvo al monasterio de Montserrat.

Ya en el exterior de la iglesia, tras el altar mayor, bajamos a una espaciosa estancia, donde se guardan las grandes ofrendas hechas a la Virgen. Aquí, por más que yo creía haber visto ya en la propia iglesia las riquezas del universo, me vi ante una fabulosa cantidad de los más costosos presentes, supersticioso tributo de la mayor parte de los príncipes católicos y romanos de Europa. Entre otros muchos, me mostraron una espada incrustada de diamantes ofrecida por Carlos III, entonces rey de España y hoy emperador de Alemania. Como hereje, debo decir que me habría parecido mucho más apropiado que una dama regalara semejante espada a un rey de España, y no que un rey de España se la ofreciese a una dama. Por la leyenda que aparece en ella, «*Pulchra tamen nigra*», no hay lugar a dudas sobre la opinión de su majestad. Era tan aficionado aquel príncipe a los atractivos de este ameno lugar, que pasaba en él tanto tiempo como podía, y lo mismo hice yo; aunque ninguno de los dos nos quedamos todo el que nos hubiese gustado.

Comment [Librodot-51]:
«Negra, pero hermosa».

Había otra ofrenda de un rey de Portugal, no menos costosa y magnífica, pero mejor elegida y más adecuada para figurar entre las pertenencias de la Virgen. Se trataba de una gloria con incrustaciones de diamantes en sus rayos, que eran anchos en la base y se adelgazaban hacia sus extremos. Cada uno de los rayos podía medir como media yarda de largo, y calculo que en total debía haber unos cien. En resumen: si alguna vez la Virgen le hizo a su devoto el honor de ponérsela, yo, por más que sea un hereje, me atrevo a decir que en tales ocasiones no debía parecer de este mundo.

Ni mi memoria sería capaz de dar cuenta del resto, ni la buena fe de mis oyentes bastaría para creerlo. Si lo de arriba era un evidente milagro de la naturaleza, lo de abajo era un absoluto tesoro de prodigioso arte.

Al subir desde la primera de las ermitas hasta la parte más alta, donde se encuentra la decimotercera y última de ellas, vacilaréis a cada momento entre el placer y la devoción, y puede que finalmente os veáis en la imposibilidad de decidir cuál se lleva la palma, si el uno o la otra: puesto que no se ha de tomar aquí la palabra

«celdas» en su acepción más común, como las reducidas dependencias donde duermen unos monjes solitarios. ¡No! Todas están aseadas, arregladas y dispuestas con tal armonía y perfección, que os será difícil echar en falta en ninguna de ellas nada de lo necesario para gozar de la vida.

Si bajáis al monasterio que se halla al pie de aquella venerable montaña podréis ver más, muchas más de las riquezas de este mundo; pero menos, mucha menos apariencia de bienes celestiales. Tal vez sea sólo la opinión de un hereje; pero aquel fervoroso sentimiento que se había apoderado de mí en tanto subía de ermita en ermita, se desvaneció apenas bajé, hasta quedar reducido a mero fanatismo y tenebrosa superstición. En resumen, ermitas y monasterio no se hallaban tan alejados entre sí por su diferente altura como lo estaban los sentimientos que me inspiraron.

Antes de despedirme de esta especie de visión beatífica, debo enmendar un pequeño error que cometí a propósito del pobre borrico. Dije al principio que trabajaba a diario; pero el domingo es para él día de descanso, al igual que lo es de asueto para los eremitas, sus amos. Puesto que para ahorrar a la pobre bestia infeliz el duro trabajo del día, y si su salud se lo permite, los trece eremitas bajan hasta su cenobio, como lo llaman, quiero decir, al refectorio del monasterio, donde comen en compañía de los monjes, quienes pertenecen a la orden de los benedictinos.

Después de disfrutar durante siete días (el tiempo de estancia permitido a los extranjeros) de tan inocentes delicias, me despedí de este pacífico monasterio para volver a las más ásperas obligaciones de mi oficio. La vida de un soldado es la perfecta antítesis de la de un anacoreta, y no sé qué otra cosa pudo inspirarme tan gran repugnancia a partirme de allí si no fue el sentimiento que tuve de ello. Confieso que mientras estuve en Montserrat reflexioné una y otra vez sobre las razones que pudieron llevar a Carlos V a abdicar de su corona, y puesto que jamás tomó una decisión sin tener buenas razones para hacerlo, llegué a la conclusión de que éste u otro feliz retiro semejante fue su recompensa por haber renunciado a un imperio.

Absorto en tales pensamientos (pues no pude librarme de ellos) llegué a Barcelona, donde di con un buque a punto de zarpar en el que embarqué para Denia, conforme a las órdenes que llevaba. Navegando hacia el estrecho, no hay panorama tan hermoso en la cristiandad que pueda compararse con el del castillo de Denia. En realidad no se levantó para que sirviera de fortaleza, sino que se pensó y construyó como lugar de asueto del gran duque de Lerma. Fue propiedad de aquella familia durante muchos años, hasta que hace menos de un siglo volvió, junto con otros dos ducados, a la familia del duque de Medinaceli, por entonces el hombre más rico de España.

Fue Denia la primera ciudad que abrazó la causa del rey Carlos cuando íbamos de camino hacia Barcelona. Por orden suya quedó allí una guarnición. La ciudad es más bien pequeña, y está rodeada por una muralla poco consistente, hasta el punto de que me dijeron que una bala de cañón la había atravesado.

Al desembarcar en Denia, me encontré con que el gobernador era un español, cuyo nombre no recuerdo, por más que su conducta fue digna de eterna memoria. Mandaba el castillo el mayor Percival, un inglés. Entre los dos se habían puesto de acuerdo para que si, tal como esperaban, se producía un asedio, los españoles asumieran la defensa de la ciudad y los ingleses la del castillo.

Apenas llevaba allí tres semanas cuando los temores se cumplieron. El conde de Asfeld y el mayor general Mahoni atacaron la plaza, y al cabo de dos días empezaron a cavar trincheras por la zona este de la ciudad. Con esto hubo necesidad de mis servicios para que organizara la demolición de varias casas por aquella parte, a fin de emplazar una batería que dominara sus trincheras y nos permitiera enfrentarnos a

Comment [Librodot-52]:

El teniente general d'Asfeld, «un militar muy eficiente y hábil», según H. Kamen, que acabó como mariscal de Francia, fue enviado para atacar Játiva y Denia. Si en Valencia la rendición fue pacífica, Játiva ofreció una obstinada defensa que irritó tanto a d'Asfeld como a Berwick. Las tropas de d'Asfeld, después de tomar la ciudad el 24 de mayo de 1707, la saquearon y la arrasaron. D'Asfeld sería recordado durante mucho tiempo por la población y por los historiadores valencianos por su brutalidad. (H. Kamen, *La guerra de Sucesión en España, 1700-1715*, Barcelona, 1974, p. 317).

ellos en mejores condiciones. Así lo hice, y conseguimos nuestro propósito, porque con ésta y otras dos que monté en el castillo, y desde las que disparamos con acierto e incesantemente, contuvimos a los sitiadores.

El gobernador de la ciudad (español, como dije, al igual que la guarnición) se comportó con enorme valentía; tanta, que puede aplicársele cuanto se dijo del príncipe de Hesse cuando denodadamente defendió Gibraltar frente a los ejércitos aliados de Francia y España, puesto que hizo de gobernador, de ingeniero, de furriel y de artillero a la vez, sin que hubiera quien le aventajara en temple y coraje. No fueron menos valientes ni animosos los españoles que mandaba, quienes lucharon con bravura y resistieron hasta extremos indecibles, puesto que sabían que si la plaza caía no habría cuartel para ellos.

Respondió el enemigo a nuestro fuego con el mayor furor imaginable, y abrió una brecha por la que vimos que podía pasar, con lo que quedamos a la espera de un ataque inminente. Con gran alegría de los naturales y sorpresa de la guarnición, el enemigo levantó el asedio de repente mientras nos preparábamos para rechazarlo y, sin que nadie acertara a comprender el motivo, se alejó de una plaza que cuantos estábamos dentro juzgábamos en grave peligro.

En cuanto desistieron del asedio, decidí aprovechar el tiempo y adoptar cuantas precauciones pudiera para hacer frente a cualquier futuro ataque. Con este fin levanté varias fortificaciones nuevas, así como casamatas adecuadas para almacenar nuestra pólvora, todo lo cual contribuyó a reforzar la plaza. Pero antes de lo que hubiese querido, el tiempo me mostró que incluso el valor debe rendirse ante la fatalidad.

Me hallaba cierto día inspeccionando las obras y a los trabajadores en la mayor de las baterías cuando, al mirar hacia la costa de África, vi venir hacia la de España una especie de extraña nube verdosa. No de forma veloz y apresurada como las demás nubes, sino con un movimiento tan pausado que resultaba difícil de apreciar a simple vista. Pasó al fin sobre mí y me ocultó el sol, provocando una oscuridad tan densa como si la luz del día hubiera desaparecido. Aunque me parecía tenerla muy cerca, en aquel momento había llegado a la costa y comenzado a disolverse y a perder su anterior negrura. Entonces, cayó de súbito una cantidad de langostas tan enorme, que superaba la mayor tormenta de nieve o granizo que hubiese visto jamás. Al momento, aquellas rastreras criaturas cubrieron todo a mi alrededor. Caían en tal número que maté miles de ellas sin más que agitar mi bastón en el aire. Apenas es posible imaginar la matanza que hice en muy poco tiempo, y menos aún la horrenda desolación que trajo consigo la visita de tales sabandijas. En un día o dos desaparecieron las hojas de los árboles y cuanto verde había en los huertos. Era como si la naturaleza hubiese quedado sepultada bajo sus propias ruinas, y los árboles fuesen las columnas de su mausoleo. Jamás vi en aquella tierra que el más duro de los inviernos trajera consigo desolación comparable. Cuando aquellas glotonas hubieron devorado lo mejor de la naturaleza y cualquier cosa comestible, se precipitaron a las charcas, pozos y balsas para pagar allí con sus viles caparazones el expolio de la naturaleza: si atragantadas por lo engullido o sedientas por lo devorado, quede para los filósofos. Allí acabaron, apiñadas en montones que parecían lomas de poca altura; ahogadas, pero despidiendo un hedor tan nauseabundo que a los abatidos vecinos no les faltaban motivos para creer que lo peor estaba aún por llegar. Una enfermedad infecciosa es la peor amenaza para un pueblo, y en particular para los del Mediterráneo. Como acostumbraban a hacer en ocasiones semejantes, los religiosos acudieron a una pequeña ermita en el campo para implorar allí la desdichada causa de tan terrible visita. Al cabo de una semana, poco más o menos, desapareció la pestilencia y, salvo el verdor de la naturaleza, todo volvió a su anterior estado.

Algunos meses más tarde, cuando habían transcurrido unos ocho desde el anterior asedio, el conde de Asfeld decidió atacar Denia de nuevo. Consciente de los errores que había cometido, llevó a cabo esta vez su empresa con mayor cuidado y acierto. Lo primero que hizo, y era lo mejor que podía hacer, fue cortarnos la salida al mar. Al hacerlo, consiguió lo que se proponía. A continuación ordenó que sus baterías apuntaran a la parte oeste de la ciudad, sobre la que disparó con tanta furia que al cabo de cinco días había abierto una brecha practicable, de modo que se lanzó contra la población y se apoderó de ella. El gobernador, que tan bravamente la defendiera en el anterior asedio, había sido relevado, por fortuna para él. Su sustituto, Francis Valero, cayó prisionero de guerra junto con toda la guarnición.

En cuanto ocuparon la ciudad, dirigieron sus baterías contra el castillo y lo mantuvieron con sus cañones y morteros bajo un permanente bombardeo. Pero lo que más daño nos hizo y mayores destrozos nos causó fue la incesante lluvia de piedras que sus morteros lanzaron contra la guarnición. Por su formidable tamaño y peso, las piedras sembraron más devastación que todas las demás armas juntas. La guarnición no podía por menos que sentirse un tanto desmoralizada ante esta singular táctica. Pero se negaron a escuchar propuesta alguna de capitulación, salvo el gobernador, que se había enriquecido más de la cuenta y fue el único que pareció inclinarse por esta posibilidad. Más de una vez se mostró partidario de capitular, pero nadie le prestó atención. Sin embargo, finalmente pactó en secreto unas condiciones especiales para él, su dinero y sus pertenencias, sacrificó la guarnición a sus propios intereses y nos entregó de forma innoble como prisioneros de guerra. Así fue como salvó su dinero y perdió su reputación, y poco después su propia vida. Bien pensado, esto último fue lo de menos, puesto que le libró de la inminente instrucción de un consejo de guerra, que se le habría formado como justa recompensa a su despreciable conducta.

Una vez se rindió la guarnición y caímos prisioneros de modo vergonzoso, nos dispersaron por diferentes destinos: unos a Castilla, otros a lugares tan lejanos como Oviedo, en el reino de León. Por lo que a mí respecta, había sufrido una contusión en el pecho, y el enemigo no tuvo más remedio que dejarme atrás, hasta que estuviese en condiciones de ser trasladado; y por suerte para mí, me enviaron a Valencia.

Como prisionero de guerra, aquí debo decir adiós a la parte activa de mi vida militar, y limitarme de ahora en adelante a describir campos, ciudades, palacios y personas, en lugar de batallas. De todas maneras, si refiero alguna con el respaldo de testigos solventes, espero que el intercalarla no desluzca mis en adelante más pacíficas memorias.

Apenas llegué a Valencia escribí a nuestro pagador mayor, mr. Mead, a Barcelona, haciéndole saber que había caído prisionero, que estaba herido y necesitaba dinero. Me respondió, sin darme tiempo a que reflexionara mucho sobre mi situación, con un mandamiento de pago dirigido a cierto banquero, monsieur Zoulicafre, para que me hiciera entrega de cincuenta coronas a la vista. En su carta, mr. Mead me informaba de que las cincuenta coronas eran un obsequio del general (más tarde conde) Stanhope. Tanto es así que, cuando volví a Inglaterra, no me descontaron ni una sola de mi paga. No fue ésta la única muestra de generosidad que recibí de aquel munificente conde, lo cual no es de extrañar, puesto que nadie puede poner en duda que los auténticos vástagos de aquella noble familia siempre se han distinguido y señalado notablemente por sus heroicas acciones y por la grandeza de su alma.

Por oportuna, la ayuda que me prestó fue aún más generosa. Los favores lo son por partida doble si se otorgan sin dificultad y cuando se necesitan. Con aquel dinero, y con la ración diaria que como prisionero de guerra me había asignado el rey Felipe, a

saber, dieciocho onzas de carnero *per diem* para mí, y otras nueve para mi asistente, más pan y vino en consonancia, bastaba para que un hombre se sintiera a gusto y casi olvidara su falta de libertad. Más aún si se considera que, en mi caso, la falta de libertad consistía tan sólo en que tenía prohibido abandonar la ciudad más agradable de España.

En Valencia coincidí con el ingeniero francés que construyó la mina del castillo de Alicante. Aquella fatídica mina hizo saltar por los aires al general Richards, al coronel Syburg, al coronel Thornicroft y al menos a otros veinte oficiales. Por lo que me contó el ingeniero, ellos se lo buscaron. El general que mandaba el asedio hizo más que ellos mismos por su salvación. Lo intentó de muchos modos: les hizo saber que había excavado una mina y que estaba dispuesto a hacerla estallar, y en repetidas ocasiones les brindó la posibilidad de salir a comprobarlo e inspeccionarla. Aunque el coronel Thornicroft y el capitán Page, un ingeniero francés al servicio del rey Carlos, aceptaron la invitación y tuvieron ocasión de examinar la mina, creyeron que era un engaño. A su regreso dijeron que se trataba de una falsa mina, que no era más que una trampa para obligarlos a rendirse, y que los sacos estaban llenos de arena en lugar de pólvora.

El día en que se disponían a hacer estallar la mina, los sitiadores hicieron correr la voz, y los vecinos de la ciudad corrieron en masa a un monte que hay enfrente para presenciar la explosión. Los del castillo lo advirtieron, pero estaban tan confiados que creyeron que todo aquello se hacía sólo para asustarles. Por fin estalló la aciaga mina y perecieron cuantos estaban en el castillo, entre ellos los que he mencionado antes. Después de oír el relato del ingeniero pensé para mí: «¿quién puede escapar a su destino?».

Añadió el ingeniero que le costó muchísimo construir la mina. Contenía mil trescientos barriles de pólvora, y sin embargo no hizo mucho ruido, aunque sí debió hacerlo bajo tierra. Según él, la explosión había reforzado el castillo por aquella parte, puesto que derrumbó únicamente lo que podía considerarse como una excrecencia de la roca, y cierta grieta o fisura que a menudo había sido motivo de inquietud quedó desde entonces cerrada y asentada con absoluta firmeza.

Poco después supe más detalles a través del asistente del coronel Syburg, quien al verme en el teatro se dirigió a mí, aunque yo por entonces no le conocía. Me contó que la noche anterior a la infortunada muerte de su jefe se encontraba asistiéndole en la casamata, y que vio, un poco antes de que el resto de la guarnición lo advirtiera, que el general Richards parecía muy preocupado y pensativo. Toda la noche anduvo importunándole un moscardón que no dejó de zumbear en torno a sus oídos y a su cabeza, para molestia y enfado de toda la compañía tanto como del propio general. Por la mañana, cuando se reunieron en la batería bajo la cual se había construido la mina, el general propuso varias veces que salieran. Pero el coronel Syburg, por broma, y el resto, por arrogancia, se quedaron y no consintieron que el general saliera. Por fin el coronel Syburg propuso beber otras dos botellas a la salud de la reina, tras lo cual prometió que abandonarían el castillo todos juntos.

Según me contó, el asistente de Syburg, le enviaron a él a por las dos botellas. A la vuelta, el capitán Daniel Weaver, que estaba a unas treinta o cuarenta yardas de la batería, corrió hacia él diciendo que quería beber con los demás a la salud de la reina. Apenas había puesto el pie en la batería cuando la mina hizo explosión y se lo llevó por delante con el resto de la compañía. El mayor Harding, quien hoy es justicia en Westminster, salvó la vida porque en aquel mismo momento acababa de salir de su

turno de guardia.

Muchos piensan que la predestinación es una doctrina errónea, pero ¿qué otra puede explicar mejor semejante fatalidad? ¿A qué, si no, podemos achacar tal serie de acontecimientos? Que se urgiera a aquellos hombres para que se pusiesen a salvo; que decidieran arrostrar el peligro que les amenazaba; que vieran a todas aquellas gentes que se apiñaban para presenciar la catástrofe que se cernía sobre ellos, entre otros muchos indicios de lo que se avecinaba; y que, aún así, se mostraran tan imprudentes como para no moverse del fatídico recinto, so pretexto de beberse otro par de botellas. Ya fuera que lo lo tuviesen por imposible o que actuaran de forma irreflexiva, merece la pena meditar sobre ello con el mayor detenimiento.

En vista de que me encontraba ya muy recuperado de mis heridas, por orden del gobernador de Valencia me enviaron a San Clemente de La Mancha, población situada algo más hacia el interior, y que por tanto se consideraba más segura que otra que medio era puerto de mar. Como si anduviese de peregrinación, allí permanecí durante más de tres años. Puesto que era un extranjero sin amigos ni conocidos (ya que por entonces era el único prisionero que había allí), al principio me sentí realmente como un peregrino, aunque muy poco tiempo después, por fortuna, vi mi situación de modo completamente distinto, gracias a las buenas amistades que hice.

San Clemente de La Mancha se ha hecho famosa gracias al célebre don Miguel de Cervantes, quien, en su divertida pero mordaz novela, la señaló como cuna y residencia de su personaje don Quijote.

De cuantos caballeros traté en España, los de San Clemente resultaron ser los menos fanáticos e influidos por los frailes, conforme pude comprobar en mi trato diario con ellos. Bastará un comentario que, entre otros muchos, le oí a don Félix Pacheco, un elegante caballero de distinguida presencia y considerable fortuna. Nos hicimos muy amigos, y a menudo conversábamos con una libertad en exceso aventurada como para ser frecuente en un país tan esclavizado por la Inquisición. Cierta día me preguntó en broma quién creía yo que había obrado los mayores milagros de que jamás se hubiese tenido noticia. Respondí que Jesucristo.

«Es mucha verdad», dijo, «que Jesucristo obró grandes milagros, y uno de ellos fue alimentar a cinco mil personas con dos o tres pececillos y otros tantos panes. Pero San Francisco, el fundador de la orden franciscana, dio con el modo de alimentar cada día a cien mil patanes sin nada».

Se refería a los franciscanos, discípulos de San Francisco, a quienes no se les conocen rentas, por más que su modo de vida iguala, si no excede, al de las demás órdenes.

Conversando otro día acerca del lugar, pasamos lógicamente a hablar del caballero de La Mancha, don Quijote. Me dijo entonces que, en su opinión, la novela era una perfecta paradoja, puesto que se trataba del peor y del mejor libro jamás escrito.

«Porque», dijo, «aunque por fuerza ha de gustar a cualquiera que sea capaz de apreciar el ingenio, aun así ha tenido tan pernicioso efecto sobre los espíritus de mis paisanos que toda persona inteligente debe lamentarlo, pues», continuó, «antes de que apareciese en el mundo este libro de Cervantes, era casi imposible que un hombre paseara por las calles con gusto o sin peligro. Se veía a tantos caballeros haciendo exhibiciones y alardes a caballo frente a las ventanas de sus amadas, que un extranjero podría habernos tomado a los españoles por descendientes de alguna estirpe de caballeros andantes. Pero ahora que todo el mundo ha oído hablar de esta famosa novela, a cualquiera que viste aquel atuendo antes tan de moda le llaman don Quijote, y chicos y grandes hacen burla de él. Y en verdad creo», añadió, «que a esto y sólo a esto debemos la debilidad y pobreza de espíritu, tan

Comment [Librodot-53]:
Como es sabido, la doctrina de la predestinación constituye uno de los fundamentos de la enseñanza calvinista. Las *Memorias...* reflejan la doctrina y los planteamientos puritanos sobre la especial providencia que guía la vida individual de los hombres. Aunque en menor medida que en otras obras suyas, Defoe reitera la validez de la doctrina de la predestinación. Y como en todos sus libros, el novelista inglés adopta como criterio de verdad la edificación moral en el sentido de la religiosidad puritana.

Comment [Librodot-54]:
A partir de esta página serán frecuentes las alusiones a la Inquisición o Santo Oficio.

alejadas de las nobles gestas de nuestros insignes antepasados, que han mostrado nuestros gobernantes durante el pasado siglo».

Tras muchas de tales pequeñas confidencias, don Félix me recomendó un alojamiento junto a su casa. La dueña era una viuda que tenía una hija única, y enfrente había un convento de monjas franciscanas. Estuve viviendo allí algo más de dos años. Durante todo ese tiempo, con gran satisfacción por mi parte, podía oír desde mi cama a las monjas cantando maitines por la mañana temprano, y vísperas a última hora de la tarde. Pensaba en ellas sin que en mi imaginación cupiese la menor sombra de concupiscencia. Sus cánticos me embelesaban de tal modo que no podía pensar en nada frívolo u ofensivo.

La cercanía del convento me proporcionó la oportunidad de asistir a la ceremonia de profesión de dos monjas. En este punto debo ser justo con los españoles, y reconocer que antes consienten que acceda a la intimidad de sus ritos religiosos un extranjero curioso que cualquiera de sus propios compatriotas, lo que atribuyo más bien a sus esperanzas de convertirme que a su vanidad.

Una de las monjas pertenecía a una familia principal, por lo que la ceremonia resultó especialmente brillante. El ritual para tomar el hábito se desarrolló así: por la mañana, sus amigos y parientes se reunieron en la casa de los padres, desde donde la acompañaron en procesión hasta el convento, vestida con sus mejores galas y con una corona sobre su cabeza. Calles y balcones aparecían abarrotados de gentes de todas clases.

Tan pronto como entró en la iglesia del convento, se arrodilló y besó el suelo con gran devoción. Luego se levantó, dio uno o dos pasos y volvió a arrodillarse como antes. Tras lo cual, se acercó al altar y permaneció allí hasta que terminó la misa. Después, uno de los sacerdotes predicó un sermón alabando o más bien exaltando la castidad. Acabado el sermón, la futura monja se arrodilló frente al altar y, tras hacer oración en silencio, se levantó para dirigirse a una habitación en la que se despojó de sus ricas vestiduras y vistió sus hábitos de monja. Reapareció vestida de tal modo y, después de arrodillarse de nuevo, rezó algunas de sus devociones. Al terminar, fue conducida a la entrada del convento, donde la superiora y el resto de la comunidad aguardaban para recibirla con los brazos abiertos. Una vez dentro, las monjas la acompañaron al coro. Allí cantaron en su honor e hicieron sonar el órgano, con lo que concluyó la ceremonia y volvió cada uno a su casa.

Al año, en la fecha del primer aniversario, los parientes y amigos de la reciente novicia acuden de nuevo al convento. La madre abadesa conduce a la muchacha a la iglesia y la devuelve a su familia. Se predica otra vez un sermón sobre el mismo asunto del año anterior, y después acompañan a la muchacha al altar, vestida decentemente pero con sencillez. A un lado del altar se disponen los ricos vestidos de que se desprendió al llegar, y en el otro sus hábitos de religiosa. Entonces el sacerdote dice en latín: «Utrum horum mavis, accipe». A lo que ella responde según le dicta su inclinación o conforme le han dicho que debe hacerlo. Si tras este año de probación muestra alguna repugnancia, es libre de volver al mundo de nuevo; pero si empujada por el miedo (como demasiadas veces sucede), por la expectación suscitada, o por su auténtica vocación, elige los hábitos de religiosa, al momento pasa a formar parte de la orden, y debe decir adiós a cuanto pueda haber en el mundo más allá de las paredes del convento. La muchacha a cuya profesión asistí era muy bonita, y la que mejor cantaba del convento.

En el pueblo hay tres conventos de monjas y otros tantos de frailes, a saber: uno de

jesuitas, otro de carmelitas y un tercero de franciscanos. No quiero que se me interprete mal, no lo cuento con doble intención. ¡No! Pese a lo que puedan decir ciertos libertinos, mantengo con total sinceridad que jamás vi en convento alguno (y he visto muchos, tanto en España como en otros lugares del mundo) nada que pudiera considerarse como conducta inadecuada, o ser motivo de crítica o menosprecio. Sin duda se han dado tal vez casos aislados que han podido dar pie a habladurías, y recuerdo uno particularmente desafortunado ocurrido en Alicante.

Cuando las tropas inglesas sitiaron la ciudad por primera vez, los sacerdotes albergaban sus temores sobre el particular, ya que, a raíz del vergonzoso comportamiento de ciertos oficiales en Rota y en el Puerto de Santa María, habían sabido cuánto estimamos los herejes la castidad y la modestia. Los sacerdotes, digo, se habían ocupado de enviar a todas las monjas en secreto a Mallorca; pero a fin de que los heréticos invasores no las echaran en falta, las gentiles cortesanas de la ciudad pasaron a ocupar sus celdas. Tal como los frailes habían supuesto, apenas tomaron la ciudad y el castillo los oficiales, así de la armada como del ejército de tierra, se encaminaron sin pérdida de tiempo a las rejas del convento y empezaron a tirar por tierra paños, floreros y otros objetos de adorno, a todo lo cual asistieron las supuestas monjas, sin duda, con el mayor alborozo. A partir de aquí, lo que ocurrió fue que, antes de que transcurriera un mes, nuestros oficiales jóvenes, fuesen del arma que fuesen, no tenían más tema de conversación (por llamarlo de alguna forma) que las bellas monjas. Como el lector habrá imaginado, el precio de tales damas era tan popular como el de la carne en el mercado. No han faltado quienes, como yo mismo, han tratado en repetidas ocasiones de limpiar la fama de aquellas religiosas; pero todo ha resultado inútil, puesto que de sobra sabían los soldados que las monjas de cuyos favores tanto alardeaban mal podían ser castas vírgenes, por más que viviesen encerradas en sus claustros. En mi opinión, quienes propagan por el mundo semejantes historias licenciosas de monjas y conventos lo hacen basándose en sucesos como éste. No es que no haya casos de conventos disueltos y aun demolidos a raíz de episodios que están en la mente de todos; pero me refiero únicamente a España.

El corregidor ostenta siempre la presidencia en este pueblo de La Mancha, y su jurisdicción se extiende a otros dieciséis, entre ellos Almansa. Su mandato es de tres años y los cargos se compran a muy alto precio, lo que hace que esquilmen a la gente pobre de forma abusiva. No es posible vender nada sino a los precios fijados por ellos, y por cada venta hay que pagar al corregidor una tasa en especie o su equivalente, conforme disponga.

En San Clemente estaba cuando llegaron noticias de las batallas de Almenara y Zaragoza. Creyendo que su bando (el del rey Felipe) había resultado victorioso, los naturales hicieron grandes demostraciones de contento. Pero pronto su alegría se convirtió en tristeza, puesto que el siguiente correo trajo la noticia de que los ejércitos del rey Carlos habían vencido en ambas batallas. Aquello no me supuso contratiempo alguno, ya que los conventos de monjas y frailes, así como ciertos caballeros con los que hasta entonces no me había llevado muy bien, buscaron en lo sucesivo el modo de complacerme, convencidos de que, si el ejército victorioso aparecía por allí, yo estaría en condiciones de devolverles multiplicada cualquier atención que hubiesen tenido conmigo.

Poco después ocurrió un incidente que pudiera haberme acarreado fatales consecuencias. Me encontraba en la formación, durante una revista, cuando apareció una sorprendente bandada de águilas que se mantuvo volando sobre nuestras cabezas

Comment [Librodot-55]:

Los Reyes Católicos introdujeron la figura del corregidor en los grandes municipios como representante de la autoridad real y, con el tiempo, se convirtieron en una pieza clave en la administración territorial de la Corona de Castilla en los siglos XVI y XVII.

Comment [Librodot-56]:

En las batallas de Almenara y Zaragoza, que tuvieron lugar el 13 de junio y el 20 de agosto de 1710, los Aliados derrotaron a las tropas borbónicas, lo que permitió al Archiduque dirigirse por segunda vez desde que empezara la guerra a Madrid.

durante bastante tiempo. El fenómeno sorprendió a los españoles tanto como a mí. Pero yo, menos habituado a tales espectáculos, dije sin pensarlo dos veces que, en mi opinión, aquello no auguraba nada bueno para el rey Felipe, puesto que el águila figura en el escudo de armas de la casa de Austria. Algún zascandil que lo oyó corrió a informar al corregidor. Los tales son unos rematados ladrones, que aprovechan cualquier ocasión para sacar dinero, más aún cuando de extranjeros se trata. Al ver que yo no cedía, y que sabía de sobra de qué pie cojeaba como para regalarle mi dinero, al día siguiente me envió a Alarcón. El gobernador de Alarcón no quiso saber nada de mí, pues había recibido informes de que el ejército inglés se dirigía hacia allí, con lo que di media vuelta. Los caballeros del lugar celebraron mi regreso tanto como habían lamentado mi marcha, puesto que no sentían la menor simpatía por el corregidor. Aquello fue un aviso que me mostró cómo había de usar de la libertad inglesa mientras siguiera en territorio español.

Había conocido a la mayor parte de los clérigos y religiosos del lugar, y en especial había procurado relacionarme con el provincial de los carmelitas. Su convento, aunque pequeño, era singularmente limpio. Lo que más me gustaba era que disponía de una huerta muy grande, donde a menudo me proveía de toda clase de frutos y hortalizas, y en la que aún con mayor frecuencia tenía ocasión de dar refrescantes paseos, que en aquel clima cálido son el esparcimiento más satisfactorio. Mi relación con el provincial pronto se convirtió en amistad a raíz de cierto gesto sin importancia, que fue como sigue: me encontraba un día paseando, tal como solía hacerlo, por la gran sala capitular del convento cuando, al observar las imágenes de la virgen María situadas en ambos extremos, caí en la cuenta de que bajo una de ellas figuraba la inscripción siguiente: «Ecce, virgo peperit filium»; sin embargo la otra no tenía leyenda alguna, por lo que tomé mi lápiz y escribí bajo ella estas palabras:

Sponsa Dei, patrisque parens, et filia filii.

Comment [Librodot-57]:
«He aquí que una virgen parió un hijo».

Comment [Librodot-58]:
«Esposa de Dios, que parió del padre, hija del hijo».

Los frailes, que habían estado observándome a poca distancia, tan pronto como me fui se acercaron y leyeron lo que había escrito. En cuanto dieron cuenta de ello al provincial, éste les mandó que lo sobrescribiesen con letras doradas conforme yo lo había escrito, y dijo que, sin duda, una frase tan a propósito no podía proceder sino de una inspiración. Aquello me garantizó en adelante su amistad y la del resto de los frailes, lo que me supuso, cuando menos, poder disponer con entera libertad de los frutos, hortalizas y cualquier otra cosa que me apeteciera de su huerto. Como dije antes, el huerto era demasiado hermoso como para rechazar semejante ofrecimiento.

A menudo sobrevienen en este país épocas de sequía. Para remediar la falta de agua, observé en este huerto y en otros una singular invención. En medio del cercado hay un pozo, y en él una rueda con muchos cubos o recipientes dispuestos unos sobre otros. Un asno hace girar la rueda, con lo que los cubos suben por un lado llenos y son abocados por el opuesto a un canal que, mediante pequeños regueros, la lleva a cualquiera de los parterres, conforme dispone el hortelano. De este modo, sus flores y hortalizas están siempre bien regadas, ya que de no ser así los rayos del sol las abrasarían.

En casi todas las ciudades de España (y más si se trata de una localidad de alguna importancia) la Inquisición cuenta con soplones o informadores para su péfida labor de espionaje. Los tales se dedican a enredar a los inocentes y desprevenidos, y un extranjero debe huir de ellos como de una serpiente de cascabel, con la diferencia de que la naturaleza no los ha señalado tan oportunamente como a ella para avisar del

peligro. Tengo motivos para pensar que una de tales alimañas vino en cierta ocasión contra mí en San Clemente. Muy rara vez son conocidos aun de los mismos españoles, por lo que, siendo yo un extranjero, podía pensarse que las circunstancias hacían de mí una presa fácil.

Paseaba a solas cuando alguien, a quien no conocía de nada, me saludó y trató de darme conversación. Después de algunas frases de circunstancias, aquel sujeto me preguntó con mala intención por qué mostraba yo tan poco respeto a la imagen de Jesús crucificado, puesto que pasaba de largo ante ella en la calle de su nombre. Le respondí que llevaba, o creía que debía llevar, siempre a Jesús crucificado en mi corazón. Sin contestar, siguió adelante con su interrogatorio, y me preguntó a continuación si creía en el purgatorio. Rehuí el tema, puesto que comprendí que era una trampa, y me limité a decirle que estaba dispuesto a escuchar cuanto quisiera decirme para convencerme de su existencia o de su probabilidad. «Cómo que si existe? Jamás hubo hombre tan santo que pudiera entrar en el cielo sin pasar por el purgatorio», replicó con calor. «En mi opinión», dije, «no sería difícil convencer de lo contrario a una persona razonable». «¿Qué queréis decir con eso?», repuso con vehemencia el espía. «Quiero decir», contesté, «que sé de cierto individuo (gran pecador, por cierto) que entró en el paraíso sin pasar por el purgatorio». «Diga su nombre, si puede», replicó mi interrogador. «¿Qué pensáis del buen ladrón», contesté, «a quien nuestro agonizante salvador dijo aquello de *hodie eris mecum in paradiso*?». Derrotado, aunque no convencido, se apartó de mí con un gesto de violenta rabia y me dejó solo.

Comment [Librodot-59]:
«Hoy estarás conmigo en el paraíso»

Mis primeras sospechas se confirmaron poco tiempo después, cuando mi amigo el provincial me mandó recado de que quería hablarme. Citó punto por punto la conversación entre el santo espía y yo, y me dijo que se había visto obligado a salir en mi defensa y asegurarle a aquel individuo que yo no había dicho nada incorrecto. «Porque, dijo», «todos debemos llevar a Jesucristo crucificado en nuestros corazones».

«Sin embargo», continuó, «es bueno y conveniente que haya imágenes suyas en las calles. Puesto que suponed», dijo, «que pasara por delante cualquiera que albergase un propósito licencioso y torpe; tal vez la sola vista de nuestro salvador crucificado le hiciera mudar de opinión y le apartara de cometer un robo, un asesinato o cualquier otro pecado mortal». Y así acabó aquella entrevista.

Recuerdo que, en una conversación posterior, el provincial me dijo que una de las monjas del vecino convento de carmelitas era hija de don Juan de Austria, y había sido confiada a su cuidado. De ser así, su edad debía hacerla tan venerable como su alcurnia.

Habiendo sabido cierto día que toda la gente del lugar iba a buscar agua a un pozo situado en las afueras del pueblo, pese a que disponían en él de otros en apariencia igual de buenos, se lo comenté a don Félix, el cual me refirió el motivo bajo promesa de que guardaría el secreto:

«Cuando la guerra», dijo, «la artillería francesa quedaba acuartelada habitualmente aquí. Sus oficiales y soldados mostraron tal violencia y atrevimiento tratando de seducir a nuestras mujeres, que no hay pozo en el pueblo que no guarde en su fondo los huesos de algún francés. De modo que los vecinos, que lo saben, prefieren ir un poco más lejos».

De este pozo nace un riachuelo que da origen al famoso río que llaman Guadiana. Discurre varias leguas bajo tierra, con lo que los naturales pueden presumir de contar con un puente sobre el que apacientan varios miles de ovejas. Cuando aflora de nuevo forma un bello y caudaloso río, que al cabo de muchas leguas vierte sus aguas en el

Comment [Librodot-60]:
Cabe pensar que se trata de don Juan José de Austria (1629-1679), hijo natural de Felipe IV, que llegó a dirigir el gobierno de la Monarquía entre 1677 y 1679, con Carlos II, impulsando diversas reformas.

océano Atlántico.

En cuanto a la marcha de la guerra, Almenara y Zaragoza habían sido dos victorias tan completas que nadie albergaba la menor duda de que, tras ellas, Carlos III había quedado como rey de España sin oposición. No todos sus partidarios pensaban igual, pero sus acérrimos enemigos desistieron de cualquier esperanza o perspectiva favorable al rey Felipe. Así lo creyeron los castellanos, sus más firmes partidarios, puesto que, tras resolver y conseguir que la reina y el príncipe de Asturias fuesen enviados a Vitoria, con idéntico desánimo y totalmente desmoralizados, pusieron tan poco empeño para retener al rey en Madrid, que al poco abandonó la ciudad, decidido a buscar refugio en los dominios de su abuelo, allí donde había nacido.

Camino de Francia, y ya en la última etapa del día, tuvo la fortuna de encontrarse con el **duque de Vendôme**, que llegaba al mando de unas pocas tropas enviadas en su auxilio por su abuelo Luis XIV de Francia. El duque quedó sumamente impresionado a la vista de tan inesperada catástrofe, pero aun así hizo y dijo cuanto pudo para persuadir a aquel príncipe de que volviese atrás, hasta que finalmente logró su propósito. Tras algo de descanso y mucha paciencia, gracias a la reunión de su disperso ejército, a unas pocas tropas que pudo reclutar, y a las que el duque había traído consigo, el rey Felipe se vio de nuevo al frente de veinte mil hombres.

En tanto los acontecimientos tomaban así un cariz favorable al rey Felipe, Carlos III, con su victorioso ejército, siguió adelante e hizo su entrada en Madrid, donde nombró gobernador al general Stanhope. También aquí los castellanos dieron sobradas muestras de fidelidad a su rey, por más que consideraran perdida su causa y le hubiesen alentado a retirarse. No se produjo el discreto recibimiento que podía esperar un príncipe triunfante al entrar en su capital, sino que las calles permanecieron en profundo silencio, los balcones no mostraron los lujosos tapices acostumbrados en tales ocasiones, y apenas podía verse a nadie en los comercios ni asomado a ventana alguna.

Sin duda fue una gran humillación para un príncipe victorioso; pero sus generales fueron lo bastante prudentes como para impedirle que dejara traslucir su contrariedad, y hacer que cruzara la ciudad en actitud indiferente, para establecer su residencia en Villaverde, distante como una legua.

Visitó el rey Carlos a su paso por Madrid la capilla de Nuestra Señora de Atocha. Al ver allí expuestas varias banderas e insignias inglesas capturadas en la batalla de Almansa, ordenó que las descolgaran y las devolviesen al general inglés.

La opinión general, después unánimemente confirmada, fue que la marcha del rey Carlos a Madrid constituyó el error más grave de toda la guerra. Si se hubiese dirigido a Pamplona y tomado posesión de aquella plaza, o alguna otra cercana a ella, tras las grandes victorias de Almenara y Zaragoza, no sólo habría impedido la llegada de socorro alguno desde Francia, sino que en gran medida habría evitado que volvieran a reunirse las derrotadas y dispersas tropas del rey Felipe. Casi todos los españoles con quienes hablé mientras estuve en Madrid fueron de la misma opinión: si el rey Felipe hubiese vuelto a pisar territorio francés, España jamás le habría aceptado de nuevo como rey.

Tras permanecer algún tiempo con su ejército en Madrid, el rey Carlos decidió por último levantar el campo y volver a Zaragoza, desvanecidas sus esperanzas de que los castellanos abrazaran su causa. De modo que se dirigió hacia allí con algunas tropas, en tanto el principal cuerpo de ejército, al mando de los generales Stanhope y **Staremborg**, desfilaba al pie de las mismas murallas de Madrid y marchaba hacia Aragón.

Comment [Librodot-61]:

Conocido general francés, Luis de José de Borbón, duque de Penthièvre y de Vendôme (1654-1712), luchó en Cataluña cuando las tropas francesas tomaron Barcelona en 1697. En la guerra de Sucesión combatió sobre todo en el frente italiano y en Flandes. Llamado por Felipe V, obtuvo las decisivas victorias de Brihuega y Villaviciosa sobre los Aliados en 1710. Murió poco después en Vinaroz, acontecimiento que se relata en las páginas siguientes.

Comment [Librodot-62]:

Stahremberg, un mariscal austriaco de gran prestigio, llegó a España en 1708 para tomar el mando de las tropas imperiales. De joven se había distinguido en el sitio de Viena de 1683. Después de luchar con el príncipe Eugenio de Saboya en 1703, Stahremberg detuvo con éxito el ejército francés en el Tirol. En la guerra peninsular el mariscal logró las victorias de Almenara y Zaragoza de 1710 sobre el ejército borbónico, pero ese mismo año fue derrotado en Villaviciosa y tuvo que retirarse a Barcelona. Virrey de Cataluña tras la marcha de la reina Isabel Cristina de Brunswick, esposa del Archiduque firmó el armisticio de Hospitalet el 23 de junio de 1713. Se trasladó a Génova con sus tropas en barcos ingleses y se retiró después de la vida militar. Cuando murió en 1737 fue investido con la orden de María Teresa.

Al cabo de unos tres días de marcha, el general Stanhope se detuvo en Brihuega, una pequeña ciudad amurallada sólo en parte. El general Staremborg continuó hasta Cifuentes, tres leguas más adelante. Los oficiales se mostraron preocupados por semejante disposición de las tropas de ambos ejércitos. No les faltaban argumentos, ya que el general Stanhope quedaba al descubierto en un enclave que carecía de defensas, con unas pocas tropas entre las que destacaba el regimiento de veteranos de caballería que mandaba el general Harvey, en tanto el general Staremborg acampaba tres leguas más allá, lejos del enemigo. Pero vemos aquí los caprichos de la fortuna, a los que, por una desgraciada especie de casualidad, ha de plegarse a menudo aun la conducta de los más valientes. Nadie que hubiese sido testigo de la bravura de ambos generales en las batallas de Almenara y Zaragoza hubiese hallado motivo para poner en duda su comportamiento ni su coraje; sin embargo, este avance, y la forma en que dispusieron las tropas, se verá que acarrearán fatales consecuencias para la causa por la que luchaban.

Habiendo incrementado el duque de Vendome las fuerzas que trajera de Francia, que sumaban ya más de veinte mil hombres, avanzó por Madrid directamente hacia Brihuega, donde sus espías le habían informado de que se encontraba el general Stanhope, y esto con tanto secreto y astucia que el general no sólo no lo advirtió, sino que, cuando los disparos de los cañones enemigos hicieron que cayese en la cuenta de su verdadera situación, apenas podía creerlo. Como he dicho, Brihuega se encontraba amurallada sólo por un costado; aun así, por allí fue por donde el enemigo lanzó su ataque. Pero, qué podía hacer un puñado de hombres contra una fuerza tan superior, supuesto que hubiesen contado con pólvora y cartuchos, y que, a falta de ellos, no hubiesen tenido que hacer frente a pedradas a las municiones de toda clase que el enemigo descargaba sobre ellos? A tal error, tales consecuencias: todos cayeron prisioneros, incluso el regimiento de caballería de Harvey. Para mayor desgracia, el enemigo utilizó seguidamente los caballos de Harvey para seguir adelante y atacar al general Staremborg.

Staremborg había oído algo del avance de Vendome, y aguardaba con cierta impaciencia que el general Stanhope, que se encontraba entre uno y otro ejército y con el que esperaba reunirse, se lo confirmara. De todas maneras, creyó oportuno avanzar en su dirección y, en consecuencia, levantó el campamento de Cifuentes y volvió por Villaviciosa, un pequeña población entre Cifuentes y Brihuega. Allí se encontró con Vendôme dispuesto a caer sobre él por sorpresa, pero no con los ingleses con quienes esperaba reunirse. La lucha fue dura y obstinada. Staremborg había logrado una ventaja evidente, puesto que su artillería había obligado a retroceder casi una legua a las tropas enemigas; pero en cuanto tuvo noticia del desastre de Brihuega y comprendió que no podía contar con los refuerzos que esperaba, dispuso una prudente retirada hacia Barcelona, que en un cálculo aproximado se encuentra a cien leguas, sin que le hostigara un enemigo que parecía satisfecho de verle alejarse. Sus efectos personales fueron capturados por el enemigo en los primeros momentos de la batalla. El rey Felipe y el duque de Vendôme generosamente se los devolvieron sin tocarlos ni abrirlos, a modo de reconocimiento de su valiente conducta.

Habría preferido pasar por alto un incidente del que me enteré a través de gentes de confianza: el general Carpenter se ofreció para avanzar con la caballería y reunirse con el general Staremborg, pero no le autorizaron. Aquello fue ciertamente un terrible error, puesto que su avance habría reforzado a Staremborg y casi garantizado una

Comment [Librodot-63]:
Batalla decisiva en la guerra peninsular que tuvo lugar el 9 de diciembre de 1710, cuando las tropas aliadas se retiraban por segunda vez de Castilla tras haber tomado Madrid. Las tropas del general Stanhope no pudieron resistir al ejército superior del duque de Vendôme.

Comment [Librodot-64]:
Villaviciosa completa la victoria borbónica sobre el otro cuerpo del ejército aliado mandado por el mariscal Staremborg, quien inició la retirada a Barcelona el 11 diciembre de 1710. A partir de este momento se puede decir que Felipe V había ganado la guerra en España.

completa victoria, en tanto no sirvió de nada obligarle a que se mantuviera en sus posiciones. Como dije antes, el enemigo, una vez se apoderó de los caballos del que tal vez era el más eficaz regimiento del mundo, apuntó, si se me permite la expresión, nuestros cañones contra nuestros aliados.

En cuanto llegaron noticias de la retirada de Staremborg y la emboscada de Brihuega, hubo grandes regocijos en Madrid y dondequiera que los partidarios del rey Felipe eran mayoría. E incluso es preciso reconocer que, a partir de entonces, la causa del rey Carlos empezó a declinar. Estaba aún prisionero en La Mancha cuando llegaron tales noticias, y este inconcebible giro de la fortuna me afectó mucho. Me encontraba en la cama cuando el correo cruzó el pueblo de camino a otros lugares, y en mitad de la noche oí cómo cierto hidalgo español, con quien un poco antes había tenido alguna pequeña diferencia, daba golpes en mi puerta tratando de abrirla con, tal como tenía yo razones para suponer, no muy buenas intenciones para conmigo. Pero mi casera, quien hasta entonces había sido siempre cuidadosa y amable, llamó a don Félix y a algunos otros de mis amigos y me libró de sus airadas intenciones, fueran las que fuesen.

Entre otras manifestaciones de general alegría por este motivo, se celebró en La Mancha una corrida de toros. La describiré porque fue mucho mejor que la que vi en Valencia. Las corridas de toros no son ya tan frecuentes en España como lo eran antes, puesto que al rey Felipe no le gustan mucho. Tan pronto como se hizo público que iba a darse una en San Clemente, no hubo otro tema de conversación. Conforme hablaban de los toros y de los grandes preparativos para la fiesta, los hombres parecían haber olvidado o prescindido de cuanto se refiriese a los motivos de su celebración. Se tardó una semana en construir los corrales para las bestias y los graderíos para los espectadores, y en ultimar los demás preparativos necesarios para celebrar la corrida con el esplendor adecuado. El día señalado para la entrada de los toros en el pueblo, los caballeros salieron a su encuentro, en sus monturas y armados de venablos, hasta una legua de distancia de la ciudad, o tal vez más. Si alguno de los toros se separa de la manada y se aleja (cosa que ocurre con frecuencia) al jinete que es capaz de obligarle a volver le aplauden conforme a la destreza y maña con que lo lleva a cabo. Cuando entran en el pueblo, todas las ventanas rebosan de espectadores: no reuniría más un papa que pasara en procesión. Cualquiera, ya fuese hombre o mujer, que menospreciara tan singular espectáculo, daría ocasión a que su buen nombre fuese puesto en la picota.

Una vez llegados a la plaza donde están los corrales y los graderíos y en la que se ha de torear a caballo, a menudo cuesta mucho encerrar a los animales. Hay doce corrales, uno para cada toro. Conforme los van encerrando, los restantes se muestran menos mansos y dóciles. En estos corrales se mantiene a los toros casi en total oscuridad, para que el día de la corrida resulten más fieros.

El primero de los días señalados (porque una corrida de toros normalmente dura tres) toda la nobleza del lugar, o de los lugares cercanos, acude a la plaza con sus mejores galas, cada uno tratando de hacer la entrada más lucida. Quienes ocupan las localidades inferiores acuden provistos de venablos o empuñan abundantes dardos de pequeño tamaño, que clavan al toro con notable destreza a poco que éste se aproxime a ellos y les dé ocasión de hacerlo. De modo que se puede decir que el pobre animal ha de vérselas no sólo con el torero (el cual es siempre una persona a la que contratan para este espectáculo), sino con toda la multitud, al menos la que ocupa la parte inferior del graderío.

Una vez que todos se han sentado, se abre el primero de los corrales. Tan pronto como el toro ve la luz, sale venteando el ambiente y observando cuanto le rodea, como admirado de ver a quienes están aguardándole. Levanta la cola y escarba la tierra con sus patas delanteras como si tratara de desafiar a su aún invisible antagonista. Por un acceso a él reservado aparece entonces el torero, que viste de blanco y lleva en una mano un capote y en la otra una espada puntiaguda de doble filo. En cuanto el toro advierte su presencia, se dirige despacio hacia él observándole con fiera concentración. Al momento aligera el paso, y cuando llega a unas veinte yardas del torero da una especie de salto y le embiste con todas sus fuerzas. Puesto que el torero sabe por experiencia que le conviene estar alerta, se hace a un lado justamente cuando el toro llega a su altura. Entonces pasa el capote sobre los cuernos del toro, al tiempo que le hiere una o dos veces, siempre en el cuello, donde hay un punto preciso en el que sabe que una estocada le hará rodar por tierra fácilmente. Tuve ocasión de comprobarlo por mí mismo en uno de los toros, el cual recibió una única estocada en el punto fatal: tan malherido resultó, que quedó absolutamente aturdido en tanto la sangre manaba de la herida, hasta que tras un violento espasmo cayó muerto a tierra.

Pero esto rara vez ocurre, y a menudo recibe la pobre bestia gran cantidad de heridas e innumerables banderillas antes de morir. Cada nueva herida que sufre, ya sea producida por un dardo, una banderilla o por la espada, acentúa su bravura y hace que embista al torero con mayor furia y violencia. Cuantas veces le acomete, el torero recurre a su agilidad para esquivarlo y recompensa sus perversas intenciones con otra herida.

Unos toros se comportan mejor que otros, pero incluso el mejor debe morir. Una vez han demostrado la mayor bravura imaginable, si el torero está agotado y no puede matarlo por sí mismo, echan a los perros contra el toro para derribarlo, y después le clavan dardos por todas partes hasta que, bañado en sangre, el animal pone fin a la crueldad de sus adversarios.

Muerto el toro, acude un hombre con dos mulas ricamente enjaezadas y adornadas con cascabeles; ata una soga a los cuernos del animal y se lo lleva entre los gritos y aclamaciones de los espectadores, como si de la retirada de los infieles de Ceuta se tratara.

Casi había olvidado otro lance que se ejecuta muy a menudo para bárbara diversión en estos espectáculos. En ocasiones, el torero planta una de sus banderillas en tierra formando ángulo, pero cuidando que llegue a la altura del pecho del animal. Después se coloca justamente delante de ella y llama la atención del toro. Apenas embiste el toro, cosa que, me aseguraron, hace con los ojos cerrados, el torero se echa a un lado y la pobre bestia se lanza con todas sus fuerzas a hincarse la banderilla en el pecho. A veces la quiebra, y sale con parte de ella clavada hasta que se le cae.

Este torero era tenido por uno de los mejores de España. Desde luego, le vi subir a lomos de uno de los toros y cabalgar sobre él, golpeándolo y acuchillándolo hasta agotarlo; al cabo desmontó y le dio muerte con toda facilidad entre los aplausos del público, porque la variedad en la barbarie complace a los españoles tanto como la destreza.

Los toreros están bien pagados. Es justo que así sea, porque a menudo mueren durante el espectáculo, como supieron que le había sucedido a éste cuando fueron a llamarle al año siguiente. Es oficio que proporciona notables ganancias si se desempeña con habilidad, puesto que, cuando el torero ejecuta algún lance notable que resulta del gusto de los espectadores, éstos nunca dejan de recompensarle generosamente lanzándole gran cantidad de monedas.

Esta fiesta (conforme es costumbre) duró tres días, y el último fue en mi opinión mucho mejor que los anteriores. Este día toreó a caballo un joven noble llamado don Pedro Ortega, persona de gran calidad. Los graderíos, si no más llenos, estaban ocupados por gentes de superior condición, venidas de lejos para aplaudir al distinguido torero, que montaba un bello animal y componía una elegante figura. Así como cuando se torea a pie el toro entra en primer lugar, en estos casos el caballero siempre hace su aparición en la plaza antes que el toro. Montaba un caballo de excelente doma, sobre el que se presentó acompañado por cuatro hombres a pie vestidos con ricas libreas quienes, tan pronto como su señor hubo dado la vuelta a la plaza y presentado sus respetos a todos los espectadores, huyeron del peligro al que le dejaban expuesto. Después de saludar y recibir los insistentes vivas de aquella amplia concurrencia, el caballero se dirigió con elegante porte al centro de la plaza y se detuvo allí, dispuesto a recibir a su enemigo en cuanto saliese.

Abierta la puerta, salió un toro de aspecto más fiero y amenazador que cualquiera de los anteriores, según me pareció. Estuvo observando en torno suyo durante bastante tiempo, olfateando el aire y escarbando la tierra sin advertir en absoluto la presencia de su enemigo. Pero por último fijó sus ojos en él y se lanzó a la carrera contra el caballero, quien le evitó con la mayor destreza, en tanto blandía un rejón que le clavó en el lomo conforme pasaba. Con esto se repitieron los gritos y vivas, y vi agitarse dos o tres veces un pañuelo, lo cual, como supe después, era una señal de la dama de sus amores para indicarle que había quedado complacida. Observé que el caballero trataba de mantenerse tan cerca del toro como le era posible, para herirle más fácilmente; lanzó por fin su caballo al galope empuñando otro rejón y se lo clavó en el costado, con lo que la bestia se enfureció tanto que renovó sus embestidas con la mayor saña. El caballero había toreado admirablemente y escapado de muchos peligros, y los gritos de *viva, viva* no cesaban; pero por último, el rabioso animal metió sus cuernos entre las patas traseras del caballo, y hombre y caballo dieron en tierra.

Pensé entonces que no podía sobrevenir a continuación sino una muerte; cuando, para sorpresa mía y de todos, el muy cortés bruto autor del descalabro se limitó a retirarse al otro extremo de la plaza, donde quedó inmóvil mirando a su alrededor como si nada de aquello fuese con él.

Se llevaron al caballero, que no resultó herido de consideración, aunque su elegante montura quedó en mucho peor estado. De todas maneras, yo no hacía más que pensar después que el benévolo toro había llevado la peor parte. Si se me perdona la expresión, usó de mayor humanidad con su adversario que éste con él, al menos porque cuando tuvo al caballero a su merced se retiró generosamente, con lo que el caballero o cualquier otra persona en su nombre bien pudieran haber pedido para él mejor trato que el que después recibió.

Puesto que tan pronto como el caballero fue derribado y sacado de la plaza, salió el torero vestido como antes de blanco; pero se topó con que la empresa era más difícil de lo que había imaginado. En estos festejos se cuenta siempre con un lugar en la plaza dispuesto para que el torero se ponga a salvo al verse en peligro; y le vino muy bien, puesto que el toro le obligó una y otra vez a buscar allí refugio. Finalmente no pudo matarlo sino con la ayuda de todos, porque creo que no exagero si digo que el toro acabó con más de cien banderillas en su lomo. Lo maltrataron e hirieron de forma tan bárbara, que no pude sino pensar que el rey Felipe tenía razón cuando dijo que «ésta era una tradición propia de cobardes».

Poco tiempo después de que se celebrara esta corrida de toros pensé hacer una

grata excursión hasta un pequeño lugar llamado Minaya, que queda a unas tres leguas. Pero apenas había salido de La Mancha cuando un conocido vino a mi encuentro y me preguntó a dónde iba. Le respondí que a Minaya, y tomándome de la mano me dijo en español «Amigo Jorge, vuelva conmigo y no dé un paso más: hay pícaros por ese camino. Quédese». Conforme volvíamos le pregunté qué ocurría, y me dijo que el día anterior un hombre había cobrado cierta cantidad de dinero en La Mancha. Algunos que lo supieron, le asaltaron en el camino y le mataron. Como no le encontraron encima el dinero que esperaban (porque él, muy prudentemente, se lo había tragado; de modo que lo destriparon y le abrieron las entrañas en vano. Con lo que me dejé de paseos durante una temporada.

Al cabo de un tiempo, la misma persona me invitó a ver sus huertos de melones, que en aquella tierra son muy sabrosos y de excelente calidad. Acepté su invitación y salí confiado en su compañía. A un lado del camino vi una cruz que habían levantado no hacía mucho, al pie de la cual había un montón de piedras. Al preguntarle qué significaba aquello, mi amigo me contestó que (como acostumbran en muchos lugares de España) había sido levantada en memoria de cierta persona asesinada en aquel lugar, y que todo buen católico que pasaba por delante se creía en la obligación de depositar una piedra allí para mostrar su repulsa ante el crimen. A menudo había visto yo antes muchas de tales cruces; pero hasta entonces no supe lo que significaban, ni por qué estaban rodeadas de montones de piedras.

No hay en España lugar más célebre por la calidad de su vino que San Clemente de La Mancha, ni tampoco donde se venda más barato: puesto que, como San Clemente está tierra adentro, no tiene cerca ningún río navegable, y la gente es de una templanza proverbial, la mucha abundancia y la poca venta lo hacen en consecuencia barato. Es tan famoso que cuando llegué a Madrid vi escrito sobre las puertas de las tabernas que despachaban vino: *Vino de San Clemente*. Y en cuanto a la moderación de los naturales, debo decir que, pese a aquellas dos estupendas cualidades de buena y barata, durante los tres años que estuve allí prisionero nunca vi a nadie que abusara de la bebida.

Cierto que puede apuntarse un motivo social para tanta templanza, y es que, cuando un individuo acude a testificar contra otro, si se demuestra que alguna vez se emborrachó, su testimonio no es tenido en cuenta para nada. No cabe duda de que se trata de un gran avance respecto a los espartanos. Aquellos obligaban a sus esclavos a emborracharse para mostrar a los jóvenes la sinrazón del vicio mediante la insensata conducta de sus sirvientes cuando se hallaban dominados por él; pero nunca llegaron al punto de fijar una pena para el trasgresor para persuadirle de que debía evitar perder caprichosamente su buen juicio si no quería perder vergonzosamente, acto seguido, su dinero. De modo que, así como la belleza natural excede a la artificial, los españoles, a mi modo de ver, superan en esto a los espartanos: pues si bien el pudor es capaz en ocasiones de contener a algunos, el miedo detiene a todos. Sabemos por experiencia que un hombre puede tendernos falsamente su mano; pero dice otro proverbio que «el interés nunca miente». Sin duda es una sabia medida esta de los españoles; pero me temo que nunca se impondrá en Alemania, Holanda, Francia o Gran Bretaña.

Pero aunque alabo su templanza, nunca se me ocurrirá aprobar su fanatismo. Si existiera en el terreno religioso algo parecido a la embriaguez, me temo que la suya excedería cualquier medida. So pretexto de devoción, he visto entre ellos a las gentes, incluso a personas por otra parte razonables, cometer los mayores disparates. No es raro ver a sus hidalgos, tanto a los de mayor alcurnia como a los de los rangos

inferiores, arrodillarse si se encuentran con un sacerdote en plena calle, tomar el bajo de su sotana y saludarle alzando la vista, como si viesen en él la garantía de su salvación.

Al toque del ángelus, es preciso caer de rodillas allí donde se esté. No hay pretexto que valga para demorarse un tanto hasta dar con un sitio limpio: la suciedad no es excusa, del mismo modo que ninguna mala acción ha de quedar sin castigo.

Tanto es así que incluso en el teatro, en mitad de una función, al primer toque de campana los actores abandonan su papel, los espectadores la frivolidad con que siguen la representación, y todos en su interior, cada cual a su modo, cualquier cosa en que anduviesen ocupados un momento antes. En pocas palabras: aunque con todo esto creen dar grandes muestras de celo y auténtica devoción, nadie que haya vivido entre ellos algún tiempo puede imitarles sin sacrificar su razón y sus sentidos. Más debo confesar que, al verles engañarse a sí mismos con avemarías, no podía dejar de alzar mis ojos hacia el único objeto digno de adoración, en tanto me compadecía de tales errores.

Las horas del ángelus son las ocho y las doce de la mañana, y las seis de la tarde. Supuestamente, la primera es para rogar a Dios que se digne ayudarles en todo cuanto hagan durante el día. A las doce dan gracias por los beneficios recibidos hasta ese momento. Y a las seis por los de toda la jornada. Tras lo cual pudiera pensarse que se consideran dispensados de cualquier obligación, lo que confirman sus nada disimuladas aventuras galantes. El adulterio está considerado como un grave delito y es castigado en consonancia, pero la fornicación les parece un pecadillo venial y, a juzgar por el modo como se aplican a ella, no parece que abriguen la menor duda sobre el particular.

Encontré aquí muy arraigada la costumbre, que Erasmo ridiculiza con tanto ingenio y gracia, de enterrar a los muertos con hábito de franciscanos. Si pueden, se procuran con este fin un hábito viejo por el precio de uno nuevo. El comprador cree que la providencia le ha deparado una ganga, y que, con tan feliz adquisición, su difunto amigo o pariente tiene asegurada ni más ni menos que la gloria eterna.

Puesto que el atardecer es casi el único momento en que se puede disfrutar de compañía o de conversación, todo el mundo en España trata de procurársela como sea. A estas horas las calles están tan concurridas como nuestros más elegantes jardines o más distinguidos paseos. En una de tales ocasiones encontré a un hidalgo, al que conocía, paseando en compañía de sus hermanas, y le saludé tal como me pareció que correspondía a un caballero inglés; pero para mi sorpresa, no me devolvió el saludo. Cuando me encontré con él al día siguiente, en lugar de una excusa, conforme esperaba, me encontré con una muy cortés reprimenda, pues me dijo que normalmente en España estaba mal visto darse por enterado si se veía a cualquiera paseando de noche en compañía de mujeres.

Pero una noche o dos después, supe por experiencia que la costumbre que prohíbe a los hombres darse por enterados no rige para las mujeres. Estaba en la puerta tomando el fresco al atardecer cuando una dama de apariencia distinguida me llamó por mi nombre al pasar y me dijo que quería hablar conmigo. Llevaba la mantilla puesta, de modo que, aunque hubiese sido pleno día, no habría podido verle sino un ojo. Caminé a su lado un buen rato sin poder averiguar nada de ella, y sin que hubiera entre nosotros nada más que una conversación sobre asuntos triviales. Al despedirse, me dijo que pasaría de nuevo al día siguiente, y que si yo estaba en la puerta me daría

otra vez ocasión de hablarle, lo que no me pareció mal. Tal como dijo, acudió la tarde siguiente y, al igual que el día anterior, paseamos juntos por los lugares más apartados de la ciudad. No sabía quién era, pero su conversación resultaba en todo momento agradable e ingeniosa, y sus preguntas no pocas veces pertinentes. Aquello se repitió varias veces, hasta que lo supo la hija de mi casera y una noche me detuvo y no me dejó acudir a mi cita habitual, diciéndome muy acalorada, «Don Jorge, hágame caso, no vuelva a salir con esa mujer; si lo hace, puede que pronto le traigan muerto a casa». Ignoro si ella sabía de quién se trataba; pero he de decir que tanto su ingenio como su figura eran sumamente agradables. Mi casera y su hija aprovecharon aquella ocasión para insistirme tanto acerca de las fatales consecuencias de tan inocentes conversaciones (pues no puedo decir que aquello fuese un enredo) que, recelando del peligro, y en vista de las circunstancias, hice lo que me decían y no volví a ver a la dama.

San Clemente de La Mancha, donde estuve durante tanto tiempo como prisionero de guerra, se encuentra en el camino que va de Madrid a Valencia; y habiendo sido enviado a esta última el duque de Vendôme, se hicieron grandes preparativos para recibirle cuando pasara. Se quedó allí una sola noche, durante la que fue muy amablemente agasajado por el corregidor. Era un individuo alto y sumamente grueso, y cuando le vi llevaba un gran parche negro sobre su ojo izquierdo, aunque no llegué a saber por qué. El después famoso Alberoni (a quien más tarde nombraron cardenal) estaba a su servicio, y era raro ver al duque sin que él anduviese cerca. Recuerdo que tres semanas más tarde volvieron por el mismo camino, el duque a caballo y Alberoni en un carruaje, atendiendo sus últimas obligaciones. Era aquel duque un gran amante del pescado, y por comerlo en gran cantidad en Vinaroz, en la provincia de Valencia, sufrió una indigestión y murió al cabo de tres días. Su cadáver fue llevado a El Escorial, para ser allí enterrado en el panteón entre sus reyes.

Tienen los castellanos un privilegio por licencia del papa, el cual, de haberlo convertido en prohibición, pudiera haber salvado la vida de aquel duque: en consideración a que su territorio es por completo interior, y el río Tajo famoso por la escasa o nula pesca que hay en él, su Santo Padre favorece a los naturales con licencia para que, en lugar de tan peligrosos alimentos, coman durante el tiempo de cuaresma lo interior del ganado. Cuando me lo explicaron por primera vez, supuse que se referían a las asaduras; pero pronto me sacaron de mi error, ya que por lo interior se entiende el corazón, el hígado y las patas, pues así lo especifica el mismo privilegio.

Hacen aquí, al igual que en el resto de España a excepción de Valencia, la peor música del mundo. Sus guitarras, si no el único, son su instrumento favorito y el que prefieren escuchar, aunque creo que no andan desencaminados nuestros marinos cuando las llaman *strum strums*. Son poco mejores que nuestros birimbaos, aunque apenas la mitad de musicales que ellos. Siempre andan de noche importunando a las damas con su rasgueo, bajo la idea y nombre de *serenatas*. La plaga se extiende del noble al barbero, muy a menudo a riesgo de una misma consecuencia, puesto que tales serenatas suelen acabar en peleas y escaramuzas nocturnas. Quienes se tienen por verdaderos españoles presumen de ser celosos de sus enamoradas, lo que con excesiva frecuencia es antesala de crímenes y, en el mejor de los casos, viene acompañado de muchos otros peligrosos inconvenientes. Así como su música es mala, su baile es todo lo contrario. Vi a una muchacha del pueblo tocar las castañuelas con la elegancia de una duquesa, sin acompañamiento de música conforme se acostumbra, ni más melodía que la que interpretaban las gentes que llevaban el ritmo dando golpes con las manos sobre una mesa. He visto a media docena de parejas bailar a un tiempo con el mismo excelente orden y concierto.

Comment [Librodot-65]:

Hijo de un jardinero parmesano, llegó a España como secretario del duque de Vendôme. Consiguió ganarse la confianza del rey y de la princesa de los Ursinos, a los que propuso a Isabel de Farnesio como segunda esposa tras la muerte de María Luisa de Saboya. Después de la salida de la princesa de los Ursinos y de la caída del cardenal Giudice, Alberoni logró hacerse con las riendas del gobierno de Felipe V, convirtiéndose en el instrumento de la política revisionista de los monarcas españoles en Italia. Obtuvo el capelo cardenalicio en 1717 y, tras el fracaso de su política mediterránea unido a la presión internacional, se vio obligado a salir de la Corte en diciembre de 1719.

Cito aquí, por vía de excepción, la música de Valencia, el único lugar donde vi que tocaran el violín. No puedo decir que sea buena comparada con la de otros países, pero debo reconocer que es con mucho la mejor si la medimos con la que se hace en otros lugares de España. No me referí a ella al hablar de Valencia y por tanto ahora, para remediar aquella falta, mencionaré la mejor que oí, que fue en esta triste circunstancia: por ser partidarios del rey Carlos, varios naturales de aquel país fueron sentenciados a muerte y conducidos al lugar de su ejecución. Es costumbre allí que, en tales ocasiones, todos los músicos del lugar se reúnan en torno al cadalso e interpreten las más tristes y sentidas melodías al aparecer los condenados. En verdad, la música era tan conmovedora que ennoblecía aquel lugar de dolor y hacía asomar la compasión aun a los ojos de los enemigos.

Por lo que se refiere a los condenados, llegan despojados de sus propias ropas y vestidos con hábitos negros, con los que los llevan por las calles hasta el lugar de su ejecución, en tanto los frailes van rezando durante todo el recorrido. Cuando pasan por cualquier calle en la que hay alguna imagen, se detienen ante ella un tiempo orando juntamente con los frailes. Una vez llegan donde van a ser ajusticiados, los frailes no se apartan de ellos, sino que continúan rezando y asistiéndoles espiritualmente junto al patíbulo hasta que los ahorcan. El verdugo, para indicar su profesión, ostenta siempre un emblema plateado que representa un patíbulo. Los métodos de este verdugo eran demasiado peculiares para pasarlos en silencio. Una vez atadas firmemente las muñecas del reo, apoyó su rodilla sobre ellas, le tapó con la mano las narices para detener cuanto antes su respiración, y se dejó caer del cadalso abrazado a él. Lo hizo para acabar cuanto antes aunque, considerando el golpe, me maravillo de que no le arrancara la cabeza, cosa que nunca oí que hubiera sucedido.

Pero volvamos a La Mancha. Llevaba yo allí más de dos años, muy complacido con el buen humor y la gentileza de los caballeros, y entretenido a diario con la conversación de las monjas del convento que había frente a la casa en que me alojaba, cuando, paseando cierto día solo por la plaza, se me acercó un clérigo. Empezó diciéndome de dónde era, y añadió que acababa de llegar de Madrid con un poder (ésa fue la palabra que utilizó) del inquisidor Pedro de Dios, que le autorizaba para que tratase de convertir a cualquiera de los prisioneros ingleses; que por ser irlandés había cobrado afecto a los ingleses y nos tenía por hermanos, y, por ello, con tanto más ardor aprovechaba la oportunidad que la santa Inquisición había puesto en sus manos para que condujera al seno de la madre iglesia a cuantos herejes pudiese; y que habiendo oído ponderar mi buen carácter, se sentiría feliz de poder ser el instrumento de mi salvación.

«Por cierto», siguió, «que últimamente he tenido la fortuna de convertir a muchos; y además de la pureza de mis intenciones he de deciros que poseo una especial habilidad para la conversión a la que pocos, por no decir ninguno, son capaces de resistirse. Voy de camino a Murcia para ejercer allí este ministerio; pero vuestra buena disposición me ha confirmado en mi propósito de anteponer vuestra salvación a la de otros».

A este largo y no menos sorprendente exordio repuse únicamente que, por ser asunto de importancia, requeriría cierta consideración, y que cuando volviese de Murcia podría darle una respuesta adecuada. Pero no totalmente satisfecho con semejante contestación, replicó:

«Señor», dijo, «el Todopoderoso tiene todo en sus manos, y este instante es demasiado precioso para dejarlo pasar. Él puede mudar los corazones en un abrir y cerrar de ojos o en veinte años. Escuchadme, pues: pensad en lo que voy a deciros y os convenceréis de inmediato. Vosotros los herejes no creéis en la

transubstanciación, y sin embargo ¿no dijo nuestro Salvador con estas mismas palabras, "Hoc est corpus meum?" Y si no le creéis es que decís que miente. Además, ¿no afirma uno de los santos padres: "Deus, qui est omnis ventas, non potest dicere falsum?"».

Comment [Librodot-66]:
«Éste es mi cuerpo».

Comment [Librodot-67]:
«Dios, que es la verdad misma, no puede mentir».

Continuó en el mismo ridículo tono, lo que me convenció al momento de que había de vérmelas con un perfecto charlatán. Pero, puesto que se trataba de un clérigo y estábamos además en España, era un hombre a quien resultaba peligroso ofender; así que le invité a comer en mi alojamiento, donde al llegar comprendí que no había hecho ninguna tontería, pues mi casera y su hija, al ver que era clérigo, le recibieron con grandes demostraciones de respeto y agrado.

Durante la sobremesa empezó a detallarme las muchas y maravillosas conversiones que había logrado entre herejes obstinados, diciéndome que había convencido a los más recalcitrantes, y que tenía un tal don que era capaz de convertir a cualquiera. Entonces volvió a la carga, embrollando su cháchara con tantas citas y sentencias inoportunas en pomposo latín que me harté de su conversación, con lo que pretexté ciertos asuntos importantes y me despedí, dejándole en compañía de mi patrona.

No volví hasta última hora de la tarde, a fin de que tuviera tiempo bastante para caer en la cuenta de que su visita resultaba intempestiva. Pero con gran sorpresa por mi parte, me encontré con que mi misionero irlandés seguía firme en su puesto, listo para retarme a un nuevo duelo y resuelto, como legítimo hijo de la iglesia militante, a ser el último en retirarse del campo de batalla. No bien me hube sentado, empezó de nuevo a decirme que mi patrona le había hablado tan bien de mí, que su entusiasmo por la salvación de mi alma había crecido hasta límites insospechados; que de ningún modo podía permitirse ser negligente, así como tampoco yo podía hacerlo; y que por tanto había decidido aguardar mi vuelta, por más que ésta se hubiese demorado. A todo lo cual le respondí dándole mil gracias por su interés; pero pretextando una indisposición y que estaba cansado, después de soportar no pocas impertinencias, me harté de él otra vez, me despedí y me fui a la cama dejándole dueño del campo. A la mañana siguiente supe que, después de retirarme, se había quedado algún tiempo con mi amable patrona.

Al otro día las monjas del vecino convento, enteradas de la venida, prolongada visita y tardía marcha del clérigo, quisieron saber si era paisano mío. Me hicieron muchas otras preguntas, cuyo sentido no comprendí entonces. Les dije que no era paisano mío, sino irlandés; que para mí era un perfecto desconocido, pues no sabía de él sino lo que él mismo me había contado, y que iba camino de Murcia. Nunca supe el propósito de semejante interrogatorio; pero no me cabe duda de que nacía de lo mucho que estimaban a su vecino, como me llamaban, una muestra de afecto de la cual yo me sentía no poco ufano.

No hacía mucho que había vuelto a casa para comer después de dar mi paseo mañanero, conforme tenía por costumbre, cuando de nuevo aparece mi clérigo irlandés. Me sentí confuso e irritado, y no pudo por menos que advertirlo; pero tomó asiento con la mayor desfachatez. Cuando le dije, en tono frío e indiferente, que a aquellas horas le hacía ya de camino a Murcia, me replicó con una sonrisa falsamente espontánea que por cierto iba a Murcia, pero que le remordía la conciencia y sentía que no podía seguir adelante con tranquilidad ni paz interior si antes no hacía de mí un perfecto converso; que había apreciado en mí una evidente buena disposición, y que había enviado por tanto a un hombre con una mula a fin de que solicitara del obispo de Cuenca licencia para convertirme de propia mano. En España, los misioneros seculares están obligados a pedir permiso al correspondiente obispo antes de lanzarse a

emprender negocio alguno de esta naturaleza.

Al oír aquello me sentí más confuso que nunca, y empecé a reflexionar de inmediato si un encuentro, que al principio creí ridículo, pero cuyas consecuencias empezaban a preocuparme, podía acarrearle algún trastorno y de qué tipo. Sabía por las ordenanzas de guerra que la Inquisición carecía de autoridad sobre los ingleses; pero no resultaba ocioso pensar que aquella farsa podía representar un peligro para mí. No tenía miedo, pero decidí ser prudente, y él cayó en la cuenta al ver que yo no hacía ningún comentario sobre lo que había dicho acerca del obispo. Para reavivar una confianza que comprendió que había perdido empezó a decirme que su nombre era Murtough Brenan y que había nacido cerca de Kilkenny, de una familia muy importante. En cuanto a esto último, cuando fui a Madrid lo vi más que confirmado. De todas maneras, al ver que había desistido de su propósito de dejar la ciudad y que, en su lugar, poco menos se había invitado él mismo a comer al día siguiente, decidí mostrarme reservado. Por tanto salí de la habitación de forma abrupta, sin despedirme, dejándole allí en compañía de mi patrona.

Habían pasado tres o cuatro días, durante los que no dejó de acudir puntualmente a mi alojamiento, no sólo a la hora de comer, sino también por la mañana y por la noche. Empecé a sospechar que, en lugar de convertirme a mí, estaba tratando de reconvertir a mi patrona. No era joven, pero sí bastante guapa para ser morena, y su hija era muy bonita. Decidí estar atento y observarlos con discreción, ocultando cuidadosamente mis sospechas. Debo confesar que me alegraba no poco de que hubiese surgido algo que distrajera su atención. Ya no era mi invitado, sino el de mi patrona, con la que le vi tan entusiasmado que creí poder lograr, con algo de tacto, que olvidara sus anteriores impertinencias en torno a la cuestión que le había conducido hasta allí.

Pero todas mis sospechas se confirmaron poco después del siguiente modo: había estado fuera de casa y al volver, como estaba algo fatigado, me dirigí a mi habitación para echarme en mi cama y hacer lo que en aquel país llaman una *siesta*. Entré sin que me advirtieran y sin ver a nadie, pero apenas me había tumbado cuando mi joven patrona, pues así acostumbraba yo a llamar en broma a la hija, se precipitó en mi habitación y se echó al suelo dando voces amargamente. Me levanté de la cama y corrí inmediatamente a la puerta. ¿A quién encontré allí sino a mi clérigo irlandés, sin hábito y en camisa? Visto el *deshabillé* del clérigo, no me cupo duda de que la muchacha tenía sobradas razones de enojo, lo que hizo que yo tampoco pudiese contener el mío; y como estaba con la espalda contra la puerta, le puse en mitad de la calle con tan espiritual aspecto.

De no ser por su mala índole, y por la favorable opinión que de mí tenían en la ciudad, probablemente me hubiese arrepentido de aquel imprudente arrebato. Empezó a dar voces contra mí como loco llamándome hereje, y a decir a cuantos no tardaron en arremolinarse en torno a él que había acudido a visitarme a mis aposentos con la caritativa intención de convertirme, y que yo le había maltratado y despojado de su hábito y puesto después en la calle. Al oír sus gritos, las monjas acudieron prontas a la reja para preguntar qué pasaba. Cuando supieron su versión, aunque condenaron mi genio, se compadecieron del trance en que me veía. Por suerte, todos tenían buena opinión de mí: los nobles, por mi frecuente conversación con ellos, y las clases inferiores, por mis caritativas limosnas. Aquello me salvó, puesto que en España nada puede ser más peligroso o desembocar más rápidamente en un destino aciago, que ofender a un miembro del clero, en especial para alguien a quien tienen por hereje.

Mi patrona mayor (hablo respecto a su hija) tuvo un acceso de ira, pese a que hasta entonces se había mostrado amistosa conmigo. Me apartó de la puerta, la abrió, y tiró de su clérigo hacia adentro. Tan pronto como lo hubo hecho, se puso de su parte y me reprendió con tal vehemencia que en adelante no albergué dudas acerca de su perfecta conversión, influida por semejante misionero. De todas maneras, la joven se mantuvo firme, y por cuanto dijo dio motivos de sobra a los muchos que le preguntaron para pensar que el clérigo se ocupaba de algo más que de asuntos de fe. De todas formas, pensé que sería prudente mudar de alojamiento, y después de que un amigo me reafirmara en tal propósito, me trasladé aquella noche.

En cuanto vió sus hábitos, corrió el clérigo a ver al corregidor lleno de furia y resuelto a llegar antes, convencido de que la ventaja está de parte del que cuenta su historia primero. Cuando llegó allí le refirió de la peor manera un millar de historias falsas, insistiendo en cómo yo le había maltratado no sólo a él, sino a mi pobre patrona por haberse puesto de su parte. El corregidor se alegró al oírlo, y le sonsacó oficiosamente para ver de saber aún más, puesto que confiaba en poder al fin esquilmarme, conforme a la costumbre. De todas formas, le explicó al clérigo que, al ser yo prisionero de guerra, carecía de jurisdicción directa sobre mí; pero que si remitía una carta al presidente Ronquillo a Madrid, éste tomaría medidas de inmediato, y conforme a ellas el corregidor actuaría en mi contra sin tardanza.

El clérigo decidió seguir con su estrategia y ser el primero en protestar. De modo que acto seguido envió un escrito a Madrid, conforme le había aconsejado el corregidor. Entretanto, toda la gente del pueblo, nobles y plebeyos, movidos unos por la curiosidad y otros por la simpatía, siguieron indagando lo ocurrido. Si prestaban oídos a mi antigua patrona, poco podían sacar en mi favor; pero en cuanto se le planteaba la cuestión a su hija, ella siempre acababa por referirse al «diablo en forma de clérigo», con lo que las circunstancias se volvieron algo más que incómodas para él, y sus escasos amigos le aconsejaron e instaron a que dejara el pueblo tan pronto como pudiese. Salvo su nueva catecúmena y antigua patrona mía, todo el mundo se puso en su contra, curas y monjas incluidos.

Al día siguiente, me encontraba en compañía de un amigo en mi nuevo alojamiento cuando María, la hija de mi patrona, entró a la carrera diciendo: «El clérigo, el clérigo pasa por la calle». Corrimos a la ventana, desde la que vimos a Murtough Brennan grotescamente caballero sobre un pobre asno (porque no hubo en la ciudad quien quisiera alquilarle o dejarle una mula) con los pies a rastras, pues tan libidinoso era él como pequeña su montura. Le acompañaba a pie tirando del asno uno de sus amigos, provisto de un enorme garrote. Ni aun Sancho Panza en su embajada ante Dulcinea compuso una estampa tan ridícula y extravagante como la que en aquel momento ofrecía nuestro clérigo. Y aún nos reímos más cuando supimos que, igual que hiciera Sancho, iba camino del Toboso, un pueblo a unas cinco leguas de allí, famoso por ser la patria de Dulcinea, el objeto de la pasión del célebre don Quijote. Con esto dejaré a Murtough Brennan camino de Murcia, para dar cuenta de las trágicas consecuencias de aquel ridículo episodio.

Dije antes que nuestro clérigo, aconsejado por el corregidor, había escrito al presidente Ronquillo a Madrid. Al cabo de unos quince días de su partida de La Mancha, me encontraba solo en mi nuevo alojamiento cuando vinieron a buscarme a mi habitación, con mucha cortesía, dos alguaciles (funcionarios que dependen del corregidor, similares a nuestros *bailiffs*) para comunicarme que tenían órdenes de llevarme preso, al tiempo que me decían que no me preocupara, porque habían visto que el pueblo entero estaba al tanto de lo que el corregidor y el clérigo habían hecho. Añadieron que, en su opinión, todos testificarían a mi favor, con lo que no

Comment [Librodot-68]:
En 1705 Felipe V nombró a don Francisco Ronquillo, conde de Gramedo, presidente del Consejo de Castilla, y poco después fue propuesto para el Consejo de Gabinete. San Felipe lo describe como «un hombre de singular fidelidad y amor al Rey, tanto que se propasaba su celo y por eso adquirió fama de demasiado rígido» (San Felipe, *op. cit.*, p. 85). Confirman estas palabras la persecución de que fueron objeto aquellos que habían aclamado al Archiduque Carlos en Madrid en 1706 y 1710.

Comment [Librodot-69]:
El diablo en forma del clérigo, en el original.

Comment [Librodot-70]:
El clérigo, el clérigo, pasa la calle, en el original.

tenía nada que temer. Con tan buenas palabras, aunque luego supe lo que tenían de verdaderas, me dejé llevar, y quedé confinado mucho más estrechamente.

Apenas llevaba detenido un par de días cuando varios nobles del lugar me enviaron recado de que estuviese tranquilo, que lamentaban mucho mi encierro y habían decidido escribir a Madrid en mi favor; pero que ni resultaba prudente ni era tampoco costumbre en España visitar a quienes se encontraban en mis circunstancias, por lo que esperaban que no lo tomase a mal, ya que estaban decididos a hacer cuanto estuviese en su mano para liberarme. Terminaban animándome a que confiara en su perseverante mediación y no pagase ni un real de plata al corregidor, al que aborrecían. En concreto, don Pedro de Ortega, aquel que había toreado a caballo algún tiempo atrás, me envió a decir que iba a escribir a un pariente suyo, el cual era persona de la mayor relevancia en Madrid, para dar a conocer mi caso, de modo que todo volviera pronto a ser como antes.

Tal vez pueda resultar sorprendente que los españoles, caballeros que observan la más rígida etiqueta, tengan reparo en visitar a las personas encarceladas y se abstengan de ir a verlas, cuando para cualquier cristiano semejante circunstancia haría que tal visita fuera un gesto no sólo caritativo sino generoso. Un espíritu vulgar y estrecho de miras pudiera haber tomado en serio tan banales pretextos, pero yo sabía bien que las excusas de aquellos caballeros tenían un motivo mucho más comprensible. Me encontraba en prisión acusado de haber agredido a una persona sagrada, un clérigo. Aunque como prisionero de guerra podía estar tranquilo, ya que el Santo Oficio carecía de jurisdicción sobre mí, aun así cualquier español que visitara a un detenido sobre el que pesaba una acusación semejante podía ser sospechoso de complicidad, lo que era una cuestión nada trivial en un ambiente tan peligroso como aquél. Para mí, que conocía bien las costumbres del país y el carácter de sus gentes, sus excusas resultaban no sólo comprensibles sino aceptables; y sin poner en duda su caridad, estaba convencido de que debía darles a entender que confiaba en su honor.

Al cabo de un mes de reclusión surtieron efecto las promesas y gestiones de aquellos caballeros. Así pues, se cursó una orden para mi inmediata liberación. Pese a lo cual, mi antigua patrona y reciente conversa hizo cuanto pudo para que prevaleciera su testimonio contra mí, conforme cabía esperar de sus prejuicios y de su malicia. Sin embargo la hija, sabedora de mi inocencia, se portó mucho mejor y me defendió con no menos empeño, pese a las amenazas y ofrecimientos del corregidor y sus escasos cómplices, por más que uno de ellos fuese la propia madre de la muchacha.

En cuanto llegó la orden para que se me pusiera en libertad, don Félix y otros amigos me insistieron mucho para que acudiese a Madrid y presentara una queja contra el corregidor y contra el clérigo, pues lo consideraban una cuestión de la mayor importancia para mi propia seguridad futura. Por tanto, sin solicitar autorización al corregidor ni darle cuenta en absoluto de ello, me ausenté de La Mancha. Después supe que aquel codicioso funcionario se había asustado mucho y se había mostrado intranquilo desde mi partida. Él sabía muy bien que se había excedido y temía cualquier queja, consciente de que la gente le aborrecía a él tanto como me apreciaba a mí, de modo que podía estar seguro de que los caballeros no le apoyarían, al contrario de lo que habían hecho conmigo.

Tan pronto como llegué a Madrid, hice mis averiguaciones y me presenté al padre Fahy, superior del **Colegio Irlandés**. Me recibió con gran cortesía. Cuando le puse al corriente de lo que me había ocurrido con Brennan y le informé de su escandalosa conducta, comprendí que ni el individuo ni su talante le eran desconocidos. Acto seguido me confirmó la alcurnia de aquella noble familia de la que Brennan tanto

Comment [Librodot-71]:
Fundado en el reinado de Felipe II, el Colegio Irlandés se convirtió en uno de los instrumentos más activos de la Contrarreforma en Irlanda con la formación de sacerdotes y misioneros.

presumía, diciéndome que apenas había visita del juez a su tierra en el curso de la cual dos o tres de su linaje no recibiesen en la horca la justa recompensa a sus fechorías. En pocas palabras, el padre Fahy lo describió como «una vergüenza para su país», y cuantos clérigos irlandeses había en Madrid se mostraron de acuerdo con él.

Tras esto no me quedaba sino conseguir que el padre Fahy me acompañara a ver al inquisidor Pedro de Dios, superior de los dominicos. Accedió de inmediato a mi petición y durante la entrevista, cosa que me pilló por sorpresa, dijo que yo había demostrado cierta inclinación hacia la madre Iglesia, pero que me habían apartado de ella, según se temía, las malas prácticas de cierto Murtough Brennan, un paisano suyo que era una desgracia para su país. Con el pretexto de convertirme, había puesto en evidencia sus bestiales inclinaciones de un modo capaz de inducir a un católico a despreciar su fe, cuanto más tratándose de un hereje. El inquisidor apenas tuvo paciencia para escuchar los detalles; tan pronto como mi defensor terminó de hablar, dispuso de inmediato que se prohibiera a Murtough decir misa en adelante, no ya en Madrid, sino en cualquier otro lugar de España. Esto suponía privar al pobre desgraciado de su único medio de vida, y ponerle en el lugar que le correspondía conforme a sus culpas.

Aproveché también para quejarme del corregidor; pero como su mandato expiraba al cabo de poco tiempo, y un proceso podía resultar bastante caro, me aconsejaron que lo dejara estar. De modo que, una vez hube hecho lo que había ido a hacer, volví a mi residencia habitual en La Mancha.

A mi vuelta me encontré con un nuevo corregidor, tal como me había anunciado el inquisidor Pedro de Dios quien, al tiempo, había insistido para que me presentara a él. Así lo hice al poco de llegar, y entonces comprendí el porqué del consejo: le había escrito una carta en la que le ordenaba que me tratara con toda consideración. El corregidor me mostró la carta, la cual estaba redactada de forma tan concreta y categórica, que no pude por menos que advertir que el inquisidor estaba decidido a contrarrestar en lo posible la mala impresión causada por la conducta de Murtough. Con esto me acabé de convencer de algo que ya había observado con anterioridad, y es que un protestante capaz de guardar para sí discretamente sus sentimientos puede hacer en España cuanto se le antoje, puesto que su encendido fanatismo les hace caer de modo natural en otro error, que consiste en creer que quien calla otorga. Además, está extendida entre ellos la creencia de que haber contribuido de algún modo a la conversión de cualquiera de los que consideran herejes es un motivo de orgullo. Con tal de devolver a uno de ellos al seno de la que llaman Madre Iglesia todo les parecerá poco, sin reparar en medios. De modo que si alguien es capaz de fingir hasta el punto de hacerles concebir esperanzas, no sólo vivirá sin problemas, sino con gusto y comodidad.

Durante el viaje de vuelta pensé en volver a mi anterior hospedaje en casa de la viuda; pero la encontré tan de parte del clérigo, que comprendí que no había esperanza de reconciliación. Así que con ayuda de mis amables vecinos y de don Félix tomé otro alojamiento. A poco de haberme mudado, me llegaron tristes noticias de las andanzas de Murtough por Murcia. Al parecer había ido allí tal como tenía pensado, y se había encontrado con algunos de sus paisanos. Aunque vio que eran buenos católicos, los enredó de tal manera que los arrastró a una loca aventura con peligro de sus vidas. Tres de ellos eran soldados en un regimiento español. En un arrebato de codicia y fanatismo, Murtough los convenció para que le acompañaran a ver al inquisidor Pedro de Dios, y declararan y reconocieran ante él que se habían convertido y vuelto al seno de la madre Iglesia exclusivamente gracias a su intervención. Los pobres ignorantes abandonaron engañados su regimiento; el coronel

ordenó su captura en cuanto se enteró, y los detuvieron cuando iban de camino junto con su misionero. Pese a la oratoria de Murtough y a que se aclaró el enredo, ahorcaron a uno de los soldados para escarmiento de los otros dos.

A poco de mi regreso llegaron noticias de la paz. Aunque los españoles las recibieron con alegría apenas podían creerlas, por lo que el nuevo corregidor, con el que me llevaba mucho mejor que con el anterior, me pidió que enseñara las cartas que había recibido de Inglaterra para que se viese que era cierto. Jamás dio el pueblo mayores muestras de contento que en aquella ocasión. Sólo se oía gritar en las calles: «Paz con Inglaterra, guerra con todo el mundo». Me agasajaron conforme correspondía a la buena noticia que les había confirmado, y me trataron, si cabe, con mayor cortesía incluso que antes.

En cuanto se proclamó la paz, recibí órdenes para que me presentara en Madrid. Aunque a mí, debido a mis heridas y a mi delicado estado de salud, me dejaron en Valencia, a los demás que cogieron prisioneros en Denia los llevaron a Madrid. Supe que había quienes tenían el equipaje preparado y que algunos iban ya camino de Bayona, en Francia, donde había barcos esperándoles para trasladarlos a Inglaterra. Así que, después de haber vivido allí durante tres años y tres meses, me despedí de todos mis conocidos y abandoné aquel pueblo en el que me había sentido como uno más, el delicioso San Clemente de La Mancha.

No vi nada importante ni digno de mención hasta llegar cerca de Ocaña, donde tuve un encuentro bastante original. El caballero de aquel pueblo de donde yo venía, el archifamoso don Quijote, jamás ofreció un aspecto comparable al de un español con el que me tropecé por el camino: iba montado en una mula de buen tamaño, acorde con el de su jinete; llevaba a los costados dos pistolas colgando de una correa en sus respectivas fundas; empuñaba una especie de enorme trabuco, y llevaba otro igual a la espalda. Todo ello acompañado por una espada española recta y un puñal a juego en sus lugares habituales. El mulero que me servía de guía le dijo en español que iba muy bien armado, a lo que el hidalgo respondió con la mayor seriedad: «Por Santiago, en estos tiempos que corren todas las armas son pocas».

Aquella noche me alojé en Ocaña, una ciudad grande, limpia y bien ordenada. Las posadas decentes escasean en toda España, pero aquélla pudiera haber pasado por buena en cualquier otro país. Sin embargo, me proporcionó una visión completamente engañosa de lo que me esperaba, ya que imaginé que era buena por encontrarse próxima a Madrid. Pero en España, al contrario que en los demás países, las posadas van siendo cada vez peores conforme uno se acerca a la capital. No me refiero sólo al precio, cosa bastante previsible, sino también al servicio, las habitaciones y el trato. No pude contener la risa cuando mi mulero me dijo que existía una disposición que así lo ordenaba, a fin de que todos los viajeros se dieran prisa en llegar a Madrid.

Apenas dos leguas más allá de Ocaña llegamos a Aranjuez, un lugar de recreo donde habitualmente pasan los reyes de

España los meses de abril y mayo. Dista de Madrid unas siete leguas, y sus alrededores son los más agradables de España, si prescindimos de Valencia. El palacio en sí no ofrece un aspecto particularmente impresionante. He visto no pocos en Inglaterra mejores, cuyos propietarios no cuentan con más de quinientas libras de renta. Con todo, los jardines son extensos y agradables o, como dicen los españoles, los mejores de España, lo cual para ellos es tanto como decir del mundo entero. Al tiempo, os dirán que los más hermosos rincones de Versalles están inspirados en ellos. Nunca he visto los de Versalles, pero a mi parecer los paseos de Aranjuez, aunque notables por su extensión, pierden mucho de su encanto por lo estrechos que son.

Comment [Librodot-72]:

Sin duda, Defoe se refiere a las negociaciones iniciadas entre Gran Bretaña y Francia en las que se acordaron los llamados Preliminares de Londres de 1711. Se sentaron entonces las bases de la Paz de Utrecht-Rastadt (1713-14) con la que se puso fin a la guerra de Sucesión española. La diplomacia inglesa impuso la idea del equilibrio en las relaciones internacionales.

Comment [Librodot-73]:

Paz con Angleterra, con todo mundo guerra, en el original.

Comment [Librodot-74]:

El palacio de Versalles, sede de la Corte de Luis XIV, se convirtió en un símbolo y, como tal, en el modelo a imitar por otros monarcas europeos y particularmente por los españoles de la nueva dinastía borbónica.

Los surtidores son aquí una gran curiosidad, gracias a que el río Tajo pasa muy cerca. El agua del río llega hasta los jardines a través de un gran número de pequeños canales, que con sus graciosos meandros recrean la vista con indecible deleite. Gracias a unas cañerías hábilmente dispuestas, estos hermosos surtidores componen figuras que uno apenas podría imaginar o creer y que resultarían deliciosas en cualquier clima, pero mucho más aquí, donde el aire necesita continuo refrigerio durante los meses de verano.

Estos árboles acuáticos parecen brotar del suelo al igual que sus vecinos vegetales, de los que se distinguen por su airosa y refrescante copa. En tanto la naturaleza sonríe a su alrededor sin la menor muestra de húmeda aflicción, de cada una de sus ramas y hojas parecen desprenderse mansas lágrimas. Asistir a este espectáculo me pareció singularmente agradable. En especial cuando caí en la cuenta de que los árboles que había junto a ellos no recibían el menor beneficio de tan abundante efusión, y que incluso un poco más allá había una docena de ellos juntos transpirando del mismo benéfico modo. Si una obra de arte consigue imitar con acierto la naturaleza, los filósofos la tienen por perfecta; en cuyo caso, ¿cómo hemos de juzgarla cuando es tan perfecta que supera a la propia naturaleza?

El arco de agua no es menos sorprendente. Allí el arte compite con la naturaleza y consigue ser admirable aun contraviniendo sus leyes. Cualquiera que sea algo observador convendrá en que resulta singular y poco frecuente ver una corriente de agua que se curva hasta formar un semicírculo perfecto de sesenta yardas; pero pasear bajo dicha corriente, y que el agua fluya sobre vuestra cabeza sin que sobre vosotros se derrame la más mínima gota, es aún más extraño, hasta tal punto que puede resultar difícil de creer.

La historia de Acteón pintada en agua de color, por así decirlo, me pareció hermosa, aunque trivial en comparación con el resto. Las demás fuentes pudiera decirse que eran una milagrosa representación de la naturaleza, en tanto ésta no pasaba de ser una simple fábula en tono de farsa. Las figuras eran no sólo bellas sino extraordinarias, pero sus varios contornos no resultaban tan gratos a la mente, por más refrescantes que pudieran ser para el cuerpo.

Me referí antes a la estrechez de los paseos. A mí me puede parecer que es algo que va en detrimento de su belleza, pero creo que la cosa es muy distinta desde el punto de vista de los españoles, para y por quienes fueron trazados. Los españoles de uno y otro sexo se entregan con tal entusiasmo al galanteo que, considerada desde este ángulo, la estrechez de los paseos puede resultar más una ventaja que un defecto. La gran avenida del palacio es mucho más amplia, y está formada por hileras de árboles. Algunos de ellos superan a nuestros mayores tilos, y todas sus hojas son de un perfecto y luminoso color guisante. Además de por su tamaño, impresionan la vista por su notable belleza. A la entrada del gran patio vemos la estatua de Felipe II, imagino que para que los visitantes recuerden que fue él quien construyó el palacio.

Entre otros parques, hay en Aranjuez uno dedicado por entero a los dromedarios, criaturas aptas para el trabajo, la carga y el correo, pero las más deformes de cuantas haya visto en mi vida. Hay otros varios recintos para diferentes clases de bestias extrañas y salvajes, a las que a veces hostigan en un gran estanque que me mostraron, a cosa de media legua de allí. No es un espectáculo frecuente, pero, cuando la corte quiere, llevan uno o varios animales, osos, leones o tigres, a un recinto construido al efecto, del que no pueden escapar sino por una puerta que da sobre el agua. Una vez que el animal sale, bien espontáneamente o porque le obligan, va resbalando poco a poco hasta la parte más profunda del estanque por una pendiente de madera. Los perros están al acecho en las orillas, y tan pronto ven a su enemigo se lanzan todos a una al agua contra él. Un espectáculo menos lamentable que el de sus toreros, puesto

que no supone tanta crueldad para la bestia ni tanto peligro para los espectadores.

Cuando llegamos a Madrid, ciudad de la que tanto españoles como extranjeros me habían hablado mucho, y pese a que la había visto antes, a duras penas pude contener mi extrañeza al verla rodeada por una simple muralla de tierra. Como puede suponerse fácilmente, nunca se pensó que pudiera ser de utilidad como defensa de la población, y pasé bastante tiempo cavilando para qué servía, si es que servía para algo. Hasta que, por último, di con la respuesta al ver cómo se incrementaban mis gastos. Más allá de las puertas, a media legua de la ciudad, un cuarto de vino cuesta dos peniques; pero en las calles de Madrid cuesta casi lo mismo que en Londres. De modo que los muros de tierra sirven para obligar a la gente a vivir en Madrid con la excusa de la seguridad, pero en realidad para hacerles pagar impuestos, puesto que hay más cosas gravadas de igual modo que el vino, aunque no en igual proporción.

Todos los embajadores disfrutan de un derecho o privilegio por el que pueden comprar tanto vino como les parece sin pagar impuestos. Los conventos de frailes y monjas disfrutan de un privilegio similar de libre importación, y a buen seguro que es éste una de sus mayores privilegios, puesto que en virtud de él están autorizados a abrir una taberna en sus inmediaciones, negocio del que obtienen enormes ganancias. El vino que se bebe y vende en Madrid es, por lo general, una cierta clase de vino blanco.

Pero si las murallas de tierra me produjeron en un primer momento una pobre impresión de Madrid, apenas crucé las puertas quedé agradablemente sorprendido. La ciudad me pareció bien edificada, de ladrillo, y las calles amplias, dilatadas y espaciosas. Las de Atocha y Alcalá son tan hermosas como cualesquiera otras que yo haya visto nunca. El emplazamiento de la ciudad no es particularmente atractivo, ya que tienen lo que llaman un río, al que dan el hermoso nombre de *la Mansuera* y sobre el que han construido un interesante, largo y amplio puente de piedra pese a que su cauce, sobre todo en verano, está seco la mayor parte del tiempo, lo que dio ocasión a que cierto embajador de un país extranjero bromeara diciendo que «el rey habría hecho mejor si, antes de construir el puente, hubiese comprado un río». De todas formas, la poca agua de este río del que tan orgullosos están la aprovechan cuanto pueden, puesto que en toda la extensión de sus orillas hay cercados, o espacios acotados para que la gente pueda lavar la ropa. Muy rara vez lavan en sus propias casas, y en verdad no es un panorama desagradable contemplar las hileras de quienes se aplican a esta operación de limpieza.

Dispone aquí el rey de dos palacios, uno en la ciudad y otro en las afueras. El de Madrid es de piedra, y el otro, al que llaman del Buen Retiro, es por entero de ladrillo. En verano cubren un gran trecho que va desde la ciudad hasta este último, con toldos sostenidos por altas estacas, bajo los que pasea la gente para protegerse de los agobiantes calores del estío.

Al pasar ante la iglesia de los carmelitas vi entrar a varios ciegos, unos llevados por lazarillos y otros tanteando el camino con sus bastones. Tuve curiosidad por saber el motivo, y apenas entré quedé sorprendido al ver a muchos de aquellos infelices arrodillados ante el altar. Unos besaban el suelo, en tanto otros alzaban sus cabezas y gritaban «misericordia». Me dijeron que era la festividad de Santa Lucía, patrona de los ciegos, y que, con tal motivo, cuantos podían iban aquel día a rezarle. Con esto me aparté de ellos y me dirigí al palacio real.

Al llegar al patio exterior me encontré con un caballero español al que conocía y pasamos al interior de la *piazza*. Mientras conversábamos, vi pasar a varios caballeros con distintivos blancos, rojos y verdes en el pecho. Mi amigo me explicó que había en España cinco órdenes militares. La del *toisón de oro* se concede únicamente a los grandes nobles, pero las otras cuatro, es decir, las de Santiago, Alcántara, San

Comment [Librodot-75]:

Defoe manifiesta cierta confusión al mencionar las órdenes militares españolas. El origen de las órdenes militares o de caballería se remonta a la época de las Cruzadas. De las diferentes órdenes militares que existieron en la península a lo largo de la Edad Media, sólo perduraron las de Santiago, Alcántara, Calatrava y Montesa, que fueron incorporadas a la Corona a comienzos de la Edad Moderna. La orden de Caballería del Toisón de Oro fue una de las órdenes de mérito más importantes de la época medieval y siempre tuvo un carácter honorífico. Instituida por el duque Felipe III el Bueno de la Casa de Borgoña, en 1429, fue introducida en España por Carlos V, cuyo maestrazgo quedó vinculado a la Corona española. San Salvador de Monreal fue una cofradía fundada por Alfonso I en Monreal hacia 1124 para la asistencia de los cruzados aragoneses y que precedió a la instalación de la orden Templaria en Aragón.

Salvador de Montreal y **Montesa**, a caballeros particulares.

Comment [Librodot-76]:
Saint Jago, Alacantara, Saint
Salvador de Montreal, and
Monteza, en el original.

Me dijo también que hay por encima noventa grandes de España, aunque nunca se completa el número, los cuales tienen el privilegio de permanecer cubiertos en presencia del rey, y se dividen en tres categorías. La primera de ellas es la de quienes se cubren antes de dirigirse al rey; los de la segunda se ponen el sombrero una vez que han empezado a hablar, y los de la tercera, al acabar. Las esposas de los grandes disfrutaban igualmente de notables consideraciones. La reina se levanta y les invita a tomar asiento cuando entran en la estancia donde ella se encuentra.

En el palacio no reside más hombre casado que el rey. Las damas que allí hay son viudas o damas de honor de la reina. Tuve ocasión de ver cómo le llevaban el almuerzo al príncipe de Asturias con una escolta de cuatro caballeros de la guardia, uno delante, otro detrás y los otros dos a ambos lados, con sus carabinas a la espalda. A continuación viene el de la reina y por último el del rey, custodiados del mismo modo, puesto que cada uno almuerza por separado. Observé que los caballeros de la guardia, aunque no estuvieran de servicio, estaban obligados a llevar puesta la correa de sus carabinas.

El patrón de Madrid es San Isidro, un modesto labrador al que hicieron santo por haber llevado una vida ejemplar. Cuenta con una iglesia cuyo interior está ricamente decorado. El tribunal supremo de la Inquisición se encuentra en Madrid, y su presidente recibe el nombre de Inquisidor General. Su jurisdicción abarca cuatro tipos de delitos: herejía, poligamia, sodomía y brujería, sin apelación posible. Llamen *autos de fe* a las ejecuciones.

La mayoría cree que los ingresos del rey provienen sobre todo del oro y la plata que llegan de las Indias Occidentales, cosa que no es verdad, porque la mayor parte se la llevan los mercaderes y otras gentes, que son quienes pagan a los trabajadores de las minas de Potosí y Méjico; aunque el rey, según he sabido, recibe alrededor de millón y medio en oro.

Dicen los españoles que el mejor huerto de España está en el centro de Madrid, al que llaman la plaza, o plaza del mercado, y es cierto que sus comercios ofrecen allí tal variedad de deliciosas frutas, que debo confesar que jamás vi nada comparable. Lo que más me admira es que no hay huertos ni árboles frutales en varias leguas a la redonda.

Los españoles rara vez comen liebres, salvo cuando las vides están creciendo y han engordado tanto que pueden matarlas a bastonazos. Sus conejos no son tan buenos como los que tenemos en Inglaterra. Abundan las perdices, que son de mayor tamaño y más bello plumaje que las nuestras. Como no hay pastos, la carne de vaca escasea; pero el carnero abunda y es de excelente calidad, puesto que sus corderos pacen únicamente al aire libre. La carne de cerdo es exquisita, y crían a estos animales tan sólo con castañas y bellotas.

Aunque Madrid y Valladolid son grandes, las consideran sólo villas. A instancias de un jesuita inglés llamado **Parsons**, Felipe II levantó en Valladolid un seminario británico, y Felipe IV un noble palacio rodeado de magníficos jardines. Se dice que allí murió Cristóbal Colón, el descubridor de las Indias Occidentales, aunque he oído que está enterrado y tiene un monumento en Sevilla.

Comment [Librodot-77]:
Conocido jesuita inglés,
Robert Parsons (1546-1610)
desarrolló una activa labor en
la Inglaterra isabelina en favor
del catolicismo por la que fue
muy perseguido. Fue rector
del Colegio Inglés de Roma y
fundó otros colegios en
ciudades como Valladolid,
Sevilla o Lisboa para fomentar
la religión católica entre la
juventud inglesa.

El palacio que hay en la ciudad se levanta sobre once arcos, bajo cada uno de los cuales hay comercios que lo rebajan a simple mercado. De todas formas, las escaleras que conducen al cuerpo de guardia (que es también muy espacioso) son imponentes, amplias y dignas de ver. Pasado el cuerpo de guardia, se llega a un dilatado y noble corredor, con las estancias del rey y la reina a derecha e izquierda. Al entrar en las estancias del rey, se accede a una gran sala en la que celebra sus audiencias

matutinas. En uno de sus lados, ocupando la pared entera, está representada la fatal batalla de Almansa. Confieso que, pese al tiempo transcurrido, su vista me impresionó, y me trajo multitud de recuerdos. Con todo, comprendí a los españoles.

Debemos ser indulgentes con su vanidad a la hora de reflejar una victoria que obtuvieron gracias a un general francés, y que es la única de la que pueden alardear frente a un ejército inglés.

En esta dependencia oficial, cuando el rey hace su entrada todos los presentes le reciben con una profunda reverencia. A continuación, el rey se aparta de su séquito y se dirige hacia un gran sillón de terciopelo, junto al cual aguarda el padre confesor. Allí se arrodilla y ora durante unos momentos. Después se santigua, y su confesor hace un gesto con la mano para bendecirle, tras lo que concede audiencia a cuantos han acudido con tal propósito. Recibe a todo el mundo con igual cortesía, y con una etiqueta más parecida a la francesa que al protocolo tradicional español. Tal como se acostumbra entre nosotros, las peticiones dirigidas al rey se le entregan al Secretario de Estado; pero hay un detalle en el que creo que valdría la pena que les imitaran otras cortes, y es que al solicitante se le informa del día en que puede volver por la respuesta a su demanda, y éste tiene la seguridad de que en tal fecha la tendrá, sin más inútiles esperas posteriores. Al terminar la audiencia, el rey vuelve a sus aposentos por el corredor.

No puedo omitir en este punto una conversación casual que mantuve allí con el general Mahoni. Después de algunos comentarios sobre la valentía de los ingleses, se refirió al general Stanhope con un tono muy especial:

«Nunca en mi vida me ha dejado nadie tan confundido como en cierta ocasión aquel general. Venía yo de camino a Madrid desde París cuando supe que él llegaba en sentido contrario, y que con toda probabilidad nos cruzaríamos al día siguiente. Por la mañana, antes de emprender la marcha, hice que me prepararan el uniforme de gala, resuelto a ofrecer el mejor aspecto posible para recibir a tal personaje. Al cabo de unas cuatro horas de viaje vimos a varios miembros de la comitiva y a dos caballeros con aspecto de ingleses que supuse que eran exploradores. Cuál no sería mi sorpresa y mi vergüenza cuando, al preguntarle a uno de ellos, me respondió: 'Soy yo mismo, señor'. Nunca la austeridad dejó tan corrida a la vanidad. Sinceramente, sólo pude pensar que su indumentaria resultaba tan austera para tratarse del general Stanhope como ostentosa me pareció la mía para Mahoni en aquel momento. Pues», añadió, «aquel gran hombre contaba con tan notables cualidades personales que no necesitaba de adorno exterior alguno».

De entre todas las diversiones, el rey se complace especialmente en la caza, que practica con notable destreza y puntería. Le he visto distraerse tirando a las golondrinas, modalidad que creo que puede ser considerada como la más difícil, y hacerlo mejor de lo que yo hubiera observado nunca. La última vez que tuve el honor de verle, volvía de este ejercicio. Había salido con el duque de Medina Sidonia, y bajó de su carruaje junto a una puerta trasera del palacio con tres o cuatro pájaros en la mano que, conforme a su costumbre habitual, llevaba a la reina él mismo.

Hay en Madrid dos teatros, en los que dan funciones a diario, pero sus actores y su música son tan insustanciales que no vale la pena mencionarlos. El teatro del Buen Retiro es con mucho el mejor; pero tan inferior a los que tenemos en Londres como pueden serlo los demás teatros de Madrid con respecto a él. Acudí a una representación a la que asistían el rey y la reina. El público estaba formado por gentes de calidad, y había numerosas damas; pero éstas, según es costumbre aquí, siguen la función tras unas celosías, con lo que el espectáculo pierde gran parte de su atractivo. Fui testigo de una costumbre digna de reseñar. En plena representación sonó el

ángelus. Todos se pusieron de rodillas, incluidos los actores que estaban en escena, que interrumpieron su parlamento y oraron durante unos momentos. Después se levantaron y cada cual volvió a lo que estaba haciendo antes, en el punto en que lo dejara.

Las damas de calidad salen de visita con gran pompa y decoro. La dama visitante es conducida en una silla de manos por cuatro hombres: los dos primeros, en cualquier estación del año, caminan descalzos. Los otros hacen de escoltas, uno a cada lado. Por si acaso se les hace de noche, un quinto lleva una gran linterna. Sigue un coche tirado por seis mulas con las damas de compañía, y otro después con los caballeros. Tras ellos caminan varios sirvientes, en número mayor o menor según la calidad de la persona. Jamás toleran que sus sirvientes suban a un coche, conforme a menudo se hace entre nosotros, ni que los cocheros o quienes cargan con la silla guíen o caminen como si en lugar de a una dama llevasen a la comadrona. Por el contrario, adoptan un paso tan lento y solemne que más bien se diría que todas y cada una de las damas están a punto de dar a luz, y en extremo temerosas por tanto de cualquier accidente.

No recuerdo haber visto nunca caballos tirando de los coches, salvo de los del rey o de algún embajador; cosa que únicamente debe ser cuestión de costumbre, porque ciertamente no se hallarán mejores caballos en el mundo entero.

Estando yo allí se encontraba en Madrid el **cardenal Giudici**. Era un hombre alto, elegante y bien parecido, que causaba una excelente impresión. También estaba por entonces en Madrid Alberoni, quien a la muerte del duque de Vendôme tuvo la fortuna de que la **princesa de los Ursinos** le tomara bajo su protección. Se me perdonará que haga aquí una pequeña digresión para mencionar una prueba de su ingratitud. La princesa introdujo a Alberoni en la corte. Ambos eran italianos, y tal vez por esto le dispensó su protección, aunque otros lo atribuyen a una recomendación del duque de Vendôme, que honró a Alberoni al otorgarle su absoluta confianza, del mismo modo que el duque contaba con la de la princesa. Lo cierto es que fue la primera y única protectora de Alberoni, lo que después hizo que muchos pusieran en duda su honradez y su gratitud. Al morir la primera esposa del rey **Felipe**, Alberoni se mostró partidario de la princesa, la cual era paisana suya (ella de Parma y él de Plasencia, ambas en el mismo ducado) y habló al rey en su favor con tanta insistencia como pudo. Cuando la princesa, obedeciendo las órdenes del rey, pasó a Italia para acompañar a la esposa elegida hasta sus futuros dominios, Alberoni, olvidando la mano que antes le había protegido, hizo llegar una carta a la **reina**, antes de que desembarcara, en la cual le decía que si aspiraba a ser reina de España debía deshacerse de la princesa de los Ursinos, su acompañante, y apartarla de la corte. Por lo que aquella dama, para poner en claro hasta dónde alcanzaban su poder y la energía de su carácter, despidió a la princesa en cuanto desembarcó, antes de que viera al rey, e hizo que un destacamento de su guardia personal la escoltara hasta Francia. Todo ocurrió sin que la princesa tuviera oportunidad de defenderse y sin que se diera ningún género de explicación para una medida tan insólita. Pero el propio Alberoni (aunque algún tiempo después fue nombrado cardenal y llegó a ser favorito del rey Felipe) pronto recibió el pago a su ingratitud, pues cayó en desgracia en la corte.

Recuerdo una conversación que mantuve estando en La Mancha con don Félix Pacheco, quien sostenía que por entonces el mundo estaba gobernado por tres mujeres: la reina Ana, **madame de Maintenon** y la **princesa de los Ursinos**.

Fui a visitar al padre Fahy para agradecerle como correspondía las atenciones que había tenido conmigo durante mi última visita a Madrid. Quería darle las gracias por lo que había hecho y llevarle noticias de su paisano Brennan. Pronto caí en la cuenta de que no quería saber nada de Murtough, puesto que no esperaba oír nada bueno. Así que, tan pronto como pude, cambié el tema de la conversación. Durante nuestra charla surgió el nombre del conde de Monterey. Le comenté que había oído decir que se había

Comment [Librodot-78]:
El cardenal Giudice formaba parte del círculo de italianos que rodeó en los primeros momentos a Felipe V, al término de la guerra de Sucesión. Bien visto por Luis XIV, consiguió provisionalmente las riendas del gobierno tras la desaparición de la princesa de los Ursinos y de Orry del escenario político (diciembre de 1714-febrero de 1715). Su salida de la Corte provocada por Alberoni, el 12 de julio de 1716 motivó su paso a las filas imperiales.

Comment [Librodot-79]:
Marie-Anne de la Trémoille, princesa de los Ursinos (1642-1722), era una aristócrata francesa que en segundas nupcias se casó con el príncipe Degli Orsini (1675). En 1701 fue nombrada camarera mayor de la primera esposa de Felipe V, María Luisa de Saboya, convirtiéndose en una de las personas más influyentes en el gobierno de los primeros años del monarca español. Fue despedida por la segunda esposa del rey, Isabel de Farnesio, cuando ésta llegó a España en 1714.

Comment [Librodot-80]:
La primera esposa de Felipe V, María Luisa Gabriela de Saboya, murió en febrero de 1714 dejando dos hijos varones, Luis y Fernando. El matrimonio había sido pactado por Luis XIV para atraerse al duque de Saboya. Felipe V recibió a su esposa en Barcelona en 1702. La nueva reina, de trece años cuando llegó a España, supo ganarse el cariño del rey y de los españoles.

Comment [Librodot-81]:
La segunda esposa de Felipe V fue Isabel de Farnesio, hija del duque de Parma (1692-1766), que llegó a España a finales de 1714. La nueva reina, culta y decidida, conquistó al rey. Su carácter alegre contrastaba con las profundas depresiones en las que con frecuencia se sumergía su regio esposo, al que tuvo que suplir a menudo en las tareas de gobierno. Se atribuye a su afán maternal por colocar a sus hijos la ... [1]

Comment [Librodot-82]:
La marquesa de Maintenon, Françoise d'Aubigné (1635-1719), se casó morganáticamente con Luis XIV en 1684 tras la muerte de María Teresa un año antes. Al desaparecer el monarca francés en 1715 se retiró a Saint-Cyr, donde había fundado un colegio.

ordenado sacerdote, y me respondió que era cierto. Le dije que había tenido el honor de servir a sus órdenes en Flandes en mis primeros tiempos como militar, siendo Monterey comandante de las tropas españolas en la famosa batalla de Seneff. Añadí que no podía sino extrañarme que él, que había sido uno de los más brillantes caballeros de su época, pudiese ahora ser sacerdote, y que, a ser posible, consideraría un gran honor poder presentarle mis respetos. Me contestó con gran amabilidad que le conocía mucho, y que si me pasaba por allí al día siguiente me acompañaría a su casa.

A la hora convenida acudí puntualmente a esperar al padre Fahy quien, tal como había prometido, me acompañó a casa del conde. Cuando llegamos estaba a punto de subir a su coche, pero al ver al padre Fahy se dirigió hacia nosotros. El padre le expuso mi deseo lo mejor que pudo y terminó dándole cuenta del motivo, que era haber servido a sus órdenes. Se mostró muy complacido, pero añadió que, aparte de mí, no quedaban muchos más con vida de cuantos habían luchado en aquella ocasión bajo su mando. Conversamos durante algunos momentos y a continuación llamó a su asistente y dispuso que nos sirvieran un *frescari*, esto es, un refrigerio; con lo que se despidió y se fue para su coche y nosotros a nuestro refrigerio.

A la vuelta, el padre Fahy hizo que me fijara en una piedra que había en plena calle sobre la cual se podía ver una gran mancha rojiza, como de sangre, y me dijo:

«Aquí murió un paisano mío que tuvo la mala suerte de tropezar con un niño al salir de aquella casa (y señaló una que había enfrente). Aunque no le pasó nada, el niño se asustó y, como es natural, dio un grito terrible. Al oírlo, el padre acudió enloquecido. Pese a que mi compatriota pidió perdón y explicó que había sido un accidente, el padre le dio una estocada que le atravesó el corazón. Mi paisano se desplomó sobre esta piedra, la cual conserva hasta el día de hoy la marca de aquella sangre inocente, derramada con tanta ligereza».

Continué explicándome que, acto seguido, el español buscó refugio en una iglesia, de la que escapó algún tiempo después. Fugas de este tipo son tan frecuentes en España que no sorprenden a nadie. Aunque se trate de un asesinato alevoso y premeditado, no se sabe de criminal alguno acogido a sagrado que haya caído en manos de la justicia, por reclamado que estuviese. O bien huyen disfrazados o de algún modo quedan libres, en contra de cuanto exigen la autoridad y las leyes.

He visto cómo personas de lo más selecto de la sociedad detenían sus coches junto a un montón de excrementos malolientes, de los que abundan en las calles, y asomaban sus cabezas por las ventanillas para aspirar su apestoso olor, el cual tienen por extremadamente saludable. En cierta ocasión, yo mismo me vi obligado a rechazar la invitación a que aspirase. No es aconsejable andar por la calle temprano, puesto que, como no cuentan con letrinas, arrojan en mitad de ella sus inmundicias.

Después de despedirme del padre Fahy y agradecerle todas sus atenciones, fui a visitar a mr. Salter, que era secretario del general Stanhope cuando ocurrió la caída de las tropas inglesas en Brihuega. Subí las escaleras y encontré la puerta de su alojamiento entreabierta. Llamé y acudió una persona que pareció sorprendida al verme. Yo no sabía quién era, y le pregunté si estaba mr. Salter. Me pareció que dudaba antes de responderme que sí estaba, pero que se hallaba ocupado en una de las habitaciones. Entré sin que me invitaran, decidido a esperar hasta que tuviese un momento libre, puesto que había dado con él en casa. Al poco tiempo apareció mr. Salter. Tras las cortesías de rigor, me pidió que aguardara un poco, pues quería presentarme a alguien a quien dio el nombre de *alférez Fanshaw*, añadiendo al despedirse que tenía que despachar cierto asunto urgente y se reuniría con nosotros en cuanto terminara.

El supuesto alférez se presentó en camisa, y lo primero que me preguntó fue si me apetecía una cerveza inglesa. Un tanto confundido por su aspecto, asentí e hice ademán de ir a por ella, cosa que no consintió de ningún modo, sino que llamó a un sirviente y pidió que nos la trajeran. Nos sentamos a beber aquel licor, que para mí era un néctar superior a cualquiera de los vinos de España. En esto llegó un viejo conocido mío, mr. Le Noy, secretario del coronel Nevil. Se sentó con nosotros y, antes de concluir la segunda ronda, le dijo al alférez Fanshaw que su coronel quedaba humildemente a su disposición, y que le había ordenado que le dijese que le había enviado ciento veinte ducados, y que tan pronto como llegaran a sus manos podía disponer de ellos a su voluntad.

Al oír esto empecé a mirar a mi alférez como a una persona distinta de la que había imaginado. Le Noy supuso al vernos mano a mano que yo estaba en el secreto, y poco después se dirigió a él llamándole *capitán*. Con esto acabé de convencerme de que allí había más de lo que yo sabía. Atando cabos, llegué a la conclusión de que, así como al principio me pareció una cosa totalmente increíble que a una persona de su aspecto se le concediera sin más tan gran crédito entre tantos cumplidos, y puesto que había ascendido de alférez a capitán en el tiempo que habíamos tardado en bebernos una botella de cerveza, con algo de paciencia podría participar en la comedia, en la que hasta entonces no había tenido el honor de intervenir sino representando el papel de mudo.

Por fin se despidió Le Noy. Tan pronto como nos dejó y abrimos otra botella, el alférez Fanshaw empezó a sincerarse conmigo y me reveló su identidad. «Tengo que ocultarme bajo este disfraz», dijo, «para pasar desapercibido, especialmente en Madrid».

«Porque debéis saber», continuó, «que cuando nuestras fuerzas ocuparon esta ciudad, durante el poco tiempo que estuvimos aquí, anduve enredado con la esposa de otro hombre. Su marido era persona de considerable importancia, y la mujer me concedió cuantos favores puede soñar un soldado durante una larga y dura campaña. En resumen, sus parientes se enteraron de nuestra relación; saben que estoy entre los prisioneros capturados en Brihuega, y andan ahora haciendo averiguaciones para dar conmigo, lo que podría tener fatales consecuencias. Por eso voy disfrazado, y ésta es la triste razón por la que he adoptado un nombre que no me pertenece».

Lo dijo con tal sinceridad que, para corresponder a su confianza, le confesé que había oído hablar del asunto, el cual había hecho no poco ruido en todo el país, y que le convenía muy mucho tomar toda clase de precauciones. Corría un gran peligro, ya que tanto los parientes del marido como los de la mujer eran personas importantes, y en esta clase de asuntos nadie en el mundo toma las cosas más a pecho que los españoles. Agradeció mis buenos consejos y, por lo que supe, al cabo de unos días los puso en práctica con ayuda de sus amigos, puesto que se lo llevaron en secreto. Pasado un tiempo le concedieron el título de Par de Irlanda.

El conde de las Torres firmó por fin mi pasaporte, y me dispuse a emprender un viaje que durante mucho tiempo había estado deseando vivamente. A principios de septiembre de 1712 salí de Madrid para regresar a mi país.

Emprendí viaje, pero como había oído referir cosas notables de El Escorial, antes de viajar a España y durante mi estancia en ella, resolví visitarlo, aunque quedaba a una legua de mi ruta. He de reconocer que al llegar, lejos de lamentar mi curiosidad, resolví felicitarme por mi buena fortuna, puesto que, sin otro gasto que media jornada de camino, logré recrear mi vista con maravillas tales que por sí solas habrían justificado un viaje de doce meses.

El edificio es absolutamente magnífico, superior a cualquier otra cosa que yo haya

visto o imaginado. Lo forman once cuadrados con nobles claustros en torno a cada uno de ellos. Adornan la fachada oeste tres magníficas puertas, todas de diferente estilo, aunque cada una modelo en su género. La del centro conduce al convento que llaman de los Jerónimos, donde habitan ciento cincuenta monjes. En cada esquina de esta augusta fábrica hay una torre excelentemente construida, lo que otorga al conjunto un extraordinario aire de grandeza. El palacio del rey está al norte, cerca de la montaña de donde se obtuvo la piedra con que fue construido. Toda la parte sur cuenta con numerosos corredores, tan bellos como suntuosos.

Este prodigioso conjunto, el cual, como he dicho, excede cuanto yo haya visto y cuya descripción reclamaría por sí sola un libro, fue levantado por Felipe II. Puso la primera piedra, y aun así vivió para verlo terminado. Yace enterrado en el Panteón, un recinto destinado a sepultura de los futuros reyes tanto como suya propia. Fue consagrado a San Lorenzo en su fundación y trazado por tanto con forma de parrilla, el instrumento de la ejecución del mártir. También conmemora una gran victoria obtenida en la festividad de aquel santo. Contrariamente a lo que es habitual, la piedra de que está construido va haciéndose más blanca con el paso del tiempo. La cantera de donde se sacó se encuentra muy cerca. Si tuviera conciencia, se sentiría orgullosa de su magnífico vástago. Hay quienes no dudan en apuntar a tal circunstancia como el principal motivo para que se edificase allí. Por mi parte, estoy de acuerdo, puesto que he visto muchos otros lugares en España donde aquel glorioso edificio habría brillado con mucho mayor esplendor.

Hasta llegar a Burgos no pasé por ninguna ciudad importante. Allí me alojé aquella noche, e hice amistad con un sacerdote irlandés llamado White. Como es normal en este tipo de encuentros, una vez le di cuenta de a dónde me dirigía, me dijo muy amablemente que le gustaría seguir conmigo hasta Vitoria, que me venía de camino. Con igual franqueza acepté su ofrecimiento.

A la mañana siguiente, en cuanto montamos nuestras mulas y nos alejamos un tanto de Burgos, empezó a contarme gran número de incidentes poco edificantes protagonizados por cierto oficial inglés que había estado prisionero allí poco antes de que yo llegara. Concluyó con cierta vehemencia que había sido la mayor ocasión de escándalo e infamia para su país, hasta tal punto que aquello no se echaría en olvido con facilidad ni en poco tiempo. Lo cierto es que muchas de las cosas que me contó resultan demasiado repugnantes y viles como para repetirlos, y hacían a aquel oficial merecedor del triste fin que tuvo poco tiempo después. Sin embargo, pese a la justa consecuencia a que llegaba aquel sacerdote, comprendí con claridad la insensatez de ciertos caballeros que con tales fechorías, por no decir algo peor, desacreditan a su país. Aunque sin duda no conviene generalizar un caso particular, aun así es normal que los extranjeros piensen de tal modo. Por tanto, un hombre de buen juicio evitará cuidadosamente cualquier ocasión de censura: si no por respeto a sí mismo, por consideración hacia sus compatriotas que puedan llegar tras él, puesto que muy probablemente a ellos mismos les gustaría escuchar una mejor y más justa opinión sobre su país y sus compatriotas que la que tal vez dejan tras de sí.

Durante el viaje, me dijo el padre White que, cerca de donde íbamos a pasar la noche, había un monasterio de cartujos que merecía la pena que visitara. Me alegré por partida doble al saberlo, puesto que era una orden de la que apenas conocía nada y en repetidas ocasiones me habían referido las más estrafalarias noticias sobre la severidad de su estilo de vida y las singulares circunstancias de su fundación.

Al día siguiente era domingo. Por la mañana nos pusimos en camino hacia el monasterio. Estaba situado al pie de un monte, y discurría frente a él un riachuelo. El monte se encontraba cubierto de plantas silvestres de diferentes clases, y la cumbre se inclinaba de tal modo hacia la parte donde se hallaba el monasterio, que parecía a punto de caer sobre él y aplastarlo. Contaban los cartujos con huertos cuidados y bien dispuestos, lo que me hizo pensar que, pese a cuanto pueda decirse, el goce no es incompatible con la vida más austera. Si los demás están a la altura de éste, no hay orden católica que pueda presumir de mejores cenobios. Su iglesia estaba muy limpia y el altar adornado con la mayor magnificencia, así como con excelentes pinturas. El edificio no desentonaba del resto. En pocas palabras, no parecía faltar nada que pudiese contribuir a hacer que el monasterio resultara hermoso o agradable. Una vez lo recorrimos por entero, volvimos a nuestra mediocre posada no sin cierto pesar. Allí, por mejor pasar el tiempo, el padre White me refirió en detalle la fundación de la orden de los cartujos. Ya había oído antes algo sobre el particular, pero no le interrumpí porque quería ver si su historia coincidía con lo que me habían contado.

«Bruno», dijo el padre, «el creador o fundador de esta orden, no pertenecía en principio a ella, sino a otra. Tenía un hermano en Dios de la misma orden que era compañero suyo de celda, el cual era considerado por cuantos le trataban o conocían como una persona extremadamente piadosa y de la más estricta observancia. Bruno había tenido ocasión de llegar a conocerle bien durante años, y pensaba que, en lo tocante a su carácter, la opinión general estaba en lo cierto, ya que no había observado jamás en ninguna de sus acciones cosa alguna que a su juicio pudiese resultar ofensiva a Dios o a los hombres. Estaba siempre entregado a sus devociones, y era notorio que jamás consentía que de su boca salieran sino piadosas jaculatorias. En pocas palabras, pasaba por santo en vida.

»Finalmente murió aquel varón y, conforme a la costumbre, fue conducido a la iglesia del convento y allí expuesto con una cruz entre sus manos. Poco después, mientras se decían las acostumbradas misas por su alma, el difunto se incorporó en plena ceremonia y con voz clara exclamó: "Vocatus sum". El piadoso concurso, como es de suponer, quedó atónito ante un suceso semejante y redobló sus plegarias con fervor. Alzóse entonces el muerto por segunda vez, y dijo en voz alta: "Judicatus sum". Sabedora de su piadosa vida, la devota congregación no albergaba la menor duda acerca de su salvación cuando, para su perplejidad y desconsuelo, levantó aquel varón por tercera vez la cabeza y gritó con voz terrible: "Damnatus sum". Con lo que al momento sacaron el cuerpo de la iglesia y lo arrojaron a un estercolero.

»El santo Bruno, al reflexionar sobre aquello, no pudo por menos que llegar a la conclusión de que si una persona tan santa y devota en apariencia podía condenarse, convenía a todo varón prudente buscar una vía más segura para asegurarse un lugar entre los elegidos. Con tal propósito fundó esta estricta y severa orden, a la que dio una regla que para ellos es sagrada como ninguna otra, y es que todos sus miembros deben afeitarse la cabeza y no comer carne ni entablar conversación con nadie, limitándose a decir "Memento mori", cuando se saludan entre ellos.

Comprobé que esta historia coincidía con la que me habían contado, y también que, al oírla por segunda vez, me había causado igual impresión en mi fuero interno que la primera. Había llegado a la conclusión de que, cuanto menos amigo de polémicas, mejor se desenvuelve en España cualquiera, por lo que continué viaje en compañía del padre White hasta que llegamos a Vitoria sin llevarle la contraria. Aquí añadió a modo de apéndice, a propósito de los cartujos, que todos los miembros de la orden están obligados a acudir al lugar previsto para su enterramiento y sacar un puñado de tierra, tanta como puedan coger con una sola mano, para ir disponiendo su sepultura.

Comment [Librodot-83]:
«He sido llamado»; «He sido juzgado»; «He sido condenado».

Al día siguiente salimos para Vitoria. Es una ciudad dulce, deliciosa y agradable. Debe su nombre a una gran victoria sobre los moros allí obtenida. Al abandonarla me despedí del padre White: él se fue a donde le reclamaban sus asuntos, y yo seguí camino de Bilbao.

Al entrar en Vizcaya, poco después de dejar Vitoria, no sabía en qué país estaba. Al cabo de tanto tiempo en España, creía poseer un aceptable dominio de la lengua, pero en Vizcaya no conseguía entenderme con nadie, ya fuesen hombres, mujeres o niños. Mi mulero me dijo que los vizcaínos creen que su lengua, pues por tal la tienen, se ha mantenido inalterada desde la confusión de Babel. Si se me permite opinar, más bien me parece que es la quintaesencia misma de toda aquella confusión. Otro de sus delirios de grandeza (porque en esto son como el resto de los españoles) consiste en presumir de que ni romanos, ni cartagineses, ni vándalos, ni godos, ni moros lograron jamás someterlos por completo. Cualquiera que conozca su tierra puede echar mano de la verdad y cortar este nudo sin necesidad de espada, y es que ni romanos, ni cartagineses ni pueblo alguno conquistador debió pensar que merecía la pena apoderarse de un país tan montañoso y estéril.

Con todo, es preciso reconocer que Bilbao, aunque no muy grande, es una ciudad hermosa, limpia y ordenada. Al igual que en Amsterdam, no permiten la entrada de carretas ni coches, sino que cualquier mercancía tiene que ser descargada y transportada mediante carretillas, pese a que se trata de una ciudad comercial de no poca importancia, en particular por lo que se refiere a la lana y al hierro. Esperaba dar aquí con algún modo de embarcar para Inglaterra. Para mi desgracia no fue así, en vista de lo cual tuve que continuar hasta Bayona.

De camino a Bayona, la primera ciudad de importancia por la que pasé fue San Sebastián. Es una ciudad sumamente limpia y bien pavimentada, lo que no es pequeña rareza en España. Cuenta con una sólida muralla a su alrededor y con una hermosa ciudadela. En este lugar me encontré con dos oficiales ingleses en mi misma situación, uno de los cuales había caído prisionero conmigo en Denia. Como yo, iban a Bayona para embarcar allí rumbo a Inglaterra. De modo que acordamos viajar juntos hasta el puerto de Pasajes. El camino desde San Sebastián discurre por una carretera de piedra bien pavimentada. Estábamos llegando a su término cuando nos salió al encuentro un gran número de muchachas. Todas ellas iban graciosamente vestidas. Sus largos cabellos les caían elegantemente sobre los hombros, y los llevaban adornados aquí y allá con cintas de varios colores que el viento agitaba libremente a sus espaldas. El espectáculo nos cogió por sorpresa, tanto más cuanto que vinieron directamente hacia nosotros y trataron de tomarnos de las manos. Pero pronto salimos de nuestro error y caímos en la cuenta de sus intenciones. Sus maneras, aunque no tan rudas como las de nuestros barqueros del Támesis, tenían idéntico objeto, puesto que cada una pugnaba por hacer de nosotros sus pasajeros. Aquí es costumbre desde tiempo inmemorial que sólo las muchachas jóvenes lleven a cabo y se beneficien de este transporte. Aunque hay que cruzar un brazo de mar muy ancho y en ocasiones bastante encrespado, las gentiles barqueras desempeñan su cometido con tal habilidad que la travesía apenas encierra peligro y, si el tiempo es bueno, resulta sumamente agradable. Elegimos a las que más nos gustaron, y ellas, agradecidas, nos condujeron hasta sus barcas marcando con los remos una especie de acompañamiento musical mientras caminaban, el cual distaba de resultar desagradable. Fuimos conducidos al puerto de Pasajes, no en vano considerado como el mejor del golfo de Vizcaya.

Una vez desembarcamos no permanecimos mucho tiempo allí, decididos, si era posible, a llegar a Fuenterrabía antes de que se hiciera de noche. Pero todas nuestras

prisas sirvieron de poco, puesto que cerraron las puertas antes de que llegásemos, y con ellas la buena voluntad y la humanidad. Cuanta retórica empleamos no consiguió convencer al gobernador para que ordenara que nos abriesen, con lo que nos vimos obligados a pasar la noche en la caseta donde guardaban las barcas.

Cuando nos levantamos a la mañana siguiente, vimos el mar tan grueso y encrespado, que empezamos a preguntar si se podía cruzar por algún otro punto. Nos dijeron que a la altura de la isla de la Conferencia, a menos de una legua, el paso era mucho más estrecho y menos peligroso. Tales argumentos nos convencieron de inmediato, con lo que nos pusimos en camino y no tardamos en llegar. Poco después desembarcamos en Francia. Allí dimos con una buena posada, algo que durante mucho tiempo habíamos echado en falta, y cuya ausencia habíamos lamentado no poco.

Apenas instalados, supimos que el posadero tenía por costumbre distraer a los huéspedes recién llegados con un pormenorizado relato de la célebre reunión entre los monarcas de Francia y España. Los cito por este orden porque me encontraba ya en territorio francés, y en su tierra los españoles me habían hecho saber que al mencionar a España después de Francia incurría en un solecismo. De todas maneras, una vez que nos hubimos refrescado, para mostrar nuestra deferencia hacia la historia de nuestro posadero, convinimos en ir a presentar nuestros respetos a la célebre isleta, lo que, por descontado, era cuanto pretendía nuestro astuto posadero.

Al llegar nos encontramos con una pequeña isla de forma ovalada, cubierta de maleza y rodeada de hierbas y juncos.

«Aquí», dijo nuestro posadero, «en esta pequeña isla, pudo verse en aquella ocasión a los dos mayores monarcas del universo. En el mismo centro de la isla se levantó una lujosa tienda, y en su centro una gran mesa ovalada junto a la que mantuvieron la conferencia que da nombre a la isla. Se tendieron dos puentes: uno desde la parte española, que estaba un tanto en pendiente a causa de los desniveles de la orilla, y el otro por la parte de Francia, el cual, como podéis ver, está a nivel. A una señal convenida, ambos reyes echaron a andar a un tiempo en tanto sonaba la música y se oían las trompetas.

El monarca español condujo de la mano a la infanta, su hija, hasta el lugar de la entrevista. Tan pronto como los monarcas hicieron su entrada por ambos extremos del pabellón, se disparó una salva de artillería, y a continuación los respectivos ejércitos hicieron varias descargas. Entonces el rey de España se adelantó por un costado de la mesa con la infanta, y otro tanto hizo simultáneamente el rey de Francia. Una vez se encontraron, recibió el rey de Francia a la infanta como su reina de manos de su padre, y de nuevo abrieron fuego la artillería y los fusileros. Después se celebró una espléndida y lujosa fiesta, a cuyo término ambos monarcas se retiraron a sus respectivos dominios: el rey de Francia condujo a su nueva reina a San Juan de Luz, y el rey de España volvió al puerto de Pasajes».

Después de oír una historia de la que no quedaba en el lugar vestigio alguno, alquilamos unos caballos (porque montar en mula estaba ya fuera de lugar) y cabalgamos hasta San Juan de Luz, donde la comida y la bebida nos parecieron tan distintas como nuestras monturas. Aquí sí cabe hablar de posadas; aunque hablando en general, hasta llegar allí nuestras comidas fueron muy medianas y estuvimos mediocrementemente acomodados en las casas donde nos alojamos.

Cualquiera que pasara por San Juan de Luz y no manifestara deseos de ver la habitación donde Luis el Grande pasó su primera noche con su esposa la reina sería tenido por persona de escasa curiosidad. Por tanto, cuando se me ocurrió la idea, tratando de no parecer pedante, mencioné la cuestión y me concedieron el favor,

Comment [Librodot-84]:

Defoe relata aquí la reunión de Felipe IV y Luis XIV en la que se firmó la Paz de los Pirineos (1659) que ponía fin a la guerra entre ambos países y que se había iniciado abiertamente en 1635 con la entrada de Francia en la Guerra de los Treinta Años. En esta paz se acordó el matrimonio de la primogénita del monarca español, M^a Teresa, con el rey francés, aunque ésta renunciaba a sus derechos a la corona española.

entre grandes demostraciones de cortesía francesa. No vi allí más que había visto en la isla de la Conferencia, sino tan sólo lo que dice la tradición.

San Juan de Luz está considerada como una de las ciudades más importantes de toda Francia. Fue en su catedral donde Luis XIV, conforme a las capitulaciones matrimoniales, prestó ante el altar el juramento de renuncia a la corona de España. En su virtud, si los juramentos obligasen a los príncipes, cuantos hijos hubiesen nacido de aquel matrimonio habrían quedado sin herencia. Los naturales tienen fama de expertos marinos, en especial los balleneros. Hay un elegante puente de madera, con una escalera en su centro que baja hasta una pequeña y graciosa isla donde hay una capilla y un palacio que pertenecen al obispo de Bayona. A menudo la reina madre de España pasea por aquí para distraerse. En este puente, y en la escalera que conduce a la isla, tuve el honor de verla más de una vez.

Como San Juan de Luz no dista más de cuatro leguas de Bayona, íbamos allí a comer. Por veinte *sous* comíamos y bebíamos cuanto nos apetecía y con más gusto que en cualquier lugar de España, donde nos costaba mucho más comer mucho peor.

Bayona es una ciudad de por sí fuerte, aunque las fortificaciones están muy descuidadas desde que se construyera la ciudadela al otro lado del río, que no sólo domina la ciudad sino también el puerto. Se trata de una noble construcción, elegante y sólida, que se alza en la falda de una colina, en la que no se echa de menos nada de cuanto la ciencia puede aportar para hacerla inexpugnable. Dirigió su construcción el mariscal Boufflers. Cerca de allí se conserva un hermoso paseo desde el que solía observar a los trabajadores, y que aún lleva su nombre. Hay dos bellos puentes, si bien ambos son de madera: uno sobre el río que discurre por uno de los lados de la ciudad, y el otro sobre el que la divide en dos. La marea sube por ambos con gran rapidez. Los barcos de carga remontan el río y pagan por permanecer amarrados al puente mientras se encuentran cargando o descargando. Estando yo allí arribaron cuatro o cinco barcos ingleses con grano, el primero que se descargaba desde que empezara la guerra, según me dijeron.

A corta distancia por la parte del río en que se construyó la nueva ciudadela se encuentra *Pont d'Esprit*, un lugar habitado mayoritariamente por judíos, quienes desarrollan allí gran actividad comercial aunque, como en el resto del mundo, de forma sumamente irregular en su mayor parte. Desde que la desconfianza del actual rey la obligara a abandonar Madrid, la reina madre de España reside aquí con su corte. Como tía de su oponente Carlos (ahora emperador) comenzó a intrigar. Le dieron opción a que se retirara y eligió esta ciudad, por suerte para la población y, según todos los indicios, también para su propia complacencia. Es una dama corpulenta, y vive aquí con el lujo que le corresponde, y con las atenciones debidas a una persona de su elevada condición. Cada vez que sale de paseo, el cañón de la ciudadela la saluda conforme cruza el puente. A decir verdad, las campiñas de los alrededores son muy agradables y abundan en toda clase de provisiones, especialmente en aves. Los jamones de Bayona son proverbialmente celebrados en toda Francia.

Estuvimos aguardando casi cinco meses hasta que llegaron los ansiados transportes de Inglaterra, sin otras diversiones que las habituales entre quienes están de paso: cortas excursiones sin grandes variantes. Tampoco había lugar a profundas amistades entre personas que, después de tanto tiempo en un país extranjero, deseaban fervientemente volver al suyo propio. Me ocurrió un accidente que estuvo a punto de costarme la vida, mucho más grave que cualquiera de cuantos me habían sucedido en el curso de asedios y batallas.

Comment [Librodot-85]:

Se trata de la segunda esposa del monarca español Carlos II, Mariana de Neoburgo, con la que el rey se había casado tras la muerte de María Luisa de Orleáns en 1689 y que recibe ese nombre de *madre* a pesar de no haber tenido hijos. Mariana de Neoburgo intervino en la política de la Corte y particularmente en la cuestión sucesoria. Cuando llegó Felipe V a España fue desterrada a Toledo y después a Bayona, donde permaneció casi treinta años por su apoyo al Archiduque Carlos durante la guerra de Sucesión.

Me dirigía cierta noche a mi alojamiento cuando tuve la mala fortuna de encontrarme con un oficial, quien me invitó a acompañarle a uno de los barcos ingleses para beber una cerveza. «Me han invitado varias veces», dijo, «y me preocupa que nuestro paisano se marche si lo demoro más tiempo». La cerveza inglesa era algo sumamente raro, y el barco estaba atracado no muy lejos de mi alojamiento, de modo que accedí sin hacerme demasiado de rogar. Cuando llegamos al puente al que estaba amarrado el barco en cuestión nos encontramos, como es normal y necesario, con una pasarela que llegaba hasta el barco y una soga para sujetarnos y cruzar sin peligro. La noche era muy oscura. Por si acaso, yo me había preocupado de contratar a un hombre para que trajera una linterna que nos evitara tropiezos. El hombre de la linterna pasó delante, y muy cortésmente mi amigo el oficial quiso que pasara yo a continuación. Apenas puse el pie en ella para seguir a nuestro guía, la pasarela se vino abajo y los dos caímos al agua.

En aquel momento la marea subía con mucha fuerza. Al caer hice pie, con lo que pude recobrarme un poco, y aproveché para sujetarme rápidamente a la boya del ancla de uno de los barcos que allí había. Me así con fuerza hasta que la marea, cada vez más fuerte, me hizo perder pie. El pobre hombre de la linterna se abrazó a una de mis piernas con tanta fuerza como me sujetaba yo a la boya. Los dos podíamos habernos precipitado contra el casco del buque luchando con la corriente, que cada vez era más impetuosa. Por suerte para nosotros, el amarre al que me había asido no se rompió, porque de haber sido así habríamos ido a parar bajo los barcos, que estaban atracados unos junto a otros. Varias personas nos vieron caer del puente, llamaron a otros y acudieron con sogas y luces en nuestro auxilio, destacándose entre ellos mi colega, que había sido tanto causa como espectador de nuestra desgracia, aunque finalmente su intervención en nuestro rescate fue mínima.

Tan pronto como pude cogerme a una cuerda solté la boya; pero el infeliz que se asía a mis rodillas de ningún modo estaba dispuesto a soltar mi pierna. Así abrazados, resultaba casi imposible subirnos hasta el puente para sacarnos a ambos del agua, si es que alguno de nosotros podía salir de ella. Podíamos haber muerto, de no ser porque el alboroto hizo que vinieran a socorrernos una o dos embarcaciones que nos rescataron.

Me llevaron a toda prisa a una casa que quedaba cerca, donde se ocuparon de encender un buen fuego. Al poco se presentó nuestro supuesto anfitrión, el capitán del barco. Llegó muy afectado, y nos reprochó que no hubiésemos llamado la atención de alguien del barco antes de abordarlo. Porque, dijo, la noche pasada les habían robado, y la pasarela y la soga eran una trampa por si volvían los ladrones. No le cabía en la cabeza que nadie que llegara con buenas intenciones tratara de subir a bordo sin previo aviso. Como los sabios de este mundo, comencé a hacer propósitos para prevenir algo que probablemente no iba a volver a sucederme nunca jamás, y a darle vueltas a un accidente del que no había tenido culpa ninguna.

Después de aquello, en parte por curiosidad y en parte por obligación, visité un día la ceca de Bayona. Me habían contado que las monedas de una corona que acuñan tienen cierta particularidad, puesto que unas presentan en el anverso la figura de una vaca, en tanto otras no llevan nada.

«Estáis en lo cierto, señor», me dijo el oficial al que le pregunté, «las que llevan la vaca no se han acuñado aquí sino en Pau, la principal ciudad de Navarra. Al igual que nosotros, cuentan allí con el privilegio de una ceca. Según la tradición», continuó, «el motivo de que se añadiera esta figura fue que, en la época en que Navarra era un reino independiente de Francia, uno de sus reyes se asomó a la ventana de su palacio y vio

cómo un león que se había escapado de su jaula atacaba a una vaca y su ternero El león trató de devorar al ternero, pero la vaca defendió a su cría con tal bravura que finalmente el león, exhausto y derrotado, se retiró y la dejó dueña del campo de batalla con su ternero. Desde entonces», concluyó el oficial, «por disposición real, la vaca figura en el anverso de cuantas monedas se acuñan allí».

Pasé por alto la cuestión de si mi interlocutor lo consideraba una fábula o una historia verídica. Me pareció evidente que se trataba de una alegoría para encubrir y preservar la memoria de la salvación del entonces joven rey de Navarra, Enrique IV, durante la por siempre ignominiosa carnicería que conocemos como la noche de San Bartolomé.

Muchos historiadores, y no sólo franceses, coinciden en que las perversas intenciones de la casa de Guisa apuntaban a aquel príncipe. Sabían que era el legítimo heredero; pero, puesto que se había educado como hugonote, de inmediato la barbarie y la injusticia se disfrazaron de religión y la bondad de la madre iglesia se cubrió con el velo de la ambición, de forma que aquello bastó para que se echaran en olvido las leyes divinas y humanas.

Hay historiadores que creen que los conjurados irrumpieron en los aposentos de la reina madre en busca del joven rey. Prevenida por la campana y por los gritos de las víctimas, en cuanto los oyó venir la reina se sentó y ocultó bajo sus faldas al joven monarca hasta que se fueron. Así pudo conducirlo a lugar seguro y le libró de aquellos criminales sanguinarios y de las garras del león. Todo esto es una simple conjetura que se me ocurrió entonces, pero que me parece muy probable, de forma que no tengo motivos para desecharla. Insistí al empleado de la ceca me habría supuesto mostrarme más curioso que discreto.

Me encontraba en Bayona cuando apareció por allí la princesa de los Ursinos con una escolta de varios guardias reales españoles. Vino a tomar las aguas de cierto famoso manantial cuyo nombre he olvidado. La reina madre de España la acogió con toda clase de atenciones; no se quedó atrás el mariscal de Montreuil a la hora de agasajar a aquella gran dama, que por entonces era la favorita de la corte española. Sin embargo, como ya dije, algún tiempo después cayó en desgracia sin motivo, acusada por alguien a quien ella había favorecido.

En el aspecto comercial, se tiene a Bayona por la tercera de las ciudades más importantes de Francia. Estuvo en manos inglesas durante cierto tiempo, circunstancia sobre la que la historia ha guardado silencio; pero su catedral lo proclama, puesto que es de estilo inglés hasta el más mínimo detalle, y no se parece a ninguna otra en Francia.

Pamplona es la capital de la Navarra española. Se dice que la fundó Pompeyo. Está situada en un ameno valle rodeado de altas montañas. Por suerte o por desgracia, Pamplona dio lugar a la fundación de la orden de los jesuitas. Durante el asedio de esta plaza, Ignacio de Loyola era un simple soldado. Recibió un disparo en una pierna que le dejó inútil para la milicia. Con tal motivo dio en reflexionar, y siendo como era un hombre inteligente, ideó la orden de los jesuitas, que tantos problemas ha traído al mundo desde entonces.

En San Esteban, cerca de Lérida, se dio una batalla entre ingleses y españoles en la que perdió la vida el mayor general Cunningham, peleando con valor al frente de sus tropas. Muchos lloraron su muerte. Era un caballero de alcurnia, que había dejado todo para servir a su país. «Dulce est pro patria mori».

A unas dos horas de Vitoria, hay una ermita muy bella en una colina. Al pie de esta colina discurre un riachuelo, y en las inmediaciones se encuentra una capilla en la que vi una imagen de gran tamaño que representaba a San Cristóbal llevando a Cristo

Comment [Librodot-86]:
El novelista inglés se refiere a la matanza de San Bartolomé de 1572, que tuvo lugar en el transcurso de las guerras de religión que estallaron en Francia en la segunda mitad del siglo XVI y en la que murieron por orden real un gran número de hugonotes franceses. La matanza de San Bartolomé tuvo una gran repercusión en el mundo protestante.

Comment [Librodot-87]:
«Es dulce morir por la patria».

sobre sus hombros. Andaba por allí el ermitaño entregado a sus devociones y, aunque yo ya sabía el motivo, le pregunté por qué se representaba a San Cristóbal como un gigante. Con gran amabilidad, el ermitaño me respondió que el nombre de Cristóbal venía de «*Christo ferendo*», pues siendo niño quiso nuestro salvador atravesar un río, y San Cristóbal lo tomó a hombros para pasarlo a la otra orilla. Conforme el río fue haciéndose más y más profundo, así fue haciéndose él cada vez más alto.

Comment [Librodot-88]:
«Portador de Cristo».

Al fin tuvimos noticias de que el buque de guerra *Gloucester*, con otros dos de transporte, había arribado al puerto de Pasajes para llevar a Inglaterra a los prisioneros que quedaban. Al día siguiente mis compañeros partieron para embarcar allí. Pero yo ya había llegado a un acuerdo para hacer el viaje a bordo del *Dover*, cuyo capitán transportaba vino para Amsterdam. Así que me quedé, a la espera de que el *Dover* contara con viento favorable.

Al cabo de tres o cuatro días se levantó una brisa propicia. El capitán decidió aprovecharla y zarpamos del puerto rumbo al golfo de Vizcaya. Entre los marineros tiene fama de ser el más encrespado de los mares, pero cuando nos adentramos en él no lo parecía en absoluto. Sus aguas estaban tan llanas como un espejo; de haber sido el rostro de una dama, hubiera pasado por joven, pues su brillo no descubría arruga alguna. Apenas habíamos navegado tres leguas cuando surgió ante nuestros ojos un pez prodigioso. Por cuanto acertamos a ver, mediría unas veinte yardas de largo. Jugaba en la superficie del océano y levantaba gran parte de su cuerpo fuera del agua. Tan pronto lo vio la tripulación, comenzaron a decir que era señal inequívoca de que se preparaba una tormenta. Nuestra embarcación siguió su rumbo llevada por una brisa suave hasta casi la mitad del golfo. Entonces se produjo un cambio tan espantoso que tiemblo al recordarlo. Aquellas aguas, que hasta entonces parecían sonreírnos con rostro amistoso, en un momento mudaron su amable semblante por el de un feroz enemigo, y sus arrugas nos parecieron señales indudables de su ira, que nos amenazaba con el riesgo de una muerte segura. Las olas embravecidas parecían montañas, barrián el barco de popa a proa y lo embestían por todas partes. ¡Qué choques los del viento y las olas luchando entre sí! ¡Cómo nos precipitábamos por abismos de agua hasta terroríficas simas de aquel mismo mudable elemento! Por más que estas últimas parecían acogernos para que nos resguardáramos de la furia de los primeros, la mente no acertaba a imaginar otro futuro que la mortaja de agua que sin duda habíamos de vestir al cabo de un instante. Pero ¿por qué hablo de imaginar, si mi imaginación estaba casi aletargada? Hasta los marineros, hijos de las aguas embravecidas, se hallaban asustados. Ante la furia del viento y las olas, abandonaron el gobierno de la embarcación resueltos a dejarla ir a la deriva, pues no podían dominarla. Así seguimos durante la mayor parte de aquella interminable noche, arrastrados allí donde el viento y las olas quisieron llevarnos, con todos los hombres de nuestra tripulación tumbados y encogidos sobre la cubierta. Si Ovidio, en el reducido Ponto, podía gemir con desconsuelo aquel su «*iam, iam iacturus*», ¿qué párrafos o qué versos acertarían a pintar nuestros sentimientos y nuestras esperanzas en esta mucho más terrible coyuntura y más peligroso mar, donde a la triste diversidad de nuestras penas venía a sumarse la negrura de la noche, que se diría la de un pozo? Nuestra única esperanza la teníamos puesta en que amaneciese, y al fin llegó el día; pero por más que tardó en llegar, aún nos pareció que se había apresurado en exceso, pues por todo alivio nos trajo un nuevo anuncio de nuestra inminente muerte. Nuestro barco se dirigía veloz a los rompientes de la costa de Cabritton, entre Burdeos y Bayona, con lo que acudieron a nosotros ideas aun más terribles que todas las anteriores, pues las anteriores ya eran cosa del pasado y éstas se presentaban como nuestro inmediato futuro. Además, para aumentar nuestra inquietud, estaba subiendo la marea, y por tanto había de arrastrarnos con mayor

rapidez a la inevitable destrucción. Hasta tal punto, que uno de nuestros marineros, quien por su gran experiencia sabía mejor que nadie el peligro que corríamos, vio de salvarse atándose al palo mayor antes de que sobreviniera el instante fatal. Estaba ocupado en tan triste tarea, perdida toda esperanza de un mejor destino, cuando gritó con todas sus fuerzas: «¡Una punta, una punta de viento!». Para mí, que creía que teníamos demasiado, sonó como la trompeta del juicio final; pero para la tripulación, que lo comprendió mejor que yo, sonó de distinto modo. Con vigor y rapidez olvidaron sus plegarias y su desesperación, y con la mayor celeridad que quepa imaginar liberaron el timón e izaron todas las velas. A buen seguro, jamás la naturaleza obró un cambio mayor en menos tiempo. Con suma diligencia, los marineros cobraron fuerzas ante aquel feliz presagio de salvación. Tal como esperaban así sucedió, pues aquel viento celestial nos libró de las fauces de las rompientes prestas a devorarnos y nos condujo al mucho más acogedor mar abierto, con lo que cuantos estábamos en el barco fuimos recobrando el ánimo conforme vimos alejarse el peligro.

Tratamos de ganar el puerto de Pasajes, pero nuestro barco había quedado sin gobierno y el timón no respondía, con lo que nos contentamos con dejarnos llevar por el viento hasta llegar al puerto de San Juan de Luz. Arribamos allí sin mayores contratiempos, y para felicidad de tripulantes y pasajeros, echamos el ancla tras haber sufrido la peor tormenta que los marineros más experimentados recordaban, y haber salido con bien de un peligro del que nadie había escapado antes.

En Pasajes vimos que los marineros rodeaban con toneles los cables del ancla. Les preguntamos el motivo y dijeron que la experiencia les había enseñado que las rocas del fondo eran tan afiladas que, de no hacerlo así, destruirían sus cables. Llevaron nuestro barco al dique para repararlo. Entretanto me alojé en la ciudad, donde no me sucedió nada digno de mención ni que merezca la pena contar.

Retiro lo dicho. El menor movimiento de los príncipes debe siempre ser tenido en cuenta, y vale por tanto la pena referirlo. Mientras el barco estaba en el dique, iba paseando una tarde por el puente que hay cerca de la isla de que hablé. Un perrito español se puso a caminar a mi lado, cuando vi que, por el extremo contrario del puente, venía una dama, acompañada por tres o cuatro caballeros. Yo iba andando despacio, al igual que ellos. Cuando estuvimos cerca, vi que me superaban tanto en lo humano como en lo canino. Para mi disgusto, vi que sus perros eran de raza, pues así lo proclamaban su fiereza y mal humor: al momento, sin que mediara aviso ni declaración de guerra, cayeron sobre mi perrito a la vieja usanza, sin considerar como caballeros las circunstancias de número, interés y tamaño. La señora, que en atención a su sexo debía ser tenida por el más competente árbitro de las desigualdades, en un exceso de condescendencia y buena voluntad, vino corriendo en ayuda de mi pobre perrito maltratado. Con elegante lenguaje reprendió a sus feroces mastines por su poca cortesía para con los extraños. Los airados y agresivos perros obedecieron a la dama con grandes demostraciones de profunda sumisión; lo que no me sorprendió cuando supe que era la propia reina madre de España quien les había reñido.

Una vez nuestro barco fue reparado y dispuesta la carga para que de nuevo se hiciera a la mar, dejamos el puerto de San Juan de Luz. La travesía fue mucho mejor, sobre todo teniendo en cuenta que aún recordaba la pasada tempestad, y en diez días de navegación llegamos a Dover. Allí desembarqué el último día de marzo de 1713. No había visto ni pisado tierra inglesa desde principios de mayo de 1705.

Tomé un coche que me condujo directamente Londres. Al llegar, me creí transportado a un país más extraño aún que cualquiera de aquellos por los que había pasado como viajero o como soldado. Extraño, me refiero, no tanto en relación a los otros cuanto a sí mismo. Cuando salí de él se hallaba en apariencia perfectamente

unido: las nefastas distinciones entre *whigs* y *tories* eran tenidas entonces por meros juegos de palabras, no más importantes o peligrosos que abejas sin aguijón. En la nación reinaba con vigor la concordia, y las brillantes victorias de los ejércitos reales habían hecho enmudecer a todos. Pero a mi regreso los hallé perfectamente enemistados y con tan pocas posibilidades de ponerse de acuerdo como ángulos contrapuestos, los unos a favor y los otros en contra de la paz. El tiempo ha demostrado que ambos estaban en un error y que ninguno tenía razón, por más que sus prejuicios los mantuvieran enfrentados. Para mí, *whigs* y *tories* constituyen la más radical contradicción de la naturaleza y por tanto, al igual que otras contradicciones, y siendo como soy un anciano, vivo con la esperanza de ver, antes de morir, cómo estos aparentes contrarios se reconcilian y reducen a un único feliz objetivo, el bien público.

Estando en Madrid fui a visitar varias veces a mi viejo conocido el general Mahoni. Recuerdo que me dijo que, durante la entrevista con el conde de Peterborow en Sagunto, su señoría echó mano de numerosos argumentos para convencerle de que abandonara el ejército español. Mahoni pretextó distintas razones, en particular que el ejército inglés no toleraría la presencia de un católico en sus filas. Milord replicó que él haría que le eximieran mediante una ley del parlamento. Le he oído a menudo hablar con gran respeto de su señoría, y le extrañó mucho que, al cabo de tantas gloriosas victorias, le hubiesen postergado.

Del mismo modo, tuvo a bien referirme que en la batalla de Zaragoza logró poner en fuga a parte de nuestra caballería, a la que persiguió durante bastante tiempo. A su vuelta, vio que las tropas españolas se hallaban en gran confusión, con lo que se lanzó al ataque contra nuestra artillería. Pereció entonces gran número de nuestros artilleros y auxiliares. Me preguntó quién era el comandante en jefe de la posición. Le contesté que el coronel Bourguard, un experto artillero. Me dijo que no lo sabía, pero que reconocía que se había comportado con un coraje extraordinario. Se había mantenido en su puesto y defendido la batería hasta el último momento, pese a haber sufrido varias heridas. Un caballero al que tomamos prisionero en Guadalajara me contó que vio cómo el rey Felipe atravesaba la ciudad sin otra compañía que uno de sus guardias.

Zaragoza, o *Casar Augusta*, se encuentra a orillas del río Ebro, y es la capital de Aragón. Es una ciudad muy antigua, y cuenta con catorce grandes iglesias y doce conventos. La iglesia de la Virgen del Pilar es frecuentada por peregrinos de todos los países. En otro tiempo fue una colonia romana.

Tibi Taus, tibi honor, tibi sit gloria, O gloriosa Trinitas, quia tu dedisti mihi hanc opportunitatem, omnes has res gestas recordandi. Nomen tuum sit benedictum, per saecula saeculorum. Amen.

Comment [Librodot-89]:
Ambos partidos surgieron en los últimos años del reinado de Carlos II de Inglaterra con la cuestión sucesoria como telón de fondo. Los *whigs* defendían la preponderancia del Parlamento y entre sus filas se encontraba un buen número de presbiterianos y disidentes. Los *tories* apoyaban el poder del rey y eran mayoritariamente anglicanos.

Comment [Librodot-90]:
«Oh gloriosa Trinidad, tuyos sean la alabanza, el honor y la gloria, pues me has otorgado la ocasión de recordar cuanto hice. Bendito sea tu nombre por los siglos de los siglos, amén».

FINIS

La segunda esposa de Felipe V fue Isabel de Farnesio, hija del duque de Parma (1692-1766), que llegó a España a finales de 1714. La nueva reina, culta y decidida, conquistó al rey. Su carácter alegre contrastaba con las profundas depresiones en las que con frecuencia se sumergía su regio esposo, al que tuvo que suplir a menudo en las tareas de gobierno. Se atribuye a su afán maternal por colocar a sus hijos la política revisionista italiana en la que se vio embarcada la monarquía española tras la guerra de Sucesión.